



El Duque

DUMONT

GARCÍA DE SAURA



EL DUQUE DUMONT
(Serie nobles belgas nº 2)

1ª edición

© García de Saura, 2023
© Imágenes de cubierta y contracubierta: Shutterstock.
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Más información: www.garciadesaura.com

Esta es una obra de ficción. Aunque los lugares son reales, los nombres, personajes y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, empresas o similares es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Artículo 270 y siguientes del Código Penal español).

Índice

<u>Capítulo 1</u>
<u>Capítulo 2</u>
<u>Capítulo 3</u>
<u>Capítulo 4</u>
<u>Capítulo 5</u>
<u>Capítulo 6</u>
<u>Capítulo 7</u>
<u>Capítulo 8</u>
<u>Capítulo 9</u>
<u>Capítulo 10</u>
<u>Capítulo 11</u>
<u>Capítulo 12</u>
<u>Capítulo 13</u>
<u>Capítulo 14</u>
<u>Capítulo 15</u>
<u>Capítulo 16</u>
<u>Capítulo 17</u>
<u>Capítulo 18</u>
<u>Capítulo 19</u>
<u>Capítulo 20</u>
<u>Capítulo 21</u>
<u>Capítulo 22</u>
<u>Capítulo 23</u>
<u>Capítulo 24</u>
<u>Capítulo 25</u>
<u>Capítulo 26</u>
<u>Capítulo 27</u>
<u>Capítulo 28</u>
<u>Capítulo 29</u>
<u>Capítulo 30</u>
<u>Capítulo 31</u>
<u>Capítulo 32</u>
<u>Capítulo 33</u>
<u>Capítulo 34</u>
<u>Capítulo 35</u>
<u>Capítulo 36</u>
<u>Capítulo 37</u>
<u>Capítulo 38</u>

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la Autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Puedes localizarme en:](#)

[Bibliografía](#)

[Citas](#)

[Premios, logros y reconocimientos](#)

*Dedicado a mis Gamberras brujillas,
por su generosidad, su valentía, su amistad,
y por estar siempre a mi lado.
Os quiero.*

Prólogo

Luz, bailes cómplices bajo las estrellas y cosas sencillas. Así era como yo imaginaba mi futuro.

Uno no decide dónde nacer, ni en qué familia hacerlo. Ni siquiera el momento en que llegamos al mundo es algo que esté a nuestro alcance o elección. El linaje, la raza o la estirpe con la que nacemos nos viene impuesta ya desde que nos formamos en el vientre de nuestra madre, y es esa casta la que, sin quererlo, nos marca el camino hacia nuestro destino. La mayoría lo acepta y sobrevive con ello. Otros, en cambio, reniegan del papel que les ha tocado vivir, y solo sueñan con saltar al otro lado, llegar a lo más alto y formar parte de esa progenie especial, obligándose a convertir su propia vida en una constante lucha por dar ese gran salto.

Mi padre, el gran Philippe Lambert, era uno de ellos.

Philippe, un estirado y severo belga, era dueño de *Sastrería Lambert*, un modesto negocio en pleno corazón de Bruselas que, con el tiempo, él acabó convirtiendo en un referente del sector. Gracias a su perfeccionismo, plena dedicación y exclusividad, mi padre atrajo a los clientes más exigentes y con mayor poder adquisitivo de toda Bélgica. Codearse con la alta sociedad y con las personas más influyentes del país era algo a lo que siempre aspiró, le hacía creer que él y nuestra familia también pertenecíamos a su misma clase.

Mi madre, en cambio, nunca estuvo de acuerdo.

Ella, Esther de Haro, una impetuosa y enamoradiza española de clase media, había dejado su país y todo cuanto conocía esperando vivir un apasionado romance junto a mi padre. Con el paso de los años, aquel amor idealizado mostró su verdadera realidad, truncando así los sueños de mi madre y su deseo de llevar una vida sencilla. El hombre al que amaba vivía por y para la sastrería. Sus ausencias en casa aumentaban conforme lo hacía su fama. La vorágine de constantes reproches lo hacía con ellas. Y la unión que en el pasado había existido entre ambos comenzó a desquebrajarse.

En medio de aquella tormentosa batalla estaba yo.

Resulta curioso que lo primero que se haga con nosotros al nacer sea buscarnos un parecido con alguien de nuestra familia. La nariz, la forma de la cara, la boca... Cualquier detalle es válido para crear ese vínculo que nos una a nuestros antecesores. Si ya la estirpe nos clasifica de manera general en la sociedad, el parecido lo hace de manera más particular en nuestro entorno. Es una necesidad innata en el ser humano, como si catalogarnos y encasillarnos desde pequeños facilitara nuestra propia tranquilidad.

Yo había heredado genes de mis progenitores. La frescura y naturalidad de mi madre. La fortaleza de mi padre. El pelo castaño de ella. Los ojos pardos de él. La piel bronceada de ella. Los labios de él. El temperamento de ella. La dedicación de él. Los sueños de ella. También los de él.

Así fue como acabé estudiando en uno de los colegios más elitistas de la capital, y

relacionándome con los hijos de la gente más importante e influyente de Bruselas, la mayoría clientes de la sastrería. Era parte del grupo, eran mis amigos, y yo me sentía cómoda con ellos. Pero también con mi familia materna, gente llana a la que adoraba y a la que íbamos a visitar cada verano y cada Navidad a España.

Era mi vida, me había acostumbrado a ella y era cuanto quería. Todo iba bien. Había crecido entre dos mundos distintos, entre sueños muy dispares entre sí. Y no me cuestioné cuáles eran realmente los míos hasta aquel final de verano en que todo cambió.

Yo soñaba con cosas sencillas y bailes cómplices bajo las estrellas...

Capítulo 1

Aquella mañana mi madre había ido a entregar un pedido de su última colección a una clienta. Ella hacía bisutería de alta calidad, que repartía personalmente a tiendas de su plena confianza. Esta, en cuestión, estaba en la otra punta de la ciudad, y yo me quedé con mi padre en la sastrería.

—Puedes pintar, pero ten mucho cuidado —recalcó por enésima vez tras dejar mi maletín sobre la mesa que tenía a un lado de la tienda.

Allí los clientes no solían entrar, pero era un lugar medianamente visible en el que él podía controlarme. En el taller estaban las máquinas, a las que tenía, de modo tajante, prohibido acercarme sin su supervisión. El perfeccionismo de mi padre era desesperante a veces, pero yo estaba acostumbrada y no me importaba quedarme en aquel rincón, que más bien parecía un viejo vestidor. Lo que él no sabía era que yo detestaba todo lo relacionado con agujas o alfileres. De pequeña me habían diagnosticado alergia al polvo, y las numerosas visitas al hospital para pincharme crearon en mí una aversión a toda punta metálica. En aquella zona me sentía mucho más segura y podía dar rienda suelta a mi imaginación. Mi abuela materna me había regalado un estuche de pinturas ese verano y no podía separarme de él.

Yo sentía adoración por mi abuela. En su entorno todo el mundo la llamaba Toñi. Para mí era mi abuela Antonia, me era más fácil pronunciarlo y me parecía un nombre más apropiado para ella, dándole la importancia que se merecía. Siempre se las ingeniaba para sacar tiempo de donde fuera para jugar conmigo y con mi prima Diana. La abuela se desvivía cada vez que la visitaba, y me traía a Bélgica un grato recuerdo y algún regalo que otro. Ese año, y en contra de la opinión de mi padre, me sorprendió con un maletín de pinturas. Ella conocía lo mucho que me gustaba dibujar, aunque nunca me dejó claro si lo hizo solo por mí o también por fastidiar a mi padre.

No hay nada que le haga más feliz a un niño que estrenar un juguete nuevo. Yo hacía dos días que había recibido el regalo de mi abuela, los mismos que habían pasado desde que regresáramos de España. No podía separarme de él, y mi padre no tuvo más remedio que claudicar al tener que quedarme con él en la sastrería.

—Laura, dime que lo has entendido o te lo repito de nuevo.

—Que sí, papá. Llevaré cuidado, te lo prometo.

Apenas tenía diez años, pero sabía perfectamente que debía ser extremadamente cuidadosa con sus cosas.

Pese a mi respuesta, él no parecía muy convencido, y se dispuso a coger el maniquí que portaba su mayor obra para alejarlo de mí. Aquel traje llevaba allí desde que abriera las puertas de la sastrería. Fue su primer trabajo, que expuso en el escaparate durante años y que lo catapultó a la fama, al atraer a los clientes más selectos. Apenas había recorrido un paso con él cargándolo, cuando la campanilla de la puerta de entrada sonó. Él me miró de reojo, dudó durante un

instante, y finalmente lo dejó en el mismo lugar que estaba para ir a atender a quien quiera que hubiese entrado en la tienda.

Las voces no tardaron en llegar hasta mí, aunque yo me centré en abrir mi libreta de dibujo y mi nuevo estuche de pinturas para ponerme manos a la obra.

Creo recordar que apenas tardé un segundo en abstraerme de cuanto hubiera a mi alrededor para centrarme en lo único que me importaba. Tal vez sea algo innato a la edad y cuando somos niños nada que no sea un estruendo o un grito de nuestros padres nos sorprenda y nos abstraiga de lo que hacemos. Elche, la ciudad natal de mi madre, estaba llena de palmeras, y yo me moría por plasmarlas en mi nueva libreta.

Dibujando la mitad superior del tronco de la primera palmera, escuché que alguien pronunciaba mi nombre.

—¿Tú eres Laura? —repitió.

Era un chico de más o menos mi edad, de pelo castaño claro y ojos marrones. No tenía la menor idea de quién era, pero a juzgar por cómo iba vestido y por el trato de favor que le había dado mi padre, dejándolo pasar y diciéndole cómo me llamaba, estaba claro que era hijo de alguien importante.

—¿Quién lo pregunta? —cuestioné con curiosidad.

—Soy Mau. ¿Qué haces? —demandó acercándose hasta mí.

Su nombre logró sorprenderme, aunque no tanto como su descaro.

—¿«Mau»? —pregunté para ganar algo de tiempo e intentar averiguar qué intención tenía en lo que yo hiciera o dejase de hacer.

—Maurice —aclaró—. Pero me gusta más Mau —añadió con una sonrisa que me hizo saber que podía confiar en él.

Apenas hacía unos segundos que lo había visto por primera vez y no veía adecuado decirle mi opinión, pero prefería Maurice antes que el diminutivo, que me recordaba al maullido de un gato.

—¿Qué árbol estás dibujando? —insistió, con la mirada puesta en los primeros trazos.

Me sorprendió ver la frescura con la que hablaba y lo cómoda que me hacía sentir. Los hijos de los clientes de mi padre solían ser unos estirados, como los alumnos de mi colegio, que solo con el paso del tiempo y si te conocían lo suficiente, se mostraban así de cercanos como lo estaba siendo él.

—Es una palmera, como las de la ciudad de mi madre y mi abuela.

—¿De dónde son?

—De Elche, una ciudad de España.

—¿Eres española? —demandó con sorpresa.

—Ellas sí. Yo soy belga. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

—He venido con mi padre. Acabo de llegar de Londres. Ha visto lo que he crecido este año y... ya sabes —señaló alzando los hombros.

Sabía a qué se refería. Los chicos como él estaban obligados a llevar trajes a cada acto que acudieran.

—¿Qué hacías en Londres? —curioseé.

—He estado en un internado.

Debió verme la expresión de la cara, porque se echó a reír y no tardó en apresurarse a darme explicaciones.

—No son tan duros como la gente cree —aclaró curvando de nuevo sus labios.

¡Tenía una sonrisa preciosa!

—¿Te obligaron a ir? —curioseé.

—La verdad es que lo pedí yo.

«Ahora sí que no entiendo nada», pensé.

—Quería aprender el idioma. Además, allí tengo a buenos colegas.

Charlar con él fue algo sencillo, espontáneo. Era como si nos conociésemos de toda la vida, como si entre esos colegas de los que él había hablado hubiese estado yo desde siempre. Maurice era ingenioso, divertido y mucho más natural que los chicos del colegio con los que estaba acostumbrada a tratar. Había algo distinto en él. Tal vez se debía al tiempo que había estado fuera de Bélgica, pese a tener entendido que en Inglaterra eran mucho más estrictos que aquí. Seguimos conversando, y aquella duda se disipó al instante, como una brisa de viento de otoño levanta una hoja ocre del suelo y la traslada hasta cierta distancia. Hablar con él era como montar en bicicleta después de mucho tiempo, cuando temes que al principio no puedas mantener el equilibrio, pero después te sorprendes pedaleando con total naturalidad.

—Maurice, ven que Philippe te tome medidas.

Fue su padre desde la tienda.

—Ahora vuelvo. No te vayas, que quiero ver cómo son las palmeras españolas —bromeó antes de marcharse.

Volví a desconectar de las voces y me centré en mi dibujo. En otro momento me hubiese tomado mi tiempo, pues en la sastrería el reloj siempre iba más lento de lo habitual. Aunque esa vez tenía un aliciente, debía darme prisa si quería terminar a tiempo para que él lo viera.

«¡Menuda mierda!».

—¡Ya estoy aquí! —anunció Maurice a su regreso, justo cuando yo acababa de descubrir que había hecho una auténtica chapuza.

«Las prisas no son buenas», me repetía mi abuela. Y qué razón tenía.

En un acto instintivo agarré la libreta y la escondí a mi espalda.

—He decidido hacer un cactus —se me ocurrió de pronto.

Era la peor excusa que podía darle, pero fue lo primero que me vino a la cabeza al ver lo decidido que se mostraba en ver mi desastroso dibujo.

—Los cactus no están mal —defendió él, avanzando más hasta mí.

Me levanté de la silla y comencé a rodear la mesa, huyendo de él. Yo para saber en qué dirección salir si decidía correr hacia mí. Él, supongo, que para saber cuándo alcanzarme.

Dimos dos vueltas alrededor de la mesa. Despacio. Vigilándonos. A paso lento. Hasta que su gesto me hizo creer que vendría a por mí por uno de los lados. Me hizo una finta en toda regla, y apenas le costó pillarme y arrancarme la libreta de las manos.

—¡Dámela! ¡Es mía! —grité intentando arrebatarla de las manos.

Era más alto que yo, tenía el brazo estirado hacia arriba, y por más que yo saltaba no lograba ni rozar con los dedos el canto del papel.

Alzó la mirada y, al ver el dibujo, rio a carcajadas.

—La verdad es que se parece más a un cactus que a una palmera —se mofó.

Noté cómo toda la sangre de mi cuerpo subía hasta mis mejillas.

—Es solo un boceto, idiota —defendí sin cejar en el empeño de quitarle la dichosa libreta—. ¡Dámela!

—A ver, no es hiperrealismo, eso está claro.

No sabía cómo se denominaban los distintos estilos de pintura, pero no hacía falta ser ningún genio para saber que se estaba divirtiendo a mi costa.

—¿Ahora eres crítico de arte? —farfullé en otro salto, muy a mi pesar en vano.
—Tampoco es surrealismo —prosiguió—. Según los expertos trazos...
—¿Quieres dejarlo ya? —gruñí harta de su mofa.
—...Y según los colores usados...
—Da-me la li-bre-ta —insistí en cada intento.
—¡Ya lo tengo! Se puede deducir que esta magnífica obra, con esas formas y esos pinchos, pertenece al estilo *palmeriano*.
—¿Y ese qué estilo de pintura es? —demandé con la respiración agitada de tanto salto.
—¿Cuál?
—El *palmeriano*.
—¡Me la agarras con la mano!

Maurice echó a correr y yo salí tras él. Lo peor de todo es que me había hecho gracia su broma y los dos nos tronchamos de risa alrededor de la mesa. La mala fortuna quiso que, en la carrera, golpeáramos el bote de pintura verde y acabase cayendo al suelo.

Dicen que los colores influyen en nuestra personalidad. Otros buscan relación entre ellos y nuestros anhelos o estados de ánimo. En la mayoría de teorías, el color verde se asocia a la esperanza.

Yo lo asocié al cataclismo. A la hecatombe. A la catástrofe.

Al ver lo que habíamos hecho, ambos nos detuvimos en seco. Me coloqué frente al bote y mi incliné para cogerlo. Maurice me miraba en silencio desde el otro lado de la mesa. Nuestros padres desde el extremo contrario. El estruendo había provocado que la pintura saliese disparada, estrellándose contra el traje que mi padre conservaba aún sobre el maniquí. Su mayor trabajo. Su joya.

Ni siquiera las disculpas de ambos sirvieron de algo. Tampoco que mi madre interviniese por mí ante mi padre a su regreso, ni durante el resto del fin de semana.

Philippe dejó de hablarme durante días.

Me castigó durante semanas.

Y me prohibió bajar a la sastrería durante lo que me quedara de vida.

Solo el comienzo del nuevo curso me devolvió la sonrisa. El hermano de Alice, una de mis mejores amigas, había regresado de Londres. Se llamaba Maurice, y, al igual que ella, era hijo del duque Dumont.

«Sanar siempre dependerá de ti, aunque la culpa no haya sido tuya».

Capítulo 2

Si a los diez años ya es difícil sobrevivir, aún lo es más a los trece y con gafas.

Llevaba un tiempo con dolor de cabeza y había observado que me costaba ver con claridad lo que los profesores ponían en la pizarra. El oftalmólogo y mi madre lo tuvieron claro, y esa misma semana mis ojos quedaron escondidos tras unos cristales rodeados de duro metal, que me llegaba hasta detrás de las orejas. Yo prefería lentillas, claro está, pero no tenía voz ni voto y ellos decidieron por mí. ¡Cómo detestaba que me ignorasen de esa forma!

A los trece años ya no somos niños. Ya no dependemos de nadie para poder ducharnos, comer o salir a la calle como cuando somos pequeños. A esa edad tenemos claro qué ropa nos gusta, qué música y lo que nos hace sentir bien. Pero nuestras decisiones no son tomadas en serio porque aún no pertenecemos a ese grupo llamado adolescencia, donde todo el mundo da por hecho que nuestra personalidad ya estará totalmente definida. A los trece años no somos niños ni adultos, no pertenecemos a ningún grupo en concreto. Somos como un puente. Uno que esperamos atravesar con irrefrenables deseos de alcanzar el otro lado, porque allí se nos escuchará y sentiremos que formamos parte de algo. Es un puente con un trayecto largo, lento, que parece no tener fin. Sobre todo, si tu cuerpo comienza a florecer y te obligan a llevar unas malditas gafas.

Aún recuerdo mi primer día de clase con ellas. Quería desaparecer. Literalmente. Porque pasar desapercibida con aquello en la cara era del todo imposible. La mayoría usaba lentillas, y los pocos que las llevaban eran objeto de mofas y burlas por parte del resto. Yo no iba a ser la excepción. Aquel día me dejé el pelo suelto, intentando esconder lo máximo posible aquel objeto de tortura. No sirvió de nada. La noticia se extendió como la pólvora y a mitad de mañana, en el patio ya todo el mundo sabía que Laura Lambert, la hija del sastre, llevaba unas puñeteras gafas.

—No les hagas caso. Te quedan bien —me consolaba Alice.

—¿Y no has podido convencer a tus padres para ponerte lentillas? —cuestionó Beth, una compañera de clase. Ella era rubia, la más atrevida del grupo e hija de un importante empresario belga.

Respondí a su pregunta, como a las del resto de mis amigas. Nunca me ha gustado ser el centro de atención, y esa mañana parecía no haber otro tema del que hablar. Por más que intentara cambiar de conversación todo se hilaba y nos hacía regresar al mismo punto de partida. Evadirlo era inútil, tanto como golpearse con una piedra en la rodilla. Inútil y doloroso.

El timbre sonó y las cinco nos encaminamos hacia el pabellón para retomar las clases. Era cuando nos cruzábamos con Maurice y su grupo de amigos, que venían de la pista de jugar al fútbol.

Habían pasado tres años desde su regreso a Bélgica, tres inviernos desde que nos conociéramos en la sastrería, y ni un solo día había dejado de saludarme o de dedicarme alguna

mirada cómplice. Aquel encuentro del pasado me supuso un alejamiento emocional de mi padre, aunque también un acercamiento amistoso con el hijo del duque. Alice gastaba bromas sobre nosotros y yo siempre le reprochaba su exceso de imaginación.

Bendita imaginación.

Sus bromas cogieron forma hasta el punto de que yo también acabé recreando en mi mente imágenes y escenarios en los que siempre aparecía él. Maurice había conseguido meterse en mi cerebro día y noche. Apenas nos decíamos unas pocas palabras cuando nos cruzábamos, pues él era dos años mayor que nosotras y tenía su propio grupo de amigos. Pero cuando me hablaba, cuando me saludaba con la misma sonrisa con la que apareció en la sastrería, algo en mi interior se conectaba. Al principio no era más que un cosquilleo por la complicidad que nos unía de la trastada que le hicimos al estirado de mi padre. Con el tiempo, y conforme fui cumpliendo años, aquel cosquilleo se extendió a otras partes de mi cuerpo. Había llegado a tal punto que, con tan solo verlo, el corazón me bombeaba con fuerza hasta golpearme las costillas. El retumbe me llegaba hasta los oídos. Aunque la sordera no era lo que peor me hacía sentir. La sequedad de mi boca y mi parálisis momentánea de cerebro me provocaba que tartamudeara en más de una ocasión. Por eso, muchas veces me limitaba a sonreír cuando él me guiñaba un ojo o simplemente me saludaba.

Esa mañana fue una de esas ocasiones.

Cansada del monotema de mis gafas, a nuestro regreso al pabellón me obligué a pensar en la siguiente clase. Tocaba matemáticas. No se me daban muy bien, pero los números y los cálculos me vendrían bien para desconectar un rato.

«Hoy tocan las raíces cuadradas. ¿Pondrá muchos ejercicios? Joder, espero que no, porque tampoco me...».

—¡Qué bien te sientan las gafas, Palmera!

Cuando alcé la vista y vi que era él quien estaba a mi lado subiendo las escaleras, casi me caigo de culo.

Llevaba tres años llamándome así y seguía sin importarme. Es más, si he de ser sincera, me encantaba que lo hiciera. Porque aquella simple palabra escondía una complicidad entre ambos, algo que solo nos pertenecía a los dos y que nunca quise contar por temor a romper la magia.

—¿Tú crees? —cuestioné pasándome la mano por el pelo.

Nuestras escuetas conversaciones eran así, de pasada, cuando coincidíamos a la entrada, a la salida, o cuando regresábamos del patio, en las que nos decíamos cualquier cosa o simplemente nos mirábamos.

—Por supuesto. Y tú también deberías —añadió guiñándome un ojo con aquella sonrisa ladeada que tanta electricidad me provocaba en el cuerpo.

—Igual eres tú quien las necesita más que yo —le rebatí, haciéndole ver que estaba ciego al pensar así.

Él me respondió poniendo los ojos bizcos a modo de burla, justo cuando nuestros caminos se separaban y él continuó subiendo hasta el piso superior, junto a sus amigos.

—¿Vas a decirme algún día por qué mi hermano te llama así? —me demandó Alice, enredando su brazo al mío al adentrarnos en el pasillo.

—Algún día —dejé caer como si la cosa no fuese conmigo.

Las dos nos echamos a reír bajo la inquisitiva mirada de Beth.

«Quien te envidia no desea lo que tienes, lo que desea es que tú no lo tengas».

Capítulo 3

Resulta curioso el modo en que el ser humano necesita clasificarlo todo. La familia. La amistad. El dinero. La salud. La felicidad. La niñez. La madurez... Es como si poner etiquetas y nombres a todo cuanto conocemos nos concediera más control, más seguridad para seguir avanzando y no caer en el abismo de lo desconocido. O tal vez esa necesidad lleve implícita la de designar algo para tener a quien culpabilizar cuando algo no va bien o nos disgusta.

Yo tenía una.

¡Puñetera adolescencia! Por su culpa mi cara se había convertido en un valle repleto de pequeños volcanes al borde de la erupción. Ya tenía casi dieciséis años, no tenía sentido que aquellos granos brotasen ahora que me acercaba a la mayoría de edad. Tenía más que asumida mi nueva vida, mi forma de vestir e incluso el usar gafas, tras mi revisión anual con el oftalmólogo. Pero de ahí a tener la cara así iba un abismo.

El cambio que había sufrido mi cuerpo tampoco ayudaba demasiado.

Mi cintura se había estrechado, pero mis caderas parecían estar molestas la una con la otra para distanciarse tanto como lo habían hecho. Mis pechos habían crecido y me obligaban a usar esa prenda de tortura llamada sujetador, que marcaba todas mis prendas y me hacía sentir encadenada. Por no hablar de mi culo, convertido en una cadena montañosa que, olvidada hasta entonces, ahora parecía reclamar su lugar llenando cada pantalón con insolentes curvas.

¡Dios, cómo detestaba el reflejo que veía en el espejo! Yo quería ser como el resto de mis amigas, que aún tenían las posaderas y el pecho plano y podían permitirse vestir como quisieran. Sobre todo, Beth.

Ella era simplemente perfecta. Se había convertido en un cisne estilizado de hermoso cabello rubio y mirada gatuna que no dejaba indiferente a nadie. Ni siquiera a Maurice.

Ambos eran los más populares del colegio y sin apenas esfuerzo lograban ser el centro de atención. De un modo egoísta me alegraba de ello, porque así tenía la oportunidad de poder mirarlo cuanto quisiera. Aunque siempre fuese acompañado de Beth, que no se separaba de él ni con agua caliente. Se había convertido en su sombra, casi en su guardaespaldas, a juzgar por cómo se dirigía a las chicas que intentaban acercarse a él. Por suerte, nosotras éramos del mismo grupo y no nos trataba como al resto.

Es peculiar que a ciertas etapas de nuestra vida la diferencia de edad sea como un inmenso océano entre dos trozos de tierra. Con el tiempo, esa distancia se acorta, hasta transformarse en un simple riachuelo que podemos cruzar de un solo salto, sin apenas esfuerzo.

Eso fue lo que nos pasó a nosotras con el grupo de Maurice. Ellos iban dos cursos por encima de nosotras, eran «los mayores», los intocables. Pero con los años, esa diferencia, ese abismo que había entre ambos mundos, se redujo a la nada. Entre todos acabamos formando un nuevo y más amplio grupo, donde él y Beth eran los indiscutibles reyes que portaban la corona.

El tratamiento de rey Maurice solo estaba en mi cabeza. Ni siquiera llegaría a ser duque, pues el título lo heredaría su hermano mayor. Sin embargo, él no necesitaba título alguno para llamar la atención. Tampoco corona. Era su personalidad arrolladora, su carisma, su simpatía y su cualidad innata para conquistar lo que lo había catapultado a lo más alto. Beth solo era la consorte.

Además de tener un rostro perfecto, el pelo castaño sedoso y un estilo único, Maurice también había sufrido un cambio en su cuerpo. Les había ocurrido lo mismo a los demás chicos del grupo. Ya no eran simples tablas verticales que solo pensaban en jugar al fútbol. Ahora sus torsos eran más anchos y fuertes que antaño, y sus brazos habían dejado de ser meros alambres para definirse en firmes curvas que ya se apreciaban bajo las mangas de sus camisas. Las traseras de sus vaqueros también habían cogido forma, y habían adquirido el poder de atraer muchas de nuestras miradas.

Ya nada era igual. La inocencia se había marchado, había dejado su asiento libre junto con la paciencia, para que la picardía y la inquietud ocupasen su lugar. Lo ingenuo ahora era retorcido, y lo simple complicado.

En medio de aquella vorágine de sentimientos y estados de ánimo de culo inquieto que nunca sabían en qué lugar quedarse, vi cómo aquello que guardaba en mi interior, y que me negaba a aceptar, crecía cada día de un modo imparable. Estaba molesta con el mundo. Y aún más conmigo misma.

Me había convertido en una masoquista que se negaba a no ser testigo de la relación entre Maurice y Beth, aun sabiendo el daño que me causaba. Los reproches y las discusiones de mis padres en casa no eran nada comparado con aquel desgarrador sentimiento que se afianzó en mí con la fuerza de un tornillo de acero anclado a la pared. Me perseguía allá donde fuera, día y noche, como una sombra que ni siquiera la penumbra lograba hacerla desaparecer.

Volqué todo mi esfuerzo en custodiar y mantener a salvo aquel secreto. Escogí aquel dolor antes que prohibirme la oportunidad de verlo, aunque fuese en brazos de otra chica que no fuese yo. Me conformaba con las migajas que me dejaba. Una broma. Una mirada. Una sonrisa. Cualquiera era mejor que no tener nada. La sola idea de alejarme de él, de no poder compartir los escasos momentos que me dedicaba me desgarraba por dentro. Tan solo era cuestión de esperar, de aguardar a que llegase aquel efímero instante en que un gesto suyo fuese dirigido a mí. Porque por poco que durase, por muy corto que fuera, era capaz de sanar cualquier herida abierta.

Y porque, a pesar de todo, aquel siempre sería mi momento.

Nuestro momento.

«Así como hay gente que rompe, también hay personas que arreglan hasta lo que no rompieron».

Capítulo 4

El verano.

Una etapa que todos esperamos con ansia porque supone el fin del curso, el inicio de las vacaciones, de los baños, los helados y las salidas al aire libre. Las veladas se alargan, los encuentros se multiplican, y la diversión recobra vida. Nos sentimos más libres, más alegres y abiertos a lo que pueda venir. Las normas son menos estrictas, el estrés disminuye y, aunque debamos madrugar, trasnochar ya no nos parece un imposible.

Ese día habíamos quedado para ver cine al aire libre. En algunos parques de Bruselas ponen películas por la noche, y en esa en cuestión reponían *Dirty Dancing*^[1].

La temperatura aquí suele bajar bastante por la noche, y yo buscaba en mi armario una fina manta que echarme en la mochila, cuando mi madre entró en mi cuarto.

—Laura, tengo que hablar contigo.

—Ahora no, mamá. He quedado y ya llego tarde —respondí sin volverme. La maldita manta no aparecía por ninguna parte y lo estaba dejando todo hecho un desastre.

—Será solo un momento —insistió ella.

—¡Aquí está! —celebré al dar con ella, bajo un puñado de ropa amontonada que ni sabía que estaba allí—. Lo siento, mamá, pero he de irme o no cogeré un buen sitio —me excusé al rebasarla y pasar por su lado.

—Está bien. ¡No llegues tarde! —me gritó a la espalda.

Salí escopetada de allí sin despedirme siquiera de mi padre. Él estaba en el salón repasando unos patrones. Últimamente traerse trabajo a casa se había convertido en algo habitual en él, cuando solo tenía que bajar las escaleras para llegar a la sastrería, y no llenar así la mesa con sus enormes papeles.

La relación con mi padre se había reducido a discusiones por todo y por nada. No había vuelto a poner un pie en la sastrería, y no porque él no me hubiera levantado el castigo, pues lo hizo al poco tiempo de lo que ocurrió con su querido traje. Sino porque no me apetecía lo más mínimo hacerlo. Allí no había nada por lo que yo sintiera afecto. Aquel mundo era su pasión, no la mía. Él prefería pasar su tiempo allí que conmigo. Y yo ya me había acostumbrado a ello.

Mentirle a mi madre, en cambio, no era algo que me agradara demasiado. Había achacado mi prisa a encontrar un buen asiento de los muchos que el ayuntamiento ponía en los parques. Sin embargo, aquel no era el verdadero motivo por el que salí escopetada de casa. La familia Dumont se marchaba a su casa de la playa, y yo pasaría gran parte del verano sin ver a Maurice.

Además, me las había ingeniado para que él y Alice pasaran a recogerme. Maurice acababa de sacarse el carnet de conducir y su padre, el duque, le había regalado un coche por su graduación.

—¡Venga, date prisa o no encontraremos aparcamiento! —me gritó Alice, con la ventanilla

bajada, desde el asiento de copiloto.

—Gracias por esperarme. No encontraba la manta —me excusé al adentrarme en la parte de atrás.

—¿Una manta? Para taparte y que nadie vea lo que haces debajo, ¿eh, Palmera? —me soltó Maurice en tono picaresco, con su habitual sonrisa ladina, a través del espejo retrovisor.

—¡Mau, eres idiota! ¿Cómo le dices eso? —intervino Alice molesta, dándole un manotazo en el brazo.

—Son bromas entre ella y yo que tú nunca entenderías, hermanita —se excusó.

«Entre ella y yo».

Aquellas cuatro palabras enraizaron aún más mis sentimientos hacia él. Cada frase, cada gesto de complicidad se colaba en mí del mismo modo que el agua de la lluvia penetraba en la tierra. Creando surcos. Con bifurcaciones. Abriendo caminos que antes no existían.

—¿A ti te da igual que te hable así? —me demandó Alice, volviéndose hacia mí.

—Sé que es un bromista, y no me importa —respondí.

Me hubiera gustado decirle la verdad, atreverme a confesarle lo que sentía realmente hacia su hermano. Nunca me atreví.

—Pues a mí sí que me importa —refunfuñó—. Así que haz el favor de no repetirlo —le advirtió.

—Cada día te pareces más a mamá —defendió Maurice.

—Y tú a Romy, cuando insistes en ser un capullo.

Romy era su hermano, el mayor de los tres, y el más desentendido con el apellido Dumont. Según me había contado la propia Alice, en el último año había cambiado mucho, se relacionaba con gente nueva y se había convertido en un vividor que pasaba los días saliendo de fiesta y malgastando el dinero de la familia.

El semblante de Maurice cambió tras la última frase de Alice, y lo hallé buscándome con la mirada a través del espejo.

—Palmera, la sargento de mi hermana tiene razón. Discúlpame.

«Te perdonaría incluso aunque me llevases al mismísimo infierno».

—Disculpado —susurré.

Su sonrisa a través del cristal.

Un guiño.

Y un fuerte aleteo imparable en mi estómago vacío.

El cielo comenzaba a cerrarse cuando nos sentamos en las tumbonas de tela. Las farolas se apagaron, y el grupo comenzó a silbar nada más aparecer las primeras imágenes en blanco y negro en la pantalla.

Durante el trayecto, Maurice nos había comentado a Alice y a mí que se sabía la película de memoria de la cantidad de veces que la había visto. En el internado de Londres solían reponerla a menudo, y para entretenerse, sus compañeros y él se levantaban y coreografiaban los bailes muertos de la risa. Yo imaginé aquella imagen en mi cabeza, aunque no precisamente con risotadas que pudieran estropearla.

Sentado en la fila anterior a la nuestra, junto a su inseparable Beth, Maurice susurraba las frases de Johnny, el personaje interpretado por Patrick Swayze. Desde mi posición, podía ver cómo ella le reñía y le pedía que se callara, mientras que mi yo interior rogaba porque no lo hiciera. Me gustaba escucharlo, comprobar que era cierto todo lo que nos había contado a Alice y

a mí de camino al parque. Su voz lograba que me adentrara en la película como nunca antes lo había hecho. Siempre he ido sobrada de imaginación, puede que demasiado, y por aquel entonces era todo un auténtico despilfarro. Era capaz de imaginarnos a ambos de protagonistas, compartiendo guion y reviviendo cada momento. Tanto es así, que en la escena donde ellos ensayan el baile y ella le pisa el pie, las palabras salieron disparadas de mi boca.

—Toma pisotón.

Maurice se volvió para mirarme, regalándome una vez más aquella sonrisa ladina que tanto conseguía atrapar en su red. Solo él era capaz de levantar un lado de la cara y llevar el pómulo hasta su carismática mirada, sin un atisbo de soberbia. De todos sus gestos, aquel era mi preferido, y el que más aceleraba mis latidos.

Con aquella complicidad que había entre nosotros, me fue aún más fácil continuar recreando cada secuencia. Llegué incluso a dejar de ver el rostro del actor para visualizar el de Maurice. Contoneándose al ritmo de la música. Observando cada movimiento. Cada gesto. Y el modo en que la miraba a ella. El modo en que me miraba a mí.

Al llegar a la escena en la que ambos discuten y ella le confiesa «tú lo eres todo», sentí que el corazón me explotaría bajo el pecho. No podía seguir inmersa en la película. Baby había sido valiente y le había confesado sus sentimientos. Mientras que yo, desde mi particular butaca, no era más que una mera espectadora, obligada a conformarse, a guardar silencio y custodiar un secreto que empezaba a consumirme por dentro. Temía no poder mantenerlo a salvo, que el fuego que ardía en mi interior explotara por alguna parte y me dejara en evidencia, que destruyera lo que ambos habíamos construido, que aniquilara la poca esperanza que guardaba porque todo cambiase y...

Maurice se levantó y se llevó a Beth con él. La película no había terminado, de hecho, estaba a punto de comenzar el momento estelar. El beso.

Los chicos pusieron voz a mis pensamientos, y les preguntaron a dónde iban mientras pasaban por delante de ellos. Él no respondió, y mi maldita imaginación se atrevió a dar la respuesta.

«Irán a liarse».

En el lado izquierdo de donde estaban ubicadas las filas de tumbonas había un pequeño espacio. Maurice se detuvo en él y, girándose hacia la pantalla, colocó a Beth en la misma posición que lo estaba la protagonista, y comenzó a contonearse al ritmo de la canción *Cry to me*^[2].

—¿Qué haces? ¿Para esto me has levantado? —refunfuñó.

—Venga, déjate llevar por una vez —le pidió él con aquella picardía que tanto le caracterizaba.

—¡Suéltame! —gruñó—. ¡Qué vergüenza! —añadió mientras regresaba a su asiento.

Vi cómo él resoplaba y no me lo pensé. Actué por instinto, porque estoy segura de que, de haberlo meditado siquiera un segundo, jamás me hubiese atrevido a hacer lo que hice.

Me levanté, pasé por delante de Alice y del resto de amigas, y llegué hasta él con una sonrisa que me cruzaba media cara.

—A ver, Johnny, muéstrame lo que aprendiste en el internado.

Amar en silencio es triste.

Amar sin ser correspondido es desolador.

Pero cuando un rayo de luz aparece entre tanta oscuridad, no tienes más remedio que aferrarte

a ella y seguirla como si tu vida dependiese de ello.

Yo seguí mi luz, y me agarré a ella. Sin dudas. Sin remordimiento. Siendo valiente por una vez en mi vida.

Maurice me agradeció el gesto con una sonrisa y me agarró por la cintura para acercarme más a él. Aquel contacto desbocó mi corazón y anuló todo cuanto nos rodeaba. Dejamos de ser un grupo para ser solo dos. Dos amigos que bailaban al ritmo de «Llora conmigo», como los protagonistas de la película.

Sus manos me sujetaban por detrás, y dejé caer mi espalda, que balanceé hasta encontrarme de nuevo contra su pecho, acogiendo su arrebatador olor. Con él me sentía a salvo. Todos mis miedos se disipaban. Y la dejé caer una vez más. Y otra, mientras su cadera presionaba y se contoneaba frente a la mía. Guiándonos. Danzándonos a ambos a un lugar donde no existía nadie más, donde solo estábamos él y yo, un «nosotros», y la voz de Solomon Burke.

No hubo caricias. No hubo beso. Y ninguno se quitó la ropa como en la película. Pero yo desnudé mi alma en cada movimiento. Doblé cada articulación y moldeé mi cuerpo para amoldarme a sus pasos, para amoldarme a él con la elasticidad de una goma. Él era mi viento y yo la hoja que se mecía a su merced. A su deseo. Y al mío.

La banda sonora era excepcional. Una obra de arte que ha permanecido y permanecerá siempre en nuestra memoria. Pero esa noche, tras aquella escena, y con ella nuestro baile, me di cuenta de que ya nunca volvería ser la misma.

La música se convierte en recuerdos cuando te llega al corazón. Es capaz de adentrarse en tu interior y removerte cada sentimiento. Capaz de transportarte sin necesidad de viajar. De encoger tu pecho hasta provocarte sollozos convertidos en lágrimas. O de ensancharlo hasta dibujarte una sonrisa en el rostro.

Aquella canción dibujó una enorme en el mío. Y la mantuve durante toda la noche. Hasta que alguien se encargó de transformarla en llanto.

Se había hecho tarde y yo debía regresar a casa. Tras la película, nos habíamos ido a un local para tomarnos algo. El tema de conversación era el *bailecito*, como ellos lo llamaban, que Maurice y yo habíamos protagonizado. Beth no ocultó su molestia conmigo, y los chicos no dejaron de bromear sobre el asunto.

—Dejadlo ya —les pedí, harta de que no hablaran de otra cosa—. Ha sido solo un baile.

—¿«Solo un baile»? ¡Ha sido épico! —defendió Alice.

—Épica es una batalla medieval, no esto —cuestionó uno de los chicos.

—Eh, vale ya —intervino Maurice—. Si hubieseis estado en el internado conmigo, no le daríais tanta importancia.

—¿Crees que no la tiene? —le demandó Beth.

—Solo ha sido un baile. ¿Qué hay de malo?

—Ya veo que eres incapaz de ponerte en mi lugar —masculló ella al levantarse, para después desaparecer del local.

Maurice resopló antes de salir tras ella. Yo le compadecía, aunque en el fondo había una parte de mí que se sentía culpable.

Al cabo de un rato sentí la necesidad de ir al aseo. Yo era de las pocas del grupo que solía hacerlo sola. Era una de esas rarezas que tenía, según los chicos, pero que yo pasaba por alto, como muchas otras. De camino al baño, seguí dándole vueltas a la idea de disculparme con Beth. Ella y Maurice aún no habían regresado, por lo que supuse que la bronca que había provocado debía ser gorda para mantenerlos tanto tiempo fuera de allí.

El local estaba situado en una esquina y era de los pocos que tenían el baño con ventana. Fue a través de ella donde reconocí la voz de Maurice, mientras me desabrochaba el pantalón.

—Ya te lo he dicho mil veces. Solo ha sido un baile.

Debían estar en la acera, muy cerca de donde yo estaba.

—Pero si todo el mundo creía que erais novios —le rebatió ella.

—¿Y qué más te da lo que crean los demás?

—Claro que me importa. Y a ti debería importarte aún más, siendo hijo de quien eres.

Por un momento dejé de escucharlos. Mi necesidad era aún mayor que mi curiosidad. Además, lo que tenían entre ambos era algo que solo les concernía a ellos.

Una vez terminé y me vestí de nuevo, me disponía a tirar de la cadena cuando escuché mi nombre.

—Laura sabía lo del internado y por eso ha querido bailar conmigo. Eso es todo.

Era la primera vez en seis años que Maurice no me llamaba Palmera.

—¿Acaso no ves que esa gafotas está loca por ti? —cuestionó Beth con rabia.

Me quedé inmóvil. Jamás pensé que ella me odiara hasta ese punto.

—¡Venga ya! ¡No digas tonterías!

Por su tono de voz, sabía que Maurice comenzaba a enfadarse.

—¿«Tonterías»? Si le dices que se tire de un puente, ella lo haría sin pensarlo.

—Igual que mis colegas —defendió.

—¿A ellos también los sobarías como has hecho con ella para dejarme en ridículo?

—Joder, Beth, ¿en serio tienes celos de ella? ¿La has visto bien?

Mi corazón se desbocó, dejándome sin aliento. Los latidos eran tan fuertes que me retumbaban en los oídos y apenas me permitían oír.

—Sí. Y por eso sé que es capaz de todo con tal de pillarte.

—¡Por el amor de Dios! ¿Te estás oyendo?

—¿Y tú?

—Ella es solo una amiga, Beth.

—¿Y por qué tienes tanta complicidad con ella? A ver, ¡dime!

—Por pena, ¡joder!

Fui incapaz de escuchar más. Salí de allí como alma que lleva el diablo. Ni siquiera me despedí de Alice o del resto. No quería saber nada de ellos. Lo único que podía pensar era en llegar a casa y acurrucarme en mi cama para llorar a moco tendido. Había sido una idiota. Una completa y tremenda idiota que solo ansiaba desaparecer. Para siempre.

Paré un taxi que me llevó hasta mi portal. No había gastado nada y pude pagarle la carrera.

Al abrir la puerta de casa vi que la entrada estaba repleta de maletas. La luz del salón estaba encendida, aunque la ignoré para dirigirme a mi cuarto. Apenas estuve sola más de unos segundos. Mi madre entró poco después y se sentó a un lado de mi cama.

—No me echas la charla, mamá. Ahora no —balbuceé entre sollozos, tumbada boca abajo, con la cabeza hundida en la almohada.

—Laura, cariño, no sé qué te ha pasado, pero sea lo que sea, lo solucionaremos.

—Mamá, ahora no me apetece hablar. Déjame, por favor.

—No puedo, cielo. Tenemos que irnos a España.

Había visto las maletas. Como para no hacerlo. Aunque lo último que me apetecía en aquel momento era viajar a ninguna parte. Solo quería llorar, hundirme en la miseria y auto-culparme por lo tonta que era.

—Lo hablamos mañana. Déjame.

—Laura, cariño. Salimos en una hora.

—¿Tan pronto? ¿Por qué? —demandé volviendo la cabeza hacia ella y poniéndome las gafas de nuevo—. ¿Desde cuándo salimos de vacaciones de madrugada?

—No son vacaciones, cielo. Tu padre y yo vamos a divorciarnos.

«Hacer cambios en la vida nos asusta. Pero debería asustarnos más el no intentarlo».

Capítulo 5

El teléfono de mi mesa sonó. Vi que era una llamada interna y lo cogí.

—Laura, ¿puedes venir a mi despacho, por favor? —escuché nada más descolgar. Era mi jefe.

Ni un «hola», ni un «buenos días». Cuando era así de directo no presagiaba nada bueno.

—Claro, señor Castaño. Ahora mismo —respondí.

Me estiré la camisa al levantarme, cogí mi móvil y salí de mi oficina dispuesta a escuchar lo que tuviera que decirme.

Atravesando el pasillo, sentí que las piernas me flaqueaban. Estaba nerviosa, y tenía motivos para ello. Llevaba días esperando su valoración a la maqueta del nuevo libro que íbamos a publicar, y deduje que ya tendría un veredicto para darme. Mi jefe era muy estricto, demasiado para algunos de mis compañeros. Yo ya estaba acostumbrada, me había criado con alguien mucho más severo e inflexible que él, y por eso me había atrevido a mostrarle mi nueva creación. Aquel estilo era novedoso, atrevido e ideal para el género de novela que pretendíamos publicar.

Su secretaria ladeó la cabeza al verme. Éramos buenas compañeras, y supe por su gesto que mis sospechas no eran del todo infundadas. Di con los nudillos en la puerta y me adentré en el despacho.

—Con su permiso.

—Pasa y siéntate, por favor —indicó mi jefe.

Su semblante era el mismo de siempre. Serio y con aquellas marcadas ojeras que desviaban la atención de su enorme nariz.

—No tengo mucho tiempo, así que iré al grano —comenzó diciendo desde su asiento, al otro lado de la mesa—. He visto tu maqueta y no vamos a sacarla.

Una montaña desprendiéndose ladera abajo. Así visualicé aquel instante en que me desveló lo que en el fondo ya intuía. Deseaba haber errado en mi juicio y que solo hubiesen sido señales fruto de mi, siempre activa, imaginación. Pero no, no me había equivocado y allí estaba mi editor, tirando por tierra uno de mis mejores trabajos. Aquella maqueta llevaba tiempo en mi mente, y había aguardado a que llegase el libro adecuado para poder hacerla y presentársela. O puede que no. Puede que también hubiese desacertado con respecto a los tiempos, o simplemente que él fuese un capullo, tal y como afirmaban los compañeros. Dueño de una editorial que crecía de manera exponencial, sí, pero que apostaba por los clásicos sin atreverse a ser transgresor, sin ser capaz de reconocer un buen trabajo que, de seguro, le haría triunfar en el mercado.

—Lamento oír eso —respondí con templanza.

—Sé que te concedí el permiso para hacer algo nuevo cuando me lo comentaste, pero no te contraté para que ocuparas las horas de tu jornada en diseños tan complejos que no casan con

esta editorial.

—Aposté por esta maquetación porque es perfecta para la novela y porque sería una edición especial de la que todo el mundo hablaría —defendí.

—Si tuviera que publicar todas las ediciones que llegan a mi mesa, no seríamos la firma que somos a día de hoy. Seríamos el hazmerreír del sector, y todo el mundo hablaría del batiburrillo que sacaríamos al mercado.

—Lo cual nos daría una publicidad gratuita —apunté.

—Laura, llevas con nosotros, ¿cuánto? ¿Cuatro años? —Yo asentí, sabiendo lo que venía a continuación—. Es tiempo más que suficiente para saber qué es lo que publicamos y qué es lo que nos demandan los clientes. Te expliqué el día que te entrevisté qué era lo que esperaba de ti y lo que quería para mi empresa.

—Lo sé, y agradezco su confianza en mí, señor Castaño.

—Confíe en tu trabajo, pero también en que entendieras cuáles son nuestros objetivos.

—Yo también confío en la empresa, y es por eso precisamente por lo que me he atrevido a hacer esta maquetación. Si me lo permite... creo que debemos adaptarnos a nuestros clientes, y no al revés.

—¿Insinúa que no sé lo que quieren?

—No he dicho eso. Me refería a...

Él me interrumpió para echarme la típica charla de cualquier jefe vanagloriando las metas de la empresa y el esfuerzo y los años que llevaba en el sector. Era como escuchar un currículum impoluto de un negocio, que me conocía al dedillo y que no necesitaba escuchar de nuevo. Lo único que yo quería era que entendiera mi postura, que se atreviera a darle una oportunidad a mi edición, y que, por una vez, se la jugara y publicara algo distinto.

Mientras él seguía con su verborrea, el móvil me vibró en la mano. Era una llamada de un número largo que no conocía, pero cuya procedencia supe reconocer al instante. Era de Bélgica. Pulsé para rechazarla. No era el mejor momento para interrumpir a mi jefe con una llamada personal, y tampoco me apetecía saber de qué se trataba. Habían pasado nueve años desde que me marchara de allí, y no tenía intención alguna de regresar.

Mi jefe siguió hablando, hasta que por fin soltó su última frase.

—Ellos son los que nos mantienen, y por ellos estamos aquí.

—Señor Castaño, el sector está cambiando, y los lectores también. Los niños que antes veían a sus padres con un libro, ahora son lectores potenciales. Son las nuevas generaciones las que están apostando por este tipo de literatura, y están acostumbradas a las imágenes, a lo original. Quieren algo nuevo, algo innovador, y nosotros podemos dárselo.

Estaba tan convencida de lo que decía que mi rostro y mis gestos acompañaban a cada una de mis palabras. Sin embargo, nada de cuanto dijera le haría cambiar de opinión.

—Esta conversación termina aquí —sentenció—. Cíñete a las directrices que se te han dado, y haz una nueva maquetación. Y ahora, con tu permiso, he de hacer una llamada importante.

Acepté su invitación a marcharme y salí al pasillo con los ánimos por los suelos. Mi postura reflejaba cómo me sentía, me costaba mantenerme erguida, y mis hombros tiraban de mí hacia abajo, como si mis manos cargasen bolsas pesadas que trasladar a mi oficina.

Llegué a ella y pasé el resto del día recordándome por qué trabajaba allí y por qué había decidido dedicarme a esto. Me había graduado en Diseño y Gestión de la Producción Gráfica porque amaba el trabajo, y porque me permitía dejar volar mi imaginación. Dar forma a una historia, convertir letras en un diseño era mi mayor sueño, un sueño que mi jefe se las ingeniaba

para tirar por la borda y hacer como si nunca hubiese existido. Trabajar con él era la mejor opción, pues su editorial era la única de Elche que se aproximaba más a lo que yo aspiraba, y porque me permitía poder quedarme con mi abuela.

—Uy, no traes buena cara, niña —me soltó ella nada más entrar por la puerta de casa—. Ponte cómoda y ven a contarme qué ha pasado.

—No voy a quedarme, abuela. He quedado con las chicas —indiqué dejando el bolso sobre la mesa del comedor, para arreglarme un poco en el baño antes de irme.

Dicen que no hay nada mejor que llegar a casa y tener a alguien que se preocupe por ti, que te pregunte cómo te ha ido el día, o simplemente que te reciba con una sonrisa. Tener a alguien así en tu vida es como tener un tesoro. Yo tenía la gran suerte de tenerla a ella, y me sentía afortunada por ello, a pesar de que tenía que irme y postergar la conversación para otro momento.

—¿Otra vez con esas dos locas? —la escuché tras de mí. Me había seguido y se había quedado apoyada en el marco de la puerta.

Vale. En ocasiones la hubiese estrangulado, pero aun así me sentía afortunada de tenerla en mi vida, incluso con su inconfundible e imparable boca de rayo. Habían pasado ya nueve años desde que nos acogiera a mi madre y a mí al venirnos a España. Yo había decidido quedarme con ella cuando mi madre se fue a vivir a Málaga tras casarse con su segundo marido, y no me arrepentí ni un solo día de la decisión que había tomado.

—Abuela, te recuerdo que una de ellas es mi prima, y por tanto tu nieta —le aclaré mientras me retocaba los labios frente al espejo.

—Pero Diana es hija de un gandul, así que no cuenta.

—¡Abuela! —Me revolví.

—¿Qué? No me mires así. Y no me cambies de tema, leche. Lo digo en serio, deberías ir ampliando horizontes.

—Diana y Yolanda son imprescindibles para mí, abuela. No pienso cambiar de amigas.

—Yo no hablo de amigas. Hablo de algún tío que te quite la cara de mustia que llevas siempre.

Resoplé tan fuerte que de haber tenido flequillo lo hubiese enviado hasta la nuca.

Mi móvil sonó, y ella salió corriendo a cogerlo del bolso. Era una mujer muy atenta, siempre pendiente de mí, mimándome, cocinándome mi comida favorita o marujeando sobre mi vida privada, si es que la mía tenía algo de íntima, pues ella estaba al tanto de todo cuanto hacía.

—Es un número raro —informó a su regreso, con la vista puesta en la pantalla.

—Ni caso —advertí.

—Seguro que es *pam* de esos que quieren venderte algo.

—Es spam, abuela —la corregí.

—Pues lo que yo he dicho. Anda, pásate también un bastoncito, que te hace más falta que tanto pringue en la cara.

Ya ni siquiera me molesté en resoplar. El teléfono seguía sonando y solo quería que ambos me dejaran tranquila. Le pedí a mi abuela que rechazara la llamada.

—¿*Mademoiselle Lambert*? —escuchamos al otro lado.

—¿No te he dicho que la rechazaras? —la increpé en voz baja.

—Y eso pensaba que había hecho —se justificó—. Si es que estos teléfonos modernos de ahora no hay quien los entienda.

Le arrebaté el móvil de las manos y me lo llevé a la oreja, mientras salía del baño.

—Soy yo. ¿Puedo saber quién lo pregunta? —le demandé en francés, el mismo idioma que había usado el hombre que me había llamado.

—Soy el doctor Vermeulen. Le llamo de la Clinique Generale Saint Jean. Es referente a su padre.

Mi abuela apenas entendía el francés, pero al ver mi gesto pronto supo que algo no iba bien, y me acercó una silla para que me sentara. Ella hizo lo mismo frente a mí.

—¿Qué ha pasado? —pregunté en un hilo de voz.

El pulso se me había acelerado en apenas un segundo. Miles de recuerdos se agolpaban en mi mente, y apenas lograba pensar con claridad.

—¿Podría venir a Bruselas? Preferiría decírselo personalmente y no por teléfono.

«No pienso coger un avión y regresar allí si no sé qué es lo que ocurre».

—Entienda que, si debo comunicar mi ausencia en el trabajo, antes deba conocer el motivo. Sea lo que sea, puede decírmelo, doctor.

Lo escuché resoplar y me preparé para lo peor.

—Como quiera, señorita Lambert. Su padre ha sufrido un infarto, y me temo que su corazón apenas pueda resistir unos días más. Lamento ser yo quien se lo diga, pero él mismo me ha pedido que me pusiera en contacto con usted. Quiere que regrese a Bélgica.

«El mayor error del ser humano es intentar sacarse de la cabeza aquello que no sale del corazón».

Mario Benedetti.

Capítulo 6

Mi padre, el gran Philippe Lambert.

Me había creído las palabras del doctor Vermeulen. Tal vez porque su voz irradiaba confianza. O simplemente porque una parte de mí deseaba que fuese cierto el hecho de que mi padre quisiera verme.

Habían pasado nueve años desde la última vez que lo vi.

Fue la misma noche en que mi mundo se derrumbó y se desquebrajó en pedazos. Tras anunciarme mi madre que iban a divorciarse, me limpié la cara y fui a su encuentro. Estaba en el salón, con la mirada perdida en sus patrones. Su postura no era la misma de siempre, no estaba tan erguido como él acostumbraba, y hasta yo pude darme cuenta.

—Papá, ¿es cierto?

—Ya ves que sí —farfulló.

No podía pensar. Mi mente era un hervidero de emociones, impulsados por mis fuertes latidos, que retumbaban bajo mi pecho desbocados y fuera de control. Sentí que el mundo se abría bajo mis pies sin que ninguno de los dos hiciera nada por detenerme y evitar que me precipitara hacia el abismo.

—¿Y no vas a hacer nada para impedirlo?

—Díselo a tu madre. Ella ha sido la que ha tomado la decisión, no yo.

¿En serio iban a pasarse la pelota como en un partido de tenis?

Mi madre entró en ese momento en el salón.

—¿Ninguno de los dos va a preguntarme qué es lo que quiero yo? —les demandé a ambos.

—Eres menor de edad y debes ir donde nosotros decidamos —me respondió ella con mesura.

—Pero tengo casi dieciséis años, y la ley me permite...

—Te irás con tu madre —sentenció mi padre—. Yo no tengo tiempo para encargarme de ti.

Aquellas palabras se me grabaron a fuego, y regresé a mi cuarto con la promesa de no volver a verlo. Si era una molestia para él, un incordio o una penitencia en su estructurada y regia monotonía, no sería yo quien le estropeará su *flamante* vida.

Cumplí la promesa hasta ese día en que me llamó el doctor. Habían pasado nueve años. Nueve años en los que solo me comuniqué con él por teléfono. Nunca fui a visitarlo. Él tampoco lo hizo. Mi relación con él se limitó a las llamadas que me hacía dos veces al año, por mi cumpleaños y en Navidad. Ni siquiera se molestaba en buscar un regalo para mí, tal vez porque hacerlo sería dedicar un tiempo en pensar en mí, algo de lo que carecía, según sus propias palabras. Cada año me enviaba dinero. Un dinero del que yo nunca hice uso y que metía en una cuenta del banco para olvidarme de él. No era precisamente dinero lo que yo quería de él, pero era lo único que me ofrecía.

El divorcio de mis padres supuso para mí un antes y un después. Un salto al vacío sin

salvavidas que me protegiese en la caída. La cuerda invisible que hasta ese instante nos mantenía unidos a los tres, se había roto y había dado paso a una incertidumbre que apenas podía soportar. Me sentía sola, confusa, perdida. Y lo peor de todo..., también me sentía culpable.

Durante bastante tiempo creí que era yo la que estaba tras aquella extrema decisión, que era por mí por lo que discutían y la única responsable de que se distanciaran el uno del otro. Me convencí de que debí hacerlo mejor y esforzarme más. De haber sido más cariñosa con ellos, o de sacar mejores notas, tal vez ellos no hubieran tomado rumbos tan distintos y se hubiesen dado una segunda oportunidad.

Solo con el paso de los años me di cuenta de que nada de lo que hubiera hecho hubiese impedido que mi padre dispusiera de tiempo para mí. El divorcio de mis padres les pertenecía a ellos, no a mí, y me costó entender que yo no tenía nada que ver en él.

—Tú no eres responsable de su decisión, solo eres la víctima, cielo —me repetía mi abuela cada vez que me veía triste y abatida.

Su ayuda fue primordial para lograr superarlo. Por eso decidí quedarme en Elche cuando mi madre se casó por segunda vez y se marchó a vivir a Málaga. No soportaba la idea de comenzar una nueva vida siguiendo sus pasos. Ya era adulta, y podía elegir por mí misma. Elegí quedarme con mi abuela, y con Diana y Yolanda, mi nueva y escogida familia, que me había acogido desde el primer día con los brazos abiertos. Sin preguntas. Sin reproches.

Mi abuela las había avisado al verme en aquel estado de shock que me había provocado la llamada del doctor Vermeulen. Solo fui consciente de su presencia cuando las cuatro nos reunimos a la mesa, alrededor de una improvisada cena que mi abuela nos había preparado.

—¿Y qué vas a hacer? —me preguntó Yolanda.

—Pues no ir —respondió Diana por mí.

Ella era la más impulsiva de las tres. Supongo que yo había alimentado con los años su aversión hacia Philippe Lambert, él no era su tío de sangre, no había nada que lo uniera a él. Pero, al fin y al cabo, él era mi padre.

—¿Crees que debería hacerlo? —cuestioné.

—Por supuesto que sí. No ha querido saber nada de ti en todo este tiempo. ¿Por qué ir en cuanto al señor se le antoja?

—¡Por el amor de Dios, Diana! ¿Cómo puedes ser tan insensible? Su padre se está muriendo —le reprochó Yolanda.

—¿Acaso lo fue él cuando ella se vino a España?

Convertida en mera espectadora de la conversación que mantenían entre ambas, miré a mi abuela. Necesitaba saber cuál era su opinión al respecto, pues valoraba muchísimo todo cuanto ella me decía.

—¿Qué crees que debo hacer? —le demandé.

Las chicas enmudecieron y las tres nos centramos en ella.

—Creo que deberías tomar por ti misma la decisión. No es algo para tomar a la ligera, pero solo tú debes decidirlo.

—Pero, ¿tú irías? —insistí.

—Respóndete tú misma a esta pregunta. ¿Te perdonarías el hecho de no despedirte de él durante el resto de tu vida?

Me desarmó. Literalmente. No me lo había planteado de esa forma. Mi padre. Muerto.

—Eso es jugar sucio —refunfuñó Diana, sabiendo de antemano cuál sería mi decisión tras aquella duda que nuestra abuela me había dejado sobre la mesa.

—Ahora vuelvo —anuncié de pronto, cogiendo mi móvil.

De camino a mi cuarto busqué el número de mi madre en la agenda. Descolgó al tercer tono.

—Mamá, ¿puedes hablar?

—Es sobre tu padre, ¿verdad?

—¿Lo sabes? —inquirí con asombro.

—Acabo de hablar con el doctor.

—¿Papá quiere verte a ti también?

—No, hija. Tu padre le ha pedido que interceda para convencerme de que debo dejarte ir, como si mi opinión sirviera de algo.

En cierto modo no le faltaba razón. Ni siquiera cuando me aconsejó lo que debía estudiar, o cuando me ofreció irme con ella a Málaga, consiguió hacerme cambiar de opinión. Cuando algo se me metía en la cabeza era difícil arrebátarmelo, tal y como me había ocurrido con el proyecto que le había presentado a mi jefe esa mañana.

—¿Y tú qué piensas, mamá? ¿Crees que debo ir?

Quería conocer su postura al respecto, pero en realidad conocía cuál sería su respuesta.

—Yo no puedo tomar la decisión por ti, hija. ¿Qué dice la abuela?

—Te lo pregunto a ti porque quiero saber qué piensas tú.

—Laura, te lo pregunto porque ella es única para ayudarte en esto. Si no, ¿cómo crees que tomé la decisión de regresar a España?

—¿Fue la abuela? —cuestioné con asombro.

—No exactamente. La elección fue solo mía. Pero digamos que ella me allanó el camino, haciéndome la pregunta adecuada para que me decidiera.

—Entiendo lo que quieres decir —confesé. A mí me había hecho lo mismo hacía un rato. Si en algo se caracterizaba mi abuela era en hacerte pensar y lograr que hallaras por ti mismo las respuestas a tus dudas—. ¿Quieres que le diga algo a papá?

Acababa de tomar la decisión sin ni siquiera darme cuenta.

—Si te refieres de mi parte, no. Ya nos dijimos en su día todo lo que teníamos que decirnos. Pero tú tienes oportunidad de hacerlo. Aprovechala.

Ahí estaba su opinión al respecto. Así era mi madre. Echaba balones fuera cuando le preguntabas de forma directa, y te decía lo que querías escuchar cuando menos los esperabas.

—Gracias, mamá.

—Lleva cuidado. Y no dejes que los belgas te hagan olvidar quién eres.

Me lo dijo a mí. Pero sabía que había hablado por ella misma.

A mi regreso al salón, les comuniqué a mi abuela y a las chicas lo que iba a hacer. Diana y Yolanda no podían acompañarme por sus trabajos, y yo tampoco les hubiera pedido hacerlo para acabar días encerradas en una clínica. No era el mejor plan, y tampoco sabía cuánto tiempo estaría en Bélgica. Busqué un vuelo barato y me preparé para comunicarle a mi jefe la noticia. Había trabajado desde casa en más de una ocasión, tenía todo cuanto necesitaba en el portátil, aunque él prefería tenernos a todos en la oficina, y sabía que no se tomaría a bien mi ausencia.

De pronto me vi haciendo la maleta, trastocando de nuevo mi vida para despedirme de la que fue en el pasado. Llevaba nueve años sin regresar a Bruselas. Sin ver a mi padre por elección propia. Philippe tampoco había hecho nada por verme a mí en todo ese tiempo. Sin embargo, y pese a todo, él era mi padre, y sabía que no debía dejarlo solo en un momento así.

«Las cicatrices cuentan la historia de nuestro pasado, de cuando la vida trató de rompernos.

Pero también de cuando esta fracasó».

Capítulo 7

Maurice Dumont I

Esa mañana tenía un asunto urgente que resolver.

Había un problema grave en los laboratorios. La falta de suministros estaba siendo todo un quebradero de cabeza. Los proveedores nos estaban sirviendo con cuentagotas, y los químicos aseguraban que no llegarían a tiempo. Los equipos de distribución y exportación insistían en reclamarlos, e incluso el Gobierno había intervenido para darnos un toque de atención, con el fin de impedir la escasez de antibióticos y otros medicamentos de cara a la primavera.

Yo era el primero que deseaba resolver el asunto, y no esperé a llegar a la oficina. Bajé al despacho de la planta baja del castillo y me dispuse a llamar personalmente al ministro. Tenía su número particular, y lo busqué en la agenda del móvil, tras hablar con el jefe de laboratorio.

—*Dumont, sea breve, no tengo mucho tiempo* —me soltó nada más descolgar.

—Yo tampoco, señor ministro, así que, por el bien de ambos, iré al grano.

—*Se lo agradezco.*

—Creo que los dos queremos lo mismo, pero por más que insistan, mis laboratorios farmacéuticos no podrán fabricar si no contamos con la materia prima necesaria para ello.

—*No podemos permitirnos la falta de medicamentos o el sistema sanitario se vendrá abajo, señor Dumont.*

—Estoy de acuerdo con usted, señor ministro. Por eso necesito su ayuda.

—*No veo en qué puedo yo ayudarle exactamente, pero dígame qué necesita.*

—Que hable con su homónima de Exteriores. Estoy seguro de que su intervención será primordial para garantizarnos el suministro por parte de los proveedores, y solucionar así el problema que nos compete a ambos.

—*Veré qué puedo hacer al respecto. Aunque no le prometo nada. Le mantendré al tanto.*

—Gracias, señor ministro.

Llamada escueta, directa, como a mí me gustaba. Estar a cargo de una empresa como la nuestra apenas me concedía tiempo para cualquier otra ocupación, y yo andaba escaso de él.

La puerta del despacho se abrió y vi que era Olivier, mi guardaespaldas.

—¿Sabemos algo? —le pregunté sin apenas levantar la vista de las cifras que reflejaba la pantalla del ordenador.

—No, señor Dumont.

A juzgar por su semblante, ya había intuido que no mejoraría el día de mierda con el que me había encontrado al levantarme.

Olivier llevaba conmigo cuatro años. Era un militar retirado de treinta y ocho años, que me inspiró confianza en el instante en que lo conocí. Su aspecto no era tan rudo ni llamaba tanto la

atención como el resto de candidatos a los que entrevisté. Yo nunca había necesitado a un matón que me cubriera y me garantizara mi seguridad, pero tras lo ocurrido cuatro años atrás, me vi obligado a contar con sus servicios.

Olivier tenía el perfil que buscaba. Estaba divorciado y tenía una hija a la que apenas veía. Su condición le permitía dedicación completa a su trabajo, aunque fue su discreción y su saber estar lo que hizo que me decantara por él. En el tiempo que llevaba conmigo, me había demostrado absoluta lealtad, y confiaba en él más que en ninguna otra persona, incluso más que en mi propia familia.

—¿La científica sigue sin querer llevar el caso? —le demandé, aun conociendo cuál sería su respuesta.

—Así es, señor. Una vez trasladado al departamento de personas desaparecidas, ellos ya no siguen investigando.

—¡Malditos hijos de puta!

Me pasé la mano por el pelo intentando ganar algo de tiempo para saber cuál debía ser mi siguiente movimiento. Había movido cielo y tierra para hallar un resultado que lograra arrebatarme aquella angustia que me carcomía por dentro, pero ni siquiera el cuerpo policial del Estado había podido resolver el jodido misterio que había tras el caso.

Me ajusté el nudo de la corbata y me abotoné la chaqueta mientras abandonaba el despacho, acompañado de Olivier. Debíamos llegar a los laboratorios cuanto antes. Quería hablar con el jefe de cada departamento, escuchar sus posibles alternativas y conocer de primera mano a qué realidad nos enfrentábamos.

—¡Mau! —me detuvo mi madre, mientras descendía por las escaleras.

Estaba acostumbrado a convivir con la familia desde pequeño, pero ni siquiera con veintisiete años se me había permitido independizarme. La situación en casa había cambiado demasiado en los últimos ocho años. Todos mis planes de futuro se habían visto trastocados, y me había visto obligado a asumir un papel que nunca creí que me tocaría representar. Había dejado atrás mis sueños para vivir los que debían corresponderle a otro. Sin embargo, las circunstancias me habían arrastrado hasta allí, y solo me quedaba la opción de aceptarlo.

—Tengo prisa, madre.

Había dejado de llamarla «mamá», desde hacía cuatro años.

—Siempre con prisas. ¿Es que no piensas cambiar, Mau?

«Tú fuiste una de las responsables de que lo hiciera».

—¿Qué quieres?

—Sé que estás muy ocupado, pero te recuerdo que queda poco para la gala de este año.

«¡La maldita gala!».

Aquella fiesta que ella se había sacado de la manga hacía ya ocho años, se había convertido en una tradición. Todos los finales de primavera celebrábamos una cena de gala en el castillo. A ella acudía la gente más influyente del país, y la prensa la consideraba como la más glamurosa e importante del año. La jodida prensa sensacionalista, como si me importase lo que ellos tuviesen que opinar o decir sobre ella o sobre cualquier otra cosa.

—No tengo tiempo de ocuparme de eso ahora —advertí para que me dejara tranquilo.

—El recordártelo no es para que tú te ocupes de organizarla —aclaró—. Alice y yo ya nos encargamos de eso.

—¿Entonces a qué viene tanto interés, madre?

—Para que te compres un esmoquin nuevo. La gente hablará si te presentas con el mismo

traje de los dos últimos años.

—¿Crees que me importa lo que opine la gente de mí respecto a ese tema? —inquirí sin dar crédito.

Con todos los problemas a los que me enfrentaba, aquel era, sin dudarlo, el que ocupaba el último puesto de mi lista.

—Debería importarte, hijo.

—Hay una solución sencilla. Celebradla sin mí y asunto arreglado.

—Pero, Mau, ¿cómo puedes hablar así? Ahora eres tú quien ostenta el título nobiliario. Eres el duque Dumont y la imagen que representa a esta familia.

Duque Dumont. Un título que nunca esperé tener, que no pedí y que heredé de la manera más inverosímil e inesperada de cuantas existieran. Aquel tratamiento, lejos de enorgullecerme, pesaba sobre mí como una losa. Su llegada me había arrebatado todo lo que anhelaba. Me había truncado todos mis planes de futuro y me había obligado a renunciar a todos mis sueños. Ser duque me imponía estar atado a una cadena, una de grandes eslabones y corta en extensión. Un gran peso que debía soportar y sostener para mantener el equilibrio de mi familia. Una familia de la que apenas quedaban pedazos, pero que mi madre se esforzaba por defender, como si nada hubiese ocurrido.

—Le diré a mi secretaria que se encargue —mascullé.

—No pensarás comprarlo en un centro comercial. —Su voz denotaba un malestar, a mi parecer exagerado.

Por suerte Olivier era de mi confianza, y estaba acostumbrado a las desmesuradas intervenciones de mi madre.

—Los tiempos han cambiado. Disponen de firmas —aclaré.

—¿Y llevar un esmoquin que podría llevar cualquiera? De eso nada. Ahora mismo te pido cita con Lambert —anunció mientras desbloqueaba su móvil.

Escuchar aquel apellido me provocó una sacudida en la boca del estómago. Hacía años que no había vuelto a la sastrería del padre de Palmera. Aquel lugar me traía demasiados recuerdos, empañados todos ellos por el paso del tiempo, y por lo que ocurrió poco después.

Aún seguía molesto con ella por haberse marchado como lo hizo. Sin despedidas. Sin explicaciones. Después supe que se debía al divorcio de sus padres, aunque eso no le daba derecho a desaparecer como lo hizo. Éramos amigos. Y Alice su mejor amiga. Ella fue quien peor lo pasó. Laura ni siquiera se molestó en llamarla o escribirle para aclararle cómo se encontraba o por qué lo había hecho. Literalmente, era como si se la hubiese tragado la tierra, y nunca más volvimos a saber de ella.

En las ocasiones en las que volví a la sastrería no me atreví a preguntarle a su padre. Philippe Lambert no hablaba del tema, y las pocas veces que le había insinuado algo al respecto, el hombre eludía dar cualquier respuesta y hacía grandes esfuerzos por cambiar el rumbo de la conversación.

Después de eso no la busqué. No había motivo alguno para hacerlo. La chica alegre que recordaba acabó convirtiéndose en la causante de uno de mis mayores errores. Y aún no me había perdonado por ello.

Mi madre continuó con su plan de concretarme una cita, cuando Fynn apareció en el vestíbulo con la niñera.

—¿Te vas a trabajar? —me preguntó con su particular y extremada cortesía, con la que su madre se había empeñado en educarle.

Apenas tenía siete años, y aparentaba ser un viejo en el cuerpo de un niño.

—Así es. Y ya llegó tarde —respondí sin molestarme en despedirme.

Necesitaba salir de allí, alejarme todo cuanto me fuera posible. Centrarme en el trabajo era mi vía de escape, pese a los problemas a los que la empresa se enfrentaba. Cualquier cosa era mejor que aguantar a mi familia, y verle la cara a mi hijo, tan idéntico a su madre, me recordaba que también había fracasado como esposo y como padre.

«Los sueños no son aquellos que ves mientras duermes, sino aquellos que no puedes dejar de mirar mientras estás despierto».

Daniel Habif.

Capítulo 8

Dejar atrás el país que te vio nacer es como desprenderte de una parte de ti.

Si solo es por un tiempo, como cuando vamos de vacaciones, abandonarlo es algo sencillo, incluso agradecido, pues nos da la oportunidad de conocer nuevos lugares, con sus culturas, su gastronomía o sus paisajes. Pero cuando es para siempre, cuando abandonas tu hogar para comenzar una nueva vida lejos de él, los sentimientos cambian y no son los mismos.

Con el tiempo acaba transformándose y convirtiéndose en un vacío que se expande dentro de ti. Es un sentimiento que te ata de por vida a ese lugar, que siempre irá contigo allá donde vayas, como una segunda piel. El aroma de tu tierra, el color de sus calles, los rostros de su gente. Tu gente. Todo eso que un día dejaste atrás, de pronto cobra vida cuando la añoranza te golpea para recordarte que ya no estás allí, que solo forma parte del pasado y de tu memoria. Unos lo endulzan con orgullo patrio. Algunos lo aderezan con reminiscencia de nostalgia. Y otros, en cambio, lo amargan con recuerdos impregnados de dolor.

Yo era una de ellos.

Cuando mi madre me comunicó que nos marchábamos de Bélgica para trasladarnos a España, no podía creerlo. Por un lado, me negaba a aceptar que fuese cierto, que fuera a abandonar lo que había conocido desde pequeña. Por otro, en cambio, y si he de ser sincera, supuso un alivio para mí.

Habían pasado nueve años y aún no había logrado olvidar aquella noche. Lo que ocurrió cambió mi vida por completo. Me hizo darme cuenta de lo ciega que estaba, habiendo pasado por alto que mi mundo se desmoronaba a mi alrededor sin que yo pudiese verlo.

Pese a que me había perdonado con el paso del tiempo, porque por aquel entonces tan solo era una niña que había confiado en quien no debía, Bélgica dejó de existir en el mapa para mí. Evitaba cualquier noticia que pudiera provenir de allí, porque saber de ella me causaba daño. Mi país de nacimiento era sinónimo de dolor, representaba todo lo que odiaba y me prometí no regresar jamás.

Hasta ese día, en que me vi bajando del avión en el aeropuerto de Bruselas.

Aunque me parecía todo un poco más pequeño, la capital estaba tal y como la recordaba. Era como si el tiempo no hubiese pasado por ella, y se hubiese detenido para recibirme con sus edificios, su tráfico, incluso con su particular olor. Todo estaba igual. Excepto yo.

Los recuerdos me golpearon con tanta fuerza que me vi obligada a tomarme un instante. Me senté donde primero pude, acompañada de mi pequeña maleta, y planifiqué cuál sería mi siguiente paso. Tenía pensado pasarme primero por casa. Había traído las viejas llaves conmigo. Aunque el deseo por alejarme de allí y regresar a casa cuanto antes, me obligó a cambiar de rumbo.

Miré en el móvil la mejor forma de llegar a la clínica y me presenté allí en apenas unos

minutos.

Pude notar la fuerza con la que el corazón me golpeaba bajo el pecho cuando le indiqué a la enfermera el motivo de mi presencia y la persona a la que quería ver. Tras sus amables indicaciones, me dirigí al ascensor, cuando volví a escucharla de nuevo.

—Puede dejarla en consigna, si quiere —me indicó al verme arrastrando la maleta.

Le tomé la palabra y, una vez que la guardé, subí hasta la habitación donde se encontraba mi padre.

Ya en el pasillo, el aire apenas entraba en mis pulmones. Puede que fuese aquel hospital, o la mera consecuencia de reencontrarme con el hombre que renunció a mi custodia y que no quiso saber nada de mí durante nueve años. O puede que durante toda mi vida.

No sabía con qué me encontraría en el interior, y abrí la puerta con cuidado. El corazón me dio un vuelco al verlo allí tumbado, enganchado a varios aparatos, con una mascarilla de oxígeno cubriéndole media cara. Tenía los ojos cerrados, y me atreví a observarlo a los pies de la cama. Había envejecido tanto que apenas podía reconocerlo. Pero era él. El gran Philippe Lambert, el imparable sastre que nunca descansaba, que vivía por y para el trabajo, siendo igual de humano que el resto.

—Has venido —susurró de pronto, provocándome un micro-infarto a mí también.

Rodeé la cama y me senté en el sillón que había a su lado, bajo la ventana.

—Sí. El doctor fue muy insistente.

Estaba tan nerviosa que eso fue lo primero que respondí.

—Ya eres toda una mujer, Laura. Una preciosa y hermosa mujer —añadió.

Se notaba la dificultad que tenía al hablar, y le pedí que no se esforzara demasiado.

—Debo hacerlo, porque no sé el tiempo que me queda de vida. Y necesitas saber lo orgulloso que tu padre está de ti.

Aquellas palabras lograron desarmarme. Toda la fuerza que había traído conmigo para enfrentarme a él y a la situación, se vinieron abajo en cuanto retumbaron en mi cerebro de un modo que no logro explicar. Fue como un resorte, como una llave que abría la añoranza, la figura que él representó para mí en un pasado lejano, que nunca más volví a ver.

—Tal vez puedas recuperarte y...

—No, hija. El doctor ha sido muy claro. Y yo lo sé.

Tenía un nudo en la garganta que apenas me dejaba respirar. ¿Cómo se podía detestar a alguien y amarlo al mismo tiempo? ¿Acaso eso era posible?

—Me gustaría charlar contigo sobre lo bien que lo ha hecho tu madre contigo, pero debo decirte algo antes de que sea demasiado tarde —anunció.

Apenas pude hablar. Tampoco sabía muy bien qué decir. Y dejé que él hablase por los dos.

—Antes de marcharme, debo decirte dos cosas, Laura. —Philippe se tomaba un pequeño descanso para tomar aire entre una frase y otra—. Necesito que hagas algo por mí, y que me prometas que lo harás.

Asentí aguardando aquella disculpa que esperé durante años.

—Tengo unos encargos en la sastrería, y necesito que te asegures de que estén terminados a tiempo —estableció.

Si no llega a ser porque comenzó a toser, yo misma lo hubiese estrangulado con mis propias manos. ¿Cómo podía ser tan insensible? ¿Para eso quería verme? ¿Para que acabase los pedidos que tenía en la tienda?

Deseaba largarme, alejarme todo lo posible de él para no volver a verlo jamás. Era demasiado

duro, incluso para mí, reconocer que deseaba dejarlo solo en un momento así. No podía creer que me estuviera haciendo aquello. Ni siquiera en sus últimos días iba a anteponer a su única familia antes que su querido y amado trabajo.

—Los he cobrado por adelantado, y algunos corren demasiada prisa —prosiguió—. Ningún cliente puede quedar insatisfecho. No quiero irme de este mundo con una mancha así en mi trayectoria.

«Tu trayectoria, tus pedidos, tu mundo. Eso es lo único que te ha importado siempre».

—Lamento decirte que sigo siendo torpe con las agujas —aseguré conteniendo la inmensa rabia que me calcinaba por dentro.

—No tendrás que hacerlos tú. Tengo una empleada.

«Esto es nuevo».

—Asegúrate de que los termina y después haz con ella lo que quieras. Al igual que con el bajo y la casa.

—Yo no quiero ninguna de las dos —señalé.

—Lo he dejado por escrito en mi testamento —confirmó—. Puedes continuar con el negocio, traspasarlo o simplemente venderlo. Pero siempre después de servir esos pedidos.

—¿Y la segunda cosa que querías decirme? —inquirí para que fuese directo al grano, para acabar con aquella absurda farsa. Era todo tan surrealista, que lo único que deseaba era largarme de allí.

—La segunda y más importante —dijo cogiéndome de la mano—, es que necesito que me perdones por no haber sido el padre que esperabas.

«¡Joder!».

Por fin ahí estaba. El Philippe humano, el único que yo deseaba ver.

—Laura —prosiguió—, sé que no es excusa, pero nací siendo hijo, y nadie nos enseña a ser padres. Cometemos muchos errores. Yo más que ninguno, quizás. Aunque te aseguro que nunca he dejado de quererte. A mí manera sí, pero te he querido. Antes, y siempre.

Incapaz de soportar un segundo más, comencé a llorar en silencio. Sentí cómo las lágrimas invadían mis lentillas y brotaban sin apenas esfuerzo. Eran lágrimas incendiarias, gotas de dolor que, retenidas durante demasiado tiempo, se habían convertido en pura lava que me calcinaban el rostro a su paso.

—Siento haberme comportado así contigo y hacerte creer que no me importabas —continuó, acariciándome la cara con la mano—. He seguido todos tus pasos y me he enorgullecido de tus logros. Y siento haberte hecho creer que mi mejor trabajo era algo que podía hacer con mis manos porque no es cierto. No quiero irme de este mundo sin decirte que mi mejor trabajo siempre has sido tú, y que es del que más me enorgullezco, pese a no haber sabido demostrártelo. Solo espero poder irme en paz, y que llegues a perdonarme algún día.

—Claro que te perdono, papá. Y yo también te quiero —lloré inclinándome sobre él para abrazarlo.

Sentí su brazo rodeando mi espalda. Aquel abrazo disipó por completo toda la rabia que había sentido segundos antes. Mi padre no había sido el mejor padre del mundo. Pero era mi padre. Y yo, hiciera lo que hiciese, siempre lo querría.

Sin embargo, aquel amparo en el que me sentí cobijada después de tanto tiempo, duró menos de lo que esperaba. Dejé de sentir sus inapreciables latidos bajo el pecho y su brazo cayó inerte sobre la cama. Él ya no estaba conmigo. Y una parte de mí se marchó con él.

Contra todo pronóstico, y a pesar de mis primeros pensamientos a mi llegada, mi padre me

había dejado un curioso regalo, una extraña sensación de paz, que supe reconocer al instante.

No era una súplica.

Era amor.

«Debemos cuidar lo que queremos, porque perder lo que no tiene precio sale demasiado caro».

Capítulo 9

El tiempo.

Resulta curioso cómo el tiempo puede ser algo tan relativo. Cuando hacemos algo que no nos gusta o nos aburre las horas del reloj parecen no avanzar. Se ralentizan y los minutos se convierten en horas. Sin embargo, cuando estamos con algo que nos agrada o tenemos muchas tareas pendientes, el tiempo vuela. Literalmente.

Esto último me ocurrió a mí tras el fallecimiento de mi padre. Había ido a Bélgica para apenas unos pocos días, y sin apenas darme cuenta ya había pasado una semana. Tenía demasiados asuntos de los que encargarme, y no regresaría a Elche hasta acabarlos. Entre ellos estaba la sastrería. Pese a que no llegué a confirmarle que haría cuanto me había pedido antes de marcharse, me prometí a mí misma que lo haría en su memoria. Se lo merecía, y yo estaría ahí para cumplirla.

Quien peor se tomó la noticia de mi ausencia fue mi jefe. Seguía sin aceptar que tele-trabajara desde Bruselas, como también a concederme más días para terminar todas las gestiones que debía resolver. En nuestra última conversación, me puso entre la espada y la pared, amenazándome con despedirme. De un modo extraño que no esperaba, me encontraba bien tras la pérdida de mi padre, pero esperaba más comprensión por su parte, y que entendiera que no estaba de vacaciones. Debía quedarme en Bélgica hasta acabar su última voluntad, y no estaba dispuesta a ceder a su chantaje.

—No me iré hasta resolverlo todo —le solté al cabo de media hora de conversación, en la que no parecía dispuesto a bajarse del burro.

—Si para ti es más importante lo que tengas que hacer ahí que tu propio trabajo, ya me lo has dicho todo.

«Sal del bucle, que te mareas».

—Mi trabajo también es importante, y en ningún momento me estoy negando a hacerlo. Solo que desde aquí.

—Ya te he dicho que quiero a mi equipo trabajando conmigo aquí. Pero visto lo visto, hablaré con la asesoría en cuanto cuelgue.

—Haga lo que tenga que hacer —comenté con templanza—. Pero recuerde decirles que no soy yo la que renuncio a mi puesto, ni que me niego a tele-trabajar. Lo digo para que saquen bien las cuentas de la indemnización del despido improcedente.

Lo escuché resoplar y en mi mente lo visualicé mordiéndose el puño, como hacía cada vez que se enfadaba y se veía obligado a contener la rabia.

—Tendrás noticias mías —farfulló justo antes de finalizar la llamada.

Si he de ser sincera, no tenía muy claro qué me estaba pasando. Jamás imaginé hablarle así a mi jefe, y menos aún con aquella calma que ni siquiera aceleró mis latidos. Me conocía, y sabía

que en cualquier otro momento me hubiese puesto nerviosa y hubiese notado el corazón a mil.

En aquella ocasión, en cambio, me sentí con una seguridad y una confianza que hasta entonces desconocía. Era como si regresar a Bélgica me hubiese hecho ver las cosas de otro modo. O tal vez se debiera a que me encontraba en paz conmigo misma tras el encuentro con mi padre. Por su pérdida. O por todo en conjunto. Fuera como fuese, yo sabía que algo dentro de mí comenzaba a cambiar, y debía reconocer que me agradaba.

La muerte de mi padre trajo consigo un inmenso dolor, pero también una sorpresa que jamás imaginé.

Tras hablar con mi jefe, y no saber a ciencia cierta si estaba o no despedida, ni lo que haría con mi puesto de trabajo, me reuní con el notario para la lectura del testamento. Mi padre lo había dejado todo bien atado. Entre sus cosas en la clínica, había una nota con un contacto y un número de teléfono. Era su abogado. El hombre, un señor de avanzada edad y de trato agradable, fue quien me ayudó a gestionar todo lo que debía hacer tras su fallecimiento. El traslado, el entierro... Y también la cita en el notario.

Ya sabía por nuestro encuentro que todo me lo había dejado a mí. Pero nunca imaginé que, además de la casa y la sastrería, mi padre hubiese amasado una pequeña fortuna que yo heredaría.

—¿Todo eso es para mí? —demandé sin dar crédito.

El abogado, que me había acompañado, y el notario, me confirmaron que así era.

«Cuando se lo cuente a la abuela, se cae de culo».

Si lo meditaba un par de segundos podía reconocer que tenía cierto sentido que hubiese reunido tanto dinero a lo largo de los años, teniendo en cuenta la excesiva dedicación que había tenido a lo largo de su vida al trabajo. Por desgracia, mi madre y yo siempre habíamos deseado que aquel tiempo nos lo hubiese dedicado a nosotras, pero así era Philippe Lambert, y ya no había nada que pudiera cambiar el pasado.

No tenía intención de quedarme en Bruselas. Mi vida estaba en España, con mi familia, y mantener una vivienda y una sastrería estando a miles de kilómetros carecía de sentido para mí. Así que les pregunté a ambos si había posibilidad de venderlo todo.

—Puede hacer lo que le plazca, señorita Lambert —respondió el abogado—. Las propiedades son tuyas. Aunque no le aconsejo que lo haga hasta cumplir con los encargos que tiene pendientes en la sastrería. Su padre insistió mucho en este asunto.

«Ah, eso».

—¿Puedo preguntarle qué podría ocurrir si no lo hiciera?

El hombre me miró con mal gesto y yo me apresuré a aclarárselo.

—Verá, no es que no quiera. Es que no tengo la menor idea de costura —confesé.

—Su padre tiene contratada a una modista.

«Cierto».

—Pero, ¿y si no es suficiente? ¿Y si aun así no estuvieran terminados en plazo? ¿En qué podría afectarme?

—Entiendo lo que quiere decir. Pues verá, me temo que el asunto se complicaría bastante. Su padre cobró esos encargos por adelantado, lo que le obliga a cumplir con ellos.

«Algo extraño teniendo en cuenta todo el dinero que tenía en el banco».

—¿No bastaría con devolverles el dinero?

—Los clientes de su padre no están faltos de capital precisamente, señorita Lambert. Son personas dispuestas a pagar un alto precio para obtener lo que quieren, y si han confiado en su

padre para hacerles un pago por adelantado, le aseguro que no se quedarán de brazos cruzados. También es importante que sepa que un acuerdo verbal es tan lícito como uno por escrito, y por tanto podrían demandarla por incumplimiento.

«Lo que supondría quedarme aquí mucho más tiempo y un gasto innecesario».

—Entiendo.

—Si me permite la licencia... —intervino el notario—. Le aconsejo que contrate a alguien si lo necesita. Sé que su intención es venderlo todo para regresar a España, pero debe de tener en cuenta que le será difícil vender el bajo y aún más traspasar la sastrería. Aquí nadie estaría dispuesto a coger un negocio que no estuviera libre de compromisos u obligaciones.

«La mancha que tanto temía mi padre».

—Les agradezco a ambos que hayan sido tan sinceros conmigo —manifesté.

—Faltaría más. Es lo menos que podemos hacer —argumentó el notario.

—Como abogado que siempre he sido de su padre, ya sabe que puede contar conmigo para lo que necesite.

Era completamente cierto. Aquella era la segunda vez que me ayudaba y, a la salida de la notaría, insistí en abonarle sus servicios por todo lo que estaba haciendo por mí.

—Considere la deuda saldada, señorita Lambert. Su padre ya se encargó de eso también.

Me despedí de él con un extraño sabor de boca. Aquel hombre estaba siendo un ángel caído del cielo para mí en aquel momento, pero también había sido la persona que me había abierto los ojos y me había hecho ver lo que realmente tenía por delante.

Me dirigí a la sastrería dispuesta a solucionar el asunto cuanto antes. En el tiempo que llevaba en Bruselas, aún no me había atrevido a entrar en ella. Habían pasado casi quince años desde la última vez que lo hice. Desde el día en que mi padre me castigó, para ser exactos. Y desde el día en que conocí a Maurice.

Borré aquella imagen de mi mente al instante y continué mi trayecto hasta la sastrería.

Ya frente a la fachada, tomé una buena bocanada de aire, que expulsé con la misma fuerza que había entrado en mis pulmones. Tras aquella puerta había demasiados recuerdos, que debía dejar atrás para poder lograr mi objetivo.

El sonido de la campanilla al rozarla con la puerta me devolvió al instante al pasado. Seguía allí, en el mismo sitio, sonando cada vez que alguien entraba o salía de la sastrería. Todo estaba como lo recordaba. La decoración seguía siendo la misma, regia, con un marcado estilo francés de la época de Luis XV.

—¿En qué puedo ayudarla? —me preguntó una mujer de mediana edad, con gafas y pelo recogido en un moño.

Debía ser la empleada.

En aquel momento me di cuenta de que ni siquiera la había avisado del fallecimiento de mi padre. Su jefe.

—Soy la hija de Philippe —me presenté acercándome hasta ella.

Durante un rato conversamos sobre mi presencia allí. Ella me dio el pésame y yo me disculpé por no haberle informado antes de lo que había sucedido. En su momento decidí que su entierro se llevase a cabo en la más estricta intimidad y la noticia apenas había trascendido.

Poco después, quise sincerarme con ella y le planteé lo que necesitaba.

—¿Quiere decir que va a cerrar la sastrería una vez que termine los encargos?

—Me temo que sí —confesé.

—¿Y qué le hace pensar que lo haré, sabiendo que después va a despedirme?

No lo había visto de ese modo. Aunque ella tenía un contrato y debía cumplirlo hasta terminarlo. De todos modos, entendía su situación, y la traté como a mí me hubiese gustado que mi jefe hubiese hecho conmigo. Me marché demasiado joven de Bélgica y desconocía cómo era aquí la ley de los trabajadores, pero imaginé que no sería muy distinto del estatuto de España, así que le aseguré que recibiría la indemnización correspondiente, además del finiquito.

—No es cuestión de dinero —me rebatió—. Nuestro oficio ya no tiene la misma demanda que antes, y me será muy difícil conseguir un empleo.

—En cuanto a eso, no sé cómo podría ayudarla. Aunque espero poder darle lo suficiente para ir tirando mientras tanto.

—Verá, señorita Lambert, comprendo por lo que está pasando, pero si pretende que le haga el trabajo sucio para después dejarme en la estacada, siento decirle que no voy a hacerlo. Búsquese a otra, porque yo me largo —me soltó, quitándose el alfilerero de la muñeca para dejarlo sobre el mostrador.

Me quedé petrificada viendo cómo se adentraba en el taller, para regresar segundos más tarde con su bolso colgado al hombro.

«Esto no me puede estar pasando».

—Espere, por favor. Seguro que hay alguna forma en que podamos solucionarlo —insistí para intentar detenerla.

No podía dejar que se marchara. Si lo hacía, estaba acabada. Me vería envuelta en una vorágine de demandas, y me obligaría a quedarme en Bruselas por más tiempo del que deseaba. Desesperada, le ofrecí sin pensar el doble de lo que marcara la ley como indemnización. Mi proposición pareció gustarle, y la mujer se tomó unos segundos para meditarlo.

—Está bien, la ayudaré.

«Poderoso caballero es don Dinero».

—Pero solo hasta que encuentre otro trabajo —añadió—. Si termino a tiempo, perfecto. Pero si no, deme su palabra de que me iré sin reproches.

—¡Sí a todo! —celebré abalanzándome hacia ella para abrazarla. Me sentí triunfante, como si me hubiesen concedido una copa deportiva o una medalla de oro que...

Cuando me di cuenta de su rigidez, la solté de inmediato. Había olvidado que los belgas no eran igual de expresivos ni demostraban su afecto con tanto entusiasmo como los españoles.

—Discúlpeme. Ha sido un impulso.

—Tranquila. Philippe ya me habló de su impulsividad —manifestó.

—¿De verdad? ¿Y qué más le dijo?

Para mi asombro, la mujer me confesó que mi padre le había contado lo orgulloso que se sentía de mí.

—Philippe siempre estuvo al tanto de cómo era su vida en España —aseguró.

Me gustó escuchar en boca de otra persona que yo era importante para él, y durante un breve rato charlamos sobre ello. Después, dejé mi bolso junto al suyo en el taller, y me ofrecí para ayudarla. No tenía la menor idea de costura, pero me había comprometido a cumplir la última voluntad de mi padre y estaba dispuesta a todo. En el ordenador estaban todos los encargos, debíamos confeccionar diez trajes y un esmoquin, además de las citas que tenía concertadas para esa semana.

—Yo me encargaré del teléfono —anuncié, evitando aclarar que el motivo principal era para no dar más citas.

Olivia, que así se llamaba la mujer, me explicó qué podía hacer mientras ella terminaba de

cortar los últimos patrones que había sobre la enorme mesa del taller. Entre mis tareas como novata, estaba la de reponer los alfileres, pues según sus propias palabras, decenas de ellos desaparecían a diario.

Ambas nos pusimos en marcha, cuando la campanilla de la entrada sonó. Olivia soltó las tijeras y se dirigió a la tienda para atender. Yo aguardé sin preocuparme demasiado. Mi padre había confiado en ella para llevar adelante el negocio, y a mí me había demostrado que podía controlar la situación.

Ajena a cuanto ocurría fuera del taller, continué con los alfileres. No podía creer que necesitaran tantos. Allí había al menos unas cincuenta cajas repletas de aquellas mini armas de tortura. Me pregunté entonces qué haría después con todas aquellas cosas. Me volví para mirar cuánto debía recoger exactamente, con tan mala pata que tropecé con uno de los maniqués sin darme cuenta. La caja que llevaba en la mano voló por los aires y, al chocar contra el suelo, miles de alfileres se esparcieron por todo el suelo.

«¡Me cago en mi puñetera estampa!».

Tanto tiempo con Diana y la abuela había dado sus frutos, y ya me sabía todo el repertorio de tacos y palabrotas habidas y por haber.

Me agaché para comenzar a recogerlos, cuando de pronto, unos zapatos de hombre impolutos se presentaron ante mí.

—El pantalón está bien, aunque un poco largo. Métale un poco más al bajo. Y no se demore demasiado. Tengo prisa.

Reconocí su voz al instante, sonaba más madura de la que recordaba. Pero no tenía la menor duda de que era él. Maurice.

No me moví. Me quedé allí agachada sin atreverme a levantar la cabeza. No quería mirarlo. Y no porque no deseara hacerlo, sino porque no quería que viera que, pese al paso del tiempo, aún conseguía acelerarme el corazón, hasta el punto de sentirlo golpeándome contra las costillas.

«La mente alberga secretos que los ojos no saben ocultar».

Capítulo 10

Nueve años antes

—¿Que papá y tú vais a divorciaros? —inquirí enjugándome las lágrimas—. ¿Por qué?

—Llevamos un tiempo meditándolo, y ha llegado el momento.

—¿Y yo? ¿Acaso no cuenta mi opinión?

—Puede que ahora te cueste verlo, pero precisamente por ti hemos tomado esta decisión.

—¿Por mí?

—La situación es insostenible, y no es bueno para ti crecer en un ambiente tan hostil. Te veo sufrir así, y se me rompe el corazón.

—Mamá, yo no estoy así por eso. Bueno, ahora un poco sí, pero no es por vosotros.

—¿Quieres contarme lo que te ha pasado? —me preguntó acariciándome la mejilla.

Suspiré antes de responder.

—He escuchado a Maurice y a Beth hablando de mí —confesé.

—¿Y qué han dicho para que estés así?

—¡Me han traicionado, mamá! Estaba en el aseo del pub y los escuché. Beth me llama «gafotas» a mis espaldas, y Maurice...

Me detuve para sonarme la nariz. Volvía a sollozar y el pecho me temblaba con cada bocanada de aire.

—Maurice es un cabrón —solté llena de rabia.

—Estoy segura de que habrá sido un malentendido.

Que lo defendiera me dolía aún más.

—¿«Malentendido»? ¡Sé lo que oí, y te juro que es verdad! —grité enfurecida—. Ese imbécil nunca ha sido mi amigo. Le ha dicho a la pija de su novia que está conmigo por pena. ¡Por pena, mamá! ¿Me escuchas?

—Eso son palabras mayores, aunque no sé por qué ha dicho algo así —admitió mi madre—. ¿Sabes? La abuela siempre me decía de pequeña que «más vale que te tengan envidia, que no lástima». Y estoy segura de que lo que has oído es fruto de la envidia que te tienen.

—¿«Envidia»? ¿Qué van a envidiar de mí, mamá? Mírame bien. Soy un adefesio.

Mi madre se apresuró a abrazarme el rostro con las manos.

—No vuelvas a decir eso jamás, ¿me oyes?

—Si lo hacen ellos, ¿por qué no puedo hacerlo yo? —defendí sin fuerzas, mirándola a través de las lágrimas que me empañaban los ojos.

—Escúchame bien, Laura. Tú eres hermosa por dentro y por fuera. Sé que ahora mismo te cuesta verlo, a tu edad sentimos mil inseguridades. ¿Qué digo mil? Un millón al menos. —Su frase curvó mis labios un segundo—. Pero te prometo, cielo, que cuando seas mayor, todo eso

desaparecerá. Este patito feo que ahora ves cuando te miras al espejo —añadió retirándome el pelo de la cara, peinándome hacia atrás con los dedos—, esconde un hermoso cisne que se mostrará cuando llegue el momento.

—Y si soy un patito feo, ¿por qué piensas que me tienen envidia? ¿No ves que no tiene sentido y que me lo dices solo para contentarme?

—Porque lo de que «la verdadera belleza está en el interior» es cierto, hija. Eres ingeniosa, divertida, inteligente, y tienes un corazón que no te cabe en el pecho. Todas esas cualidades, aunque ahora no puedas verlas, siempre han estado en ti y son las que te hacen única, porque muy pocos pueden permitírselas, por mucho que quieran. Hay cosas que el dinero no puede comprar, y carecer de ellas causa envidia.

—Va, mamá, no digas tonterías —solté apartándome para que no siguiera tratándome como cuando era pequeña—. Las madres nos veis con ojos distintos al resto.

—No he sido la única en verlo —defendió—. La prueba la tienes con lo que has escuchado esta noche. Beth siempre ha tenido envidia de ti, de lo bien que te llevas con Alice y con Maurice.

—Pues ya tendrá un problema menos, porque no quiero saber nada de él, ni pienso hablarle durante el resto de mi vida.

Cumplí mi promesa, pero su traición se vino conmigo a España.

Maurice me había destrozado el corazón. Un corazón que se alimentaba de lo poco que él me dejaba. Lo había amado en secreto durante casi seis años; seis largos años en los que me permití anularme a mí misma para convertirlo a él en el centro de todo mi universo, de mis sueños e incluso de mis más íntimos anhelos.

Mi madre respetó mi secreto, pero mi abuela fue testigo durante los primeros días de mi actitud abatida. Me encerré en mí misma y me negué a hablar del asunto. No me apetecía ver a nadie al principio, y ni siquiera salía con mi prima y Yolanda a dar una vuelta, como siempre habíamos hecho cada vez que íbamos de visita a Elche. No había nada que lograra animarme, y mi abuela no paró hasta averiguar por qué me comportaba así. Cuando consiguió sonsacarme todo lo que llevaba dentro y el motivo por el que me sentía tan triste y sin ganas de nada, ella fue muy clara al respecto.

—A partir de este momento, te prohíbo que se hable de él en esta casa, ¿entendido?

El dedo amenazador de mi abuela nos señalaba a mi madre y a mí aquella tarde.

—¿Y de Beth? —me atreví a preguntarle.

—¡A la zorra que le den!

No sé cómo lo hizo, pero desde ese día comencé a verlo todo de otro color.

Dejar atrás el pasado para vivir el presente fue en aquel momento mi mejor medicina. Mi futuro aún era incierto, pero estaba segura de algo. Que pasara lo que pasase, jamás volvería a saber nada del hijo del duque, y mucho menos lo vería o hablaría con él.

«La mente es capaz de hacer promesas que solo al corazón le está permitido incumplir».

Capítulo 11

«El pantalón está bien, aunque un poco largo. Métale un poco más al bajo. Y no se demore demasiado. Tengo prisa», me había dicho frente al espejo, creyendo que yo era Olivia.

Yo también tenía prisa, pero porque se fuera y no volviese nunca.

Me molestó que hablase de aquel modo. Aunque me enfadé aún más conmigo misma por permitir que aún siguiera causando aquel efecto en mí.

Quise comprobar que no había errado al confirmar que era él a quien tenía ante mí. El hombre que lo acompañaba le había comentado algo acerca de una llamada, y yo aproveché para mirarlo de soslayo a través del cristal. Apenas duró un instante, pero la imagen que vi reflejada en el espejo me bastó para que casi me cayera de culo sobre los miles de alfileres que aún seguían esparcidos por el suelo.

—¿No me ha oído? —insistió.

«Más quisiera yo no hacerlo. Así no tendría que estar aquí agachada, que tengo los muslos que me arden de la dichosa posturita».

¿Dónde demonios se había metido Olivia? Me preguntaba qué debía andar haciendo para no estar allí, soportando al verdadero Maurice, arrogante y soberbio que nada tenía que ver con el que yo había idealizado años atrás.

—No tengo todo el día —masculló.

«Tampoco tienes educación, y se te ha olvidado mencionarlo».

Pretendo ser discreta al no confesar todo lo que se me pasó por la cabeza en aquel momento, pero la memoria de mi padre pesó más que mi propio orgullo, y decidí poner fin a aquella situación cuanto antes.

Viendo que Olivia no aparecía, y sin la menor intención de que Maurice descubriera que era yo quien estaba agachada a su lado, pues así me ahorra el tener que hablar con él y perder mi valioso tiempo en conversaciones banales que no me llevarían a ninguna parte, me dispuse a cogerle el bajo. Así, como si yo supiera lo que debía hacer.

«Va, tía, tampoco debe ser tan difícil. Lo doblas, lo enganchas, y que se largue».

Me gustaba el plan, y comencé a doblar la tela. Lo difícil llegaba a continuación. Debía agarrarla con los alfileres. Pero ¿cómo? Se lo había visto a mi padre hacer infinidad de veces. Para él era tan simple como caminar. Sin embargo, en mi caso se trataba de algo que había detestado durante toda mi vida y me resultaba sumamente complicado.

Algo debía estar haciendo mal, porque aquel puñetero primer alfiler que intentaba enganchar no entraba, y acabé empujándolo con todas mis fuerzas, con tan mala pata, que acabé pinchándole a Maurice en el tobillo.

—¡Joder! ¡Lleve cuidado! —masculló apartando el pie en un acto reflejo.

«Uy, esto promete».

—Perdón —susurré lo más bajito que pude para que no me reconociera en la voz.

Mi intención no era hacerle daño. O sí, yo qué sé.

Cuando volvió a su posición inicial, retomé el dobladillo y logré engancharlo. ¡Mi primer alfiler! Aquello supuso todo un triunfo para mí y creí cogerle el tranquillo. Continué doblando el resto del bajo intentando olvidar que era él a quien tenía delante, cuando de nuevo volví a pincharle.

—¡Dios! ¿Se puede saber qué le ocurre? ¿Acaso no tiene ojos? —soltó apartándose de nuevo. «¡Será capullo!».

—No se mueva y no le haré daño —defendí agravando la voz.

—¡Pero si no me he movido! —rebatió.

Estaba en lo cierto, aunque por nada del mundo le daría la razón.

—Ya lo creo que sí. Su pie está allí y yo aquí. Ate cabos.

Lo escuché resoplar y mis labios se curvaron.

—Avisé a Philippe. Prefiero que me atienda él, y no una inepta como usted.

Aquello sí que logró enfurecerme, y tiré del bajo para acercarlo de nuevo a mí.

—El señor Lambert no está.

—¿Y no hay nadie más?

—¿Quiere el esmoquin o no? —le solté sin moverme de donde estaba.

—Pues haga el favor de llevar más cuidado —me advirtió de malos modos.

No quise contestarle. Tenía un plan aún mejor, y seguí agachada doblando aquella maldita tela. Si se suponía que el bajo debía quedar recto, aquello más bien se parecía a una montaña rusa, con subidas y bajadas en picado, de esas que dan vértigo y te ponen el estómago del revés.

—Está quedando perfecto —murmuré.

Por el movimiento que hizo con la pierna, y que llegó hasta el pie, supuse que tenía intención de vérselo en el espejo, pero tiré de la tela con la suficiente fuerza para impedirselo, seguido de un nuevo pinchazo que, esta vez sí, le clavé a conciencia.

—¡Joder! Me cago en... —Las últimas palabras apenas pude oírlas.

—¿Ve como no se está quieto? —defendí, conteniéndome la risa.

—¡Se acabó! Volveré cuando esté Philippe.

«Por desgracia, eso no sucederá nunca».

Aunque, por otro lado, suponía no tener que volver a verlo.

—Me parece bien —comenté girándome para levantarme dándole la espalda.

Olivia regresó en ese momento.

—¿Ocurre algo, señor Dumont?

—Un momento. ¿Usted no era quien...? Quiero hablar con Philippe.

—Me temo que eso no será posible. El señor Lambert falleció hace unos días.

Escucharlo en boca de otra persona hizo que fuera aún más real.

—¿Cómo dice? No puedo creerlo. Lo siento mucho. No sabe cuánto.

Se notaba asombro y confusión en su tono de voz, aunque ni siquiera eso hizo que me volviera hacia él. En su lugar, intenté escabullirme por el lado contrario a ellos, para evitar cualquier contacto visual con él.

—Le agradezco sus palabras, señor Dumont —escuché a Olivia responderle—. Aunque, si me permite la licencia, no debería decírmelo solo a mí. También a ella.

«Mierda».

Me detuve en seco. Aún no me atrevía a girarme y seguí allí plantada como uno de los

maniqués que había en la sastrería.

«Igual si no respiro me confundirá con uno de ellos».

—Lo haría encantado, créame, pero creo que antes merezco una disculpa por su parte.

—Perdone, pero no lo sigo.

—Lamento decirle que, como profesional, su empleada deja mucho que desear. Llevo viniendo aquí muchos años, y le aseguro que jamás me habían tratado como ella lo ha hecho hoy.

—Me temo que ha habido un malentendido. Ella no es...

—Déjalo, Olivia. Ya me encargo yo —anuncié volviéndome hacia él.

Detestaba con toda mi alma faltar a mi promesa de no volver a verlo en lo que me quedara de vida, pero no podía permitir inmiscuirlo en algo que yo había hecho.

—¿Palmera? —susurró al verme.

Parecía tan impresionado como lo había estado yo al reconocerlo. Tan solo me preguntaba si él acaso sentía una milésima parte de lo que yo había sentido al verlo. Por desgracia, conocía la respuesta.

Olivia nos dejó a solas en el taller, y ambos nos quedamos observándonos en silencio.

Tal y como ocurriera quince años atrás, ambos estábamos frente a la vieja mesa, solos, mirándonos el uno al otro. Aunque esta vez no había libreta de dibujo, ni maleta de pinturas alguna. Nuestros padres ya no estaban al otro lado. Ya no éramos unos críos. Ya nada era igual.

—Siento mucho lo de tu padre —murmuró.

Pensé en agradecerle sus palabras. No lo hice.

—De haberme enterado a tiempo, hubiera estado en su funeral y...

—Quise que fuera un acto íntimo —lo interrumpí.

Él me miraba. Yo lo observaba.

Apenas había cambiado. Tenía la misma cara, aunque mucho más madura. Su mandíbula estaba recubierta de una recortada barba que aumentaba aún más su hermoso rostro. Su pelo había oscurecido un poco, aunque seguía con aquella onda en la que tantas veces me imaginé enredando mis dedos. Sus facciones se habían endurecido. Y, para mi desgracia, era aún más atractivo y bello de lo que recordaba.

Tenerlo frente a mí suponía viajar al pasado, a una etapa de mi vida en la que no me quise y no supe respetarme. Una etapa que intenté borrar con el tiempo, y que él, ahora, me hacía ver que no había logrado superar. Su sola presencia sacudía todo mi interior, convirtiéndolo en un complicado engranaje que ni yo conseguía aplacar. Las piernas apenas alcanzaban la fuerza para mantenerme en pie. Mi estómago era incapaz de mantenerse quieto y no girar hasta crearme un boquete. Y el corazón... El corazón era el maldito jefe que daba la orden al resto, marcando el ritmo con sonoros bombeos que acallaban mi exigencia de que se calmase.

Odiaba a Maurice. Y odiaba el poder que ejercía sobre mí, sobre mi cuerpo, hasta niveles que ni yo misma lograba contener.

—Te veo muy bien —advirtió sin dejar de mirarme.

—He de irme —solté decidida a alejarme de allí todo lo lejos que pudiera—. Y no te preocupes por el esmoquin. Olivia lo tendrá listo a tiempo.

—Laura, espera —me pidió agarrándome del brazo al alcanzarme.

Bajé la mirada hasta su mano, y él me soltó con rapidez. Lo vi dar un paso hacia atrás, y cómo su semblante cambiaba al instante.

—Espero que, al menos, ella sea una profesional —advirtió desafiante, mientras recolocaba el nudo de la corbata.

Debía ser alguna especie de tic o algo así, porque la tenía impolutamente en su sitio. Aun así, ni siquiera aquel gesto logró que su comentario pasara desapercibido. Había rencor en él, algo inexplicable, cuando yo era la única merecedora de tal sentimiento. Lo que había ocurrido en el taller no era nada comparado con lo que él me había hecho cuando apenas tenía dieciséis años.

—A veces, esperar puede ser tu mayor error —señalé.

Agarré mi bolso y salí de allí como alma que lleva el diablo. Necesitaba que me diera el aire, alejarme de él, y de aquel pasado que, pese a mis esfuerzos, aún seguía doliendo.

«El pasado tiene un apetito voraz, y si no llevamos cuidado, puede acabar consumiéndonos».

Capítulo 12

Maurice Dumont I

Salí de allí peor que había entrado. Ese día ya tenía bastante con haber quedado en reunirme con mi exmujer y, por si no era suficiente, me había reencontrado antes con el pasado.

Volver a estar allí con ella me hizo recordar el día en que nos conocimos. Yo por aquel entonces tan solo tenía doce años. Acababa de llegar del internado, y me agradó encontrarme a una persona a la que le divirtieran mis bromas. Cada vez que la escuchaba reír por las tonterías que soltaba era pura satisfacción para mí. Como el aplauso de un actor tras una obra o la copa del ganador de un partido. Cruzarse con personas así no era nada sencillo, y aún menos en un mundo como el mío, donde la solemnidad, la rectitud, la mesura y la severidad estaban a la orden del día, consideradas como normas inquebrantables y necesarias, sujetas al título y a la familia donde me había tocado nacer.

Recuerdo que quería ser como ella, como los demás chicos del internado o simplemente como el resto de personas. Seres normales y corrientes con capacidad de elegir su propia vida, de escoger por sí mismos sin necesidad de medir cada acto, cada frase o cada gesto por temor a dañar la imagen. Yo carecía de aquella libertad que ansiaba con todas mis fuerzas. Y reencontrarme con ella me hizo recordar todo aquello que no tenía y que me vi obligado a abandonar para seguir los pasos que el destino había marcado para mí.

Laura no era como las demás chicas de su edad, ni siquiera como el resto que conocía. Su distinción radicaba precisamente en ser única. Mientras que las otras chicas del grupo estaban en su propio mundo y daban prioridad a temas puramente femeninos que para mí carecían de interés alguno, ella disfrutaba de todo cuanto se le ofrecía. Nunca se negó a los retos que le proponíamos, ni a participar en los planes que pudiéramos inventarnos. Ella siempre se apuntaba a todo, de buen agrado, y con aquella sonrisa que tanto le caracterizaba. Su familia carecía de título y no tenía la misma solvencia que el resto, pero eso era lo que a mí menos me importaba. Laura no necesitaba ceros en el banco para lograr que me sintiera cómodo a su lado. Con ella podía ser yo mismo, hasta el punto de olvidar de dónde procedía y las normas a las que debía someterme. Con ella, simplemente, todo era más sencillo.

Hasta que desapareció.

Aquello trastocó mi vida para siempre. Su marcha creó un vacío en el grupo de amigos, y un inmenso dolor en Alice. La echaba tanto de menos que durante un año cayó en depresión. En casa nadie quiso aceptar cuál era realmente su estado, y mi madre se negó a que la viera un psicólogo. A mí se me rompía el alma en pedazos de verla así. Nada de cuanto hiciera lograba animarla, y volqué mis últimas esperanzas en la noche de la gala.

Mis padres habían decidido dar una fiesta de gala para celebrar que nos hubiésemos mudado

al castillo. Yo odiaba aquel tipo de eventos porque nos obligaban a *comportarnos*, como ellos nos decían. Pero creí que sería la oportunidad perfecta para que Alice se animara. Fracase estrepitosamente. No solo no conseguí mi objetivo, sino que acabé truncando todos mis sueños.

Reencontrarme ahora con Laura había removido todos aquellos recuerdos que marcaron mi vida para siempre. Había sido un idiota al sentir cierta emoción al verla. Por un momento, la imagen de aquella vieja amiga que reía todas mis gracias regresó a mí como un vago recuerdo, como si nada de lo que pasó después hubiese ocurrido en realidad. Sin embargo, se disipó con la misma rapidez que llegó. Tan solo había sido un espejismo, una imagen idealizada que una parte de mi cerebro, para mi desgracia, aún seguía conservando.

Me bastaron apenas unos segundos para regresar a la realidad y darme cuenta de mi error. La mujer que me había atendido en la sastrería era precisamente la persona que era en realidad. Una persona fría, capaz de no mostrar ningún atisbo de entusiasmo o de remordimiento alguno por lo que hizo. Lejos de arrepentirse, me había clavado aquellos alfileres a posta y me había tratado de la peor forma posible. Y no ya por los pinchazos o por la ausencia de una disculpa, sino por el hecho de haberme ignorado, como hizo en el pasado, como si yo nunca hubiese existido.

—¿Se encuentra bien, señor? No tiene buena cara —comentó Jacques nada más adentrarme en el coche.

Jacques era mi chófer. Llevaba en la familia más de veinte años, siempre me había tratado con cierto paternalismo, y era de los pocos que realmente se preocupaban por mí.

Olivier estaba a su lado, en el asiento del copiloto.

—Sí, Jacques. Llévame al *Comme chez Soi* —respondí con la mirada perdida a través del cristal.

—Claro. Como usted diga.

El restaurante escogido por mi futura exmujer no podía ser otro que uno de los más exclusivos y caros de toda Bruselas. Llevaba días insistiendo en vernos a solas, antes de reunirnos con los abogados, y tenía la esperanza de que hubiese cambiado de parecer, y que aquella cita fuese para comunicarme que aceptaba modificar el convenio, para así llegar a un acuerdo entre ambos y firmar el divorcio de la mejor manera posible.

Estaba igual que siempre, elegante, con un aspecto impoluto y con sus habituales gestos de grandeza.

—Me alegra verte. Estás estupendo —comentó nada más saludarnos frente a la mesa.

Físicamente lo estaba. Había aprendido con los años a ocultar mis verdaderos sentimientos, bajo capas de auto-control, trajes a medida y horas de gimnasio para lograrlo.

Tras intercambiarnos las típicas frases banales que no nos llevaban a ninguno de los dos a ninguna parte, Beth se aseguró de pedir lo más caro de la carta cuando el camarero nos atendió.

—¿Qué tal te ha ido el día?

—En ocho años de matrimonio no me lo habías preguntado ni una sola vez, ¿y ahora te interesas? —inquirí.

—Mau, he venido en son de paz. Estaría bien que pusieras algo de tu parte.

Su respuesta me hizo pensar. Tal vez estaba en lo cierto, y yo solo estaba siendo un capullo, descargando con ella toda la ira que acumulaba desde hacía tiempo. Además, si quería que las cosas mejorasen entre ambos para así poder llegar a un buen acuerdo de cara al divorcio, debía esforzarme porque, al menos, en aquella comida hubiese algo de cordialidad.

—Pues si te soy sincero, hoy ha sido distinto al resto —comenté acomodándome en la silla, mostrando así mi intención de aplacar la tensión entre ambos.

—¿En qué sentido?

El camarero ya nos había servido los primeros platos cuando decidí contarle la verdad.

—He visto a Laura.

—¿La gafotas está en Bruselas?

Me arrepentí al instante de habérselo dicho. Pese al rencor que sentía hacia ella, siempre me había molestado que la llamase de aquel modo.

—Sí.

—¿Y dónde la has visto, si puede saberse? —demandó.

—En la sastrería. ¿Dónde si no?

—¿Y qué hace aquí? Dime que no ha venido para quedarse.

—Lo desconozco —confesé—. Apenas he hablado con ella, y solo sé que está aquí porque su padre ha muerto.

—No conocía tal noticia.

—Yo tampoco. Hasta hoy.

—Típico de ella. Hacer las cosas sin avisar —farfulló.

No pensaba defender a Laura, pero en este caso estaba de su parte. Desde lo de mi padre, yo también deseaba que todo quedase solo en la familia.

—Siempre fue la rara del grupo —prosiguió—, y no me gustaba. No era como nosotros —observó con su mirada gatuna mientras bebía de su copa, cuya cantidad de vino que había en su interior superaba con creces los cincuenta euros.

—¿Y cómo somos, Beth? —le planteé dejándome caer sobre el respaldo de la silla tras dejar el tenedor sobre el canto del plato. Estaba tan harto de tanta mierda que la pregunta salió sola de mi boca.

Ella conocía cada uno de mis gestos, y no tardó en ponerse a la defensiva.

—Ella no tiene nuestra clase y nunca la tendrá, por mucho que lo intente. ¡Por el amor de dios, si es un adefesio!

—En cuanto eso, puedo asegurarte que ha cambiado.

Mi respuesta no debió gustarle a juzgar por cómo cambió su semblante.

—Siempre te cayó bien esa idiota —masculló.

—Esta conversación sería mucho más agradable si dejaras de insultar a la gente —advertí cogiendo mi copa, para beberme aquel vino que, por supuesto, pagaría yo.

—No hablamos de la gente. Hablamos de ella.

—Solo digo que no está aquí para defenderse —puntualicé.

—Porque ya lo haces tú por ella, ¿no es así?

—Será mejor que cambiemos de tema. Dime para qué querías verme, Beth —argumenté volviendo a centrarme en la comida, para no tener que mirarla a los ojos todo el tiempo.

Noté como antes de responder miró a nuestro alrededor para asegurarse que nadie la escuchara. A mí, en cambio, me importaba una mierda que pudieran oírnos. Total, la prensa se haría eco de nuestro divorcio inventándose, como siempre, todo cuanto quisiera.

—Sé lo importante que es para ti la casa de costa, así que he decidido renunciar a ella —anunció inclinándose hacia delante, con los antebrazos apoyados en el canto de la mesa.

—Esa casa siempre ha sido de mi familia, es una propiedad no mancomunada y no tienes derecho alguno sobre ella —defendí comiendo como si nada, con la única intención de demostrarle que no tenía nada que hacer al respecto.

En sus peticiones para el convenio regulador, Beth me exigía el chalet de la costa y una

manutención acorde a su alto nivel de vida.

—Por eso quería decírtelo en persona, y no por medio de mi abogado. Quiero que veas que mi intención es de buena fe —indicó aplastándose con la mano un lado de la cabeza.

Beth solía llevar el pelo recogido en un moño porque, según ella, le daba un aspecto mucho más elegante. A mí me gustaba más cuando se lo dejaba suelto, le hacía parecer más natural sin necesidad de tanto formalismo. Pero mi opinión dejó de importarle hacía demasiado tiempo.

Resulta curioso como un simple gesto puede cambiar dependiendo de los sentimientos que tengamos hacia una persona. Aquel ademán, que ella siempre solía hacer para asegurarse de tener cada pelo en su sitio, antes me agradaba e incluso me parecía de lo más sexy. Ahora, en cambio, me molestaba que lo hiciera, porque sabía que era toda una declaración de intenciones.

—¿Y qué modificación quieres entonces? —planteé.

La conocía lo suficiente para saber que no se conformaría con renunciar a la casa de la playa. Ella siempre quería más, y por eso intenté que fuese al meollo de la cuestión.

—Quiero el piso de Bruselas.

—Me parece bien —aseguré mientras volvía a coger mi copa.

Aquel piso lo compramos después de casarnos. Nunca significó nada para mí, porque al poco tiempo nos mudamos al castillo, tras lo de mi padre. No había vuelto desde hacía años, y todo cuanto había allí me recordaba demasiado a ella.

—Y una pensión de quince mil euros al mes —agregó.

Me costó que aquel trago bajara por mi garganta. Había sumado diez mil más a la cifra inicial que pedía en un principio. No podía montar un espectáculo en el restaurante, algo que deseaba hacer para poder mandarla donde debía. Pero aquello era parte del precio que debía pagar por ser quien era. Por eso me había citado allí, para controlarme e impedir que me saliera del papel que me tocaba representar.

—No pienso darte esa cantidad indecente de dinero, Beth —escupí.

—Ahora eres duque, y puedes permitirte —justificó con la misma naturalidad que si hablase del tiempo que hacía en la capital.

El maldito ducado.

Yo nunca lo quise. Debía ser algo que aún perteneciese a mi padre. O a Romy, a las malas. Mi hermano había renunciado a él varios años antes. Era un puto hippie que se había desentendido de todo y se había marchado a Australia para vivir la vida que siempre había soñado, obligándome a mí a convertirme en el cabeza de familia.

Que Beth aprovechara mi título para darme un duro golpe, logró enfurecerme. Siempre supe lo mucho que le gustaba el dinero. Un dinero que yo ganaba trabajando, y que ella después se encargaba de derrochar, como buena amante del lujo y la ostentación que era.

—¿Y Fynn? —le pregunté para darle donde más le dolía.

Sé que estuvo mal por mi parte sacar el nombre de nuestro hijo a relucir en aquel momento, pero me partía el alma en dos comprobar una vez más lo poco que le importaba nuestro hijo. Educarlo y criarlo era responsabilidad de ambos, y no solo me competía a mí por tener un castillo y muchos más bienes que ella o su familia.

—Eso ya lo hablamos en su día —respondió molesta—. Renunciaré a su custodia, como te dije, porque él está mejor contigo y porque puedes darle una vida mejor que yo.

—Tal vez si te esforzaras e invirtieras más en él que en ti lo lograrías —farfullé.

—No utilices a Fynn para atacarme, Mau. Yo también puedo hacerte daño sin necesidad de meter a nadie de por medio.

—No. Tú sola te bastas para llevar a cabo tu plan de sangrarme, ¿no es así?

—No afirmes cosas que no sabes —bramó.

—Afirmino lo que es cierto. Y en cuanto a lo que debo o no saber, sé que no pienso aceptar lo que me pides, ni a quedar contigo a solas de nuevo —espeté dejando la servilleta sobre la mesa—. A partir de este momento, todo lo que quieras decirme, hazlo a través de mis abogados. —Me levanté, y antes de que ella respondiese añadí—: Ah, y no te preocupes por la cuenta, que yo sí puedo permitírmela.

Me marché del restaurante con un nudo en la garganta.

Mi vida era una auténtica mierda. No quería hablar con nadie. Y a mi llegada al coche, le pedí a Jacques que me llevase al bar que hubiera lo más lejos de allí. Solo me había emborrachado una vez en toda mi jodida vida y no salió como esperaba. Pero ese día solo necesitaba la compañía de una botella, y estaba dispuesto a asumir el riesgo.

«Hablemos de las veces que hemos muerto por dentro y nadie ha venido a nuestro funeral».

Capítulo 13

Olivia se había marchado a la hora del cierre y yo me había comprado algo para cenar. La cocina no era lo mío, y desde mi llegada a Bélgica me apañaba con cualquier cosa.

¡Dios, cómo echaba de menos los guisos caseros de mi abuela! A la pobre le ocultaba la verdad cada noche cuando la llamaba para tenerla al tanto. Ella me cosía a preguntas, que yo respondía con mentiras piadosas para no preocuparla. De haber sido sincera del todo con ella, hubiese sido capaz de coger un avión hasta Bruselas solo para echarme la bronca.

Esa noche la llamaría al llegar a casa, pero antes quise hacerles una videollamada a las chicas. A ellas también las mantenía al tanto de mi día a día aquí en Bélgica, conocían mi pasado incluso antes de mudarme a España, y necesitaba contarles mi encuentro con Maurice.

—*¿Cómo lo llevas?* —quiso saber Yolanda.

—Mejor. He conseguido que Olivia, la empleada de la sastrería, se quede conmigo hasta acabar los encargos. Si no encuentra trabajo antes, claro.

—*¿Perdona? ¿Quieres decir que te dejará tirada si lo encuentra?* —Diana ponía todo tipo de caras cuando hablaba. Era, además de alocada, la más expresiva de las tres con diferencia.

—Eso mismo, prima.

—*¡Tendrá morro la tía!*

—Yo en el fondo la entiendo —confesé—. El marrón es mío, no de ella. Aunque no os llamo por eso, sino por algo que tengo que contaros mucho más fuerte.

—*Estás embarazada.*

—*¡Diana, no digas burradas!* —la riñó Yolanda.

—Más que una burrada, sería un milagro, dada mi penosa vida amorosa —resoplé.

—*Tía, si te sirve de consuelo no eres la única* —aseguró mi prima—. *Aquí esta y yo seguimos sin mojar todavía desde el verano pasado. Ya tú sabes, mi «amol».*

Se refería a unos tíos que conocimos en Santa Pola una noche que iban un poco perjudicadas de más. Yo era la que conducía, así que me tocó esperarlas sobria en el local.

—*Yo no sé tú, pero la «esta» no quiere un lío de una noche, como otras* —se quejó Yolanda, enfatizando la última palabra.

—*Las «otras», a estas alturas nos conformamos con lo que sea, aunque luego nos toque arrepentirnos. Joder, cada día tengo más claro que me estoy convirtiendo en una «culpagana».*

—*Ya se ha «inventao» una nueva palabreja* —se quejó Yolanda.

—Culpa... ¿qué? —demandé.

—*Culpagana* —repitió—. *Que me tiro con culpa al que me dé la gana.*

Las tres reímos a carcajadas.

—*Tú mucho de boca, pero en los hechos «ná» de «ná».* Anda, cuéntale lo que te pasó anoche —dejó caer Yolanda.

—*Chivata de mierda. ¿Para qué dices nada?*

Yo me reía solo de escucharlas.

—*Aquí la aspirante a ninfómana, se piensa que todos los tíos están por ella* —comenzó a explicar nuestra amiga—. *Anoche bebió más de la cuenta y acabó liándola un poco en el local. El colmo fue cuando un tío guapísimo y cachas se le acercó y le pidió salir. ¿Quiere salir conmigo, señorita? Le dijo. Y va ella y le responde: No sé. ¿Eres romántico? Y el tío va y le suelta: No, soy el de seguridad. ¡Nos echaron del pub! ¿Te lo puedes creer?*

—*Cuánta zorra hay suelta por aquí* —se quejó mi prima, haciéndose la dolida—. *Cuando colguemos te echo del grupo.*

Cómo me gustaba hablar con ellas. Siempre conseguían arrancarme una sonrisa, sobre todo mi prima Diana. Ella sola se las bastaba para formar un sarao en los momentos y lugares más dispares. Por eso me inventé mil excusas para que no vinieran en su día, y aún más al entierro de mi padre. Conociéndola, estaba segura de que hubiese acabado liándola de un modo u otro, y a mí me bastaba con su apoyo desde la distancia.

—*A ver, Laura, ¿tú no tenías que contarnos algo?* —me preguntó mi prima, creo que más para cortarnos las risas que porque realmente quisiera conocer la respuesta.

—La verdad es que sí —respondí enjugándome las lágrimas. Me había reído con ganas y llevaba la cara aún mojada.

Una vez repuesta, les conté con todo lujo de detalles mi encuentro con Maurice.

—*¿Y te has «largao» sin más?* —cuestionó mi prima.

—*¿Qué querías que hiciera?* —defendí—. Estaba tan nerviosa que solo quería alejarme de él.

—*Es lógico, después de lo que te hizo* —intercedió Yolanda.

La conversación había tomado un giro más serio.

—En ese momento no podía ni pensar. No ha sido fácil para mí verlo después de tanto tiempo, os lo aseguro.

—*Y él, ¿qué ha dicho?* —demandó Diana.

—Lo que ya os he contado. Cuando vio que era yo, se quedó plantado mirándome. Fue muy extraño.

—*¿«Extraño»? ¿Por qué dices eso?* —planteó Yolanda.

—Porque tras el asombro inicial, me pareció ver rencor en sus ojos. ¿Os lo podéis creer? Era como si quisiera hacerme culpable de lo que él dijo hace nueve años. Soy yo la que está molesta con él, no al revés. No sé. Me desconcertó. Fue raro.

—*¿Qué pena no haber estado allí para verlo* —apostilló mi prima.

—*¿Y qué te dijo después?*

—Cuando me soltó que me veía muy bien, fui incapaz de soportarlo. No estaba dispuesta a permitir su doble juego conmigo otra vez, y sentí la necesidad de alejarme. Entonces el muy idiota me pidió que me quedara agarrándome del brazo.

—*¿En serio?*

—*Dime que le echaste una de tus miradas asesinas* —apremió Diana.

—Tal cual —admití—. Miré su mano y él la apartó al momento. Aquello provocó que volviera un Maurice que no conocía y que supo ocultarme bien. Me habló con altanería, dejando entrever mi falta de profesionalidad y su deseo de que no volviese a atenderlo.

—*¡Menudo gilipollas!*

En esta ocasión ninguna reñimos a mi prima por su boca de rayo.

—*¿Y qué pasó después?* —preguntó Yolanda.

—Yo me escabullí y él se marchó.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer?

—Nada. No quiero verlo y mucho menos hablar con él. Me las ingeniaré para no estar cuando vuelva y así evitar tener que cruzármelo.

—Haces bien —secundó mi prima.

—Espero que no me odiéis por lo que voy a decir, pero creo que deberías quedar con él —soltó Yolanda, dejándonos a las dos perplejas.

—Cambia de camello, tía —comentó Diana—. ¿Cómo se te ocurre decirle eso? ¿No ves que ese tío es un imbécil de campeonato?

—Sí, y por eso mismo creo que debería quedar para hablar con él y aclarar las cosas aprovechando que está allí —insistió nuestra amiga.

—No hay nada que aclarar, Yolanda. Ese tío es un imbécil integral y un engreído que cree que todo el mundo debe estar a sus pies, y no va a cambiar por mucho que hable con él.

—Como si es el mismísimo diablo —estableció—. Pero así tendrá la oportunidad de decirle todo lo que piensa y no dejarse nada en el buche. No sé, creo que es una oportunidad que no debería desaprovechar, para así quedarse a gusto y decirle todo lo que lleva dentro.

—Es una locura —susurré sopesando lo que supondría llevar a cabo su proposición.

—Puede. Pero no hará que te pases otros nueve años pensando en él. Creo que lo mejor es acabar con esto y pasar página.

Mirado así, Yolanda tenía parte de razón. Durante todo el tiempo que llevaba en Elche, y pese a que mi abuela me había prohibido nombrarlo en casa, aún seguía pensando en él. Había sido mi primer amor; no correspondido, sí, pero el primer chico del que me había enamorado, y algo así no es fácil de borrar. Ni siquiera el paso de los años había conseguido que lo hiciera, y la idea de Yolanda de sincerarme y poder soltarle todo lo que llevaba dentro, me hizo reflexionar sobre el asunto.

—De momento, lo único en lo que debo centrarme es en entregar los encargos a tiempo. Después, el tiempo dirá.

—Sea lo que sea que decidas, cuenta con nosotras.

—Sí, porque como no nos cuentes todos los chismes, cuando vengas te lo explicamos —añadió Diana, curvando de nuevo mis labios.

—He de dejaros, chicas. Mi familia me reclama para cenar.

—Yo también. Voy a leer un rato —comentó Diana.

—Hablamos mañana —añadí enviándoles un beso con la mano.

Me despedí de ellas con ese agradable sabor que me dejaban después de cada videollamada. Guardé el móvil en el bolsillo trasero del vaquero pensando en lo agradecida que me sentía por tenerlas en mi vida cuando, de pronto, escuché la campanilla de la puerta. Recordé que había girado el cartel de «Cerrado», pero no haber cerrado con llave.

Regresé a la tienda decidida a informarle al cliente que ya no estaba abierto y que volviese otro día, cuando la vi frente a mí.

—Así que es cierto —soltó con su innata soberbia.

Era Beth.

«Cuanto más vivas a la sombra de alguien, más tardarás en proyectar la tuya».

Capítulo 14

A veces la mente nos juega malas pasadas. Es capaz de crear con identidad propia y de un modo independiente imágenes que no deseamos. Escenas que, por un motivo u otro, no queremos que se hagan realidad, pero que nuestro cerebro recrea sin permiso con cierto grado de masoquismo. Él conoce nuestros miedos, nuestros temores y angustias, y es tan atrevido y descarado que nos las muestra con cierta exactitud, previendo el futuro de una manera casi mágica, inquietante y, en ocasiones, turbadora.

Yo había imaginado aquel encuentro en más de una ocasión.

Pese a no haber sabido nada de Beth en muchos años, la había imaginado tal y como era ahora. Sofisticada, elegante, y con una refinada capacidad para camuflar su verdadera y amenazadora arrogancia.

—Hola, Beth —la saludé por educación, pese a que lo único que deseaba era que se marchara por donde había venido.

Su presencia allí solo podía deberse a una cosa y a un solo culpable: Maurice. Di por hecho que seguían manteniendo la amistad, y que le habría hablado de mi regreso a Bélgica.

—Veo que los años te han sentado bien —argumentó repasándome de arriba abajo.

«Ahora que ya no uso gafas, a ver qué apodo te inventas».

—Gracias —respondí sin amilanarme.

Si ella sabía repasar a las personas con descaro, yo también tenía capacidad para no regalar cumplidos a quien no era merecedor de ellos.

—He sabido lo de tu padre. Lo siento mucho.

«Lo dudo».

—Gracias —volví a repetir. Prefería hacerlo, antes que darle pie a una conversación que no quería mantener con ella.

—Veo que esto está igual que siempre —comentó paseándose por la sastrería, observando todo cuanto había a nuestro alrededor—. Esperaba que, al menos, lo hubieseis adaptado a los nuevos tiempos.

—¿Qué quieres, Beth? —mascullé.

Mantener la calma ante una mujer como ella no resultaba nada fácil.

—Me pregunto qué haces aquí, si tú siempre has odiado todo esto —dijo señalando con la mano la tienda, con un gesto cargado de altanería.

Todo en ella era tan artificial, ensayado y mezquino, que me entraron ganas de vomitar.

—No es asunto tuyo —respondí, intentando mantener la calma, mientras ella seguía recorriendo la tienda como si nada.

—Claro, porque a ti te gusta hacer las cosas sin decir nada y sin dar explicaciones —apostilló.

—Así es.

—¿Y por qué no haces lo mismo ahora y te largas sin hacer ruido? —inquirió volviéndose para mirarme.

«Si crees que me vas a amedrentar, la llevas clara».

—Debería darte igual lo que yo hiciera, ¿no te parece?

—¡Y tú deberías alejarte de mi marido! —masculló dando un paso hasta llegar a mí, con mirada amenazante, sin ocultar la maldad que emanaban sus ojos gatunos.

«¡No jodas que Maurice y tú...!»

No podía creerlo. Me costaba creer que acabase cazándolo, tal y como siempre presumía de que algún día lo conseguiría. Beth se vanagloriaba a menudo de su capacidad para conquistar a los chicos, pero nunca pensé que aquel rollo de adolescencia acabase en matrimonio, y menos aún con... él.

—Lo haría si pudiera, pero no soy yo la que necesita un esmoquin —solté sin pensar.

Acababa de meter la pata hasta el fondo. Y de qué manera.

—¿Mau ha venido por eso? Ah, ya. Imagino que será por la gala.

—No le he preguntado, porque no es algo que me interese —aclaré.

—Ni te está permitido, pues la gente como tú no va a ese tipo de fiestas.

«Lo único que no me está permitido es matarte, porque juro que lo haría ahora mismo con mis propias manos».

—Será mejor que te marches —anuncié señalando hacia la puerta.

—Tampoco tenía intención de quedarme. Algo que tú también deberías aprender a hacer.

Aquello sobrepasó mi límite de paciencia.

—¿De qué tienes miedo, Beth? —me encaré.

—¿«Miedo»? —Soltó una risotada que consiguió cabrearme aún más—. Debes creerte demasiado importante para creer que pueda tener miedo de ti. Eres un incordio, eso es todo.

«De un modo u otro, voy a conseguir que te quites esa estúpida máscara que siempre llevas puesta».

—Entonces dime..., ¿cuál es tu problema?

—Tú eres el problema —farfulló—. Siempre has sido una descarada desagradecida, después de todo lo que hicimos por ti.

—¿Lo que hicisteis por mí? ¿De verdad crees lo que dices?

—¡Por supuesto que lo creo! —gritó—. Eres tan orgullosa y egoísta que no eres capaz de ver las consecuencias de tus actos.

—¿Acaso tú logras ver los tuyos?

—Yo no destruyo a la gente como tú hiciste con Alice.

«Alice».

—¿Qué tiene ella que ver con todo esto? —demandé con asombro.

—Te marchaste y ella se quedó destrozada por tu culpa.

«Por favor, dime que no es cierto».

—No sabía que...

—¡Tú nunca sabes nada! —escupió—. Pero a mí no me la das. Ya no. Por mucho que haya cambiado tu aspecto, sigues siendo aquella mojigata que las mataba callando.

—Márchate —siseé.

—Estaré encantada de hacerlo. Ya te he dicho todo lo que debía. Además, se ha hecho demasiado tarde y quiero llegar al castillo a tiempo para darle a nuestro hijo un beso antes de

dormir. Oh, creo que no te había hablado de él. Culpa mía —se burló llevándose la mano al pecho—. Siento haber pasado ese detalle por alto.

«¡Hija de puta!».

—Tu forma de intentar fastidiarme resulta bochornosa, sobre todo porque tu vida privada me importa tanto como la marca de tu barra de labios —advertí aplacando mi instinto asesino para no dejar que me manipulase.

—Desaparece de mi vista y lárgate como hiciste la última vez —me soltó amenazante, a escasa distancia de mi cara—. Olvida todo lo que hayas planeado porque Mau no es para ti y nunca lo será. Eres una donnadie, una simple española de tres al cuarto. Hazte un favor a ti misma y vuelve a tu país, porque este ya no es tu lugar y ya nadie te quiere aquí.

—Cierra la puerta al salir —murmuré como si sus palabras se las hubiese llevado el viento.

Solo cuando la vi desaparecer a través del cristal, logré expulsar el aire que, sin darme cuenta, había estado reteniendo. Sentía tanta rabia dentro de mí, que tan solo atiné a apagar las luces, cerrar y subir a toda prisa al que ya era oficialmente mi piso.

Por una vez deseé no tener memoria. Solo así olvidaría las malintencionadas palabras de Beth, que no lograba sacarme de la cabeza.

Conforme me adentré en el piso, corrí hacia mi cuarto para dejarme caer sobre mi cama y llorar a moco tendido. Estar de nuevo allí y en aquel estado me hizo revivir lo mismo que hacía nueve años. Sentí como si no hubiese pasado el tiempo, como si todo lo que había aprendido estando lejos de allí hubiese sido en vano. Porque el dolor seguía ahí, desgarrándome por dentro, incluso de un modo mucho más intenso. Yo ya no era una niña, ahora era una adulta. Todos lo éramos. Pero la mezquindad y el daño que sentía eran inmensamente proporcionales a nuestro cambio.

Lloré sin hallar consuelo, pese a lo mucho que me esforcé por conseguirlo. Me obligué a recordar cuál era mi nueva vida junto a la gente que realmente me importaba. Mi presencia allí debía ser escasa, la necesaria para despedir a mi padre y dejar resuelta su última voluntad. Pero mi encuentro con Beth había vuelto a abrir heridas que creía sanadas.

Y no solo eso.

Con su incuestionable maldad había abierto otras nuevas, en las que la protagonista no solo era ella. Mi plan de regresar se vería afectado, pues sabía que no me iría de allí hasta aclarar las cosas. Solo había una persona que me importara en todo aquel asunto.

No era Maurice.

Era Alice.

«Para poder sanar, debes dejar de fingir que no tienes una herida».

Capítulo 15

Maurice Dumont I

La reunión con la Junta Directiva tuvo lugar a finales de semana. Los miembros querían saber cómo estaba el asunto de las importaciones. Los laboratorios farmacéuticos aún no habían recibido la materia prima, y temían por el futuro de la empresa más que por la escasez de medicamentos en las farmacias.

—Según las estadísticas, si seguimos así un mes más, nos veremos obligados a tomar medidas drásticas —apuntó el más veterano.

—No será necesario —rebatí. Los había reunido precisamente para comunicarles la noticia—. El lunes llegará gran parte de la mercancía.

—¿«El lunes»? ¿Tan pronto? —cuestionó con asombro otro miembro de la Junta.

—¿Podemos saber cómo lo ha conseguido, señor presidente? —demandó el primero.

Por muy altos cargos que tuvieran no iba a desvelarle la verdad del asunto.

—El método que haya usado es lo de menos —aseguré con firmeza—. Lo importante es que nuestro mayor problema se resolverá en breve, y no tendremos de qué preocuparnos.

—Espero que así sea —se encaró.

Detestaba a aquel tío desde siempre. Mi padre lo había escogido para formar parte del consejo de administración desde hacía ya varios años, antes incluso de que yo llegase a la empresa. Su futuro aún era incierto, yo apenas llevaba unos pocos años dirigiéndola, aunque sabía que aquel hombre no ocuparía su puesto cuando todo se aclarase.

Desde lo de mi padre, me había visto obligado a ocupar su lugar en los laboratorios. Ponerme al mando nunca fue mi sueño, jamás quise su puesto, y en cierto modo aquello me hacía sentir como un suplente, como un jugador que esperaba en el banquillo a que el entrenador le indicase cuándo debía salir al campo a jugar. Pero yo no podía cambiar el pasado, no podía evitar lo que sucedió y, dado el cargo que me correspondía, me prometí a mí mismo hacerlo lo mejor posible. Muchos puestos de trabajo, además del prestigio de la empresa, dependían de mí y no escatimé en medios para lograrlo.

Tirar de contactos fue una buena forma de hacerlo. Tal y como esperaba, mi llamada al ministro había surtido efecto, y los contenedores retenidos en la aduana habían conseguido pasar para llegar justo a tiempo. Nunca me interesó la política, pero si algo había aprendido al ponerme al frente de los laboratorios era que la lista de contactos debía ser tan larga como los deseos que uno tuviera por triunfar o mantenerse en lo más alto, así como el compromiso y la disposición para posteriormente recompensarlos.

Di por terminada la reunión y abandoné la sala de juntas. Los jefes de equipo aún no estaban al tanto de la noticia, y quería ser yo quien se lo dijese en persona. Olivier iba dos pasos tras de

mí. Se había convertido en mi sombra y ya todos nos habíamos acostumbrado a ello.

—No me pase ninguna llamada hasta que vuelva —le ordené a mi secretaria, de camino a los ascensores.

—Señor Dumont, disculpe. No he querido interrumpirlo cuando estaba reunido, pero han llamado desde recepción. Abajo hay una mujer que pregunta por Marcel.

«¿Por mi padre?».

—¿Está segura de eso? —inquirí.

—Sí, señor.

—¿Y qué le ha dicho?

—Nada, señor. Estaba esperando a sus órdenes.

—Tráela a mi despacho —le ordené con firmeza a mi guardaespaldas.

Él salió disparado escaleras abajo sin esperar al ascensor, y yo le agradecí a mi secretaria su información con un leve gesto antes de retomar mi rumbo hacia mi oficina.

Mientras aguardaba frente a los ventanales, con la vista perdida hacia los edificios colindantes, no podía dejar de pensar en quién sería esa misteriosa mujer que preguntaba por mi padre después de tanto tiempo. Todo el mundo sabía que era yo quien estaba al frente de la empresa, y me resultaba inquietante averiguar quién era y el motivo que la había llevado hasta allí.

Escuché unos pasos acercarse, y supe que había llegado el momento. Me re Coloqué el nudo de la corbata y me giré dispuesto a salir de dudas, preparándome para cualquier cosa que pudiera depararme su presencia allí.

Olivier abrió la puerta del despacho y fue entonces cuando la vi. Iba vestida con unos vaqueros y un jersey de cuello alto. Incluso así era capaz de llamar toda mi atención, hasta el punto de ponerme nervioso.

—Gracias, Olivier. Yo me encargo.

—Por supuesto, señor.

Mi guardaespaldas salió, y ambos nos quedamos a solas. No podía creer hasta dónde podía llegar su desfachatez. Se había presentado en mis laboratorios y ahora estaba allí, frente a mí, dedicándome la misma mirada fría que me había mostrado días atrás en nuestro encuentro en la sastrería.

—¿Sueles recibir así a todo el mundo? —masculló—. Tu escolta ha sido muy insistente.

—¿Qué haces aquí? —le solté a bocajarro.

—No es asunto tuyo —respondió con gesto endurecido.

—Estás en mi empresa, así que me temo que sí es asunto mío —la rebatí.

Por más que la miraba, ya no había en ella ni rastro de la Palmera que conocí años atrás. Era una mujer completamente distinta que apenas lograba reconocer.

—Créeme, me apetece tanto como a ti estar aquí, pero no se me ocurría otro sitio a dónde ir, y desconocía que ahora tú estuvieses al mando.

—¿Otro sitio para qué?

La vi resoplar y eso me enfureció aún más.

—¿Para qué querías ver a mi padre? —inquirí acercándome hacia ella, al ver que se negaba a responder.

—Esperaba que él me ayudara, porque está claro que su hijo no tiene la menor intención de hacerlo. ¿Puedes decirle, por favor, que quiero verlo?

Con aquella última frase me dejó claro que no tenía ni idea de lo que había ocurrido hacía ya

cuatro años.

—Eso no será posible. ¿Ayudarte a qué, Laura?

Ella me miró en silencio. Su mirada era distinta, no era la misma que creí conocer en el pasado. En esta había rabia e incluso dolor. Un dolor que no lograba entender, pero que averiguaría de un modo u otro.

—A localizar a Alice —contestó al fin.

Los dos seguíamos de pie en mitad del despacho.

—Llevo días intentándolo —prosiguió—. He ido a vuestra antigua casa, y me sorprendí al ver que el edificio ahora es una tienda de ropa. La única opción que me quedaba era venir aquí a los laboratorios, pues la he buscado también en redes y tampoco así he podido dar con ella.

Llevaba razón en esa última parte. A raíz de lo que le pasó a mi padre borramos todo rastro de las redes sociales y nuestra presencia en ellas era prácticamente nula.

—Alice no está aquí —confirmé.

—Necesito verla.

—Pues no creo que ella necesite verte a ti. Ya no —defendí.

—¿Ahora piensas y decides por ella? —farfulló.

—Laura —advertí.

—Maurice —me retó.

Ya nadie me llamaba así. Excepto ella.

—¡Joder, Palmera! ¿Qué demonios quieres de Alice?

—Tengo que verla, Maurice. Sé que no lo hice bien, y necesito disculparme.

No solo había tenido la caradura de presentarse en mi empresa, sino que su intención era disculparse únicamente con mi hermana. ¿Y qué pasaba conmigo? ¿Acaso no merecía otra disculpa por su parte?

—Tu selectividad me asombra tanto como tu osadía —escupí.

—Mi selectividad, como tú la llamas, es solo con la gente que se lo merece.

«¿De qué va todo esto?».

—¿Se puede saber qué te he hecho? —pregunté, harto de tanto misterio, que no lograba llevarme a ninguna parte.

—No creo que este sea el mejor momento para hablarlo —aclaró mirando alrededor.

—Pues yo sí creo que lo sea.

—¡Joder, Maurice! ¿Podrías dejar de pensar en ti por un momento? Hablo en serio. Necesito ver a Alice. Beth me contó el daño que le hice al marcharme y quiero explicarle qué es lo que pasó realmente.

Al momento me separé de ella. Di un paso hacia atrás al darme cuenta de lo que estaba pasando. Aquello lo explicaba todo. Las piezas empezaban a encajar, y ya no necesitaba que respondiera a mis preguntas. Había aclarado todas mis dudas, y lo único que había aprendido con ello era que yo había sido un estúpido por no haber sabido verlo antes. Me había dejado llevar por los recuerdos del pasado y no me había percatado del presente, de que Beth y ella estaban en contacto, conchabadas para fastidiarme y hacerme la vida imposible.

—Sal de mi despacho —siseé con toda la rabia que me consumía por dentro.

—¿Me estás echando? —cuestionó con asombro.

—Alice no va a escuchar tus mentiras. Yo me encargaré de ello.

—Eso ya lo veremos —me retó.

—Señor —irrumpió Olivier de pronto en el despacho—, tiene una llamada urgente de la

policía. Es referente a su padre.

Mi guardaespaldas era el segundo contacto que facilitaba en caso de no poder localizarme. Yo solía llevar el teléfono en silencio y en muchas ocasiones me desprendía de él para poder alejarme de todo.

—¿Le ha pasado algo a Marcel? —la oí preguntarme.

Pero yo ya le había cogido el móvil a Olivier y me había apartado para poder atender la llamada.

—Soy Dumont —le dije a quien estuviera al otro lado del teléfono.

Resultó ser el inspector que llevaba el caso. Apenas lo dejé hablar, pues enseguida le confirmé que me dirigía hacia allí.

—He de irme —advertí devolviéndole el móvil a Olivier.

—¿Tu padre ha tenido un accidente? —insistió ella, sin ocultar que realmente le preocupaba.

Por un instante. Por un efímero y pasajero instante volví a ver a la Palmera que recordaba, a aquella chica que siempre estuvo a mi lado y me apoyaba en todo lo que hiciera. Fue como si el pasado me golpeará con fuerza, pero no dejé que este me nublara y me impidiese ver el presente y lo que realmente tenía ante mí.

—Aléjate de nosotros, Laura.

Esas fueron mis últimas palabras antes de salir del despacho a toda prisa. No me importaba que ella se quedara tras nosotros. Su presencia allí era lo de menos. Lo único en lo que podía pensar era en aferrarme a la esperanza de encontrar a mi padre. Había desaparecido hacía ya cuatro años, y la policía acababa de hallar su moto.

«Quien no está en paz consigo mismo, estará en guerra con el mundo entero».

Mahatma Gandhi

Capítulo 16

Maurice Dumont I

Dicen que esperar desespera, y aún más cuando se trata de algo demasiado importante.

Yo esperé aquella llamada durante años. Cuatro largos años en los que nunca supimos nada acerca del paradero de mi padre. Con toda probabilidad él ya no estaría vivo, algo que asumí hacía ya demasiado tiempo, pero el hallazgo de su moto abría una nueva puerta a la esperanza para, al menos, encontrar su cuerpo y poder enterrarlo. Solo así podríamos despedirnos de él y acabar con la angustia que nos había consumido a todos.

Siguiendo mis indicaciones, Jacques hizo el recorrido hasta la división central de la policía federal en menos tiempo de lo estipulado. Olivier iba en el asiento del copiloto, prestándole ayuda con respecto al tráfico.

Yo nunca había tenido guardaespaldas, pero todo cambió a raíz de la desaparición de mi padre.

Aún recuerdo lo que sucedió ese día. Era domingo, y a media tarde recibí la llamada de mi madre. Angustiada, me contó que mi padre había salido por la mañana a dar una vuelta en su moto y que aún no había regresado. Al principio no quise darle importancia, pues a él le gustaban ese tipo de escapadas para desconectar sin que nadie lo reconociera, y le hice ver que tal vez se había entretenido con algún viejo amigo. Sin embargo, cuando Alice me llamó horas después, comencé a preocuparme realmente.

Lo primero que hice fue llamar a la policía y a todas las clínicas de Bruselas. Ninguna de ellas tenía registro de Marcel Dumont, y en tráfico tampoco había parte alguno con su nombre. Él no solía llevarse el móvil cuando salía con la moto, y localizarlo a través de él también fue inútil.

En contra de la opinión de Beth, me trasladé al castillo para estar junto a mi familia. Romy también había anticipado el regreso de uno de sus alocados viajes, y allí los cuatro permanecemos pendientes del teléfono. Habían pasado cuarenta y ocho horas y seguíamos sin tener noticias de él. Tanto la policía como nosotros creímos al principio que se trataba de un secuestro. Por aquel entonces la proyección de los laboratorios había crecido de forma considerable y, sumado a su título nobiliario, aquella era la teoría más factible. Fue entonces cuando contraté a Olivier. Necesitaba a alguien al margen de la policía que nos ayudara en la búsqueda y de nuestra seguridad a la hora de un posible rescate. Sin embargo, aquella llamada nunca sucedió. Nadie reclamó ningún dinero a cambio de la liberación de mi padre, y la idea del accidente cobró más fuerza que nunca.

Pese a la investigación de la policía federal, los datos de los que disponíamos eran demasiado escuetos. Las cámaras de tráfico lo habían situado en su moto, cruzando media Bruselas, en

dirección al noroeste. Al principio dimos por hecho que se dirigiría a la casa familiar de la costa. Aquel lugar siempre había sido su refugio; los veranos allí lograban resurgir al verdadero Marcel, al hombre que conocíamos, sin título nobiliario y sin una empresa que dirigir. Pero allí no había ni rastro de mi padre.

Su desaparición ocupó las portadas de los diarios belgas, y durante semanas, que para mí fueron como años, la prensa se hizo eco de la noticia. Se emitieron programas solo para hablar de él. Se crearon incluso mesas de debate, donde la prensa sensacionalista tuvo la osadía de hacer extrañas y dolorosas suposiciones al respecto, dejando caer la posibilidad de un suicidio. Ninguno contempló el accidente, probabilidad en la que yo más creía, porque esa opción no hacía aumentar las audiencias o la tirada de periódicos.

Fueron semanas en las que descubrí lo que era vivir un auténtico infierno. Ni siquiera nos atrevíamos a salir a la calle. El castillo estuvo rodeado de periodistas y paparazzis a la caza de una imagen, una respuesta, o simplemente un gesto, que luego en los programas se encargaban de desvirtuar.

La idea del suicidio comenzó a cobrar más vida entre los tertulianos. Era una teoría descabellada que mi hermano Romy no desmintió, con la aprobación de mi madre, y pese a mi insistencia y la de Alice. Mi padre era feliz con su vida. Tenía una familia, una empresa multimillonaria y todo cuanto un hombre pudiera desear. Pero hasta la policía comenzó a contemplar esa posibilidad, y así lo reflejó en su informe antes de dar por terminada la investigación y trasladar el caso al departamento de personas desaparecidas.

Pasado el tiempo, el bufete de abogados de la familia insistió en que firmáramos su defunción, aunque siempre supe que mi madre y Romy estaban tras aquella petición. Ellos no se detuvieron hasta celebrar su funeral y, sobre todo, hasta llevar a cabo la lectura del testamento. Ambos deseaban cobrar su parte de la herencia. Mi madre para seguir adelante con su vida, según sus propias palabras. Y mi hermano para desentenderse de todo y poder largarse, obligándome así a heredar el ducado y a convertirme en el cabeza de familia.

Ya había renunciado a mi carrera para trabajar en los laboratorios, pero aquello me obligó a ponerme al frente de ellos. Aquello cambió mi vida, aunque nunca abandoné la idea de encontrar a mi padre. Yo sabía que su cuerpo debía estar en alguna parte, y la llamada de la policía reabrió una herida que yo aún no consideraba cicatrizada.

—Señor Dumont, gracias por venir tan pronto —me recibió el jefe de la división central de la policía federal.

—Cuéntemelo todo —le pedí mientras estrechaba su mano.

—Venga conmigo, por favor.

Tras atravesar varios pasillos llegamos a un despacho que, supuse, sería el suyo.

—Como ya le he adelantado por teléfono, hemos encontrado el vehículo de su padre —comenzó a explicar una vez tomamos asiento. Él estaba al otro lado de la mesa, y Olivier de pie a mis espaldas.

—¿La moto está aquí? —demandé.

—No. Está en el laboratorio.

—Lléveme hasta allí. Quiero verla —advertí.

—Me temo que eso aún no va a ser posible. Verá, señor Dumont, he tenido la deferencia de llamarlo por ser usted quien es, pero la científica aún no ha terminado de recoger las pruebas necesarias.

—¿Y cómo sabe que es la moto de mi padre?

—Véala usted mismo.

El hombre giró la pantalla del ordenador para mostrarme varias imágenes.

—Como puede ver, la matrícula ha quedado intacta y no hay duda de que es la suya.

La moto estaba destrozada, llena de ramas, hojas y barro. Aun así, pude reconocerla nada más verla.

—¿Dónde la han encontrado? —inquirí.

—En Gemmenich, muy cerca de la frontera con Países Bajos.

«¿Qué demonios hacía mi padre allí?».

—¿Dónde exactamente?

—Estaba en el fondo de un terraplén. Unos montañeros la encontraron.

—¿Y qué hay de mi padre?

—Me temo que aún no sabemos nada al respecto. Tengo a varios de mis hombres rastreando la zona y le aseguro que lo mantendré informado en cuanto sepamos algo.

De nuevo una ventana que se abría ante mí para después cerrármela en las putas narices.

—Pero esto no tiene sentido —observé—. Ustedes nos dijeron que lo vieron dirigiéndose al norte, y Gemmenich está al este de Bruselas. ¿Cómo es posible que se les pasara eso por alto?

—Le perdimos el rastro en dirección al noroeste, como usted bien afirma. Pero créame, somos los primeros sorprendidos en haber encontrado el vehículo en esa parte del país.

—Todo este tiempo hemos estado buscando en el lugar equivocado —murmuré pinzándome el puente de la nariz.

—Espero que entienda que me veo en la obligación de preguntarle si conoce algún motivo por el que su padre quisiera ir hasta Gemmenich.

Negué con la cabeza.

—¿Sabe si tenía amigos o conocía a alguien de allí?

—No que yo sepa —respondí echando la vista atrás.

—¿Algún socio de la empresa o algo? —insistió.

—No. ¿Por qué es tan importante?

—Lamento insistir en este asunto, señor Dumont, pero intento encontrar una pista que nos lleve hasta él.

—Han encontrado la moto. ¿Qué más necesitan para buscar a mi padre?

—Como ya le he dicho, tengo a hombres en la zona. Y la científica nos será de buena ayuda al respecto. Pero siento tener que decirle que, en ausencia de un motivo que lo llevase hasta allí, el hallazgo del vehículo no ha hecho más que ampliar de forma considerable el terreno de búsqueda.

—¿Qué quiere decir?

—No debemos descartar la posibilidad de un posible robo, y que después dejaran allí abandonada la moto.

—Es decir, que mi padre podría estar en cualquier parte.

—Me temo que sí, señor Dumont. De todos modos, le garantizo que lo mantendré al tanto si hubiera algún avance en la investigación.

—Se lo agradezco —dije al despedirme de él.

Salí de allí teniendo dos cosas claras. La primera, que tendría que comunicarle a mi familia la noticia. La segunda, que nada ni nadie me impediría retomar la búsqueda de mi padre por mi cuenta.

«Si ya lo pensaste, atrevete. Si ya te atreviste, no lo pienses».
Proverbio japonés

Capítulo 17

Cuando uno toma decisiones debe afrontar lo que el destino le aguarde. Elegir es nuestra elección, pero uno no siempre sabe a ciencia cierta qué le deparará tras aquella puerta o aquel camino que haya escogido. El futuro es incierto. A veces podemos preverlo. Otras, en cambio, nos sacude de forma violenta hasta dejarnos casi sin aliento.

Yo no elegí marcharme de Bélgica, pero sí me dejé llevar por la rabia y el dolor para hacerlo del modo en que lo hice. No miré atrás. Porque hacerlo dolía demasiado. Alejarme de cada uno de ellos, de cada recuerdo, era lo único que me permitió seguir adelante. Sin embargo, no pensé en las consecuencias. Tal vez era demasiado joven para hacerlo. O tal vez no fui lo suficientemente inteligente para verlo. Sea como fuere, el daño ya estaba hecho, y lo único que podía hacer era asumir mi papel y enmendar mi error, por mucho que Maurice se empeñara en impedírmelo.

Mi encuentro con él en los laboratorios había sido toda una sorpresa. Podía entender que defendiera a su hermana de aquella forma. Puede que en su lugar yo hubiese hecho lo mismo. Pero si tanto daño le había causado a Alice, mayor motivo tenía para hablar con ella.

Intentar localizarla no estaba siendo fácil. Su antiguo teléfono fijo ya no existía, su casa ya no era una vivienda, y para postre, Maurice no había querido ayudarme. A todo ello tenía que sumarle que el trabajo en la sastrería apenas me dejaba tiempo para dedicarme a ello. Los plazos para terminar los encargos estaban llegando a su fin y aún no habíamos acabado ninguno. La probabilidad de cumplir con todos ellos se complicaba conforme pasaban los días, tanto o más que mi plan de encontrar a Alice.

Ese mediodía llamé a las chicas. Necesitaba su ayuda para dar con mi vieja amiga de la infancia. Ellas tenían más tiempo y Diana era una experta en redes, mucho más que yo.

—Tiene que haber algo —insistí en una de nuestras interminables videollamadas—. Cualquier cosa que me ayude a dar con ella me servirá.

—*¿Cómo es físicamente?* —me preguntó Yolanda.

—Siempre fue muy guapa. O al menos yo la veía así. Tenía el pelo castaño. Nariz normal. Labios normales. Aunque no sé qué aspecto tendrá ahora.

—*¿No tienes ninguna foto de ella?* —demandó Diana.

—Esperad. Puede que sí.

Solté el móvil y rebusqué entre los cajones de mi cuarto.

—*¡Es para hoy!* —escuché a mi prima quejarse.

—Ya voy —respondí sin dejar de rebuscar, recordando que guardaba un álbum con fotos nuestras, con la cubierta llena de pegatinas y frases.

—*Fumando espero al hombre que yo quiero* —canturreó la sinvergüenza de Diana.

—*Si tú no fumas* —le recordó Yolanda.

—*Pero esperar, no veas lo que espero, tía.*

—¡Aquí está! —celebré recogiendo el móvil de nuevo.

Durante un rato les fui mostrando las fotos en las que se la veía mejor para que ellas hiciesen captura de pantalla. Mirar aquellas imágenes me removió por dentro, sobre todo cuando me topé con una en la que salíamos Alice, Maurice y yo.

—*¿Ese es el hijo del duque?* —quiso saber Diana.

—Sí —respondí sin ahondar más en el tema.

Literalmente no podía. Se me había formado un nudo en la garganta al ver aquella foto, que nos echamos una tarde de verano que habíamos quedado para ir en tren a Brujas.

—*Laura, ¿estás bien?* —me preguntó mi prima con preocupación en su tono de voz, supongo que al ver mi cara.

—Sí, tranquila —aseguré—. Es solo que... Ya nada es lo mismo.

—*Imagino que no* —comentó Yolanda.

—*¡Venga, arriba ese ánimo, chicas! Ya sabéis que soy una experta en redes, así que voy a dar con Alice, como que me llamo Diana.*

—*Yo más que experta te llamaría vieja del visillo, pero vale* —se burló nuestra amiga.

—*Tú provócame, que subo la foto del tinte del otro día.*

Solíamos enviarnos fotos al grupo cada vez que íbamos a la peluquería. Empezó como una coña entre las tres y acabó convirtiéndose en una costumbre que llenaba nuestro álbum de fotos del móvil con imágenes horribles, peinados imposibles y papel de aluminio por doquier.

—*Laura* —me nombró Yolanda toda seria—. *La experta Diana localizará a Alice.*

—*Así me gusta* —respondió aquella.

Me despedí de ellas como siempre, agradeciéndoles todo lo que hacían por mí y con una sonrisa en los labios.

Por la tarde me centré de lleno en el trabajo.

Resulta sorprendente cómo algo puede cambiar según nuestra proyección. Un hecho, un gesto o simplemente un objeto puede ser distinto conforme seamos capaces de verlo. Nuestra percepción es la clave, pues dependiendo de ella hay cosas que en un momento dado pueden repudiarnos para después convertirse en algo que amamos. También ocurre al revés. Porque el objeto, la acción o la persona siempre serán los mismos, y tan solo será nuestra forma de mirarlos lo que hará que cambien.

Podría decir que eso fue lo que me ocurrió a mí con la costura. En apenas unos días había cosido más que en toda mi vida, y había descubierto, sorprendentemente, que no me disgustaba tanto como pensaba. Olivia me había enseñado a hilvanar, a quitar hilos, o a planchar entretelas que jamás pensé que existirían. Con ella pude darme cuenta de que no era el trabajo en sí lo que detestaba, sino lo que para mí representaba cuando vivía mi padre y este dedicaba a él toda su energía y tiempo. La costura siempre fue su pasión, y volcó en ella lo que no supo darnos a mi madre y a mí. Ya no le guardaba rencor alguno. Ahora sabía que lo había hecho lo mejor que pudo y que, pese a que no fuera el mejor padre del mundo, lo quería tal y como era.

A la hora del cierre me dolía todo el cuerpo. La semana había sido dura y solo deseaba subir a casa para darme una buena ducha y acostarme. Subiendo las escaleras mi móvil sonó.

—Dime, Diana.

—*Laura, creo que he encontrado algo.*

—Dame un segundo —le pedí mientras abría la puerta con la llave.

Una vez dentro, la animé a que siguiera.

—*He preferido llamarte en lugar de hacerte videollamada porque no estoy muy segura de si el traductor ha hecho su función correctamente.*

—¿Qué has averiguado?

—*He encontrado una noticia acerca de un castillo que era del Estado y que fue cedido al duque Dumont.*

«El castillo que nombró Beth cuando se presentó en la sastrería».

—¿«Cedido»?

—*Sí. A cambio de que lo mantuviera y que siguiera permitiendo la entrada al parque. Bueno, eso dice el traductor, porque el parquecito en cuestión tiene doscientas veintisiete hectáreas y está en un bosque.*

—¿Qué bosque?

—*Espera que lo miro. El de Sonian.*

—Lo conozco. Está en la región de Valonia.

—*El castillo es el de La Hulpe* —informó.

—No me suena.

—*Al parecer era un lugar para celebraciones y eventos, pero que ahora pertenece a la familia Dumont.*

—Pásame la dirección. Iré mañana sin falta.

—*Esto. Hay una cosa más.*

—Por favor, Diana, no me digas ahora que el castillo está destruido o que...

—*Calla, no. No tiene nada que ver con eso. Aunque espero que no te enfades conmigo.*

—¿Qué has hecho?

—*La abuela ha venido esta tarde a casa y me ha pillado en el ordenador buscando cosas sobre los Dumont.*

—¡No fastidies!

—*Me ha echado la bronca, pero lo peor es que ha amenazado con echártela a ti. Habla con ella, por favor, porque la que está aquí y tiene que aguantarla soy yo.*

—Todo esto es culpa mía. Tranquila. La llamo ahora mismo. Y gracias, prima. Te debo una.

—*Me debes muchas más, pero prefiero esperar al momento adecuado para cobrármelas* —aseguró picarona.

—Te quiero, lo sabes, ¿verdad?

—*No intentes sobornarme con amoríos* —respondió recordándome a nuestra abuela, y haciéndome reír.

—Eres única. Chao, nena.

—*Chao, tía.*

Presioné el botón de finalizar llamada y me senté a la mesa del salón. La ducha y el descanso habían quedado relegados ahora que tenía información que podía llevarme hasta Alice. En el portátil introduje los datos que me había facilitado mi prima e indagué sobre el asunto. El traductor, pese a su temor, había cumplido al interpretarle lo más importante del artículo. Tal y como ella me había dicho, el castillo estaba en La Hulpe, una pequeña población al sureste de Bruselas. Su nombre era Castillo de Solvay, y había sido donado al duque Dumont hacía ya más de ocho años. Por las fechas comprobé que sucedió poco después de que yo me marchase de Bélgica. De querer localizarla en aquella época no sé si hubiera podido, pero de lo que sí estaba segura era de que ahora sí deseaba hacerlo.

Consulté la forma de llegar al castillo y antes de cerrar el ordenador ya tenía todo listo.

Había dado con ella, y sabía que nada me detendría. Ni siquiera Maurice, por mucho que se empeñara en impedírmelo.

«No es necesario mostrar bellezas a los ciegos, ni decir verdades a los sordos. Basta con no mentir al que te escucha ni decepcionar al que confió en ti».

Capítulo 18

Siempre me ha gustado la lluvia. El olor a tierra mojada y la brisa fresca despejándome la cara eran cosas que echaba de menos en Elche. Allí el agua escaseaba bastante por el tipo de clima, y esa mañana recordé por qué me gustaba tanto el país que me vio nacer.

En el tren de camino al castillo, me pasé el trayecto mirando a través del cristal, viendo el paisaje al otro lado de las gotas que chocaban contra la ventana, y que el viento arrastraba hasta hacerlas desaparecer. Tenía poco más de una hora de camino, y mi mente voló hasta la noche anterior...

—Hola, abuela.

—*Laura, ¿qué estás haciendo?*

Le conté todo lo que había pasado, sin dejarme nada, porque necesitaba que me entendiera y que estuviera de mi lado.

—*No quiero que te acerques a ese hombre* —insistió.

—Abuela, tengo que localizar a Alice, explicarle por qué me fui así.

—*¿Y se puede saber por qué ese sinvergüenza te trata así? ¿Es que no ves que no es de fiar, como la zorra esa?*

En cualquier otro momento la hubiese corregido o pedido que no llamara así a Beth, pero lo cierto es que no me apetecía.

—Supongo que por el daño que le hice a Alice. Por eso necesito hablar con ella.

—*¿Quieres hablar con la muchacha por ella o por él?*

—Joder, abuela. Intento explicarte lo que siento. ¿Podrías confiar en mí, por favor?

—*Si yo confío, hija. Pero tú entiéndeme a mí. Esa gente no es trigo limpio, y al igual que tu amiga sufrió y su hermano fue testigo, yo vi cómo sufriste tú por su culpa.*

Sus palabras fueron como una puñalada en el estómago. Temía tener aquella conversación con ella precisamente por eso; sin embargo, prefería ser sincera con ella y lograr que estuviera de mi parte.

—*Tú verás lo que haces. Yo solo quiero que tengas cuidado, Laura* —susurró.

—Te lo prometo, abuela. Y gracias.

Seguí mirando a través del cristal recordando la extraña sensación que me quedó al finalizar la llamada. Era como si me sintiera más sola que nunca, pero a la vez muy arropada por ella y por el resto de mi familia. ¿Acaso eso era posible?

Nada más bajarme del tren y adentrarme en el dominio regional de Solvay me di cuenta de que no había escogido el mejor día para ir. Mi premura por localizar a Alice hizo que no me informara debidamente del tiempo ni del trayecto que debía hacer a pie, a través de senderos y caminos de tierra que atravesaban el bosque, hasta llegar al castillo.

«¡Joder, ahora sí que me vendría bien el clima de Elche! Eso me pasa por ser una *nervios*,

como siempre dice mi abuela».

Las salpicaduras de barro que provocaba al andar cubrían buena parte de mi pantalón hasta la altura de las pantorrillas. Pero no me importaba presentarme con esas pintas, si con ello conseguía reencontrarme con Alice. En cuanto hablara con ella solucionaríamos lo nuestro, retomaría nuestra amistad y, de paso, me ayudaría a regresar a Bruselas sin necesidad de hacerlo de aquella guisa.

Cuando por fin logré atravesar el bosque, vi el castillo al fondo, en lo alto de un enorme claro de césped de suave pendiente. La imagen me recordaba mucho a *Downton Abbey*, la abadía de la serie televisiva inglesa. Había visto fotos del Solvay en internet, pero ninguna le hacía justicia. El edificio, el entorno y todo cuanto le rodeaba era mucho más hermoso ahora que podía verlo en vivo.

Me acerqué hasta él observando cada detalle, contemplando la belleza que envolvía a la construcción de fachada beige y techos grises. Desde mi posición podía ver dos torreones de los cuatro que había visto en el portátil la noche anterior. Situados en cada una de sus puntas, los torreones destacaban del resto por estar cubiertos de frondosa hierba, que solo dejaban ver los dos enormes ventanales blancos que protegían, uno en cada planta. Sobre ellos se cernía un tejado en punta, que recordaba la forma de un cono. El castillo era una auténtica belleza, elegante, y pude imaginar por qué el duque lo había escogido.

Conforme me acercaba, vi con más detalle los setos con forma de arcos que tenía en su lado izquierdo. En internet había visto que tras ellos se encontraba un jardín francés, en cuyo extremo había una fuente con la escultura de una sirena. Me moría de ganas de adentrarme en él para verlo, pero el tiempo apremiaba, y hablar con Alice era mucho más importante.

Llamé al timbre tras coger aire y exhalarlo con fuerza. Escuché unos pasos, y una mujer de mediana edad apareció tras la puerta.

—¿En qué puedo ayudarla? —me preguntó repasándome de arriba abajo, sin ocultar su recelo.

Su desconfianza era tal, que tan solo entreabrió la puerta, lo suficiente para asomarse e impedir que pudiera ver nada de cuanto hubiera dentro.

—Buenos días —la saludé—. Busco a Alice Dumont.

—Lo siento, la señorita no está —aseguró con la firme intención de cerrar sin más y regresar a lo que estuviera haciendo.

Por suerte puse la mano a tiempo para impedir que me la cerrara en las narices.

—Por favor, dígame dónde puedo encontrarla. Necesito hablar con ella.

—¿Quién es? —escuché una voz femenina de fondo.

La reconocí al instante. Era Charlotte, la madre de Alice.

—Una visitante que pregunta por su hija, señora —le respondió la mujer.

—Las visitas son solo para el parque. ¿Acaso no sabe que el castillo es una propiedad privada?

—Ya ha oído a la señora. Me temo que no puedo ayudarla.

«Pues si crees que pienso irme, así como así después de la caminata, vas lista».

—Dígale a Charlotte que soy Laura Lambert —anuncié sin un atisbo de temblor en la voz.

Confiaba en que aquello la hiciera reaccionar y así fue. De pronto, la puerta se abrió al completo y la madre de Alice apareció ante mí. Estaba mucho más envejecida de como la recordaba. Sin embargo, no fue su aspecto lo que más llamó mi atención, sino el modo en que me recibió.

—¿Qué haces aquí? —escupió ante el asombro de su doncella.

—Hola, Charlotte. Necesito hablar con Alice.

—¿Y qué te hace pensar que ella quiera hablar contigo?

Su mirada de desprecio me espoleó como un latigazo.

—Lo sabrá cuando escuche lo que tengo que decirle.

—Mi hija no tiene nada que escuchar de alguien como tú.

Siempre supe que ella me consideraba inferior a todos ellos. Pero ni siquiera su forma de tratarme o lo que opinara de mí me impediría recuperar a mi mejor amiga.

—He venido para disculparme por lo que hice —confesé con la falsa esperanza de ablandarle su inquebrantable corazón.

—Lo que hiciste no tiene perdón, así que haz el favor de largarte. Deja en paz a mi familia. Aquí no eres bienvenida.

Cerró la puerta de un portazo.

Me quedé allí parada en silencio, incapaz de moverme y de entender qué había hecho para que los Dumont me odiasen tanto. No podía creer que aquello me estuviera pasando. No cuando había atravesado un maldito bosque para disculparme. Estaba empapada, muerta de frío, y sin una sola pista que me llevara hasta Alice.

«La clase social no está en el traje, sino en el interior de la persona».

Capítulo 19

Tardé tres días en recuperarme del resfriado que pillé en mi escapada al castillo. Las cosas no estaban saliendo como había planeado y me moría por regresar a Elche cuanto antes.

Sin embargo, aún tenía demasiados frentes abiertos para poder volver con mi familia. Los encargos aún no se habían terminado, Olivia apenas daba abasto en la sastrería atendiendo a nuevos clientes y sacándolo todo adelante. Y como las desgracias nunca vienen solas, me llegó un email con la carta de despido de la editorial en la que llevaba años trabajando. Según el documento, mi jefe había tramitado un despido procedente, por lo que ni siquiera me pagaría la indemnización correspondiente.

Descarté la opción de enfrentarme a él. Estaba enferma y demasiado agotada para emprender acciones legales contra la empresa, y zambullirme en una disputa que solo me restaría tiempo y fuerzas para sacar adelante y resolver todos los frentes abiertos que tenía aquí en Bélgica.

A mitad de semana pude bajar a la sastrería. Olivia se mostró agradecida de contar con mi ayuda después de tantos días quedándose sola a cargo de todo, y no me hizo presagiar lo que me anunció al finalizar la mañana.

—¿Recuerda lo que le dije acerca del trabajo? —me preguntó.

Al instante supe que aquello no era más que el preludio del momento que, durante semanas, había temido que llegase. Visualicé una enorme grieta abriéndose en el suelo, y a mí cayendo en ella. Mi mundo se desmoronaba, y yo no podía hacer nada para evitarlo.

—Olivia, no puedes dejarme. Ahora no —le supliqué.

—Lo siento, señorita Lambert. Pero fui honesta con usted.

—Lo sé. Es solo que...

«No sé qué voy a hacer sin ti».

Ambas nos miramos durante un instante en silencio. Había aprendido mucho con ella, pero no lo suficiente para sacar adelante el negocio. Pese a que apenas la conocía, eso no mermaba el cariño que le había cogido y el hecho de que, en el fondo, supiera que aquel momento llegaría tarde o temprano. Le había hecho una promesa, y debía cumplirla por mucho que me pesara.

—¿Cuándo te marchas? —quise saber.

—Debí hacerlo el lunes, pero usted estaba enferma, y logré postergar mi entrada en el nuevo trabajo hasta hoy.

—Eso quiere decir que nos despedimos aquí —susurré sabiendo que no sería justo por mi parte impedirselo.

—Me temo que sí, señorita Lambert.

—Llamaré al abogado esta misma tarde para que prepare todo el papeleo.

—Se lo agradezco.

En el fondo la comprendía, y la despedí como mejor sabía, con un abrazo como los que nos

dábamos en España.

—Buena suerte —le deseé.

—Lo mismo para usted —respondió.

La vi marcharse de la sastrería. No salí tras ella. Respeté su decisión y asumí que Olivia solo buscaba el modo de poder subsistir y de asegurarse una buena vida. Yo aún no sabía qué persona ocuparía su lugar o si la encontraría, pero lo que sí sabía era que no me quedaría de brazos cruzados sin intentar salvar la mía.

En los días que había estado enferma tuve tiempo para darme cuenta de las cosas que no había hecho para intentar localizar a Alice. En el ordenador de la sastrería guardábamos los datos de todos nuestros clientes y, tras voltear el cartel que indicaba que habíamos cerrado, me dirigí a él en busca de Maurice. En la D hallé la ficha de su padre, Marcel. Aquello me hizo recordar la llamada que había recibido de la policía y de la que no quiso decirme nada al respecto. Tras su ficha, encontré la de Maurice. Aparecía el teléfono de los laboratorios, pero también el suyo personal y el de su guardaespaldas. Lo anoté en mi móvil, apagué, incluyendo el ordenador y las luces, y salí en busca de algún restaurante donde comer.

Recordé que había uno al que solía ir con mis padres. No estaba muy lejos de allí y decidí ir andando. Por suerte ese día solo estaba nublado y me propuse disfrutar del paseo. Recorrer aquellas calles me permitía hermanarme con mi pasado, pero también con mi presente y con quien era ahora.

En un solo día había dejado atrás un empleo y me había quedado sola en la tienda. Eran hechos que esperaba, pero que había escondido para no tener que enfrentarme a ellos. Ahora, con su llegada, tan solo me quedaba la opción de seguir adelante. Solo así cogería las riendas de mi vida y sabría qué hacer para lograrlo.

Pensaba en ello cuando pasé por delante de un escaparate que llamó mi atención. Tras el cristal había un maniquí con un vestido rojo de gala, de corte princesa y con escote *bardot*^[3]. Era tan hermoso que me detuve solo para poder mirarlo. Soñar despierta con una belleza de tal calibre era sencillo. Lo difícil era no dejarse embaucar por él y pasar por la acera sin pararse a contemplarlo.

—Es precioso, ¿verdad? —me preguntó una chica, más o menos de mi edad, a la que no vi llegar.

Estaba a mi lado, mirando el vestido, tal y como hacía yo.

—Sí que lo es —confesé sin apartar la vista de él—. Casi una obra de arte.

—Soy Guada, la culpable de que esa obra de arte esté ahí —se presentó volviéndose hacia mí.

—¡Guau! Pues enhorabuena. Encantada, soy Laura.

—¿«Laura»? ¿Española? —me preguntó en un perfecto castellano.

—No de nacimiento, aunque sí de adopción. Tú sí, por lo que veo.

—De Valencia —aclaró.

—¡No fastidies! Yo de Elche.

—¡Ay, no puede ser! ¿En serio? —celebró abrazándome hasta casi estrujarme—. Lo siento —se disculpó de inmediato al separarse—. Es que aquí no son tan efusivos y me he venido arriba al encontrarme a alguien de mi tierra —susurró de modo cómplice.

Y ahí fue cuando lo supe. En aquel instante supe que Guada y yo seríamos amigas.

—No tienes nada que sentir. Al contrario —aclaré—. Si te soy sincera, eres lo mejor que me

ha pasado hoy —confesé.

—¿Tienes hambre? —preguntó de pronto—. Acabo de cerrar y no me vendría mal algo de compañía. Aunque, si te digo la verdad, es que echo de menos hablar en español, y que me muero porque me cuentes cosas de allí.

Ambas nos echamos a reír, y sin pensármelo acepté su proposición.

De camino al restaurante ella me contó que llegó a Bélgica en busca del padre de su hija. Ella había adoptado a la pequeña al morir su hermana, y le había hecho la promesa de entregarle una carta al padre, que resultó ser un barón, de apellido Bourdieu.

—¿Y te colaste en el castillo? —le pregunté cuando ya nos habíamos sentado a la mesa y el camarero nos había tomado nota.

—¡Por supuesto que sí! No iba a volverme después de haber llegado aquí, ¿no?

Su historia me hizo recordar en cierto modo la mía y mi visita fallida al castillo.

—Tuviste suerte —argumenté.

—Yo no lo llamaría suerte, sobre todo por lo que tuve que vivir después.

—¿Qué pasó? —le demandé intrigada.

Guada me explicó que hubo una confusión entre ellos que los mantuvo enfrentados durante un tiempo, pero que después de todo tuvo su final feliz.

—Entonces, ¿el vestido del escaparate es el del baile de aquella noche?

—Así es —respondió orgullosa, con una sonrisa que le cruzaba la cara.

—¡Vaya! Tu historia es apasionante.

—¡Oh, dios mío! Soy tan bocazas que no he dejado de hablar de mí, cuando el motivo de invitarte era para que me contaras tu historia. Discúlpame, por favor.

—Tranquila. Me has hecho sentir como en casa, y eso lo valoro muchísimo.

—Háblame de ti y de lo que te ha pasado. Solo si quieres, claro.

—Te aseguro que no hay nada que me apetezca más en este momento —confesé devolviéndole la misma sonrisa que ella me había regalado a mí.

Pese a acabar de conocernos, había algo en ella que me había hecho confiar desde el primer instante y, durante el resto de la comida, le conté el motivo de mi regreso a Bélgica y cómo habían sucedido el resto de acontecimientos.

—Así que esta es mi historia —concluí al terminar—. Me demandarán si no logro terminar los encargos a tiempo, no consigo dar con mi mejor amiga para disculparme y el hijo del duque no quiere ni verme.

—¿Fynn? ¿Qué tiene él que ver en todo esto? —cuestionó cuando terminé de relatarle.

—¿Fynn? ¿Quién es Fynn? —demandé con asombro.

—El hijo del duque.

—No sé a qué duque te refieres exactamente, pero te aseguro que el hijo del duque Dumont se llama Maurice —aclaré.

—Eres tú quien no me ha entendido —me rebatió—. Maurice es el duque y Fynn es su hijo de siete años.

«¡No jodas!».

—¿Maurice es duque? Eso es imposible —comenté incapaz de creerlo—. Además, ¿cómo estás tan segura?

—Vivo aquí desde hace años. Y ya sabes, los nobles se conocen entre ellos.

—Pero debes haberte confundido —insistí—. El ducado es de Marcel, y en todo caso hubiera pasado a su hijo mayor, Romy.

—Por lo que sé Romy se largó y renegó del título. En cuanto a Marcel, siento ser yo quien te diga que desapareció hace cuatro años. No se sabe nada de él desde entonces.

Creí que si me pinchaban en aquel momento no hubieran sacado una sola gota de sangre. De ahí la llamada de la policía cuando estuve en los laboratorios. Ahora todo encajaba.

—Vaya. No sabes cuánto lo siento. Marcel es un buen hombre. O era, ya no sé ni qué decir —murmuré sin dejar de darle vueltas para poder asimilarlo todo.

—Tranquila. A todos nos pasó igual al principio. Pero tengo algo para animarte —anunció de pronto—. Creo que puedo ayudarte con lo de la sastrería, aunque no te prometo nada.

—¿Lo dices en serio? —celebré con el mismo entusiasmo que un niño la mañana de Navidad—. Después de haber visto esa obra del escaparate, imagino de lo que eres capaz.

Guada rio en respuesta.

—No hablo de mí. Ojalá fuese así, pero apenas doy abasto con la boutique. Estamos en plena temporada de galas. Y ser esposa de un barón, madre de dos niños y empresaria no es nada fácil, te lo aseguro —subrayó—. Sin embargo, aún guardo currículums de gente que vino buscando trabajo. Estoy segura de que entre todos ellos encontrarás a la persona que necesitas.

—Cualquier ayuda es bien recibida, así que gracias.

—No me las des todavía, porque he dejado lo mejor para el final —añadió con una de esas sonrisas con la que te muestran casi toda la dentadura.

—¿Aún hay más?

—Sé cómo ayudarte a encontrar a Alice.

—¿De verdad? —demandé con los ojos abiertos de par en par, y ella asintió—. ¿Dónde has estado todo este tiempo y por qué no has entrado antes en mi vida? —le solté entre risas.

Ambas lo hicimos de forma cómplice.

—¿Sabes qué? —me preguntó al terminar, tras un trago a su bebida—. A veces, el universo pone a personas en nuestro camino para ayudarnos. Yo tuve un hada madrina al llegar aquí. Marie. Ella es nuestra ama de llaves, y quien nos acogió y nos cuidó a Balbi y a mí desde el principio, junto a su marido. Y yo quiero devolverle el favor al universo haciendo lo mismo contigo.

—No sé qué decir —balbuceé con un nudo en la garganta.

—Solo continúa la cadena. Y encuentra a Alice para que me sigas contando cómo acaba la historia.

Volvimos a reír. Y lo repetimos en varias ocasiones más durante el almuerzo.

Fue un maravilloso encuentro que guardaría por siempre en la memoria. Las hadas madrinas existían, y Guada era la mía. Aún no sabía cómo acabaría devolviéndole el favor, o qué haría para no romper la cadena, como ella misma había comentado. Pero de lo que sí estaba segura era de que, por primera vez desde mi regreso a Bélgica, no me sentía sola. Tenía la certeza de que solucionaría todos los frentes que tenía abiertos y de que resolvería todas mis dudas. Y para ello, debía empezar por lo que más me preocupaba. Los Dumont.

«Si ya hicimos lo más difícil, que fue encontrarnos entre millones de personas, ahora hagamos lo más sencillo: no perdernos nunca».

Capítulo 20

Guada me había contado que Alice era la presidenta de una fundación, de la que era presidenta y a la que dedicaba todo su tiempo y trabajo. Siempre supe que ella no era como las demás chicas del grupo, su filantropía no era fingida, y tal vez por eso nuestra amistad era igual de real como lo era ella. Me alegró mucho saber que aquel fuera su oficio, aunque no tanto el motivo por el que no había logrado localizarla. Mi nueva amiga y hada madrina me confesó que los Dumont temieron al principio que la desaparición de Marcel se debiera a un secuestro, lo que les llevó a toda la familia a no promulgarse por las redes sociales. Por eso apenas encontré nada de ella en internet. Por suerte mi prima Diana había dado con el castillo, y Guada me había indicado dónde estaba concretamente la fundación.

Esa misma tarde me dirigí hacia allí dispuesta a reencontrarme con Alice. Por lo que había averiguado solía hacer presencia en la sede, y le pedí al universo que me ayudara a dar con ella.

El edificio era tal y como lo había visto en internet. Era una construcción moderna al este de la ciudad, repleto de cristal tintado en tono azul oscuro. «Fundación Willems» rezaba el cartel. Era el apellido de soltera de su madre, uno muy común en Bélgica e imposible de relacionar con ella.

Me adentré en el edificio y pregunté por ella en recepción.

—La señorita Willems no recibe visitas sin previa cita, señorita.

«De aquí no me voy sin verla, doña moño estirado».

—Imagino que ese es el protocolo, pero dígame, por favor, que soy Laura.

—Por mí como si es la reina Matilde —ironizó—. Ya le he dicho que sin cita no podrá recibirla.

—Pues deme una cita —mascullé.

—Vale... veamos... —comentó mientras observaba la pantalla del ordenador—. Puedo darle para la semana que viene a las... Uy, no, espere, ese día tampoco.

«Me estás poniendo de una mala leche que ni te cuento».

—Puede que para la siguiente tenga algún hueco... —prosiguió—. A ver... martes no... miércoles tampoco.

«¡A la mierda!».

La bordeé y me dirigí a toda prisa hacia las escaleras, decidida a dar con ella.

—¡Señorita, no puede pasar! ¡Seguridad! —gritó a mis espaldas.

Ya en la primera planta, le pregunté a un hombre con papeles en la mano dónde estaba el despacho de la presidenta. Nada más indicarme que estaba en el último piso, continué mi carrera sin tiempo de agradecerle la información. Seguía escuchando los gritos de la recepcionista, e imaginaba que los de seguridad no tardarían en encontrarme.

Cuando por fin llegué a la última planta, corrí hasta el final del pasillo. Al fondo había un

despacho con dos enormes puertas, a las que ni siquiera me molesté en llamar antes de abrir.

—Hola. Perdón por presentarme así, pero es que tengo a tus gorilas pisándome los talones — solté aún con la lengua fuera, cerrando tras de mí.

—¿Laura? —preguntó extrañada al verme—. ¿Qué haces aquí?

—Tu recepcionista no me permitía pasar y me he colado —respondí acercándome hasta ella.

Alice se levantó del sillón y bordeó la mesa hasta mí. Llevaba una coleta alta, y seguía siendo tan guapa como la recordaba.

En mitad del despacho, ambas nos quedamos de pie, mirándonos. Necesitábamos un instante. Un solo instante en el que vernos y reconocernos como las viejas amigas que fuimos en el pasado. Tal vez ya no quedara en ella nada de aquel recuerdo, pero para mí seguía siendo ella. Mi Alice. Mi amiga de la infancia a la que nunca había olvidado y llevaba aún en lo más profundo de mi corazón.

Sin embargo, no podía olvidar el hecho de que, después de tanto tiempo, me había presentado sin avisar. Corría el riesgo de que me echara y de que me obligara a irme por donde había venido, pues en el fondo temía que me rechazara como había hecho su hermano.

Pero Alice no era Maurice, y cuando los guardias aparecieron en el despacho les aseguré que todo estaba bien y que nos dejaran a solas.

—Gracias —susurré al comprobar que me concedía la oportunidad que tanto deseaba.

—Si has hecho esto solo para verme, es que tienes algo importante que decirme.

—Lo cierto es que sí.

—Tú dirás —me alentó cruzándose de brazos ante mí, con el peso sobre una pierna.

—Lo siento, Alice. Siento haberme ido como lo hice. Esa noche fue demasiado dura para mí, no lograba pensar con claridad —confesé de forma atropellada—. Al llegar a casa la cosa empeoró. Mi madre me comunicó que se divorciaba de mi padre y que me tenía que ir con ella a España. Mi mundo se desmoronó en apenas unas horas. Pero marcharme de aquí era mi oportunidad de dejar todo atrás. Alejarme, además de una obligación, era mi mejor salida, la que me concedía la posibilidad de desaparecer para intentar no recordar y olvidar lo que viví esa noche.

—Pudiste despedirte. Creí que éramos amigas.

—Yo aún lo siento así —murmuré mirándola a los ojos, con el firme propósito de que comprobase que cuanto decía era cierto. Ella me conocía bien, y sabía con solo ver mi mirada cuándo era fiel a la verdad.

—Las amigas no desaparecen —me reprochó.

—Sí cuando se sienten traicionadas.

—¿Yo te traicioné? ¡Fuiste tú la que me dejó sola! ¿Acaso sabes por el infierno que me hiciste pasar cuando te marchaste?

—Ahora lo sé. Beth me lo contó.

—¿«Beth»? ¿Qué te traes entre manos con esa arpía, Laura?

«¿Llama arpía a su propia cuñada? Vale, ahora sí que me he perdido».

—Fue ella la que me puso sobre aviso de lo mal que lo pasaste tras mi marcha —puntalicé.

—No sabía que tuvieras relación con ella.

—Y no la tengo —aclaré.

—Explícame entonces cómo es que la has visto a ella antes que a mí y por qué te ha contado todo eso, si no sois amigas, como afirmas.

—Beth se presentó en la sastrería sin yo esperarlo.

—¿Y cómo iba a saber ella que estabas en Bruselas, si ni siquiera yo lo he sabido hasta este momento?

—Maurice se lo contó.

—Espera, ¿mi hermano también sabe que estás aquí?

—Él vino antes a probarse un esmoquin. Yo tampoco esperaba encontrármelo, si te soy sincera.

—Ya veo que me quedo para la última.

—No, Alice, no lo veas así, te lo ruego. Vine solo para unos días, y... ¡joder! Es complicado.

—¿Tanto que no podré entenderlo? ¿Es eso lo que quieres decir?

—¡No, por supuesto que no! ¿Tienes un poco de agua? —le pregunté de pronto. Tenía la garganta seca y la lengua como una lija capaz de alisar madera.

Pese a su molestia, que no quiso esconder, Alice se giró y se dirigió hacia un lado del despacho, donde tenía un elegante carrito de cristal con adornos dorados, repleto de bebidas en un juego de exquisita cristalería. En silencio llenó uno de los vasos y me lo entregó.

—Gracias —susurré.

—Siéntate —me pidió señalándome la zona en donde había unos sillones colocados en forma de «U».

Ya un poco más repuesta tras suavizarme la garganta, le conté a Alice cómo había sucedido todo. La llamada del abogado, mi llegada a Bélgica, el fallecimiento de mi padre y la herencia que había recibido, incluyendo los encargos que debía entregar a tiempo si no quería verme envuelta en demandas. También le dije cómo había sido mi encuentro casual con Maurice, y la visita posterior de Beth.

—Y fue entonces cuando me contó que lo pasaste mal por mi culpa —rematé.

—Quiero creer en tu palabra, Laura. Pero si es cierto lo que dices, no logro entender por qué ella fue hasta allí solo para defenderme a mí.

—No fue lo único que hizo —aclaré—. También me contó lo feliz que era en su matrimonio con Maurice, y con Fynn, el hijo de ambos.

—¿Matrimonio feliz? Mau lleva años separado de ella y la muy zorra pretende sangrarlo con el divorcio.

«¡Tócate los ovarios!».

—¿Entonces por qué me amenazó con no acercarme a él? Discúlpame, Alice, pero no logro encajar las piezas.

—Yo tampoco. Con esa mujer es imposible hacer un puzle en condiciones. Pero mira, que te amenazara sí que va más con su personalidad.

—Ahora entiendo por qué la has llamado arpía.

—También zorra, te lo recuerdo.

Ambas nos echamos a reír. El sonido de aquellas carcajadas me evocó al instante al pasado y sentí un inmenso deseo por abrazarla.

—Hay algo que aún no me encaja —comentó al cabo de un rato, mientras se servía otro vaso para ella—. Al llegar has hablado de lo que ocurrió la noche en la que te marchaste. ¿A qué te referías?

Recordar aquel episodio no era fácil para mí, pero decidí abrirme en canal con ella y contarle todo lo que escuché de mí en aquel baño, pese a que se trataba de su hermano.

—Es imposible que Mau dijese algo así de ti.

—Te aseguro que hubiese dado cualquier cosa porque no fuese cierto.

—Él te adoraba —aseguró.

—Eso creía yo —admití con la mirada perdida en un punto cualquiera sobre la mesita de centro que teníamos frente a nosotras.

—Por eso le dolió tanto tu marcha e hizo lo que hizo la noche de la fiesta.

«¿Qué noche? ¿De qué habla?».

—No te sigo, Alice.

La vi tomar aire y expulsarlo a modo de suspiro antes de retomar la conversación.

—Cuando te fuiste no imaginé que te echaría tanto de menos —comenzó—. Nadie sabía nada de ti, y tu padre no quiso darme ninguna explicación. Solo me comentó que se habían divorciado y que tú te habías ido a España con tu madre.

—Yo he logrado perdonarlo. Espero que tú también puedas hacerlo.

—No le guardo rencor, y menos ahora. Y aunque ya te lo he dicho antes mientras me lo contabas, te reitero mis condolencias.

—Te lo agradezco. Sigue, por favor.

—Cuando te fuiste, perdí las ganas de salir. Siempre fuiste mi otra mitad, mi compañera de equipo para todo, y caí en depresión. En casa no tardaron en culparte de mi estado. Mau fue el único que se preocupó realmente por mí. Intentó localizarte y convencerlos a todos de que necesitaba ayuda de un experto. No consiguió ninguno de sus propósitos.

—Ahora entiendo por qué me odia —susurré con una presión bajo el pecho.

—Pero eso no es todo, Laura.

—¿Qué quieres decir?

—Casi al año de marcharte, mis padres organizaron una fiesta de gala. Según mi madre para animarme. Según todos sabíamos para inaugurar nuestro traslado al castillo de Solvay.

—Lo conozco. Estuve la semana pasada.

—¿Estuviste en La Hulpe?

—Sí. Fui a buscarte. Pero continúa, por favor.

Alice dio un trago antes de proseguir. Vi que sus ojos se empañaban de lágrimas, aunque aún no me atrevía a estrecharla entre mis brazos.

—Aquella gala fue muy sonada y vino la gente más influyente del país. Entre ellos la familia de Beth, que por aquel entonces se movía entre grandes fortunas.

Sabía a qué se refería. Beth no dejaba de restregarme a la menor ocasión que ella sí encajaba en la alta sociedad, a diferencia de mí.

—Se encargaron hasta esculturas de hielo y un sinfín de adornos más para que aquella fiesta fuese la mejor del año —prosiguió—. Para mí, en cambio, suponía un suplicio en el que me obligaban a hacer acto de presencia y sonreír, cuando lo único que me apetecía era encerrarme en mi cuarto. A mitad de la gala, en un descuido de mi madre y cuando ya todo el mundo había comido y bebido cuanto le cabía en el estómago, logré escabullirme. Mau no tardó en encontrarme. Había sido el único en percatarse de mi ausencia y me pilló llorando sobre la cama. Le molestó tanto encontrarme de aquella guisa, que salió disparado sin decir ni una sola palabra. Después supe que bajó a la barra, donde se apalancó durante el resto de la noche. Cogió la peor borrachera de su vida. No montó un espectáculo que abochornara a mis padres delante de sus invitados. Pero sí cambió su vida.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? —indagué.

—Esa noche mi hermano no tomó precauciones, y dejó embarazada a Beth.

Ahogué un grito y ella continuó.

—Nada más conocerse la noticia los padres de ambos los obligaron a casarse. Mau tuvo que renunciar a sus sueños, dejó su carrera y entró en los laboratorios para sacar adelante a su nueva familia. Aquello marcó un antes y un después para él, y se culpa por ello. Pero también a ti.

—¿Y qué tengo yo que ver en todo esto?

—Él afirma que tú fuiste el detonante. Que si tú no te hubieses marchado como lo hiciste, yo no habría entrado en depresión, y por tanto él no se hubiese refugiado en la bebida como lo hizo.

«¡Tócate los cojones!».

—¿Te das cuenta de lo absurdo que suena todo esto? —reventé—. Éramos unos críos y, en mi caso, me marché porque no tuve más remedio que hacerlo. Sí, es cierto, no lo hice de forma correcta, pero me sentía dolida por lo que había dicho de mí, y no supe gestionarlo.

—Si te sirve de algo, en el fondo opino como tú —confesó.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto. Siempre quise creer que tendrías un importante motivo para hacer lo que hiciste. Ahora ya lo sé.

—Me dolió mucho que dijese aquello de mí.

—No sé por qué lo dijo, y es algo que debes preguntarle a él. Pero creo entender por qué lo hizo.

—¿Por qué? —le demandé.

—Por Beth. Ella siempre le hablaba mal de ti. No soportaba ver lo bien que os llevabais, y sé que, de algún modo, tuvo que presionarlo para que él dijese que sentía pena por ti.

—Uno no hiere si no quiere, Alice.

—Cierto —admitió—. Pero como tú bien has dicho, éramos unos niños.

—¿Quiere eso decir que me perdonas?

—Lo hice desde que entraste por esa puerta, tonta.

Fui incapaz de contenerme por más tiempo y me levanté. Ella hizo lo mismo, y ambas nos fundimos en un cálido y reconfortante abrazo. No podía dejar de llorar. Había recuperado a mi mejor amiga, y eso era cuanto me importaba.

—No sabes cuánto te he echado de menos —susurró.

—Y yo a ti —respondí, estrechándola aún con más fuerza.

«Solo cuando logres quitarte la venda del orgullo de los ojos, verás que donde sumes, donde importes y te valoren... ahí es».

Capítulo 21

Dicen que después de una mala racha, siempre viene una buena. Que después de la tormenta llega la calma, y que tras la oscura noche amanece un nuevo día.

En mi caso fue completamente cierto. Mis días en Bélgica estaban cambiando, y yo no podía estar más feliz por ello, pese a que cada noche tenía que escuchar las quejas de mi abuela porque aún no había regresado a Elche con ella. Desde que conociera a Guada y me reencontrara con Alice, todo parecía ir mucho mejor. Incluso en la sastrería, donde ya habíamos avanzado mucho y terminado uno de los encargos, gracias a la ayuda de Richard.

Aún recuerdo el día en que lo entrevisté. Fue al día siguiente de visitar a Alice en la fundación. De todos los currículums que me envió Guada por email, el de Richard fue el que más llamó mi atención. Había trabajado en dos sastrerías, ambas al sur del país, en la región valona, y tenía bastante experiencia en el sector. Me reuní con todos los candidatos deseando no haber fallado en mi intuición. Y así fue. Richard me cayó bien desde el principio. Era un chico moreno, de estatura media y ojos afables que derrochaba vida y verdadero interés por trabajar.

—Estás contratado —le comuniqué al terminar la entrevista.

Le había mostrado la sastrería al completo y le había comentado lo que necesitaba de él. Compromiso, por encima de todo.

—No imaginas la ilusión que me hace trabajar aquí y contigo —celebró con aquel acento que tanto me gustaba—. Pero quiero ser honesto contigo, Laura —añadió con tono algo más serio.

—Por supuesto. Di lo que tengas que decir. Lo prefiero ahora, que no tener que descubrirlo después.

—Me gusta tu sinceridad y por eso creo que yo también debo serlo contigo. Necesito que estés segura, porque no quiero llevarme más sorpresas.

—¿A qué te refieres?

—Verás. Los clientes de una sastrería son en su mayoría hombres, y muchos de ellos se sienten incómodos o no están conformes con que un gay los atienda, o les tome medidas, entre otras cosas.

Al instante me sentí identificada con él.

—¡Que se fastidien! —solté sin pensar—. Si carecen de mente abierta, el problema lo tienen ellos, no nosotros.

—¿Lo dices en serio? —demandó con tal asombro y felicidad en el rostro que fue incapaz de esconderlo.

—Mira, Richard —dije cogiéndolo de ambas manos—. Si algo aprendí en el pasado es que pensar es difícil, por eso la mayoría de la gente prefiere juzgar. Sé que lo que hace a una persona no es el dinero, la clase social o la inclinación sexual de cada uno, sino cómo de impecable sea su trabajo y su trato hacia los demás. Así que, por mi parte, puedes estar seguro de que no hay

inconveniente alguno en que trabajes para mí. Al contrario. Te he escogido porque tu currículum es bueno y porque confío en mi instinto. No quiero que te preocupen esa clase de clientes. Y si alguno se quejase, ahí estaré yo para atenderlo. Es imposible cambiar a las personas, pero estoy segura de que sabremos adaptarnos. ¿Qué me dices? ¿Te quedas conmigo?

Lo vi con los ojos llorosos y eso me emocionó.

—Te juro que voy a responderte como tú has hecho conmigo. No voy a defraudarte nunca. Gracias, Laura —susurró dándome un tierno abrazo.

Aún se me forma un nudo en la garganta cuando recuerdo aquel momento. Fue el inicio de nuestra relación laboral, pero también el de una amistad que, confiaba, conservaríamos para siempre.

Mi instinto seguía intacto. Richard había resultado ser un magnífico profesional de la costura. Su trabajo era impecable, y a final de semana ya había terminado el esmoquin que más me interesaba. El de Maurice.

Lo último que había sabido de él, por medio de Alice, era que había estado viajando a Gemmenich para encontrar a su padre. Al parecer se había gastado una fortuna en medios, personal, e incluso vuelos de helicóptero para la búsqueda. Aunque, por desgracia, seguían sin hallar su cuerpo, y no podía ni imaginar por lo que estaban pasando.

A pesar de todo ello, yo debía cumplir con mi deber y avisarlo de que ya teníamos listo su traje.

Habíamos cerrado tras un día intenso de trabajo y ya estaba en mi piso. Me había puesto el pijama y me dirigí hacia el salón decidida a enviarle un mensaje. Cogí el móvil, me acomodé en el sofá sentándome sobre las piernas y abrí su contacto. No sé por qué, pero en el instante en que vi su nombre me quedé inmóvil observando la pantalla. El corazón me latía con fuerza contra las costillas, y me tomé un poco de tiempo para recuperarme antes de escribirle.

El esmoquin está terminado.

«Ya te vale, tía. Podías haber sido más simpática», me reñí a mí misma. Aquel era el décimo mensaje que escribía, tras borrar los nueve anteriores porque ninguno me convencía. Puede que finalmente escogiera aquel por ser el más impersonal de los diez.

Maurice

Gracias, Olivia. Enviaré a alguien a recogerlo.

Soy Palmera.

Aguardé su respuesta durante un largo rato.

Gracias a Alice, ahora ya sabía por qué estaba molesto conmigo, de igual modo que sabía que debía hablar con él para aclararlo. Después de tantos años nos merecíamos poder hacerlo cara a cara, y la excusa del esmoquin no me estaba sirviendo si él no estaba dispuesto a darme la oportunidad para hacerlo.

Puedo llevártelo yo si quieres.

Maurice

No es necesario. Olivier se encargará.

«Será capullo».

Debes probártelo por si hay que hacerle algún arreglo.

Maurice

Si se ha hecho como es debido, no necesitará arreglo alguno.

«Si crees que me vas a achantar, vas listo».

Todavía recordaba el humor sarcástico del que siempre hacía gala, y decidí tirar de él para intentar convencerlo, en un guiño por los viejos tiempos.

Si lo que tienes es miedo de que vuelva a pincharte, podemos solucionarlo.

Maurice

Prefiero ser previsor. Gracias.

«Ahora sí que voy a clavarte los alfileres, pero con gana».

Como quieras. Iré yo a los laboratorios entonces. Te veo el lunes a las nueve en punto. Me aseguraré de llenar mi maletín de todas las agujas y alfileres que sean necesarios.

Maurice

He dicho que enviaré a alguien.

Y yo que debes probártelo.

Yo no me meto con tu profesionalidad. No lo hagas tú en la mía. Buenas noches.

«Chúpate esa».

Esperé a que respondiera. Seguía en línea y sabía que no tardaría en hacerlo. Siempre le había gustado tener la última palabra, y lo había provocado lo suficiente para que así fuera.

El mensaje de *escribiendo*... apareció en la pantalla.

Maurice

Te veo en diez minutos en la sastrería.

¿!!!Qué!!!? —grité levantándome de un salto.

«¡Joder, ahí te ha *dao*!».

«Maldita vocecilla».

«Siempre, absolutamente siempre, hay tiempo para lo que importa».

Capítulo 22

Maurice Dumont I

Cuando el pasado golpea, la única opción que nos queda es hacerle frente. Es nuestro deber enfrentarnos a él para poder seguir adelante. Porque solo poniendo un punto y final a esa historia de nuestra vida nos permitiremos avanzar hacia lo que tanto anhelamos.

Ese fue mi primer bosquejo, mi propósito al aceptar volver a reunirme con Laura. Aún me costaba llamarla así. Para mí siempre había sido Palmera, hasta que supe que ella y Beth habían unido fuerzas para urdir algún tipo de plan que pudiera destruirme. Deseaba poner fin cuanto antes al único nexo en común que nos unía, y me presenté en la sastrería al cabo de ocho minutos.

Jacques detuvo el coche en la misma puerta.

—Esperad aquí. No tardaré.

Aquella orden iba también para Olivier. El único peligro físico que corría entrando allí era el de ser acribillado a pinchazos, y no me apetecía que ninguno de los dos estuviese presente cuando terminase para siempre con ella.

Dentro estaba oscuro, aunque se podía apreciar la luz proveniente del taller. Me adentré en la tienda y me dirigí hasta allí con el sonido aún de la campanilla resonándome en el oído.

De pronto la vi.

—¿Así es como recibes a tus clientes? —farfullé al ver que iba en pijama.

—Solo a los que atiendo fuera del horario —respondió mientras descolgaba el esmoquin del burro para ropa.

No sé si me molestó más su amago de sonrisa al responder o el hecho de que aquel pijama se ajustase de manera indecente a su cuerpo, dejando entrever cada jodida e incitante curva que había bajo la tela.

—Podrías haberte vestido, al menos —insistí.

—Y tú desnudarte.

—¿Disculpa?

—Que te desnudes para probarte el pantalón.

«Ah, eso».

Tomé la prenda que ella me entregó y me giré con la intención de llegar al probador.

—¿Puedes quitar el burro para que pueda pasar?

—Sí, claro. Aunque no creo que vaya a asustarme, ni a ver nada que no haya visto antes —murmuró con descaro. No sé si con intención o sin ella de que yo la escuchara.

«No necesitaba saber que has estado con muchos hombres antes».

—¿Vas a cambiarte o no? —reiteró al ver que no me movía.

—Cuanto antes mejor —respondí tras aclararme la garganta.

Al cabo de un rato, salí del probador aún más enfurecido de lo que ya estaba. El pantalón estaba tan corto que dejaba al descubierto los putos calcetines. Después de incordiar-me, de enviarme mensajes y de casi obligarme a presentarme en la sastrería, ahora me encontraba con el fastidio de que había hecho mal su puñetero trabajo.

—¿Cómo tomaste las medias? ¿Qué cojones es esto?

No había excusa alguna que justificara aquel desaguisado, y me encaré con ella dispuesto a que, al menos, se disculpara por lo que había hecho. Sin embargo, se quedó mirándome y, sin decir una sola palabra, comenzó a reír a carcajadas.

—¿Te hace gracia? —ladré.

—Lo siento, es que...

—¿Qué sientes exactamente? ¿El destrozo o reírte en mi puta cara?

—Ambas —contestó sin parar de reír.

—Sabía que venir aquí era una pérdida de tiempo —gruñí volviéndome de nuevo hacia el probador.

Pero de pronto sentí su mano cogiéndome del antebrazo.

—Anda, ven conmigo.

«¿Ir, a dónde? Si me fío de ti, que me cuelguen».

—Vamos a ver qué podemos hacer para solucionarlo —argumentó guiándome hasta la mesa del taller.

—Si hubieses estado atenta el primer día en lugar de ir pinchándome, no tendrías que hacerlo.

Ella se me quedó mirando con gesto serio. Por fin había logrado borrar aquella puñetera sonrisa que no había dejado de mostrarme desde que entrase por la puerta.

—Desnúdate —ordenó sin titubeo alguno.

«Por fin la gatita asoma la cabeza».

Así que ese había sido el plan desde el principio, engatusarme para que Beth usara la infidelidad y así poder sangrarme. No iba a caer en su juego. Y quise hacérselo saber antes de que la situación fuese a más.

—Que te quede claro que no va a haber nada entre nosotros —aseveré con firmeza.

—Me alegra haberlo aclarado. Pero ahora quítate el pantalón para que pueda tomarte bien las medidas.

«¡Mierda!».

—¿No sabes tomarlas con ropa? —mascullé molesto por mi metedura de pata, aunque ya no iba a dar marcha atrás.

—¡Joder, Maurice! ¿Te importaría poner algo de tu parte?

—¿Te parece que estoy poniendo poco con lo que has hecho? Podría demandarte por esto.

—Sí, ya lo sé. Por eso intento ponerle remedio —defendió.

Había entereza en su voz, pero en sus ojos me pareció ver que había algo de dolor. Aquello me trastocó, era lo último que me esperaba, y acabé accediendo a su petición.

Sin demorarlo por más tiempo, me quité aquel ridículo pantalón y me quedé en ropa interior frente a ella.

—Ponte recto y no te muevas, por favor —me pidió tras coger la cinta métrica de la mesa y acercarse hasta mí.

Al instante su olor me atravesó el cerebro. Era afrutado, con cierto aroma a jazmín. Me mantuve sin moverme mientras ella se inclinaba ante mí. Aunque fui incapaz de hacer lo mismo

con la mirada. Su postura atrajo mi vista como un imán hacia su trasero, que asomaba con descaro, delineado a la perfección con aquel pijama.

Ajena a cuanto se me pasaba por la puñetera cabeza, Laura fue anotando en un papel cada medida que tomaba. Por suerte se incorporó antes de que mi cuerpo reaccionase. Llevaba demasiado tiempo sin estar con una mujer, y aquella situación amenazaba de forma un tanto peligrosa mi tranquilidad. Sin embargo, ella no parecía dispuesta a ponérmelo fácil, y el alivio duró menos de lo esperado cuando la sentí acercándose de nuevo hacia mí para rodearme con los brazos a la altura de la cadera.

—¿Te queda mucho? —gruñí.

—Los buenos trabajos llevan su tiempo.

Sabía que estaba en lo cierto, pero tomarme medidas nunca fue una tortura como lo estaba siendo aquella jodida noche.

Desde mi posición, pude oler su pelo. Se lo había cortado y ahora lucía una media melena, a la altura de los hombros. En ella ya no había ni rastro de aquella niña, convertida ahora en mujer. Habían pasado solo nueve años, y parecía que hubiese transcurrido una eternidad desde entonces.

—Es un error —la escuché decir.

—Me sorprende que lo reconozcas, pero me alegro —corroboré.

—Me refiero a la medida de la cadera. ¿Has echado culo?

«¿Tenemos que hablar de culos, precisamente?».

—¿Has terminado? Quiero vestirme.

—Aún falta el resto del traje.

—Eso puedo hacerlo con pantalón —respondí con rabia, regresando de nuevo hacia el probador.

A mi regreso, ella ya me esperaba con la camisa en las manos. En esta ocasión no podía negarme a quitarme la que llevaba puesta, y preferí no hacer comentario alguno. Me desabroché la mía lo más rápido que pude. Debía evitar cualquier confusión que le llevara a pensar que había provocación alguna al hacerlo.

Ella observó en silencio. Y yo lo agradecí.

—No necesito ayuda. Gracias —murmuré al quitársela de las manos.

La escuché bufar, aunque hice como que no había oído nada.

—Te está perfecta —comentó al vérmela puesta.

Tras la camisa llegó el turno de la chaqueta de corte recto y la pajarita.

—No será necesario probármela —argumenté refiriéndome a esta última.

—Es importante ver el conjunto al completo.

—No hay conjunto si no hay pantalón.

—¡Bueno, ya basta, Maurice! —me soltó de pronto—. He aguantado todas tus indirectas, porque sé cómo te sientes por lo de tu padre. Y lo siento mucho, de corazón, pero todo tiene un límite. Sé por qué estás así conmigo, y no es justo.

—¿Quieres que hablemos claro? Pues hablemos —defendí quitándome la chaqueta con rabia—. Yo también sé por qué estás haciendo esto, y me parece detestable por tu parte.

—Haciendo ¿el qué?

—Siempre fuiste inteligente, deja de fingir que no lo eres y que nada de esto va contigo.

—Si supiera de qué estás hablando, al menos podría defenderme o explicarte lo necesario para...

—No necesito ninguna explicación —la interrumpí—. He visto más que suficiente.

Me giré y regresé al probador a por mi ropa. La escuché venir tras mis pasos y le cerré la cortina en las narices.

—¡Pues yo lo único que veo aquí es a un puto egoísta que no es capaz de mantener una conversación! —me rebatió abriéndome la cortina de un rápido tirón.

—Ya veo la forma en que tratas a tus clientes —ladré volviendo a cerrarla.

—¡Tú no eres un cliente cualquiera, maldita sea! —me gritó abriéndola de nuevo.

—Lo soy. ¡Y te guste o no, deberías respetarme y tratarme como tal! —Cerré.

—¡Me fui por el divorcio de mis padres! —Abrió.

—¡No era motivo para desaparecer! —Cerré.

—¡Lo hice porque necesitaba olvidar lo que ocurrió aquella noche! —Abrió.

—Es curioso. ¡Yo no he podido quitarme de la puta cabeza lo que ocurrió aquella noche! —Cerré.

—¿A qué te refieres? —susurró al otro lado. Su voz había bajado varios tonos, y esta vez ni siquiera había rozado la cortina.

«¡Mierda!».

Cuando terminé de vestirme, fui yo quien la abrió. Estaba frente a mí, con aquella mirada que tan importante fue para mí en el pasado.

—Espero que hagas bien tu trabajo —señalé recolocándome las bocamangas de la camisa—. La gala es la semana que viene, y lo quiero a tiempo.

—Dime qué es lo que no has podido olvidar de aquella noche, Maurice.

Necesitaba salir disparado de allí. Prefería un millón de veces que me gritara antes que escuchar la dulzura con la que se estaba dirigiendo a mí. Detestaba que lo hiciera. Y aún más su forma de mirarme. En sus ojos no había rencor alguno, sino más bien una puerta a un mundo lleno de recuerdos que me arrastraban hacia un pasado en el que ella, aunque no fuese capaz de ser consciente entonces, siempre fue la protagonista.

—Buenas noches, Laura.

Fue lo último que dije antes de alejarme a toda prisa de ella. De mi vieja amiga. De Palmera.

«No se puede ser fuerte con alguien que es tu debilidad».

Capítulo 23

Maurice Dumont I

Lo primero que hice al llegar al castillo fue dirigirme al salón para servirme una copa de whisky. Por suerte no había nadie, y lo agradecí. Necesitaba estar solo, pensar en mis asuntos y olvidar lo que acababa de ocurrir en la sastrería.

La chimenea estaba encendida, y me acerqué a ella tras quitarme la chaqueta y abrirme los primeros botones de la camisa. Siempre me había gustado mirar el fuego. Era relajante y me ayudaba a pensar. Tenía asuntos pendientes que resolver, frentes abiertos a los que dar solución, y aquel momento de calma me venía bien para hallar el modo de afrontarlos. Fue imposible. Ni siquiera logré centrarme en uno solo de ellos. Ella volvía a estar en medio, a protagonizar cada uno de mis pensamientos, doblegando mi mente hasta el punto de incapacitarla para cualquier otra cosa.

Me bebí el resto de la copa de un trago y regresé al mini bar paraa servirme otra. Necesitaba que el alcohol hiciese su función y borrara aquella imagen de Palmera en pijama que no lograba quitarme de la puta cabeza. También su olor. Su pelo. Su mirada. Todo, joder.

—Creía que el whisky y tú ya no erais amigos —escuché a Alice decir tras de mí.

—Los buenos amigos nunca abandonan —farfullé al girarme y rebasarla para regresar frente al fuego.

—¿Por qué me da que no hablas del whisky?

—No estoy en tu mente. Piensa lo que quieras.

—Ya veo que hoy no has tenido un buen día.

—Métete en tus asuntos, Alice —mascullé al ver lo que intentaba.

Lo único que quería era estar solo. ¿Acaso era mucho pedir?

—Queda poca menta. Avisaré para que repongan —la oí detrás de mí, mientras se servía un vaso con dos cubitos de hielo.

—¿Qué crees que haces?

—No me va mucho el whisky, pero siempre se puede cambiar de opinión —bromeó como si nada, llegando hasta mí.

—Déjate de tonterías y suelta esa copa —ordené. Me daba igual cómo se lo tomara, era mi hermana pequeña y no iba a permitir que se lanzara a la bebida.

—¿Y dejarte que bebas solo? Ni hablar.

—Nadie te ha pedido que hagas nada.

—Razón de más para hacerlo —me rebatió—. Aunque te cueste admitirlo, yo también sé reconocer cuando alguien necesita apoyo.

—Lo único que necesito es que me dejes en paz y te largues.

—Pues ponte cómodo, porque no pienso hacerlo —insistió curvando sus labios, como si nada de lo que dijese tuviese valor para ella.

—¿Se puede saber a qué viene esto, Alice? —gruñí, harto de su insolencia.

—Viene a que tú me ayudaste hace nueve años, y ahora pretendo devolvarte el favor.

—No estás en deuda conmigo, si es lo que te preocupa.

—No es la deuda, sino mi hermano.

Me volví para mirarla, y sus ojos fueron los encargados de confirmarme que hablaba en serio.

—Si tengo que dejar este vaso para que tú lo hagas, lo haré.

—¿Y perderme este sabroso licor que me he echado? ¡Ni loca! —bromeó—. Me basta con que me digas qué te pasa —añadió con tono más serio.

Conocía a mi hermana y sabía que aquella batalla la había perdido. Nada de cuanto le dijera le haría cambiar de opinión, y acabé claudicando para no entrar en un nuevo conflicto que no me llevaría a ninguna parte, y que lo único que lograría sería empeorar aún más mi situación.

—No quiero que nadie cargue con mis problemas —confesé bebiendo un sorbo de mi copa.

—Siempre has sido el más fuerte de esta familia, pero hasta los fuertes necesitan a veces una mano para soportar el peso de la responsabilidad. Dime qué ocurre, Mau.

—He estado con Palmera.

—¡Lo sabía! —celebró.

—Tu entusiasmo dista mucho de lo que pienso de ella, Alice.

—Por tu respuesta deduzco que os habéis visto, pero no que hayáis hablado —señaló.

—Por lo que veo tú sí lo has hecho —defendí, molesto porque Palmera se hubiese salido con la suya de localizarla.

—Sí. Y me alegro de haberlo hecho.

—¡Eso es lo que más me fastidia de todo esto!

—¿El qué? ¿Que retomemos la amistad? ¿Lo dices en serio? —cuestionó ofendida.

—Sí, lo cierto es que sí. ¿Cómo puedes ser tan ingenua de caer a la primera de cambio? Te creía más lista, hermanita.

—El día que dejes de ser un capullo, pienso celebrar una fiesta —masculló.

—Avísame para no ir —farfullé.

De pronto la escuché riéndose a carcajadas. De no ser porque la conocía, hubiera jurado que estaba ante alguien bipolar con un verdadero trastorno de doble personalidad.

—Y ahora, ¿de qué demonios te ríes? —ladré.

—Creí que estarías así por otro motivo o por algún problema mucho más serio. Me alegra saber que se trata de algo sencillo de resolver.

—Siempre fuiste una soñadora —advertí para hacerle ver que las cosas no eran tan fáciles como ellas las planteaba.

—Habla con Laura, Mau, lo digo en serio.

—No pienso hacerlo. Y tú tampoco deberías haberlo hecho.

—Al menos yo le di la oportunidad de explicarse y de conocer la verdad.

—¡No puedo creer que hayas caído en sus malditas redes! —ladré lleno de rabia.

—Laura no es una tejedora. No es como tú crees.

—¡No se trata de creencia, Alice, sino de la jodida verdad! ¡Y no sabes lo que detesto que no seas capaz de verla!

—Es lo mismo que pienso yo de ti —defendió con tal seguridad, que logró enfurecerme aún más.

—Ah, ¿sí? ¿Te dijo acaso que antes de verte a ti quedó con Beth para aliarse contra mí? ¿A que no, hermanita?

—No ocurrió así —insistió.

—¿Ves? Si te niegas a verlo, ¿cómo pretendes que pueda convencerte de lo contrario? ¡Joder, es imposible!

—Porque aquí el único ciego eres tú. Habla con ella, Mau, por favor.

—¡Basta, Alice! No pienso hacerlo más allá del esmoquin que tiene que hacerme y que, creo, ha jodido a posta.

—¿También la crees capaz de eso? ¡Por el amor de dios, Mau, no te reconozco!

—¡Yo tampoco a ti! —rebatí.

—Está haciendo lo imposible para sacar el negocio adelante, te lo aseguro.

—Será mejor que lo dejemos aquí, Alice —mantuve con firmeza volviéndome hacia ella—. Ni siquiera creo que lo tenga a tiempo para la maldita gala. Pero ya veo que da igual todo lo que diga.

—¿Qué es lo que no estará a tiempo para la gala? —preguntó de pronto mi madre, al adentrarse en el salón acompañada de Beth.

—¿Qué haces aquí? —me encaré dirigiéndome directamente a mi exmujer.

—Hijo, ¿qué modales son esos?

—Responde —insistí desoyendo las palabras de mi madre.

—Le he comprado un juguete a Fynn, y Charlotte me ha invitado a tomar un café.

«No son precisamente regalos lo que necesita de ti».

—¿Y qué hay de mi pregunta? ¿Nadie va a responderme? —demandó mi madre, con el firme propósito de interponerse entre mi ex y yo para correr un tupido velo.

—El esmoquin —respondió Alice en mi lugar, colocándose a mi lado—. Pero sí estará a tiempo, mamá.

Giré el cuello para mirarla. ¿En verdad se creía sus propias palabras?

Estaba harto. No necesitaba aquella escenita, cuando el único motivo que me había llevado hasta allí era estar solo. Dejé el vaso sobre la repisa de la chimenea y me largué sin decir nada. De camino a las escaleras oí sus voces, pero me negué escucharlas. Nada de cuanto se dijese allí me importaba. Tan solo quería llegar cuanto antes a mi dormitorio y alejarme de mi incansable madre, mi codiciosa exmujer, y de la ingenua de mi hermana.

Al final no había logrado mi propósito. No había bebido lo suficiente, y no había podido quitarme de la puta cabeza a la responsable de todo. Palmera.

«A veces no me soporto cuando me doy cuenta de que sigues aquí dentro como un veneno».

Capítulo 24

El conocimiento es poder. Te permite una de las cosas más valiosas que existen en el ser humano: la capacidad y la libertad de poder elegir.

En la pérdida, conocer la verdad nos confiere experimentar el dolor, la rabia, la frustración. Podemos incluso vivir la negación, rechazando todo aquello que tanto daño nos hace y que tanto nos cuesta asimilar. Porque después de todo eso, después de todas esas etapas por las que necesitamos pasar, el tiempo estará ahí, acompañándonos para ayudarnos a sanar. Solo a través de él logramos avanzar y seguir adelante.

Sin embargo, cuando desconocemos el motivo que nos ha llevado hasta ese sufrimiento, el dolor es insoportable. La incertidumbre es un vacío imposible de llenar. Un vacío que ni siquiera el tiempo es capaz de colmar. Las etapas entonces dejan de tener sentido, porque nos sentimos incapaces de abandonarlas. Nos aferramos a ellas esperando una respuesta, por muy efímera o escasa que sea. Cualquier cosa es mejor que vivir en una constante sensación de angustia que apenas nos permite respirar.

Conocer lo que le había ocurrido al padre de Maurice y Alice me hizo darme cuenta de que todos merecíamos una oportunidad. No podía ni imaginar el dolor que estaban sufriendo. Yo acababa de perder a mi padre. Pero en todo momento supe dónde estaba. Tuve la gran suerte de poder despedirme de él, de limar asperezas y dejar atrás el rencor para perdonarnos. Aquello me permitió estar en paz conmigo misma y con él por todo lo que habíamos pasado.

Los Dumont, en cambio, no habían tenido la misma suerte. Por eso quise limar asperezas con Maurice, darnos la oportunidad de aclarar el malentendido que había entre ambos y retomar la vieja amistad que teníamos en el pasado.

Fracasé en todos mis intentos.

Había planeado aquel encuentro con la esperanza de conseguirlo. Quería demostrarle que por mi parte no había rencor alguno, que lo ocurrido nueve años atrás ya no tenía importancia. Ni siquiera me molesté en vestirme. Bajé en pijama porque pensé que con aquel gesto él captaría la indirecta de que seguía siendo su amiga, de que podía contar conmigo y que estaría ahí para lo que necesitase.

Quise decirle tantas cosas. Hacerle saber que yo estaría ahí para apoyarlo, demostrarle que no estaba solo y que me quedaría a su lado y del de Alice para lo que me necesitasen. Ya no éramos aquellos jóvenes inseguros que dudábamos por todo y por nada. Habíamos madurado y solo importaba quiénes éramos ahora y lo que la vida nos estaba ofreciendo.

Por un instante sentí incluso deseos por abrazarlo. Fue mientras le tomaba la medida de la cadera. Él no estaba por la labor de una reconciliación, y yo apenas podía pensar con claridad. No cuando el corazón me latía bajo el pecho desbocado por tener ante mí a un Maurice convertido en hombre.

No fui capaz. Como tampoco me atreví a decirle que estaría ahí para lo que necesitara.

En su lugar, me quedé allí plantada, viendo cómo se alejaba y se marchaba de la sastrería sin darme una respuesta a mi última pregunta. Había sembrado una duda en mí que me mantendría en vilo toda la noche y durante los días siguientes.

Maurice se fue.

Y una parte de mí marchó con él.

«Nunca tuvimos nada. Pero siempre lo fuimos todo».

Capítulo 25

—Es un imbécil.

—Alice, por favor, no digas eso. Es tu hermano.

—Precisamente por eso. Lo conozco mejor que nadie y puedo hablar con conocimiento.

Ambas reímos.

Habíamos quedado el sábado para comer en un restaurante céntrico de la ciudad, y le había contado lo ocurrido en la sastrería con Maurice. Desde que nos reencontráramos y retomáramos nuestra amistad, Alice y yo manteníamos el contacto a menudo, y quise ser franca con ella. Las rencillas del pasado habían quedado precisamente allí, en el pasado, y mi mejor amiga volvía a ser parte crucial en mi vida.

—Lo cierto es que ya apenas veo en él al Maurice que recordaba —confesé—. Aunque supongo que su cambio está en cierto modo justificado.

—Eso pensaba yo al principio —reconoció—. Pero creo que se ha acomodado en ese enfado continuo solo para fastidiarnos al resto.

—Es una acusación fuerte, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, Laura. Pero créeme que es cierto. Desde que supo que iba a ser padre, mi hermano dejó de ser el que era.

—Y me sigue culpando a mí de ello —comenté sin admitir aún que fuese cierto.

—Te aseguro que he hecho todo lo posible por cambiar eso. Hablé con él anoche.

—¿Y qué te dijo? —demandé con tal curiosidad que se me expandió al cuerpo, obligándome a recolocarme en el asiento.

—No mucho, la verdad. Aunque dejó bien claro que no confía en ti. Está convencido de que estás conchabada con Beth para arruinarlo.

—¿Cómo puede pensar eso?

—Se ha hecho sus cábalas en la cabeza y no hay quien lo saque de ahí —respondió—. Eso sí, he de ser franca contigo y advertirte de que, por mucho que lo desee, no voy a inmiscuirme más de lo necesario. Creo que es algo que debéis solucionar entre vosotros, y solo le pedí que hablase contigo.

—Te lo agradezco, Alice. Y si te soy sincera, creo que haces lo correcto —asegué posando mi mano sobre la suya—. Es tu hermano y la familia siempre es lo primero.

—Aunque no te negaré que a veces me gustaría darle con algo en la cabeza, a ver si espabila —bromeó, arrancándonos de nuevo la risa a ambas.

—Supongo que es cuestión de tiempo —argumenté tras las risotadas.

—¿Piensas quedarte en Bélgica?

—¿Tanto crees que vamos a tardar en aclarar lo nuestro para hacerme esa pregunta? —cuestioné.

—Viniendo de él, nunca se sabe. Es tan terco que no reaccionará si no es con un buen empujón. ¡Espera, se me acaba de ocurrir algo! —celebró con aquella mirada pillas que reconocí al instante.

—Miedo me das —bromeé.

—Ven a la gala —me soltó como si nada.

—¡Ni loca! —respondí sin pensar.

—¿Por qué no? ¡Es perfecto!

—Perfecto para que me odie de por vida y pierda la oportunidad de retomar la amistad. No, gracias.

—O de aclarar las cosas de una vez por todas.

—Alice, te agradezco la invitación, pero ir a esa fiesta es lo último que me apetece. No pinto nada ahí, y tampoco creo que sea el momento idóneo para hablar con él.

—Serías mi invitada de honor, y con eso ya pintarías más que muchos de los que asistirán.

—Olvidalo —aseguré negando incluso con la cabeza—. Podría enojarse aún más conmigo, o peor aún, montarse un espectáculo, y te aseguro que es lo último que querría.

—Así tendrían algo de lo que hablar después —insistió.

—Esta vez no, Alice.

—Bueno, tú piénsalo, ¿vale? Es dentro de una semana, y la invitación ya la tienes, por si cambias de opinión.

Por suerte cambiamos de conversación, y Alice me contó cómo era su trabajo en la fundación. Me resultó apasionante todo lo que narró. Cómo ayudaban a los más desfavorecidos, los diferentes modos para recaudar dinero, las entrevistas que solía conceder y los actos a los que debía acudir conforme a su cargo. Me alegré tanto por ella que se lo hice saber.

Al llegar mi turno, en cambio, fui mucho más escueta. Mi vida no era tan emocionante como la suya, aunque hubo algo —mejor dicho, alguien—, a quien ella concedió toda su atención. Mi abuela.

—Tienes que traértela. Siempre me hablabas de ella, y me muero por conocerla.

—Le dan pánico los aviones, y creo que venir aquí sería lo último que haría —argumenté con una sonrisa en la cara. El hecho de recordar todo lo que soltaba por su boca cada vez que tocábamos el tema de los Dumont o de quedarme unas semanas más en Bruselas, curvaba sin el menor esfuerzo mis labios.

—Lo hará, ya lo verás —insistió.

En ese momento me sonó el móvil y me dio por reír al creer que fuese ella.

—¡No jodas que nos ha oído! —bromeé, haciéndonos reír a ambas.

Era Guada.

—Dime, preciosa —la saludé en español al responder su llamada.

—Laura, ¿estás muy ocupada?

—Estoy comiendo con Alice Dumont. —La aludida, al escuchar su nombre, me preguntó con señas quién era y yo le mostré la pantalla del teléfono para que viera el nombre del contacto. Se mostró conforme al ver que se trataba de Guada.

—Ah, entonces nada —respondió la esposa del barón—. Hablaremos en otro momento.

—No, tranquila. Dime. ¿Ocurre algo? —le pregunté.

—Gracias a dios, nada grave. Es solo que te necesito para un trabajo. Pero puede esperar, no te apures.

—Dame un segundo —le pedí. Alejé el teléfono y, tras consultarle a Alice si quería que se

uniera a nosotras y responderme con un «sí» rotundo, volví a llevármelo a la oreja—. Estamos en *Le Marmiton*. Vente, que te esperamos y me cuentas.

—¿Estás segura? No quisiera importunar.

—Guada, eres mi hada madrina, tú nunca importunarías, aunque te lo propusieras —aseguré curvando los labios.

—Está bien. En un rato estoy ahí. Gracias, Laura. Eres un amor.

Mientras la esperábamos, Alice me contó que se conocían desde hacía unos años. El barón era amigo de la familia, y habían coincidido en más de una ocasión en las fiestas que daban en el castillo o en galas benéficas de la fundación. Guada y su esposo era grandes benefactores, y mantenían una cordial amistad.

En cuanto llegó, las tres nos pusimos al día y nos enfrascamos en una distendida conversación tras los saludos.

—Disculpad que me haya presentado así, pero acaban de darme una noticia importante y he pensado en ti —anunció dirigiéndome esto último a mí cuando nuestro camarero nos había servido los cafés.

—Dime qué necesitas —demandé sin dudar lo más mínimo. Tratándose de cualquiera de las dos que estaban conmigo a la mesa, no había nada que pensar.

—Pues verás, hoy me han confirmado que me conceden los permisos para abrir mi propia fábrica.

—¡Pero eso es una pasada! ¡Enhorabuena!

Alice se unió a mí en las felicitaciones y las tres lo celebramos con abrazos.

—Es una gran noticia —comentó Alice.

—Dímelo a mí. En poco tiempo convertí mi pequeño taller en una boutique, y ahora ¡voy a crear mi propia marca de ropa! ¿Te lo puedes creer? —Mostraba tanto entusiasmo, que acabó contagiándonos.

—No imaginas lo que me alegro por ti —confesé.

—Pues es bueno saberlo, porque ahora es donde entras tú.

—Espero que no sea para coser, porque apenas doy abasto en la sastrería, ¿recuerdas?

—Sí, no es nada de eso, tranquila. Pero precisamente por recordar lo que hablamos, he pensado en ti.

—¿En qué exactamente? —le demandé curiosa.

—Me dijiste que trabajabas en una editorial, y tal vez no sea algo que solías hacer habitualmente, pero quiero que seas tú quien me haga el logotipo de mi marca.

—¿De verdad? —Ella asintió y yo volví a abrazarla sin ocultar mi entusiasmo—. Sería todo un honor crear ese logo, Guada, de corazón que sí.

—¡Uf! No imaginas lo que te lo agradezco, Laura.

—¡Chicas, esto hay que celebrarlo! —formuló Alice, llamando la atención del camarero para pedirnos una botella de champán.

Pasamos el resto de la tarde juntas. Continuamos el encuentro en un par de locales más y, al caer la noche, nos despedimos con la promesa de volver a repetir. Los bocetos que habíamos dibujado, con las diferentes ideas aportadas por las tres, me dieron suficiente para ocuparme durante todo el fin de semana. Me hacía mucha ilusión poder participar en algo tan importante para Guada. Y también para mí. El hecho de que hubiese contado conmigo para ayudarla me emocionaba muchísimo, y me volqué en ello hasta la última hora del domingo.

Finalmente hice tres diseños con las letras G&B, y me los envié a mi email para poder

mostrárselos al día siguiente. Habíamos quedado en vernos a mediodía a la hora del cierre, y me moría de ganas por ver su cara.

El lunes bajé a la sastrería con una sonrisa de oreja a oreja. Richard tenía que volver a cortar el pantalón de Maurice, pues el *patronaje* era muy complicado y yo aún no había aprendido nada sobre él, pero confiaba en él y en que lo tuviera a tiempo. Al menos sabía que en esta ocasión las medidas estaban bien tomadas, era algo que ya dominaba, y que no habría ningún error de nuevo.

—Suele pasar con clientes habituales —me aseguró él cuando le di la noticia y le presenté mi nota con la medición—. Nos acostumbramos a verlos y no detectamos que hayan podido cambiar. Aunque sea poco, a veces es suficiente para tener que rehacer la prenda, como en este caso.

—Gracias por ser tan comprensivo. Me encanta trabajar contigo, ¿lo sabías? —le dejé caer curvando mis labios hasta mostrarle parte de mi dentadura.

—¡Quita, engatusadora, que me desconcentras! —se quejó fingiendo molestia, cuando ambos sabíamos que le encantaba y que se estaba derritiendo por dentro.

Escuché la campanilla de la puerta y, todavía riéndome por el comentario de Richard, salí a la tienda. Era un repartidor de *Bpost*, la empresa de correo principal de Bélgica.

—Buenos días. ¿Laura Lambert?

—Sí, soy yo.

—Traigo una carta certificada para usted. ¿Me firma aquí, por favor?

Cuando lo hice, tomé la carta y me despedí de él agradeciéndole el servicio. Solo cuando me quedé a solas me dispuse a comprobar quién era el remitente. No esperaba ningún documento y me sorprendió ver que se trataba de un bufete de abogados. El nombre no me era conocido, pero al abrirla pronto hallé la respuesta a mi pregunta.

Dejé de respirar.

La leí dos veces, pese a que pude entenderla a la primera. Su contenido era explícito y claro. Provenía del despacho de abogados del señor Dumont, en cuya representación me comunicaban con antelación que se disponían a iniciar el procedimiento para interponerme una demanda.

Saqué el móvil del bolsillo trasero del pantalón y comencé a teclear con la misma velocidad que me latía el corazón.

Alice, he cambiado de opinión. Cuenta conmigo para la gala.

«Y fue en ese momento, cuando te desconocí, que supe darme cuenta de que solo estaba aprendiendo a conocerte».

Capítulo 26

Hay ocasiones en las que necesitamos aislarnos de todo, dejar que el mundo siga girando, a su ritmo, a su manera y velocidad. Solo así podremos permitirnos estar en nuestra propia compañía, escucharnos y averiguar quiénes somos en realidad, sin ningún tipo de contaminación a nuestro alrededor. Los seres racionales tendemos a dar nuestra opinión sin que nos la pidan, a aportar nuestro veredicto o criterio conforme hayamos entendido la situación, siempre de un modo subjetivo.

Yo no quería dejarme influenciar por el juicio de nadie, necesitaba escucharme a mí misma, conectar con mi yo interior para saber qué quería hacer realmente. Implicar a Alice, a las chicas, o a mi familia era algo que había descartado por decisión propia. Quería hacerlo por mí, tomar la decisión sin comprometer a nadie por una vez en mi vida.

No negaré que me moría por llamarlas a todas, contarles lo que me había hecho Maurice y pedirles consejo para saber cómo debía actuar y, sobre todo, qué debía hacer cuando me presentase en el castillo la noche de la gala.

No lo hice.

En su lugar llamé al abogado. Como experto, su consejo era el único que tendría en cuenta para saber a qué debía atenerme. Tras hacerle una foto y enviárselo vía email, el hombre me aseguró que aquel documento no tenía validez alguna, que solo era informativo. Al parecer, y según me contó, era un método habitual que solían usar ciertos abogados con el único fin de amedrentar a alguien.

Reconozco que aquella llamada me tranquilizó y me permitió centrarme en el trabajo. Tanto, que a media tarde Richard y yo habíamos terminado el encargo del duque. Mientras él lo guardaba en la funda de esmoquin, llamé a una empresa de reparto, conforme al consejo del abogado. Así me aseguraría de que lo recibiera a tiempo y de quedarme con un acuse de recibo, documento que probaría a efectos futuros y legales que yo había cumplido con mi cometido, anulando así cualquier vía de demanda. Estaba decidida a hacer lo mismo con el resto de encargos, con la confianza de que Richard y yo lo lograríamos.

Poco antes de la hora del cierre, quise solucionar también otra parte importante de mi plan. El vestido. Llamé a Guada y le pedí que me esperara en la boutique.

Ella me aguardaba impaciente cuando llegué. Con el estrés sufrido ese día había olvidado que debía entregarle los tres diseños que había hecho para su logo.

—Ya los tienes en tu correo. Espero que te gusten —comenté sin dejar de observarla para comprobar de primera mano su reacción.

Guada lo tuvo claro, y de los tres escogió el que yo había diseñado desde el principio, bien acabado y con mejor aspecto que el que había dibujado en la servilleta del pub al que fuimos dos días antes.

—Es precioso, Laura. Sabía que podía contar contigo. ¡Gracias, gracias, gracias! —celebró dándome un abrazo.

—Ha sido un placer —reconocí—. Aunque ahora soy yo quien necesita un favor de ti.

—Lo que quieras.

—He decidido ir a la gala.

—¿En serio? No sabes cuánto me alegro. ¿Puedo preguntarte qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Prefiero guardarlo para mí, si no te importa —le pedí—. Aún intento hacerme a la idea.

Ella me observó antes de proseguir.

—Tranquila. Imagino por dónde van los tiros, y sé que necesitas un buen vestido que lo deje con la boca abierta.

—¿Tú estás segura de que eres modista y no bruja? —demandé, haciéndola reír.

—Más bien sé de primera mano cómo se las gastan los nobles belgas, así que, desde ya, cuentas con mi apoyo para que le demuestres de qué pasta estás hecha.

—No sabes cómo te lo agradezco, Guada. —En esta ocasión fui yo quien la abracé.

—Venga, ven conmigo. Creo que tengo el vestido perfecto para ti.

Confié en ella y me puse en sus manos sin dudarle. A simple vista el vestido que me mostró no llamó demasiado mi atención, pero una vez puesto, me di cuenta de que había acertado de lleno. Era de satén negro, de tirantes y cuello en V con falda asimétrica, larga por detrás y por debajo de la rodilla por delante. Tenía cierto vuelo y el corte lograba que se vieran las piernas al andar. La espalda quedaba casi al descubierto, con tan solo los tirantes que se cruzaban y abrían hasta el costado formando un aspa. Era una auténtica belleza, sencillo a la par que elegante, justo lo que yo hubiese elegido para una ocasión así.

—Has acertado de lleno —comenté mientras me giraba de un lado a otro frente al espejo para ver el efecto del vestido.

—Se va a quedar de piedra cuando te vea.

—Por mí como si se cae de culo —respondí, provocándole una sonrisa.

—Ah, se me olvidaba. Como Louis y yo también vamos a ir a la gala, ¿por qué no vienes con nosotros? Podríamos recogerte de camino al castillo.

—Me vendría genial, la verdad.

—Perfecto. Pues ya hablamos y te confirmo la hora.

Ya cuando me había cambiado y me disponía a marcharme, Guada se acercó a mí con complicidad.

—Laura, ¿puedo decirte algo?

—Lo que quieras.

—Sé que no me has pedido consejo, pero te aprecio y creo que debo decírtelo igualmente. Sé fuerte y cautelosa.

—Lo sé, Guada —aseguré con entereza—. No es mi intención montar ningún espectáculo, si es lo que temes. Solo quiero ir para demostrarle que me importa una mierda que sea duque. No soy como ellos, nunca lo he sido, ni pretendo serlo. Soy quien soy y me siento orgullosa de ello. Pero necesito hacerle ver que ni su maldito título ni sus amenazas lograrán amedrentarme.

—Ahora sé que estás preparada, y no imaginas lo que me alegro por ti.

Me despedí de ella con un buen sabor de boca. No pretendía contarle a nadie lo que había hecho Maurice, pero debía reconocer que hablarlo con Guada me había sentado bien. Saber que contaba con su apoyo, incluso estando casada con un barón, me hizo sentirme aún más fuerte. Y

así pasé la semana, confiada en que hacía lo correcto, inmersa únicamente en el trabajo, hasta llegar el sábado en la noche.

Guada y yo habíamos quedado en que me recogerían sobre las ocho de la tarde. La gala marcaba el inicio del verano, y a esa hora aún no había anochecido.

El coche se presentó en la puerta a la hora acordada con una puntualidad exacta. Ella y Louis se bajaron del vehículo para hacer las debidas presentaciones. Me había hablado de él con anterioridad, aunque no recordaba que especificase que era un hombre tan atractivo.

—Un placer conocerte, Laura. Guada me ha hablado mucho de ti.

—Igualmente, señor.

—Por favor, llámame Louis —me pidió.

Guada no dejaba de sonreír, y me guiñó un ojo que solo yo pude apreciar.

—Recuerda que un par de ovarios amansa a las fieras —me susurró con complicidad nada más adentrarnos en el coche.

Louis Bourdieu resultó ser un encanto. Durante el trayecto hasta La Hulpe, el marido de Guada me preguntó acerca de la sastrería y me aseguró que vendría a visitarla.

—Quiero agradecerlos a los dos el detalle que habéis tenido al recogerme —manifesté.

—No tienes que hacerlo. Nos pillaba de paso.

—Guada me ha dicho que conoces a los Dumont desde hace tiempo. —comentó Louis. Ella hizo una mueca, y al instante deduje que no le había comentado nada.

—Así es —respondí.

—Maurice es un buen hombre, aunque supongo que eso tú ya lo sabes.

«Justo en lo que estaba pensando».

—Sí, claro —mentí.

—Genial. Lo pasaremos bien esta noche.

«Será cojonuda».

—Laura y yo sabemos que sí —comentó Guada, justo antes de cambiar de tema, supuse que para evitar que saliese a relucir la verdad.

Ya a las puertas del castillo, comprobé que era aún más hermoso de noche que cuando lo vi por primera vez. Habían pasado unas semanas, aunque a mí me parecían meses.

—¿Preparada? —me susurró Guada cuando nos disponíamos a entrar.

—Creo que sí —respondí tras soltar una bocanada de aire.

Tenía el corazón a mil. Podía sentir sus fuertes latidos golpeándome bajo las costillas, pero estaba allí por una razón y necesitaba seguir adelante. Recuerdo el sonido del tacón al chocar contra el suelo. Tan solo fue un primer paso, al que siguieron muchos más hasta llegar a la zona de control situada en la entrada.

—Buenas noches y sean bienvenidos —nos saludaron una vez les anunciamos nuestros nombres y comprobar que estábamos en la lista de invitados.

Los tres nos adentramos en el castillo y, siguiendo las indicaciones de los numerosos guardias y servicio que había en los pasillos, llegamos al salón donde se celebraba la gala.

La decoración era exquisita, en tonos blanco, verde y dorado, muy acorde con la fachada y los exteriores del edificio. Muchos de los invitados ya habían llegado y charlaban entre ellos de pie en pequeños grupos. El barón nos guió hasta uno de ellos, donde tuvo el gesto de presentármelos.

Cuando uno de los camareros pasó por nuestro lado con la bandeja para ofrecernos una copa de champán rosado, aproveché para buscar a Alice con la mirada. El salón no era excesivamente

grande, pero comenzaba a llenarse y la multitud de gente me impedía dar con ella.

—¡Laurita, amor, qué sorpresa verte por aquí! —escuché de pronto a Beth, que apareció ante nosotros con su estirado moño y un vestido fucsia que poco dejaba a la imaginación.

Sin apenas darme tiempo a reaccionar, se abalanzó hacia mí con los brazos abiertos dispuesta a darme un abrazo. No sabía a qué venía aquello. El resto del grupo se volvieron hacia nosotras ante tanta demostración de efusividad, y me vi obligada a aceptar su saludo.

—No sé quién te ha invitado, pero me aseguraré de que te largues por donde has venido —me susurró al oído, aprovechando que nadie, aparte de mí, la escucharía—. ¡Cuánto me alegra volver a coincidir contigo! —dijo en voz alta al separarse—. ¡Y qué bien te sienta ese vestido! ¡No sabes lo que te envidio, poder llevar una prenda sin firma y que te quede tan bien!

«¡Hija de la gran puta!».

—La sorprendida soy yo, te lo aseguro —respondí con su misma entonación, aunque con varios tonos más bajos que el suyo—. Creí que estabas al día y que reconocerías un G&B con solo verlo. Pero, tranquila, tu secreto está a salvo conmigo.

Por el rabillo del ojo podía ver cómo Guada me sonreía y a Beth la fulminaba con la mirada.

—¡En fin, he de marcharme con mi marido! Es un amor, ¿verdad? Invitar incluso a gente de otras clases sociales para que se integren. Su generosidad es digna de admirar. Lo dicho, un gusto verte. Disfruta y come cuanto quieras, que aquí nadie va a decirte nada si comes más de la cuenta. ¡Que disfruten de la velada, señores! —añadió dirigiéndose al resto, para que le respondieran y no darme así la opción de réplica.

Sentía lava corriéndome por las venas. Deseaba cogerla de los pelos y arrastrarla por todo el salón, gritar a los cuatro vientos quién era en realidad y demostrar que la única cobarde allí era ella y no yo. Pero había prometido no montar un espectáculo y me obligué a contenerme. Mi gente me importaba mucho más que ella, y me reafirmaba en ello cuando, al pasar por mi lado, volvió a hablarme con disimulo. Tanto, que me susurró sin molestarse en mirarme.

—Te advertí que no te acercaras a mi marido. Pero ya veo que tu capacidad de entendimiento es nula. Atente a las consecuencias, porque te aseguro que el aviso de los abogados es solo el principio.

«Así que fuiste tú y no él».

Tenía la firme intención de marcharse cuando la agarré del brazo para impedirselo.

—No me das miedo, Beth —gruñí amenazante en su oído—. Y te aseguro que ni tú, ni veinte como tú, me impedirán acercarme a tu exmarido —rematé haciendo hincapié en la última palabra.

La dejé ir. Se marchó. Y con ella mi interés por alargar un segundo más mi situación con Maurice.

«La única persona que se enoja cuando tú estableces límites es aquella que se beneficia cuando tú no estableces ninguno».

Capítulo 27

Castillo de Solvay. Unos días antes...

La aparición de Charlotte Dumont en el salón acompañada de Beth había sorprendido tanto a Maurice como a su hermana Alice. La presencia de la futura ex mujer del duque en el castillo sin previo aviso, y en las circunstancias que estaban viviendo, no era grata para ninguno de los dos hermanos. Maurice acabó marchándose tras una breve y tirante charla con ellas. Y su madre, curiosa por saber qué estaba ocurriendo realmente, aprovechó la ausencia de su hijo para poder indagar sobre el asunto.

—Alice, dime qué problema hay con el esmoquin —demandó Charlotte con seriedad.

—No hay ninguno, mamá. Puedes estar tranquila. Por cierto, ¿dónde está Fynn?

—La niñera se lo ha llevado arriba para el baño antes de dormir —respondió Beth.

Alice la fulminó con la mirada. Ambas mujeres no se soportaban, y la hija de los Dumont seguía sin entender por qué su madre siempre se mostraba de parte de aquella en lugar de la de su propio hijo.

—Subiré entonces. Al menos allí la compañía es mucho más grata.

—¡Alice! —le riñó su madre, aunque de poco le sirvió al ver cómo la aludida se marchaba haciendo oídos sordos de su llamada de atención—. Disculpa a mi hija, por favor —añadió dirigiéndose a Beth en cuanto se quedaron a solas en el salón.

—Tranquila, Charlotte, sé cómo es y no se lo tengo en cuenta.

—¡Ay, estos hijos van a acabar conmigo! —se afligía la mujer poniendo voz a sus pensamientos.

—No digas eso. La culpa, en realidad, no es de ellos, sino de la persona que los está utilizando.

—¿Qué quieres decir?

—¿Puedo ser sincera contigo?

—¡Por supuesto! Ven y cuéntame.

Charlotte invitó a Beth a sentarse con la intención de averiguar qué era lo que ocurría realmente.

—Se trata de Laura —advirtió su todavía nuera una vez tomaron asiento.

—¡Otra vez esa chica de por medio! Se presentó aquí sin previo aviso. ¿Te lo puedes creer? La eché después de que me advirtieras.

—Hiciste bien. Esa mujer no va a parar hasta destruirnos a todos —teatralizó inclinando la cabeza, llevándose la mano a la frente.

—No me asustes y dime qué pasa —demandó con preocupación.

—No sabes de lo que es capaz —lloriqueó su nuera.

—Beth, por favor, me estás poniendo nerviosa. En tu llamada no me especificaste qué había pasado, y ahora te lo exijo. Dime qué ocurre o no respondo de mí.

—Sé que no discutían por el esmoquin —susurró Beth, limpiándose unas inexistentes lágrimas de los ojos—. Tener el traje a tiempo para la gala es lo de menos, aunque se merecería un escarmiento llegado el caso. En realidad, lo hacían por ella.

—¿Por qué?

—Laura siempre estuvo enamorada de Mau, incluso cuando éramos unos niños. Nos hizo creer a todos que se había marchado, pero en realidad nunca lo hizo del todo.

—Explícate.

—¡Oh, Charlotte! Se trata de tu hijo, y no sé si debo...

—Precisamente por tratarse de él debes contármelo. Necesito saberlo. Ahora —exigió la señora Dumont.

—Está bien —respondió Beth, recolocándose en el sillón para preparar la escena—. Ella nunca perdió el contacto con Mau, siempre ha estado entrometida en nuestro matrimonio, y no ha parado hasta conseguir destruirlo.

—No puede ser —susurró con asombro Charlotte, llevándose la mano a boca. Saber que su hijo le había sido infiel con aquella mujer le destrozaba el corazón.

—Eso creía yo al principio —prosiguió Beth—, hasta que la vi en la sastrería. No podía creer que tuviera la desfachatez de regresar sabiendo por lo que estábamos pasando. Le ha dicho a todo el mundo que ha vuelto para enterrar a su padre, cuando en realidad lo ha hecho para asegurarse de destruir por completo nuestro matrimonio. Siempre quiso ser como nosotros, y sé que su intención es arrebatármelo todo, incluso a mi hijo.

—Esa zorra no va a salirse con la suya, puedes estar segura.

—Gracias, Charlotte. Siempre has sido como una madre para mí, y no sabes cómo te lo agradezco.

—No voy a permitir que una fulana arruine a esta familia. Voy a darle una lección, y estoy segura de que se me ocurrirá algo.

—Es demasiado lista y te vería venir —enfaticó—. Tendría que ser otra persona, no sé, alguien en nuestro nombre o algo así. Es tan retorcida que temo lo que pueda hacer, y solo el peso de la ley podría acabar con ella. Pero no tenemos nada para hacerlo, así que...

—¡Un momento! Se me está ocurriendo... ¡el esmoquin!

—No te pillo.

—Hablaré con los abogados para que le envíen una notificación. A ver si amenazándola es capaz de ver que voy en serio.

—Eso sería como hacerlo tú misma, Charlotte. No sé, sería peligroso si llega a saber que tú estás detrás, ¿no crees?

—Tienes razón. ¡Ya está! Les diré que lo hagan en nombre de mi hijo. Así mataremos dos pájaros de un tiro. Ella creerá que ha sido él, se enfadará con él y regresará a su país.

—Me parece una idea brillante. ¿Crees que aún debo tener esperanzas de salvar mi matrimonio?

—La esperanza es lo último que debes perder, cielo. La familia siempre debe estar unida, y nunca estuve a favor de Mau en su decisión de dejarte.

—Echo tanto de menos lo que teníamos, Charlotte —lloriqueó de nuevo.

—Todo se arreglará, Beth, ya lo verás. Por cierto, hablando de familia. Tus padres no me han respondido a la invitación a la gala.

—Discúlpalos, están de viaje y se les habrá olvidado —mintió para evitar contarle la verdad, que su negocio estaba a punto de quebrar y que estaban al borde de la ruina.

—Bueno, tendrán a su hija en su nombre.

Siguieron charlando durante un rato, hasta que Beth, orgullosa de su hazaña, abandonó el castillo sabiendo que seguía teniendo a una Dumont de su lado.

«Cuando una persona tóxica no pueda controlarte, buscará controlar la forma en la que otros
te ven».

Capítulo 28

Tras mi encuentro con Beth en el salón, necesitaba tomar el aire. No había sido fácil enfrentarme a ella con tanta gente alrededor sin llegar a montar un espectáculo. Había hecho una promesa a alguien que me importaba, y eso tenía más valor que mi deseo de discutir con aquella.

Me excusé ante Guada y los demás, y me dirigí a la parte trasera del castillo. Los invitados seguían entrando en el salón, a diferencia de los anfitriones, a los que aún no había visto. En el fondo lo agradecí. Había ido allí dispuesta a darle una lección al duque, y ahora necesitaba algo de tiempo para asimilar que no había sido él, sino Beth, quien me había amenazado con demandarme en su nombre.

Por suerte en aquella zona del castillo no había nadie, tan solo los guardias que, a cada lado del jardín trasero, custodiaban la zona. Tras cruzar por el enorme porche, bajé las escaleras que rodeaban un pequeño estanque. Allí el terreno estaba cubierto de césped, y me quité los zapatos para no acabar hundiendo los tacones. Continué caminando, hasta que dejé de escuchar la música que provenía del salón. Había hecho toda aquella caminata para que nadie pudiera oír lo que estaba a punto de hacer. Y solo cuando hallé el lugar adecuado, me detuve, tomé aire para llenar por completo mis pulmones, y grité con todas mis fuerzas.

—Nadie va a oírte —escuché de pronto en mitad de la penumbra.

Asustada, comencé a girar sobre mí misma intentando localizar de dónde provenía aquella voz. Mi vista se había acostumbrado a la oscuridad, y pude ver a un niño vestido con traje. Debía ser Fynn. Guada y Alice me habían hablado de él, y habían acertado al afirmar que era el vivo retrato de su madre.

—Espero que me guardes el secreto, pero esa era la idea —confesé sin moverme.

No quería asustarlo, e imaginaba lo que debía estar pensando de la loca que, a unos pasos de él, había llegado hasta allí solo para gritar.

—¿Y por qué lo has hecho? —preguntó.

Los niños a su edad lo cuestionan todo, y en verdad no me importó que lo hiciera.

—Es una buena forma de desahogarse. ¿Nunca lo has hecho?

—No.

Lo vi acercarse despacio hasta mí, y eso me agradó.

—Pues deberías probarlo —propuse con naturalidad.

—La gente grita cuando se enfada o dicen palabrotas. ¿Por qué tú no?

«¿Que no digo palabrotas? Menudo repertorio tengo, chaval».

—Prefiero gritar. Es más efectivo. De hecho, creo que voy a repetir. ¿Te animas a hacerlo conmigo?

El niño miró a su alrededor antes de responder.

—¿Y si nos oyen?

—Tú mismo has dicho que no podían oírme. Y si lo hacen, ¿qué más da? Solo vamos a chillar. No es nada malo y te aseguro que sienta de maravilla.

—Vale —respondió alzando los hombros.

El pequeño acortó la poca distancia que nos separaba y se colocó a mi lado, de espaldas al castillo.

—Recuerda tomar mucho aire. ¿Preparado?

Él asintió y, tras hinchar el pecho al unísono, los dos gritamos lo más fuerte que pudimos.

—¡Ha sido guay! —celebró con entusiasmo.

—¿A que sí? Soy Laura, por cierto —me presenté alargando el brazo para ofrecerle la mano.

—Yo Fynn —respondió devolviéndome el saludo.

—Encantada, Fynn. Desde este momento somos compañeros de gritos.

Mi comentario le hizo reír y al instante sentí un hormigueo bajo el pecho. Alice me había comentado que era un niño afligido que apenas sonreía por nada. Saber que yo había logrado que lo hiciera en tan poco tiempo, me hizo sentir bien.

—Entonces, ¿tú cuando te enfadas gritas? —me preguntó.

—Bueno, si te soy sincera también digo palabrotas. Pero no voy a hacerlo estando tú delante.

—Todos me toman por un niño, y ¡no lo soy! —se quejó. Había más dolor que rabia en su tono de voz.

—Tienes razón, disculpa —me apresuré a decir—. A veces olvido que yo también tuve tu edad. Y ¿sabes qué? Me pasaba lo mismo que a ti. Y lo más curioso es que me sabía incluso más tacos que los adultos.

—Yo sé unos cuantos —confesó algo más animado.

—Seguro que no más que yo —lo reté.

«Como se enteren los Dumont de esto, entonces sí que me echan».

—Pues sí —defendió con una mueca.

—Hagamos una cosa —propuse de pronto—. Yo los digo y tú los vas contando. ¿Te parece?

—Vale. ¿Y qué se lleva el que gane?

—Hum, déjame pensar... quien gane se come las chuches del otro. Me ha parecido ver una mesa de Candy Bar a la que me muero por hincarle el diente.

—Trato hecho —aceptó divertido.

Por un momento pensé en las consecuencias de soltar tacos delante de él, y se me ocurrió decirlos en español para que causar menos daños y cubrirme así las espaldas. Cuando terminé, Fynn había contado hasta veintiuno.

—¿Tantos? —cuestioné sorprendida.

—Sí. Algunos son muy buenos —comentó con gesto pillo.

—Espera. ¿Sabes español? —demandé.

—Sí. Mi padre quiso que lo aprendiera desde pequeño.

«¡Joder, esto sí que no me lo esperaba!».

—Vale, ahora sí que Maurice me va a odiar por ser una mala influencia para ti.

—¿De qué conoces a mi padre? —cuestionó al instante de escuchar su nombre.

Aquella pregunta precisaba que meditara mi respuesta, y le ofrecí dar un paseo juntos. Fynn aceptó sin dudar.

—Quítate los zapatos, pisar la hierba mola —le propuse al comprobar que no dejaba de mirarme los pies descalzos.

—Mi madre no me deja hacerlo cuando voy vestido así —respondió compungido.

«Viniendo de ella, no me extraña».

—Yo no se lo voy a decir, ¿y tú?

Fynn negó con la cabeza y, acto seguido, se deshizo de los zapatos y de los calcetines.

—Está fría —comentó al contacto.

—Así es mejor.

Durante un buen rato, paseamos por aquel hermoso prado, charlando sobre sus estudios, sus amigos y lo mucho que le gustaba la casa de la playa.

—Podrías venir algún día —me soltó de pronto.

«En otra vida tal vez».

—Quién sabe.

—¿Vas a decirme ya de qué conoces a mi padre?

«Vaya, tiene memoria el *jodío*».

—De pequeña iba a clase con tu tía Alice y con tu madre. A tu padre lo conocí después, cuando vino de Londres.

—¿Los conoces a todos? ¿Y por qué nunca te había visto?

«Buena pregunta».

—Me marché a España con quince años —confesé—. Mis padres se divorciaron, y mi madre me obligó a irme con ella.

—Mis padres también van a divorciarse —susurró con tremendo pesar en la voz—. Y sé que es por mi culpa.

—¡Alto ahí, compañero de gritos y socio de palabrotas! —Me detuve. A él también con la mano, y me giré para mirarlo a los ojos—. Tú no tienes la culpa de nada, no pienses eso jamás.

—Pero es la verdad. Los he escuchado peleándose por mí.

Era como verme a mí hacía nueve años, y me agaché para quedarme a su altura.

—Fynn, mírame —le pedí levantándole el mentón con la mano—. Yo también pensé lo mismo que tú. Pero los padres no discuten porque seamos los responsables, sino porque no saben qué hacer con nosotros. Separarse no es fácil para nadie, y aún menos para nosotros, los hijos.

—¿Tus padres te quieren? —me soltó, pillándome por sorpresa.

Su pregunta me encogió el corazón en un puño. Tenía un nudo en la garganta, y me obligué a tragar saliva antes de responder.

—Los padres aprenden a ser padres con los hijos. Lo hacen lo mejor que pueden, pero sé que en el fondo siempre nos querrán.

—Yo sé que mi padre sí, pero trabaja mucho y juega poco conmigo.

—¿Y tu madre? —indagué.

—Ella dice que sí, pero yo no lo sé —confesó alzando los hombros, con lágrimas en los ojos.

Me rompía el alma verlo tan afligido, y se me ocurrió proponerle algo para llamar su atención.

—¿Sabes qué? Te prometo una cosa, aquí y ahora. —Él alzó la mirada curioso para verme y yo proseguí—. Te doy mi palabra de que haré todo lo posible para hablar con tu padre. Sé que es un cabezota, un terco y un testarudo con un palo en el culo, pero es buena gente.

Lo hice reír.

—De todos los amigos de mi padre, tú eres la que más mola —me reveló.

«Pues espera a que se entere de lo que estoy haciendo y verás».

—Pues desde ya te confirmo que, de todos los hijos de mis amigos, tú eres el más guay con diferencia.

De pronto lo vi abrir los brazos y abalanzarse sobre mí. Me abrazó con tanta fuerza que temí caermé de espaldas. Aquel gesto logró encogermé el corazón, y me obligué a esconder el rostro para ocultarle que me había hecho llorar.

—¡Joder, no sé tú, pero yo estoy muerta de hambre! —argumenté al levantarme, mientras me secaba las lágrimas con disimulo.

—¿Puedo quedarme contigo para la cena?

—Si tus padres quieren, por supuesto que sí. Será un honor para mí compartir mesa con mi compañero de gritos.

—Y socio de palabrotas, que no se te olvide —añadió, logrando que ambos nos echáramos a reír antes de retomar el regreso al castillo.

«Si sabes lo que vales, busca lo que mereces».

Capítulo 29

Maurice Dumont I

Estaba harto de tener que fingir una sonrisa tras otra mientras saludaba a los invitados por el salón. Yo no había pedido aquella gala, no quería estar allí, y menos aún verme obligado a soportar las interminables preguntas acerca de mi padre. La noticia del hallazgo de su moto había corrido como la espuma, y casi todo el mundo me sacaba el tema de un modo u otro.

A lo lejos pude ver a Alice charlando con mi madre y con Beth. Por su gesto no era difícil adivinar que la conversación que mantenía con ellas no era de su agrado, sobre todo con mi exmujer. Ambos sabíamos que su presencia allí tan solo se debía al deseo de nuestra madre por intentar que Beth y yo diéramos un paso atrás e intentáramos salvar nuestro matrimonio. Su empeño empezaba a resultar molesto, y no solo porque fuese en contra de mi propio deseo, sino porque estaba logrando que la presencia de la madre de mi hijo en el castillo fuese incluso mayor que la de antes, cuando aún estábamos casados y fingíamos ser la pareja perfecta.

Fynn era lo único bueno que había sacado de aquella maldita relación, y recordarlo me hizo querer tenerlo a mi lado. Lo busqué con la mirada mientras me acercaba a la barra. Le había perdido la pista desde antes de llegar al salón. Iba acompañado de su niñera, como era habitual, pero estaba seguro de no haberlo visto desde entonces.

Olivier, siempre atento a mis indicaciones, se acercó en cuanto le hice un rápido gesto.

—¿Dónde está Fynn?

—Ahora mismo lo busco, señor.

Mi guardaespaldas salió disparado en su busca, mientras se comunicaba por el pinganillo con el resto del servicio de seguridad. Se trataba de una gala con invitados muy influyentes e importantes del país, y era usual contratar a un buen equipo que garantizara la seguridad de todos y del evento en sí.

Continué saludando a las personas con las que me cruzaba, hasta que lo vi regresar hasta mi posición.

—Disfruten de la velada y gracias por venir —me despedí del último grupo, para apartarme unos pasos y poder así charlar con Olivier. Había visto su semblante, y no presagiaba nada bueno.

—Señor, lamento decirle que hemos registrado el castillo de arriba abajo y que no hay ni rastro de su hijo.

El corazón me dio un vuelco y me aparté aún más para que nadie pudiese ver el terror que debía reflejar mi cara, fruto de lo que sentí en aquel instante.

—¿Y la niñera? —gruñí sin ocultarle a Olivier mi enorme preocupación.

—Ha sido la primera en perderlo de vista y la que más tiempo lleva buscándolo.

—Rodarán cabezas como no aparezca mi hijo.

Solté aquellas últimas palabras notando cómo se me erizaba la nuca. Estaba reviviendo la angustia que sentí cuatro años atrás, cuando temíamos que hubieran secuestrado a mi padre.

—Es imposible que haya salido del recinto, señor.

—Entonces, ¿por qué no está aquí? —mascullé.

Puede que no fuese un padre ejemplar. Mis obligaciones, que nunca pedí y que me vinieron impuestas, no me permitían dedicarle todo el tiempo que hubiera querido. Pero Fynn era lo que más quería en este jodido mundo, y solo de pensar que algo pudiera haberle ocurrido me partía el alma en dos, reduciéndome a algo sin valor, a la nada.

—Lo tenemos todo vigilado y...

—¡Pues traédmelo, maldita sea! —ladré apartándome de él, con la intención de hablar con su madre.

Necesitaba averiguar si Beth sabía algo, aunque mi instinto me decía que ella ni siquiera se habría percatado de su ausencia. Nunca había mostrado el más mínimo interés por él, y no podía esperar que lo hiciera ahora.

Alice supo que algo pasaba cuando me vio llegar hasta ellas.

—¿Has visto a Fynn? —inquirí directamente a mi exmujer. Aún no habíamos firmado el divorcio, pero para mí había dejado de ser mi esposa desde hacía tiempo.

—Estará con la niñera —respondió sin el menor atisbo de preocupación.

—Lo cierto es que no lo veo desde hace un buen rato —contestó mi madre.

—¿Ha pasado algo? —quiso saber Alice. Ella fue la única en darse cuenta de cómo me sentía.

—La niñera no sabe dónde está, y los de seguridad no consiguen dar con él.

—¡Dios mío! —manifestó mi madre echándose las manos a la boca.

—Estará por ahí correteando —comentó Beth, restándole importancia.

—Por una puta vez ¿podrías cumplir el papel que te corresponde como madre? —mascullé conteniendo el volumen de mi tono de voz para no llamar la atención de cuantos nos rodeaban.

—Hijo, tranquilo —intentó apaciguar Charlotte.

—No te metas en esto, madre —gruñí sin dejar de fulminar con la mirada a mi exmujer.

—Te ayudaré a buscarlo —se ofreció mi hermana de inmediato, cogiéndome con ambas manos del brazo para intentar apartarme de ellas y no acabar montando una escena delante de los invitados.

Apenas me había movido de allí cuando, al volverme, lo vi aparecer cogido de la mano de... ¿Palmera?

La imagen fue como el impacto contra un enorme cristal. Imprevisible, fuerte e instantáneamente doloroso. No tenía la menor idea de qué hacía ella allí, y aún menos esperaba que se presentara de la mano de mi hijo. Desconocía a qué demonios estaba jugando. Nadie la había invitado, y mucho menos concedido el permiso para llevarse a mi hijo.

—¡Fynn, por fin te encontramos! ¡Estábamos tan preocupados por ti! —fingió Beth, revolviéndome el estómago. Por suerte, aún estaba vacío.

—Ven aquí, hijo —advirtió mi madre con desprecio, alargando el brazo para arrebatarárselo de las manos.

El niño la soltó y caminó hacia su abuela.

—¡Laura, has venido! —celebró Alice quien, a diferencia del resto, era la única en mostrarse contenta con el encuentro.

Apenas pude moverme. Aún llevaba grabada a fuego la imagen de ellos dos cogidos de la mano, caminando hasta nosotros. Ya no recordaba la última vez que vi a mi hijo así con su madre. Y, a decir verdad, no creía siquiera que en alguna ocasión hubiese llegado a hacerlo.

—Señor, los hemos localizado de camino aquí. Estaban en el jardín trasero —me confirmó Olivier al oído al llegar a mi posición.

—Gracias. Buen trabajo —respondí.

Él se distanció unos pasos, y yo me quedé allí, observando cómo Alice recibía a Palmera. Estaba increíble con aquel puto vestido de color negro y generoso escote, que mostraba más de lo que debía.

—¿Qué hace ella aquí? —le exigí a Alice, obviando su presencia para no tener que verme comprometido por lo que había sido capaz de provocarme en apenas unos segundos.

—Es mi invitada de honor —respondió desafiante.

—Hola, Maurice —susurró la aludida.

No podía mirarla. No si quería mantenerme a salvo para no acabar bajando la vista hasta aquel pico infernal que solo pensaba en arrancarle de un jirón.

—Debería darte vergüenza presentarte así, después de haberte llevado a nuestro hijo —escupió Beth, arrebatándole a Fynn a mi madre para colocarlo frente a ella, con las manos sobre sus hombros.

—Lamento que pienses así —respondió Palmera, con una calma digna de una mujer con las cinco letras del nombre.

—Mamá, Laura y yo solo hemos dado un paseo —se justificó nuestro hijo.

—Ven aquí —le pedí agachándome para estar a su altura. Él obedeció al instante y, cuando lo tuve ante mí, lo abracé con todas mis fuerzas—. Estaba preocupado por ti, campeón —susurré sin apartar la vista de Laura y mi hermana.

—Pero si solo estábamos ahí detrás —insistió cuando lo solté.

Bastaba con mirarlo a los ojos para saber que decía la verdad y que Palmera se había ganado su confianza.

No era de extrañar. A mí me ocurrió lo mismo el mismo día que la conocí. Ella siempre había sido así, capaz de hacerte sentir como en casa, concediéndote la oportunidad de ser tú mismo sin temor a ser juzgado.

—Vuestro hijo es maravilloso —reconoció ella con una sincera sonrisa.

—Y tú eres guay —celebró él con los ojos llenos de entusiasmo.

Hacía tanto tiempo que no veía algo así en ellos, que me encogió el corazón. Por un instante me sentí culpable de no poder provocar un sentimiento así en mi propio hijo, y vertí mi molestia con ella.

—Debiste avisar a alguien de dónde estabais. Los de seguridad lo han estado buscando por todas partes y estábamos realmente preocupados —advertí con firmeza.

—No tenía la menor idea de que estuvierais buscándolo —aseguró.

—¿Y qué esperas de un niño pequeño? —farfulló Beth—. Tú no lo entiendes porque no eres madre. Y si piensas así, dudo mucho que lo seas.

De buena gana le hubiese tapado la boca allí mismo, delante de todos y sin remordimiento alguno.

—Esto pasa por invitar a la gente indebida —le riñó mi madre a Alice.

—Mamá, no digas tonterías —defendió mi hermana—. Laura es mi amiga, y puede venir al castillo siempre que lo desee.

—¿Para qué? ¿Para entrometerse donde nadie la llama?

—¿De qué estás hablando, madre? —intervine al no entender a qué venía aquella molestia por su parte.

—No te hagas el desentendido —se quejó—. Esta conversación se acaba aquí y ahora. Ya hemos dado suficiente el espectáculo.

—Esta conversación se acabará cuando yo lo diga —advertí con severidad—. No se te ocurra mover un solo pie hasta que me expliques qué está pasando aquí.

—No deberías hablarle así a tu madre, y aún menos delante de esta fulana —intervino Beth, acusando directamente a Laura con la mirada.

—¡Ella no es ninguna fulana! —la defendió Alice, sin ocultar su rabia.

Aquella acusación era demasiado grave, viniendo incluso de mi exmujer.

—Madre, te he hecho una pregunta —insistí para exigirle explicaciones por lo que había dicho momentos antes y, de paso, para que dejaran en paz a Palmera.

—Hijo, todo el mundo nos está mirando —se excusó ojeando a nuestro alrededor—. Será mejor que lo dejemos para otro momento.

—¡Me importa una mierda que miren como que no! Quiero una respuesta ahora —insistí.

—Yo ya no quiero saber nada de esto. Es asunto vuestro, no mío —argumentó refiriéndose a Beth y a mí.

Al instante desvié la vista hacia la aludida y la fulminé demandándole que me aclarase lo que estaba pasando.

—Es a ella a quien deberías mirar así y no a mí —acusó mi exmujer a Laura, vertiendo sobre ella toda la responsabilidad—. Por mucho que tu hermana la haya invitado, debería tener la dignidad suficiente para no presentarse aquí y raptar a nuestro hijo.

—No voy a consentirte que me acuses de algo tan grave —defendió Palmera con tal firmeza que la hizo dar un paso hacia atrás.

A mí, en cambio, me agitó la boca del estómago, logrando hacerlo vibrar.

—¿Crees que no sé que lo que quieres es su fortuna? —escupió Beth.

—Sabía que tenía varios dones, aunque desconocía que poseyera el de ser un espejo.

Alice sonrió con su comentario, y yo tuve que esforzarme por no hacer lo mismo. Por primera vez en muchos años, volvía a ver a la Palmera que conocí años atrás.

—Solo eres una cazafortunas de tres al cuarto. Pero te aseguro que no vas a salirte con la tuya —la amenazó.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Demandarme en nombre de tu marido? No me das miedo, Beth. Nunca lo has hecho, y nunca lo harás.

Y es ahí cuando sucede. Y te das cuenta de que nada de lo que pensabas era cierto. Cuando compruebas que la venda que has llevado sobre los ojos ha cogido incluso forma después de tanto tiempo, pero que, al caer, te permite ver más allá de lo que nunca imaginaste. Mostrándote que las figuras tan solo eran sombras proyectadas sobre la pared, que los barrotes de la jaula en la que te creías encerrado no eran tan firmes como creías, y que tus alas con las que hacía tanto que no volabas no estaban rotas, tan solo atadas con una fina cuerda trenzada de desconfianza.

Palmera no era quien yo había insistido en creer. Alice tenía razón. Solo necesitaba hablar con ella y descubrir de una vez por todas la auténtica verdad que había detrás de todo aquello.

—¿Te ha demandado? —le pregunté a Laura, aún sin dar crédito del incalculable límite al que mi exmujer podía llegar cuando se lo proponía.

—No fue ella, fui yo —respondió mi madre, descolocándome aún más de lo que ya estaba—.

Y solo fue un aviso de nuestros abogados.

—¡Eres una maldita arpía! —se enfrentó Alice—. Y tú, mamá, no puedo creer lo bajo que has caído para dejarte embaucar por esta...

Palmera, con rapidez, la cogió del antebrazo y la detuvo para hacerle ver que Fynn aún estaba delante. Aquel gesto me sobrecogió.

—¡Mira lo que has conseguido, maldita zorra! —la atacó Beth, molesta porque aquella hubiese hecho lo que nos correspondía a nosotros como padres—. ¡Vete por donde has venido, porque aquí ya no eres bien recibida!

—Eso lo decidiré yo —intervine con firmeza, cogiendo a Laura de la mano para llevármela lejos de allí.

Me abrí paso entre los invitados sin mirar atrás y sin importarme lo que nadie pudiera decir o pensar. Yo solo tenía en mente dos cosas: salir cuanto antes de aquel maldito salón y hablar de una vez por todas con Palmera. Mi Palmera.

«Cuando un *si hubiera* se convierte en un *lo hice*, ya todo está ganado».

Capítulo 30

Cuando era niña soñaba con el momento en que Maurice me cogiese de la mano para dar un paseo juntos. Era una escena cursi, lo sé, pero era mi escena. En ella recreaba jardines llenos de vida, repletos de color verde en todos sus matices, con los que nos fundíamos al charlar de nuestras cosas, de una manera cómplice, secreta y muy romántica.

Aquella imagen idílica que yo había recreado infinidad de veces en mi mente poco tenía que ver con el momento en que Maurice, sin previo aviso, me cogió de la mano y tiró de mí para llevarme con él. Me había pillado por sorpresa y únicamente pensaba en que me había impedido defenderme ante los ataques de Beth.

Todo el mundo nos miraba, mientras él se abría paso entre los invitados. Yo desconocía a dónde me llevaba, y por un momento pensé que tal vez lo único que estaba haciendo era asegurarse de que cogía un coche para enviarme a casa. Lo descarté de inmediato al comprobar que me llevaba hasta la parte trasera del castillo, exactamente hacia el lugar del que acababa de llegar con Fynn, y que tanto revuelo había ocasionado.

Dejé de pensar cuando vi que se desviaba hacia el jardín lateral, ese que había visto en internet semanas atrás y que tanto había llamado mi atención. Bordeado de setos perfectamente recortados en forma de arcos, escondía un íntimo espacio con esculturas en sus cuatro extremos, dibujos en el suelo hechos por plantas perfectamente recortadas, y una fuente con la escultura de una sirena con los brazos en alto mirando hacia el castillo. El lugar era mágico, y los focos colocados de un modo estratégico apuntando hacia la fachada beige y las dos torres cubiertas de frondosa enredadera, así como a los puntos estratégicos del jardín, aumentaban aún más su misterio y su halo romántico.

—Dime qué cojones ha pasado con lo de la demanda —me pidió cuando se detuvo junto a la fuente y me soltó la mano para plantarse frente a mí.

«¡A tomar viento el romanticismo!».

—Ya lo has oído. Tus abogados me enviaron una carta certificada, en representación tuya, amenazándome con demandarme si no terminaba a tiempo tu esmoquin.

—Jamás te haría algo así.

—Lo peor de todo es que, hasta esta noche, no te hubiese creído. Cuando recibí aquel documento, me pareció algo tan rastrero, que ni siquiera me atreví a contárselo a Alice.

—Por eso me enviaste el traje por mensajero —argumentó pinzándose el puente de la nariz.

—No tenía ningún motivo para no creer que no habías sido tú —defendí—. Hasta que, al principio de la fiesta, Beth se ha acercado a mí para contármelo y así intentar echarme.

—Nadie va a echarte de aquí, a menos que yo lo diga.

No deseaba hacer leña del árbol caído, pero necesitaba contarle toda la verdad y ser sincera con él de una vez por todas.

—Tu madre ya me lo impidió la primera vez que vine buscando a Alice. Pero no la culpo — me apresuré a añadir al ver el gesto de su cara—. Por lo que he podido comprobar y por lo que me dice mi instinto, solo ha sido una víctima más de la manipulación de Beth.

—Sé de lo que hablas. He estado demasiados años con ella y conozco sus artimañas. ¡Joder, he sido un estúpido!

—Tú la elegiste a ella. Es algo que pasó, y que ya no tiene vuelta atrás —susurré con pesar, pese a que mi intención era justamente lo contrario.

—No lo digo por lo que estás pensando —aseguró—, sino porque, de alguna manera, me hizo creer que ella y tú os habíais aliado para sangrarme.

—¿De verdad creíste que yo me aliaría con ella en algo tan mezquino? —inquirí molesta.

—Sí, y... lo siento. Lo digo en serio.

Vi en sus ojos marrones que decía la verdad. Había soñado tantas veces con ellos, mirándome de aquella forma, que tuve que apartar la vista y alejarme de él para poder mantenerme fuerte.

—Creo que por primera vez estamos siendo sinceros el uno con el otro —comenté rodeando la fuente, con paso lento, pues en realidad no deseaba estar en otra parte que no fuese allí, con él.

—Estoy de acuerdo contigo —respondió sin moverse, aunque siguiéndome muy de cerca con la mirada—. Y no imaginas lo mucho que lo deseaba —susurró.

—Yo también —confesé.

Seguí caminando, hasta que él se adelantó para obstruirme el paso.

—Entonces dime por qué desapareciste —me exigió, arrollándome con su firmeza, sobrecogiéndome hasta el último rincón de mi ser.

Me negué a mirarlo a los ojos. Porque hacerlo removería cada célula de mi cuerpo y cada recuerdo que aún conservaba de él. Su característico olor, su inconfundible mirada, su atrayente seguridad. Nada de aquello había logrado borrarlo de mi mente, seguía aún arraigado en mí, con la profundidad de una raíz apta para encontrar aguas subterráneas. Maurice siempre había sido mi debilidad, mi talón de Aquiles y la verdadera razón por la que me había presentado en su castillo.

—Palmera, mírame —me pidió.

Quería hacerlo, lo juro, pero necesitaba toda la fuerza de la que era capaz para poder sincerarme con él sin acabar expuesta.

Retomé mi paseo con la intención de rebasarlo, cuando él volvió a impedírmelo.

—Ya basta, Laura. Tanto tú como yo nos merecemos aclarar muchas cosas, y no voy a consentir que huyas de mí. Otra vez no.

Su voz rota logró doblegarme. Estaba en lo cierto al afirmar que nos merecíamos aquella conversación. Había decidido acudir a la gala precisamente por eso. Y pese a ser consciente del riesgo que corría al hacerlo, accedí a su petición y me atreví a mirarlo a los ojos. Los mismos que, en el pasado, tantas veces anhelaba verlos desviarse hasta mí y dedicarme su atención, aunque solo fuera un efímero instante, el suficiente para confirmar que él supiera que yo estaba ahí. Que existía.

—Mis padres se divorciaron —respondí.

—Eso ya lo sé. Y no te he preguntado por qué te marchaste, sino por qué desapareciste — insistió.

—Era una niña, Maurice.

—Eres la única persona que me llama así —susurró.

—Nunca fuiste Mau para mí.

—Ni tú has sido Laura para mí.

Nos miramos, y todo cuanto había a nuestro alrededor dejó de existir. Para otros aquellas dos frases no significaban nada. Para mí lo eran todo.

—Dime por qué lo hiciste, Palmera. Necesito saberlo —añadió.

Se fundió en mis ojos con tanta fuerza que no pude negarme a concederle lo que quería.

—Aquella noche, en el pub, fui un momento al baño —comencé a relatar—. Beth y tú habíais salido un rato antes y os escuché hablando de mí a través de la ventana. Ella te confesó que tenía celos de mí después de nuestro baile en el parque, y tú le respondiste que tu relación conmigo era solo porque yo te daba pena.

—¿Dije eso? —cuestionó con marcado gesto de asombro.

—Yo también necesito saber por qué pensabas eso de mí. ¿Era por mis gafas? ¿Porque mi familia no tenía el mismo dinero que la vuestra? ¿O por qué?

—Nada de eso haría que yo sintiera pena por ti.

—¡Pero lo dijiste! ¡Yo lo escuché! —le reproché, y él se echó las manos a la cabeza—. Solo dime por qué lo hiciste.

—¡Porque era un idiota, por eso! Es la única explicación que le encuentro a haber dicho algo así de ti cuando no es cierto.

—Los dos os metisteis con mi físico y después...

—Lo siento —se disculpó acogiendo mi rostro entre sus manos—. Siento haber sido un cretino y haberte hecho daño. Sé que no tengo justificación alguna por lo que dije, y lamento profundamente no acordarme de mis inapropiadas e inexcusables palabras, pero lo único que recuerdo de aquella época de mi relación con Beth es que discutíamos a menudo, y en muchas ocasiones era por ti. Ella siempre se comparaba contigo y a mí me tenía harto. Y supongo que aquella noche dije eso para que dejara la cosa tranquila. Fui un imbécil por hablar así de ti sin pensar en el daño que podría hacerte. Y por no darme cuenta a tiempo de lo que me esperaba en el futuro.

—Entonces, ¿nunca sentiste pena por mí? ¿De verdad?

Solté una lágrima que él se apresuró a secar con una caricia de su dedo anular.

—Nunca, Palmera. Te lo juro por mi hijo, que es lo más sagrado que tengo.

Creí en sus palabras, y me aparté de nuevo para enfrentarme al resto de hechos que aún debíamos aclarar.

—Ni siquiera entonces tu excusa me hubiera servido para aplacar el dolor que me hiciste sentir —confesé al saberme segura abriéndome ante él, pese a no mirarlo a la cara—. Cuando llegué a casa, mi madre ya tenía las maletas hechas, me soltó la bomba de que se iban a divorciar y que nos marchábamos a España a primera hora de la mañana. Mi mundo se desmoronó, pero sentí cierto alivio al alejarme de aquí.

—Por eso desapareciste y estabas tan molesta conmigo cuando nos reencontramos en la sastrería —murmuró.

—No quería saber nada de ti, Maurice. Te había escuchado decir que te inspiraba el peor sentimiento que se puede tener hacia una persona. Te odiaba, y decidí olvidarte.

—¿Y Alice? ¿Por qué nunca la llamaste o le dijiste nada? Ella no merecía el desprecio que sentías por mí.

—Lo sé, y me arrepiento de ello. Pero me era imposible pensar en ella sin pensar también en ti —revelé—. El único modo de superar aquel dolor era dejaros en el pasado.

—Ella sufrió tanto o más que tú —me reprochó.

—Lo sé. Y por eso quise hablar con ella, aunque tú te negaste a ayudarme.

—Yo también tenía motivos para odiarte.

—Alice me lo contó —susurré volviéndome hacia él—. Sé por lo que ella pasó, y por lo que tú decidiste culparme.

—Me correspondía a mí contarte esa parte de la historia, no a ella —argumentó molesto.

—Ambos sabemos por qué lo hizo, y que no fue precisamente para incomodarte.

De pronto lo vi meterse las manos en los bolsillos y moverse. Lo hizo con paso lento, tal y como yo había hecho momentos antes, y decidí acompañarlo. Juntos, abandonamos la fuente y comenzamos a pasear por el césped que bordeaba el jardín. Los tacones se hundían, y me descalcé de nuevo para caminar sobre la hierba.

—Cuando desapareciste, Alice dejó de brillar —comenzó a recordar—. Su luz se apagó, y nada de cuanto hacía lograba que volviera a ser la que era. Mi hermano se desentendió, y mis padres no quisieron darle importancia. Yo apenas tenía dieciocho años y no sabía qué hacer.

Lo escuchaba hablar y el corazón se me encogía hasta hacerse diminuto, como un simple abalorio de bisutería.

—Te busqué, pero no hallé la respuesta que buscaba —continuó relatando—. Tu padre fue muy escueto en sus respuestas, y no quería dejar sola a Alice y marcharme a ciegas a España sin tener la más remota idea de dónde encontrarte. Imaginaba que te habrías ido a casa de tu abuela, pero tampoco tenía la dirección.

«Si llega a presentarse allí nos hubiéramos caído de culo las cinco, incluida mi abuela».

—Al poco tiempo nos mudamos al castillo —prosiguió señalando con el mentón hacia la fachada lateral que teníamos frente a nosotros—. Alice y yo no estábamos de acuerdo en alejarnos tanto de la ciudad, pero pensé que tal vez un cambio de aires le vendría bien para mejorar su ánimo. Me equivoqué. Vivir a las afueras lo único que consiguió fue empeorar la situación. Ver a mi hermana así me afectó incluso en los estudios. Mi rendimiento ya no era el mismo, como tampoco mis ganas de seguir saliendo de marcha. Mi relación con Beth también se resintió, pero reconozco que me anclé a ella como un salvavidas. Nuestras continuas discusiones me servían para desahogarme. Puede que suene horrible lo que estoy diciendo, pero...

—Tranquilo, sabemos de quién hablamos, no tienes que justificarte —aseguré—. Aunque no te negaré que estoy deseando escuchar la parte en la que decidiste que yo era el detonante de tu mala suerte —añadí.

Maurice se detuvo para mirarme. Yo hice lo mismo. Ambos nos miramos, sonreímos, y retomamos el paseo.

—Fue la noche de la primera gala que mis padres celebraron en el castillo —confesó, alternando la vista entre la hierba que pisábamos y los setos en forma de arco que nos acompañaban en el camino—. Alice no quería asistir, y ellos la obligaron. Su gesto lo decía todo. Estaba apagada, hundida, y yo era el único que sabía que estaba así porque creía que no la querías, que la habías abandonado. Lo más curioso de todo era que ella no te odiaba. Yo sí.

Aquellas palabras fueron como el filo de una espada atravesándome hasta partirme el pecho en dos.

—Había volcado mi última esperanza en aquella noche —prosiguió—. A Alice siempre le han gustado las fiestas, y pensé que aquella la animaría. Me equivoqué, y empecé a frustrarme. Nada de cuanto hiciera o planeara funcionaba, y decidí ahogar mi rabia e impotencia en alcohol. Me pasé toda la noche frente a la barra, hasta que Beth vino a por mí. Habíamos discutido unos días antes, como tantas veces, pero ella quiso dejar atrás cualquier malentendido entre ambos y

me sacó de allí. Al principio pensé que me había salvado, pues creo que estaba al borde del coma etílico, pero al llegar a mi dormitorio ocurrió algo con lo que no contaba.

«Esa parte la desconozco».

—¿Por qué? ¿Qué pasó? —quise saber.

—Siempre he necesitado tener el control —confesó—. Me da seguridad y me siento cómodo. En esa ocasión, en cambio, no lo tuve. Sin entrar en detalles, que no vienen el caso, esa noche te vi.

—¿A mí?

—Sí —respondió con entereza—. Lo achaqué a que había bebido más de la cuenta, pero, de un modo u otro, fue tu imagen la que me apareció en el momento de llegar al org...

—No necesito saber eso —lo interrumpí.

—Quiero ser sincero contigo —argumentó.

—Tal vez debamos marcar los límites de la sinceridad —planteé. Ahora era yo la que tenía aquella imagen grabada a fuego en la cabeza, y no resultaba nada agradable.

Para mi asombro, él se detuvo.

—¿No lo entiendes? —me reprochó.

Me volví y me sorprendí al ver que su gesto ya no era el mismo. No sabía a qué venía aquel cambio de actitud, y me defendí de la mejor manera que supe.

—¿Qué es lo que debo entender, Maurice? ¿Que perdiste el control y la dejaste embarazada? ¿Acaso crees que es agradable para mí conocer los detalles de tu polvo con Beth?

De pronto él dio un paso hasta mí, acortando la escasa distancia que nos separaba.

—Ni cien botellas de alcohol me hubiesen hecho perder el control aquella maldita noche como lo hizo tu imagen —aseguró con tal entereza frente a mi boca, que acabó erizándome el vello—. Tú eras la única que me aceptabas tal y como era. Entendías mi humor y siempre tenías una sonrisa para mí. Contigo todo era sencillo, sin complicaciones, sin broncas, sin gritos. Y sí, cuando te vi perdí la noción. Por eso te he culpado durante todos estos años, porque solo contigo soy incapaz de contenerme.

Me besó.

Y me abrazó tan fuerte que todos mis pedazos rotos se juntaron para recibir aquel contacto que tanto había anhelado, que tanto había deseado en silencio, en secreto. La música que sonaba en el interior del castillo llegaba hasta nuestros oídos, pero ninguno de los dos necesitamos de ella para vivir nuestra propia danza sin movernos, nuestro propio baile bajo las estrellas, después de tantos años.

«Y llega el día en que todo sucede, y entonces te das cuenta de que el camino ha merecido la pena».

Capítulo 31

—Lo siento, no he debido hacerlo —dijo de pronto, separándose de mí, creando de nuevo una distancia entre los dos que me negaba a aceptar.

Mi mente se apresuró en buscar una explicación ante su actitud. ¿De verdad se había disculpado por besarme?

—¿Tan mal beso? —cuestioné sin comprender lo más mínimo a qué venía aquel cambio y sin hallar una respuesta que me convenciera.

—¡No, por supuesto que no! —respondió con nerviosismo—. Es solo que... No puedo hacer esto, Palmera.

«¿Tienes una llaga en la boca o qué?».

—¿Por qué no? —demandé.

—Es difícil de explicar.

—Puede que no tenga una carrera universitaria, pero te aseguro que hasta ahí puedo llegar —defendí tirando de sarcasmo.

Fui incapaz de hallarle la lógica a su rechazo. Llevaba desde la pubertad deseando que lo hiciera, o puede que incluso antes. Prácticamente quince años esperando a que llegase aquel momento que, ahora él, se empeñaba en arrebatarme sin una justificación que lograra convencerme.

—No lo digo por ti, sino por mí —argumentó.

—Esa respuesta está muy vista, así que esfuérzate un poco más, porque sé que puedes hacerlo mucho mejor.

Estaba molesta. Muy molesta. Por su actitud, por su rechazo, y porque caminaba de un lado a otro en lugar de estar pegado a mí besándome como si no hubiese un mañana.

Mi lado racional me susurraba que saliera de allí corriendo, que él nunca había sentido por mí lo mismo que yo por él, y que ese era el único motivo por el que me había rechazado. Era la única explicación posible, después de la declaración que me había hecho instantes antes de abalanzarse sobre mí para besarme. Sin embargo, otra parte de mí, la irracional y estúpidamente enamorada de él, pudo más y no me moví. Me quedé allí anclada, como si las raíces de aquellos setos que nos resguardaban tirasen de mí hacia el suelo, impidiéndome siquiera moverme como lo hacía él.

—Tengo una pregunta —planteé al ver que él seguía en su extraño mutismo—. ¿Qué es lo que no pudiste olvidar de la última noche?

—¿Aún lo recuerdas? —demandó con cierto tono de sorpresa en su voz.

—Dijiste que «no habías podido quitarte de la puta cabeza lo que ocurrió aquella noche». Si no sabías que os había escuchado, entonces, ¿qué es lo que no has podido olvidar, Maurice?

Se detuvo. Al fin.

—Es una estupidez.

—Quiero saberlo —insistí.

—El baile en el parque.

Separé los labios para acoger con sorpresa una bocanada que apenas llegó a mis pulmones. De todos los años que compartí en Bélgica con él, de todos los momentos vividos a su lado, aquel baile era precisamente el único recuerdo que me negué a desterrar de mi memoria cuando me propuse olvidarlo a él. En contra de todos los consejos de las personas que más me querían, siempre lo mantuve intacto, nunca me deshice de él porque aquel baile, aquella canción, era lo más bonito que me quedaba de él. Solo tenía que cerrar los ojos para saber que aún seguía vivo en mí, para volver a sentir su tacto, su cercanía y el modo en que la melodía nos envolvió a ambos. No iba a permitir que nadie me lo robara, que me arrebatara aquello que yo había conservado durante tanto tiempo como un tesoro. Ni siquiera a él, por mucho que lo calificara como algo estúpido, o lo menospreciara como lo estaba haciendo.

—Me ofende saber que aquel baile te pareciera una estupidez. Aunque supongo que ya está todo dicho —susurré con el alma rota, volviéndome para no verlo, para alejarme de él lo más lejos que pudiera.

—No te vayas —me imploró agarrándome del brazo—. Soy un hombre de ciencias y a veces no encuentro las palabras adecuadas, pero te aseguro que no he querido decir eso. Quédate. Por favor.

Terminé de girar el resto de mi cuerpo hacia él concediéndole aquella oportunidad que en realidad era para ambos.

—Solo si eres sincero conmigo, Maurice. Por mí. Por los dos —le demandé.

—Tenía miedo de exponerme ante ti y que tú no pensaras lo mismo —confesó—. Ni siquiera a día de hoy he podido olvidar lo que ocurrió esa noche, y mucho menos volver a ver la película o escuchar la canción. Aquel baile marcó un antes y un después. Pero no lo supe hasta que te marchaste. Ver así a Alice me destrozó, y le adjudiqué a ella todo el resentimiento, cuando en realidad era algo que compartíamos los dos. Culparte y odiarte siempre fue más fácil que darme cuenta de lo mucho que te echaba de menos.

—¿Te das cuenta de que esto es una declaración?

—Supongo que sí.

—Entonces, ¿por qué no hiciste nada? ¿Sabes lo que hubiera cambiado mi vida si me hubieras dicho esto antes?

—No tuve claro lo que sentía hasta que te marchaste.

—¿Por qué elegiste a Beth en lugar de a mí?

—Porque tú eras la mejor amiga de Alice.

—¿Y qué? —pregunté con furia.

—Existe un código, Palmera —aseguró llevándose la mano a la nuca.

—¿Qué código? ¿De qué estás hablando?

—¡El código de hermanos, joder! Nunca se debe salir con la amiga de una hermana, porque si le haces daño o simplemente rompes con ella, afecta también a la familia.

—O sea, por cobardía.

—No exactamente. Es solo que...

—Siento decírtelo, pero suena ridículo. Y esto sí que es una estupidez —recalqué. Y él asintió—. Dime que no has interrumpido nuestro primer beso por ese maldito código.

—¡No, por supuesto que no!

—¡Pues explícame, Maurice, porque te juro que intento entenderte y no lo consigo!

—Tengo demasiados frentes abiertos y multitud de problemas que resolver. ¿Crees que esto es fácil para mí? ¡Estoy de mierda hasta el cuello, joder!

—¿Y por eso quieres apartarme?

—¿Tú también quieres juzgarme? ¡Adelante, hazlo! —alzó la voz y los brazos molesto, justo antes de detenerse ante mí mostrándome su mano cerrada—. Si por un momento, si por un efímero momento te pusieras en mi situación verías que lo único que intento es proteger a todo el mundo que me importa.

—¿Alejándome de ti? ¿Lo dices en serio?

—¡Sí, hablo en serio!

—¡Pues entérate bien, duque Dumont, porque no pienso repetírtelo! ¡Te quiero! ¡Te quise desde el instante en que apareciste en la sastrería y me quitaste el cuaderno de dibujo! —La rabia ardía en mi garganta formando un intenso nudo—. Fuiste el único capaz de verme tal como era. Y por eso te odié tanto cuanto te escuché decir aquello. ¡Me rompiste el corazón e intenté olvidarte con todas mis fuerzas! ¡Juro por lo más sagrado que lo intenté! Pero no lo conseguí —confesé sintiendo el escozor en los ojos por la sal de las lágrimas—. Porque siempre has estado ahí por mucho que me empeñara en arrancarte de mí. En todos estos años no he hecho otra cosa que intentar no pensarte. Y cuando por fin vuelvo a verte, cuando por fin nos reencontramos, quieres apartarme de ti. ¡Así no funciona, Maurice! Cuando alguien quiere de verdad, cuando uno ama desde dentro, no echa a la gente de su vida, lucha y sigue adelante cogido de la mano de los que en verdad importan.

—Alejarte me duele a mí más que a ti —declaró acercándose a mí hasta abrazar mi rostro de nuevo con las manos—. No sabes las veces que te imaginé, las veces que deseé reencontrarme contigo y cómo recreé ese momento en mi mente. No imaginas lo mucho que anhelaba este momento, Palmera, pero tengo demasiada oscuridad a mi alrededor, y solo intento protegerte.

—No necesito que me protejas, Maurice. Lo que necesito es que me permitas cogerte de la mano y que no me sueltes nunca.

—¿Y si no es el mejor momento? ¿Y si al hacerlo te hago sufrir como lo estoy haciendo yo? Me fundí en su mirada triste, mientras mis ojos lloraban por los suyos.

—Si lo dices por Beth o por el divorcio, no me importa. Podré soportarlo.

—¿No ves que tendríamos que ocultarnos para evitar que se salga con la suya? ¿Acaso es eso lo que quieres? Porque yo no. ¡No es justo! ¡Tú menos que nadie mereces estar en la oscuridad!

—Pero tú y yo sabremos que detrás de la tiniebla estará la luz.

—El futuro de toda mi familia está en juego por su culpa. Si nos ven juntos después de lo que va diciendo...

—Lo sé —admití—. Y por eso me niego a renunciar a esto. Porque nos lo merecemos, después de tanto tiempo.

—No imaginas lo que daría por volver ahí contigo de la mano —confesó en un susurro, bañándose los labios con su cálido aliento.

—Para los dos sería como si lo hicieras —aseguré con templanza—. Una mirada tuya sería como un abrazo, y yo estaría ahí para recibirlo.

—Al menos, déjame enmendar mi error.

—¿Qué error? —cuestioné sin entender a qué se refería.

—A este —respondió con rapidez, atrapando mi boca con premura.

Sentí sus brazos alrededor de mi cuerpo mientras me apresaba contra el suyo, y sus labios

invadían los míos. Me besó con exigencia. Incontrolable. Salvaje. Era como si con aquel beso intentara recuperar el tiempo perdido, los años que habíamos desperdiciado separados el uno del otro, creyéndonos el enemigo cuando, en realidad, sobrevivíamos a aquella llama que ambos nos habíamos negado a apagar porque sabíamos que aún seguía viva.

Me dejé llevar por su arrebatadora pasión y respondí a aquel beso con la misma fuerza, con el mismo anhelo y empeño en confirmarle que sí, que siempre estuve ahí y que lo estaría eternamente. Mi estómago dio incontables giros, vuelcos imparables que subían hasta mi pecho hasta expandirlo todo lo que daba de sí, hasta encontrarme con el suyo, firme y sólido como el sentimiento que nos unía y que había entre los dos.

Aquel fue realmente nuestro primer beso, nuestro primer triunfo, de los muchos que aún estaban por llegar. O al menos eso fue lo que yo quise creer.

«El verdadero amor nunca deja de brillar porque su luz siempre es eterna».

Capítulo 32

Maurice Dumont I

—Cancele mi agenda para el resto de la tarde —le ordené a mi secretaria nada más salir del despacho.

—¿Y qué hago con la reunión prevista para las cinco?

—Pospóngala para la semana que viene. Antes del mediodía —especifiqué.

—De acuerdo. Le veo mañana, señor Dumont.

Olivier caminaba a mi lado en dirección a los ascensores.

—¿Dónde siempre, señor? —demandó mientras pulsaba el botón.

—Así es —respondí con una sonrisa de oreja a oreja, mientras me recolocaba el nudo de la corbata.

El hecho de que lo llamase así me provocaba un cosquilleo.

Desde que Laura y yo aclarásemos los malentendidos que había entre ambos, visitar la sastrería se había convertido en una costumbre. Cada día, al salir del trabajo, le pedía a mi chófer que me llevara hasta allí. Aún no era un hombre libre del todo, Beth seguía sin aceptar mis condiciones del convenio de divorcio, y debía andarme con cuidado para no permitirle que se saliera con la suya. Lo último que deseaba era que Palmera se viese afectada por mi enfrentamiento con aquella, y ocultar nuestra recién estrenada relación era el mejor modo que tenía de protegerla.

El sonido de la campanilla al entrar a la sastrería advirtió a Richard de mi llegada, y él no escondió su sorpresa al verme tan pronto. Solía presentarme allí a última hora para poder quedarnos a solas, pero esa tarde quise darle una sorpresa.

—Buenas tardes, señor Dumont. Dichosos los ojos —bromeó repasándome de arriba abajo.

Joven y competente. El chico era bastante bueno en lo suyo, aunque lo que más me gustaba de él era la complicidad que mantenía con Laura y la familiaridad con la que empezó a tratarme desde que supo lo nuestro.

—Buenas tardes, Richard. Lo mismo digo —lo saludé.

—Déjese de halagos. Sé que solo tiene ojos para ella —bromeó.

—Siento tener que corroborar eso —afirmé curvando ligeramente los labios.

—¡Dios! Qué habré hecho yo mal en otra vida para recibir un castigo así —teatralizó—. ¡Jefa, tu duque ya está aquí! —gritó desviando la vista hacia el taller.

—No digas tonterías, no creo que... ¡Joder, es verdad! —soltó nada más verme, mientras se acercaba hasta nosotros.

—Voy a tener que darte lecciones de protocolo si sigues con esa lengua —la reñí, fingiendo molestarme por su arrebatadora naturalidad.

—Me saltaré las clases si con ello consigo poder decir todos los tacos que quiera —se burló al llegar frente a mí.

—¿Provocándome, señorita Lambert? —susurré perdiéndome en sus ojos, con un deseo irrefrenable por besarla allí mismo, a pesar de saber lo mucho que podría perjudicarme si alguien lograba vernos.

—Aún no ha visto nada, señor Dumont —se pavoneó con aquella sonrisa que tanto había echado de menos.

—Ya he visto suficiente por hoy. Me largo, que tengo mucho que hacer en el taller —intervino Richard.

—No, quédate —le pidió ella—. Del taller me encargo yo —aclaró volviéndose de nuevo hacia mí con mirada picarona, para después girarse y encaminarse de vuelta hacia el interior de la tienda.

Con un rápido gesto me despedí de Richard y la seguí tras sus pasos.

—No desmontadme los patrones que tengo encima de la mesa o mañana echo la llave para que no entre —lo escuchamos advertirnos a nuestras espaldas.

Una vez refugiados ante el amparo que nos proporcionaba el taller, la abracé por la cintura y la atraje hasta mí para conseguir lo que tanto ansiaba. Ni siquiera habían pasado veinticuatro horas desde la última vez que la había besado y ya echaba en falta sus labios.

—Hola —susurré cuando logré apartarme lo suficiente para mirarla.

—Hola —me respondió dibujando una tierna sonrisa, mientras sus ojos bailaban de uno a otro sobre los míos.

Me abalancé sobre sus labios de nuevo, incapaz de saciar el deseo que solo ella lograba provocarme.

—No imaginas lo mucho que te he echado de menos —jadeé en su boca al cabo de un rato, notando en mi bajo vientre lo sediento que seguía estando de ella.

—¿Por eso has adelantado la cita?

Su pregunta me hizo detenerme para mirarla.

—Por eso, y porque tengo una sorpresa para ti —anuncié con estimulante inquietud.

—¡Vaya, y yo que había planeado clavarte alfileres de nuevo para recordar viejos tiempos!

Cada vez que bromeaba mi pecho se hinchaba hasta notar su límite.

—La acupuntura no es lo tuyo —me mofé—. Mejor vamos a donde tengo previsto.

—¿A plena luz del día? ¿Estás seguro?

Admiraba la forma en que había aceptado nuestra situación, y me admiraba aún más su innegable fortaleza para poder soportarlo.

—Lo estoy —afirmé rotundo—. Está en el centro de la ciudad, pero a esta hora no suele estar demasiado concurrido.

—Está bien —claudicó—. Pero dame una pista de qué debo ponerme.

—Ropa —respondí sin pensar.

Aún no habíamos llegado hasta ese punto, y ni siquiera yo conocía su cuerpo, más allá de lo que recordaba cuando éramos mucho más jóvenes, o de aquel pijama que con el que me recibió semanas atrás y que tanto marcaba su figura.

—¡No puede ser! Y yo que me he comprado un conjunto de lencería para lucir por Bruselas —bromeó.

—Óyeme bien, Palmera —amonesté atrayéndola de nuevo hacia mí—. Jamás permitiría que salieras así a la calle.

Mi voz sonó firme y grave, más por lo que me hacía sentir que por la amenaza en sí.

—Óyeme bien tú, duque —me rebatió sin amilanarse—. Saldré con lo que quiera y cuando quiera. Nunca lo olvides.

—¿Sabes lo que me pones cuando me desafías? Tal vez deberías pensártelo dos veces antes de hacerlo.

—Tal vez lo haga precisamente por eso.

La atraje contra mi pecho y la besé con todas mis fuerzas. Solo ella me hacía perder el control, y empezaba a temer que su influjo me incapacitase también para definir lo que realmente me hacía sentir cada vez que la tenía entre mis brazos. Me perdí de nuevo entre sus labios, hasta que por fin me armé de valor para separarme de ella. Detestaba tener que detener aquel momento, pero aún más darme cuenta de que el deseo podía transformarse en dolor si no alcanzaba su propósito.

—Será mejor que nos vayamos —advertí.

Ella aceptó y me invitó a subir a su piso. Nunca había estado allí, y reconozco que me sentía algo nervioso al ser la primera vez.

—Espera aquí, no tardaré —me indicó tras un último beso en el salón.

—Tranquila. No pensaba seguirte de todos modos.

—¿Habría algo de malo en hacerlo? —cuestionó.

—Por supuesto que no —me apresuré a responder—. Es solo que... no quiero que nuestro primer encuentro sea así. Quiero que sea especial.

Su semblante cambió al momento.

—Espera un segundo —apercibió separándose un paso de mí—. ¿Me estás diciendo que no te acostarás conmigo hasta que no obtengas el divorcio? ¿Es eso?

Me sentí acorralado y me llevé la mano a la nuca sin saber muy bien cómo aclarar aquella situación.

—Más o menos sí.

—¡Perfecto! —se quejó alzando los brazos para terminar chocándolos contra los lados de sus muslos—. Así que tenemos que reprimirnos, aunque nadie pueda vernos, y ella pueda hacer lo que le plazca.

—Intento salvaguardar lo que pertenece a mi familia. Nada más.

—¿Y mientras tanto no podemos ser personas normales? ¿Tenemos que ceder incluso en la intimidad? Aquí nadie puede vernos, ¡joder!

—Palmera, no lo veas así, por favor.

—¿Y cómo quieres que lo vea?

—¿Te das cuenta? Precisamente por esto me aparté aquella noche. ¡Quería mantenerte al margen de toda esta mierda!

—Tienes razón, lo siento —susurró volviendo hacia mí, envolviéndome la cintura con sus brazos—. Discúlpame, Maurice.

Su voz quebrada logró descomponerme.

—Yo también lo siento —reconocí respondiendo a su abrazo—. No quería esto, porque sabía que tarde o temprano llegaría.

—No he debido reprocharte nada —murmuró con un lado de su rostro contra mi pecho—. Acepté las condiciones, así que no ha sido justo por mi parte hacerlo.

—Mírame —le pedí—. Soy yo quien lamenta más que nadie esta situación, créeme. No estoy diciendo que debamos esperar a firmar el acuerdo, sino al momento adecuado. Llevo tanto

tiempo deseando, sin saberlo, que llegue ese día, que solo quiero que sea especial para los dos. Sé el sacrificio que estás haciendo para que esto funcione, pero te pido, por favor, que al menos me concedas eso.

—Solo con una condición —planteó para mi sorpresa.

—¿Cuál?

—Que te asegures de que ese día no haya nadie a menos de un kilómetro a la redonda, porque pienso gritar todo lo fuerte que pueda.

—¡No jodas que eres de las que gritan mientras lo hacen! —enfaticé con los ojos abiertos de par en par.

—Lo cierto es que no, pero tengo que desquitarme de los años que he soñado con ese día.

Sonreí. Curvé mis labios todo lo que daban de sí porque así era ella. Única. Y capaz de arrancarme una sonrisa incluso en los momentos más tensos o dispares. Su sacrificio era también el mío, y me había jurado que nada ni nadie me impediría conseguir que, llegado el día, lo convertiría en el más importante de toda su vida.

Porque llega un momento en que lo sabes.

Sabes que ella es la persona que has estado esperando todo el tiempo. Que solo quieres estar a su lado. De todas las formas posibles. Sin condiciones. Porque todo tu ser te lo exige con tanta fuerza que no puedes negarte. Y porque sabes que la espera, pese a lo insoportable, complicada y dolorosa que puede resultar en ocasiones, habrá merecido la pena.

«El amor no necesita ser entendido, solo necesita ser demostrado».

Paulo Coelho

Capítulo 33

Maurice Dumont I

Después de pasar varios días visitándola en la sastrería o verla a través de la pantalla del móvil en cada videollamada, esa tarde organicé todo un plan para estar con ella. Sabía que en algún momento el tema de nuestra relación clandestina saldría a la luz, tal y como había ocurrido en su piso, y por eso había ideado hacer algo distinto, algo que no comprometiera mi situación y que la mantuviera a ella a salvo de posibles nuevos ataques de mi exmujer.

Sabía cuál era la realidad que ambos estábamos viviendo, pero también de cuál había sido nuestra historia, incluso antes de que fuera consciente de ella. Habían pasado nueve años desde la última vez que nos vimos, una noche que cambió nuestro rumbo, pero que ahora habíamos decidido cambiar. Por eso nuestra primera parada fue en una galería de arte, con la que esperaba sorprenderla.

—¿Vas a comprarme un cuadro? —me planteó al comprobar que había una gran exposición de pinturas de paisajes.

—Solo tendrías que pedirlo, si es lo que quieres.

—Soy de gustos más normales.

—Lo sé. Y es una de las cosas que más me gustan de ti —confesé—. Aunque no te he traído aquí por eso.

—¿Entonces?

—Ahora lo sabrás.

Tras saludar a la galerista, y aceptar la copa de champán que nos ofreció en su recibimiento, Laura y yo comenzamos a solas nuestro paseo por la galería. Había cuadros de diferentes tamaños colgados de sus paredes, aunque ella aún seguía sin descubrir el motivo por el que había decidido ir allí. Aguardé en silencio esperando que lo averiguase por sí misma, pero su inquieta impaciencia se me adelantó.

—¿Vas a decírmelo ya por qué has escogido traerme aquí? —me preguntó frente a una de las pinturas más grandes que había en toda la sala.

—Fíjate bien —le susurré sin mirarla, centrándome únicamente en el cuadro que teníamos ante nosotros, disimulando para no llamar la atención y para que nadie pudiera darse cuenta de que rozaba su mano con el dedo meñique.

Ella bajó la vista hasta allí, la alzó para mirarme y regalarme una sonrisa cargada de complicidad, para después aceptar mi propuesta y contemplar el cuadro con mayor atención. No consiguió ver nada fuera de lo común, y tras él le siguieron algunos más.

En silencio, me limité a acompañarla, paseando por la estancia a su lado y deteniéndome junto a ella cada vez que observábamos una pintura. Me sentí como un adolescente,

aprovechando cada parada para rozarle la mano. No quería poner fin a aquel íntimo momento, y aguardé paciente sin desvelarle cuál era el verdadero motivo por el que estábamos allí, esperando a que se percatara de cuanto nos rodeaba, sobre todo de los pequeños carteles que había bajo cada pintura. Cuando por fin lo hizo y se dio cuenta de lo que había escrito en ellos, su rostro se iluminó. La vi llevarse la mano a la boca de la impresión, y un hormigueo nacido del estómago subió hasta mi pecho hasta acelerarme el corazón.

—¿Esto es verdad? ¿Estilo *palmeriano*? —me demandó sin dar crédito, con los ojos muy abiertos y sin ocultar su emoción.

—Sí —aseguré asintiendo también con la cabeza, notando cómo cada parte de mi cuerpo respondía y cobraba vida conforme a cada uno de sus gestos.

—Pero, ¿cuándo lo has...? Y ¿cómo te han permitido...?

Sus palabras se amontonaban y yo solo podía sonreír al ver que había logrado sorprenderla de verdad.

—Lleva expuesta al público dos años —anuncié.

—¿La galería o las pinturas?

—Ambas.

—Espera. ¿Hiciste esto antes de que regresara a Bélgica?

—Sí —respondí sintiéndome el hombre más feliz del planeta.

En cada uno de los cuadros había al menos una palmera. Todos ellos eran paisajes de diferentes lugares, con distintas clases de plantas y de palmeras en honor a ella.

—No puedo creer que hicieras esto por mí, pese a lo mucho que me odiabas —susurró con los ojos llenos de lágrimas.

—Te culpaba, pero no te odiaba —confesé—. Nunca conseguí borrarle de mi mente, y decidí abrir la galería. Siempre quise invertir en arte y no veía mejor forma de hacerlo.

—¿Los cuadros también son tuyos?

—¡No! Eso sí que no —reí.

—¿Y tu familia? ¿La gente? ¿Qué opina al respecto?

—No lo saben —revelé.

—¿Has hecho todo esto entonces solo por...?

—Sí, Palmera. Solo por ti.

—Necesito tomar el aire —argumentó de pronto, dejándose de piedra.

La vi dejar la copa junto a una columna de mármol que sujetaba una pequeña escultura, y salir fuera. Dejé la mía junto a la suya, y corrí hasta alcanzarla.

—Laura, ¿qué ocurre? —le demandé.

Pero ella no se detuvo y se adentró en el coche cuando Jacques, mi chófer, le abrió la puerta. Yo la seguí hasta la parte trasera.

—Laura, por favor. Dime qué he hecho mal —le imploré cuando nos quedamos a solas dentro del vehículo.

Me destrozó comprobar que había dolor en sus ojos y no supe cómo reaccionar.

—No has hecho nada mal, Maurice —respondió al fin—. Lo que he visto ahí dentro es la prueba de amor más bonita que me han hecho nunca.

—Entonces dime por qué lloras.

—De impotencia. Sé que yo acepté estar contigo en estas condiciones, pero te juro que no he deseado algo tanto en toda mi vida como abrazarte ahí dentro cuando he sabido que has hecho todo esto por mí.

—Ven aquí —le pedí acogiéndola contra mi pecho.

Me partía el alma verla llorar, aunque comprendía lo que quería decir. Yo era el primero que deseaba tener libertad para gritarle al puto mundo que era ella con quien quería estar, pero de nuevo mis obligaciones me impedían dar rienda suelta a mis propios sentimientos. Debía renunciar a manifestarlos de una manera pública para preservar el patrimonio de mi familia, y todo ese peso que únicamente debía recaer en mí le afectaba a ella de un modo que me rompía por dentro.

—Hacerte daño era precisamente lo que quería evitar —confesé con un nudo en la garganta.

No quería que viera que yo también tenía los ojos anegados. Aunque una vez más me fue imposible ocultar mi parte más humana frente a ella, cuando acarició mi mandíbula y me giró hacia ella.

—Bésame —me pidió susurrante, impaciente y con la valentía que siempre había admirado en ella.

Lo hice. La besé dejando ir en aquel beso todo lo que sentía hacia ella, todo lo que me veía obligado a ocultar y la rabia que me provocaba aquella maldita situación en la que yo la había metido. No era justo. Ella no merecía estar en la sombra. Ninguno de los dos nos lo merecíamos.

—Gracias —murmuró sin dejar de acariciarme la cara.

—Era una petición que no podía rechazar —bromeé intentando aplacar el nudo que aún seguía en mi puñetera garganta.

—Lo digo por la exposición y la galería —aclaró.

Volví a atrapar sus labios, y perdí la noción del tiempo hasta nuestro siguiente destino.

Tanto Jacques como Olivier conocían cuál era el plan, y ambos supieron el momento exacto en que debían anunciarnos que habíamos llegado.

—Dentro está todo listo, señor —me advirtió mi guardaespaldas, tras comprobar que no había peligro alguno en el interior.

—Gracias.

—Gracias, Olivier —le dijo también Laura al salir del coche.

Ella había insistido en que nos acompañaran para disimular, pero le aseguré que no era necesario.

—Si nos ven a solas en un restaurante levantaría sospechas, ¿no crees?

Podía ver su preocupación por mí, pero precisamente eso era lo que pretendía evitar yendo allí.

—Confía en mí —insistí abrochándome la chaqueta antes de adentrarnos en el local.

Aquella era lo más parecido a una cita normal, aunque con la salvedad de que el restaurante al completo estuviera reservado solo para nosotros.

—No hay nadie —comentó al darse cuenta de que estaba vacío.

—Esa es la idea —aclaré con picardía.

Laura mantuvo la boca cerrada hasta que el camarero llenó nuestras copas de vino.

—¿No te gusta? —quise saber al ver que no había dicho una sola palabra.

—Sí. Es muy romántico. Aunque un poco extraño.

—Lo sé —reconocí cogiéndole la mano por encima de la mesa. Ella apartó la suya de inmediato—. Les he hecho firmar un contrato de confidencialidad —aclaré.

—¿A la galerista también?

—A ella la primera. Es mi empleada.

Vi la multitud de gestos que hizo con la cara y no sabía a qué atenerme.

—Esperaba que te gustase —me justifiqué, dando por hecho que había vuelto a abrir la caja de pandora llevándola allí.

—¿Gustarme? ¡Me parece la host...! Perdón. Me encanta.

Sentí alivio al instante.

—¿Por qué no has acabado de decir la frase? —demandé—. ¿Temes que puedas provocarme al hacerlo?

—Supongo que sí.

De nuevo allí estaba su sonrisa, y mi pulso logró calmarse. Sobre todo, cuando sentí su mano regresando junto a la mía.

—Todo esto es tan romántico que no sé qué decir —confesó—. Nunca nadie había hecho algo remotamente parecido. Pero, si te soy sincera, resulta abrumador.

—Solo quería que tuviéramos una cita normal.

—Bueno, si a ti esto te parece normal —se burló mirando alrededor, torciendo la boca de tal forma que acabó provocándome una carcajada.

—¿Qué pasa, Palmera? ¿No te gusta la idea de que nadie se entrometa en nuestra conversación, o de que no haya ningún pesado a nuestro alrededor?

—Tú no sabes lo que es eso —me retó.

Por fin volvía a ser mi Laura de siempre.

—Ah, ¿no? ¿Y qué te hace pensar lo contrario?

—Tú no has venido a las fiestas de Elche ni te han estrujado entre el gentío. Eso sí que es saber adaptarse a la situación.

—¿Crees que no podría aguantarlo?

—¿Tú? No me hagas reír —comentó precisamente entre risas.

—Mejor no te apuestes nada —defendí encontrando el respaldo de la silla con la espalda.

—Lo que quieras —me desafió.

—¿Cuándo son allí las fiestas?

—Olvidalo. Mi abuela te devolvería de vuelta al aeropuerto antes de que pusieras un pie en la ciudad.

—¿Tanto me odia?

Durante la cena, Laura me habló de Antonia y de lo mucho que la ayudó cuando ella se marchó allí. Lo habíamos comentado en alguna ocasión, aunque esa noche me dio muchos más detalles. Por lo que ella me contó, la mujer no me tenía en buena estima, lo que supuso todo un reto para mí. Debía pensar cómo ingeniármelas para lograr llevarla a mi terreno si quería obtener su beneplácito en cuanto a mi relación con su nieta.

—Me aceptará llegado el momento —aseguré, mientras el camarero nos retiraba el segundo plato.

Tras agradecerle sus servicios, ella se inclinó hacia mí con los codos apoyados en la mesa y las manos entrelazadas entre sí.

—¿Lo harías? ¿Irías a Elche a intentar ganarte a mi abuela?

—Palmera, cuando todo esto acabe, prometo recuperar los años que hemos perdido alejados el uno del otro. Y haré lo que haga falta, incluso convencerla a ella.

—No sabes con quién te la estás jugando.

—Las mujeres maduras me adoran —flirteé alzando las cejas.

Ella se rio en mi puñetera cara.

—Pues espero que tus armas de conquista sean lo suficientemente fuertes para aguantar lo

que te espera.

—Lo son —aseguré, pese a que en el fondo la idea empezaba a acojonarme un poco.

De vuelta a casa y ya en el coche, Laura volvió a darme las gracias.

—Ha sido la mejor cita de mi vida —susurró mientras la abrazaba en el asiento trasero.

—Solo es la primera de muchas, Palmera.

—No puedo creer que aún recuerdes lo del estilo *palmeriano*, y todavía más que abrieras la galería por mí.

Su voz sonaba tan aterciopelada que solo podía pensar en lo difícil que me resultaría separarme de ella esa noche.

—Si te soy sincero, una de las cosas que más me molestaba era precisamente el no poder olvidar nada que estuviera relacionado contigo.

—Los dos nos hicimos daño creyendo lo que no era cierto.

—Lo único que sé seguro es que nunca más voy a permitir que te separes de mí —confesé mirándola a los ojos.

Necesitaba que confiara en mí y que tomara aquellas palabras como lo que eran, una promesa.

—Hablando de separación —dejó caer separándose un poco de mí. He de admitir que aquel gesto me inquietó—. Nunca te he dicho lo que hablé con Fynn la noche de la fiesta.

—Es cierto —señalé recordando que la vi aparecer cogida de la mano de él, y que desde entonces mi hijo no me había dejado de hablar de ella—. Pero sé lo que pasó.

—No creo que lo sepas todo —me rebatió.

—Sé que eres su compañera de gritos y socia de palabrotas —aseguré.

—¿Sabías eso y no me habías dicho nada? —me riñó entre risas.

—Sé que no le he dedicado todo el tiempo que merece, pero mi hijo y yo tenemos bastante complicidad. Solo me apena que su madre no sepa lo increíble que es.

—De eso precisamente quería hablarte.

—¿De su madre?

—No. Del tiempo que le dedicas. Maurice, ser hijo de padres divorciados no es fácil, te lo aseguro. Y me vi identificada con él al instante. Fynn se culpa de vuestra separación. Es algo lógico. A mí me ocurrió lo mismo.

—Sé a lo que te refieres. Pero deberías sentirte orgullosa.

—¿Por sentirme culpable del divorcio de mis padres?

—No, por supuesto —me apresuré a responder—. Orgullosa de lo que estás logrando. A tu lado me he dado cuenta de muchas cosas.

Sentí que se me quebraba la voz, y me obligué a detenerme un instante. Ella aguardó paciente hasta que estuve listo para proseguir.

—A riesgo de parecer el hombre más ñoño del mundo, he de confesar que estar contigo me hace bien. Fynn y Alice fueron los primeros en darse cuenta. El pequeño dice que sonrío más, y Alice... Bueno, ya la conoces. Mi hermana es demasiado lista, y no deja de insinuarme que algo escondo.

—Para mí tampoco está siendo fácil ocultarle lo nuestro. Me muero por contárselo a ella y a las chicas. Aunque..., en fin, es lo que hay.

No sé si fue el vino de la cena, la noche que habíamos pasado o el hecho de que cada día me sintiera más unido a ella. Pero en ese preciso instante le hice una proposición que ella aceptó de inmediato.

—De todas formas, hablaré con los abogados esta misma semana —aseguré—. No veo la hora de acabar con esto.

—Hemos esperado nueve años. No pasará nada por esperar un poco más.

Admiraba su fortaleza, su valentía y el modo en que conseguía sacar lo mejor de mí. Por primera vez en mucho tiempo comenzaba a pensar que aún había esperanza, que aún quedaba en mí algo del joven Maurice ingenioso y divertido que fui en el pasado. La estreché entre mis brazos y la besé una vez más. Necesitaba su calidez, su afecto, y todo el amor que me hacía sentir cuando la tenía a mi lado. Era una tortura no poder ofrecerle todo lo que me nacía desde dentro, y me hice la promesa de renegociar con mi abogado las condiciones para acabar cuanto antes con aquella prisión en la que ambos nos sentíamos encarcelados.

«La esclavitud es al odio, lo que el amor es a la libertad».

Capítulo 34

Dicen que en la adolescencia las hormonas se disparan, que el apetito sexual aumenta hasta niveles muy exorbitados y muy muy altos. Yo debía haber viajado en el tiempo o algo parecido, porque me sentía como una olla a presión a punto de explotar.

Cada día, con cada encuentro que tenía con Maurice, mi cuerpo reaccionaba de forma involuntaria, instintiva y francamente primitiva. Lo habíamos hablado infinidad de veces. Él prefería aguardar, aplazarlo hasta convertirlo en un momento especial. Nuestro momento. Yo estaba de acuerdo con él. Sabía que, después de tantos años, nos merecíamos mucho más que un simple polvo.

Pero he de confesar que la espera se me hizo eterna. Después de cada encuentro en el que no dejábamos de besarnos y tocarnos hasta el punto de conocer cada curva de nuestro cuerpo de memoria, mis hormonas se disparaban, y llegué a sentirme incluso como una gata en celo. Las horas durante el día parecían semanas, y los minutos con él se convertían en segundos. Nos comportábamos como dos adolescentes cada vez que nos veíamos. Era un poco extraño, aunque no negaré que aquella forma de reprimarnos convertía cada cita en un juego extremadamente excitante y sexi.

Lo peor de todo no fue acostumbrarme a nuestra nueva situación, sino el hecho de no poder compartir con nadie lo que estaba viviendo. Los únicos cómplices de la relación eran Richard, Jacques y Olivier, aunque yo me moría por contárselo a mis chicas y a la propia Alice. Fingir delante de ellas y obligarme a ocultar mis verdaderos sentimientos me costaba la vida y me partía el corazón. Dicen que las mujeres necesitamos expresar nuestros sentimientos como mecanismo de defensa e incluso de supervivencia, y en ese sentido yo naufragaba entre aguas turbulentas.

Por eso, cuando Maurice me propuso días atrás ir a pasar un fin de semana a su casa de la playa con Alice y Fynn, no me lo pensé y acepté al instante. Yo iría en calidad de amiga de Alice, y no habría peligro de levantar sospechas si alguien nos veía.

Preparé la maleta con mucha ilusión, y en ella metí un regalo especial para Fynn. No había vuelto a verlo desde la noche de la gala, y ya había pasado tiempo desde entonces. Aquel niño era especial. Maurice hablaba de él cada día más, y deseaba compartir con él todas las horas que me fueran posibles para conocerlo mejor. En cuanto a Alice, el duque me había asegurado que tenía sus sospechas, y estaba segura que ese fin de semana acabaría averiguando la verdad. Necesitaba una cómplice femenina, alguien cercano a mí a quien poder contarle todo lo que estaba viviendo, y ella era la persona idónea.

En un coche de siete plazas, Jacques nos llevó a todos a De Haan, un municipio costero de la provincia de Flandes occidental. Aún recordaba las veces que Alice me había hablado de los veranos que pasaban en su casa de la playa. Yo nunca tuve oportunidad de verla porque en esas fechas viajaba siempre a España, a casa de mi abuela. Los Dumont no dejaban de contar

anécdotas que habían vivido allí durante el trayecto, y al llegar comprobé por qué aquel lugar era tan importante para ellos.

La casa, ubicada frente al mar sobre una gran extensión de terreno, parecía sacada de un cuento. Me había fijado en que allí las construcciones no sobrepasaban de las tres alturas, las mismas que tenía la suya. De fachada beige y tejado naranja como la mayoría, su vivienda destacaba por estar en un lugar privilegiado, rodeada de verde césped, y frente a una enorme extensión de arena hasta la orilla de la playa. Me recordaba mucho al castillo de Solvay en La Hulpe, y pude intuir por qué su padre lo había escogido para vivir.

La familia encargada de cuidar la casa nos recibió nada más bajarnos del coche. Eran unas personas encantadoras y, junto con Jacques, se aseguraron de subir y distribuir todo el equipaje.

—Te va a encantar este sitio —me aseguró Alice al pillarme embobada mirando cuanto había a nuestro alrededor, mientras me dejaba embaucar por el sonido de las gaviotas y el olor a sal, que tanto me recordaba a mi segunda tierra.

—Puedes estar segura —afirmé dejándome guiar por ella al cogerme del brazo y tirar de mí para mostrarme la casa.

De soslayo, vi cómo Maurice nos observaba en silencio con su habitual sonrisa ladeada, y aquel simple gesto me provocó un hormigueo en el estómago.

La casa era aún más bonita por dentro. Decorada con un claro estilo nórdico y colores veraniegos, era realmente acogedora, e invitaba a relajarse. Yo lo hubiera conseguido nada más adentrarme en ella, pero el juego que Maurice y yo nos llevábamos entre manos logró convertir aquel agradable hogar en un lugar sorprendentemente excitante.

No era el lugar. Éramos nosotros.

Durante el primer día no paramos de visitar lugares de la zona. De Haan es un pueblo con encanto, con calles llenas de flores y gente muy amable. No había estado allí antes, y tuve la oportunidad de conocer muchas cosas, como el hecho de que Albert Einstein viviese allí seis meses en 1933. Casi obligada fue la foto que nos echamos junto a su estatua, sentada sobre un banco. Para Fynn también hubo diversión cuando nos dirigimos al paseo con forma de rombos, para que él se divirtiera en un parque infantil que había sobre la arena. En él había una estructura de madera con forma de barco. Según me explicaron era un lugar muy conocido, y el favorito del pequeño.

—Papá, sube por la red conmigo. A ver quién gana.

En un lateral había una cuerda con forma de red por la que los niños escalaban hacia el barco.

—¿Estás seguro? Porque puedo derrotarte, colega —lo retó.

—Eso ya lo veremos —respondió entre risas.

Se pasaban el día compitiendo, cualquier excusa era buena para desafiarse el uno al otro y convertirlo en un divertido juego.

Alice y yo los mirábamos desde la orilla. Nos habíamos quitado el calzado y paseábamos descalzas mientras Fynn competía y su padre se dejaba ganar.

—Son adorables, ¿verdad? —me comentó en un tono cómplice.

—Lo cierto es que sí.

—Le haces bien a esta familia, Laura —me soltó de pronto.

—Yo no he hecho nada, Alice.

—No te molestes en negarlo —insistió—. Sé lo que hay entre mi hermano y tú, aunque me pregunto cuándo pensabas contármelo.

Me detuve en seco al saberme pillada. Era plenamente consciente de que ella acabaría

descubriéndonos, y en el fondo lo agradecí.

—¿Cómo lo has sabido? —indagué.

—¿Lo dices en serio? Mira. ¿Ves ese hombre que está ahí? —dijo señalando a Maurice—. Hasta hace unas semanas era el ser más triste, gruñón y amargado que jamás había conocido. Y ahora míralo. Nadie diría que son la misma persona.

—No sería justo adjudicarme todo el mérito —defendí—. Las cosas se van solucionando y eso también afecta a su estado de ánimo.

—Siempre fuiste humilde, sé que es parte de tu encanto, pero en esta ocasión no debes serlo, Laura. He vuelto a recuperar a mi hermano, y es gracias a ti.

Sus palabras me instalaron un nudo en la garganta.

—Si es así, el mérito no es solo mío —reconocí.

—Él no era consciente de lo que necesitaba. Ahora sí.

—Cuando estamos en el fondo de la piscina no conseguimos ver bien la luz del exterior. Así que, supongo que a él le pasó lo mismo.

—No me refiero solo a los últimos cuatro años, Laura —puntualizó—. Mi hermano dejó de ser el mismo desde que te fuiste.

—Sí, ya conozco la historia, Alice. Pero ya está todo aclarado.

—Sigues sin entenderlo.

—No te sigo —reconocí sin saber a qué se refería.

—Mau, en contra de lo que puedas creer, siempre estuvo colado por ti. Solo que ni siquiera entonces él era consciente.

—¿Lo crees así? —cuestioné.

—Totalmente —aseguró con firmeza—. Hablaba de ti a menudo y te tenía presente en cada plan que ideaba. Al principio creí que era solo porque le gustaba chincharte, gastarte bromas o incluso para quedar bien delante de mí porque eras mi mejor amiga. Con el paso del tiempo y con la edad aprendí que esa clase de reacciones solo se tienen cuando alguien te importa de verdad. Y tú le importas, Laura. Siempre lo has hecho.

—Solo he amado a un hombre en toda mi vida —confesé con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo sé. Y está ahí jugando con su hijo, como hacía tiempo que no jugaba.

—Gracias, Alice —sollocé al abrazarla.

—Soy yo la que debe darte las gracias a ti, ya te lo he dicho.

—De nuevo debo disculparme por no haber hablado contigo antes —reconocí—. No ha sido fácil ocultarlo, créeme.

—Imagino que no.

—Pero necesito que sepas por qué lo hemos decidido así.

—Déjame adivinarlo. Empieza por «B» y termina por «h».

Las dos reímos tras su comentario, y Maurice llegó en ese instante hasta nosotras.

—¿Qué os hace tanta gracia? —nos demandó curioso.

—Nada, hermanito. Tu novia y yo comentábamos el buen tiempo que hace.

La cara descompuesta de Maurice hizo que ambas riéramos de nuevo. Yo me moría de ganas de besarlo, pero tuve que contenerme una vez más.

—No me mires así, Mau —añadió Alice—. Ella no ha soltado prenda. Y tranquilo, que vuestro secreto está a salvo conmigo.

—Gracias —susurró llevándose la mano a la nuca, sabiéndose pillado.

—No me las des. No quiero ni imaginar lo que debe suponer para vosotros tener que hacer

todo esto por la arpía.

—Ya he hablado con los abogados —aclaró—. Si todo va según lo previsto, pronto se acabará. —Esta última frase la dijo dirigiéndose a mí.

—Me alegra oír eso.

—A mí también —susurré.

—¡Tita, Laura! —nos llamó Fynn—. Mirad cómo me tiro del tobogán.

—Lo siento, mi duque, pero otro hombre me reclama —bromeé mientras me calzaba mis zapatillas deportivas.

—¿Voy a tener que ponerme celoso? —cuestionó con aquella cara de pillo que tanto me ponía.

—¡Joder, si lo sé no abro la boca! ¡Dais asco! —se quejó Alice, adelantándose para acercarse hasta el barco donde aguardaba Fynn.

Maurice y yo reímos viendo cómo se alejaba. Y aprovechando que ambos estaban de espaldas a nosotros, me abrazó por la cintura y me besó en mitad de la playa.

—Será mejor que me vaya —murmuré con todo el esfuerzo que suponía alejarme de sus brazos.

Ya al atardecer y de vuelta en la casa, decidí sacar de la maleta el regalo que le había comprado a Fynn. Era una cometa de color azul. Tenía muy buenos recuerdos de cuando era niña y mi padre me ayudaba a volar la mía en la playa. Me decidí por ella para que pudiera vivir lo mismo con Maurice. Nada más abrir la caja, Fynn insistió en montarla. Nunca había tenido una, y se moría por estrenarla.

Cuando su padre terminó de armarla, los cuatro salimos de la casa para probarla. Ninguno de los tres había volado una cometa antes, y tuve que enseñarles uno a uno. Hubo caídas en picado, tropiezos divertidos y muchas risas. Fue el mejor momento del día. A esas horas ya apenas quedaba nadie en la playa y el entorno era idílico. Al cabo de un rato, Alice y yo los dejamos a ellos y nos apartamos un poco para observarlos. Parecíamos dos tontas embobadas contemplando la escena. Sus palabras aún seguían rondando en mi cabeza. No creía, como ella afirmaba, que el cambio en Maurice se debiera solo a mí. Pero de ser cierto, si yo era la responsable de aquella imagen que tenía ante mí de un padre y su hijo volando juntos una cometa sobre la arena, con el sol tras ellos de fondo posándose sobre el agua, entonces estaba en lo cierto. Y yo en el lugar correcto.

«Solo hay tres simples reglas para encontrar la felicidad: valorar lo que tenemos, superar lo que nos duele y luchar por lo que queremos».

Capítulo 35

Llevaba un buen rato intentando dormirme sin demasiado éxito. Aquella era la primera vez que dormíamos bajo el mismo techo, y la idea de cruzar el pasillo y presentarme en su habitación no dejaba de rondarme la cabeza. Saber que estábamos tan cerca el uno del otro, y que no podía hacer nada por acortar la escasa distancia que nos separaba, me mantenía despierta e incapaz de conciliar el sueño. Probé a ojear las redes sociales, revisar la bandeja de entrada por si había algún correo importante e incluso con un juego que había dejado de usar desde hacía tiempo. La tentación estaba a dos puertas de la mía, y nada de lo que hiciera conseguía borrar aquella inquieta sensación que me alteraba la calma.

Volví a entrar en el wasap por última vez. Solo con ver su nombre en la pantalla los latidos se me disparaban, y me obligué a salir de la aplicación para no empeorar aún más las cosas. Como última opción busqué una lista de canciones que pudieran relajarme y ayudarme a conciliar el sueño, y dejé el móvil sobre la mesilla. Aún no había terminado la primera cuando lo escuché vibrar. Lo cogí al instante y comprobé que era él.

Maurice

¿Estás despierta?

Ahora sí.

Maurice

Mentirosa. Tu última conexión es de hace un momento.

Una sonrisa bobalicona cruzó mi cara.

¿Espíándome, duque?

Maurice

Más bien asegurándome de que estés cómoda. Eres mi invitada.

Me recosté en la cama y medité mi siguiente mensaje un instante. Deseaba decirle tantas cosas... Pero sabía que no debía, y me contuve de todas y cada una de ellas.

Maurice

¿Te apetece dar un paseo?

«No es precisamente un paseo lo que más me apetece».

Estaré encantada, señor duque.

Maurice

Pues abre la puerta.

Solté el móvil y abrí a la velocidad digna de una corredora de atletismo.

«Si me llega a ver la profesora del instituto se cae de culo».

Al abrir, lo encontré en ropa interior y una simple camiseta blanca. Traje y Maurice iban siempre en la misma frase; ese fin de semana había dejado atrás toda prenda formal que tuviera en su armario, aunque no esperaba verlo de aquella guisa. Demasiada tortura para alguien como yo, que rezumaba la falta de sexo hasta por las orejas.

—Hola —me susurró mirándome a los ojos.

—Hola —respondí de igual modo.

Ambos nos quedamos en silencio. Un instante. Un corto y excitante instante en el que solo se escuchaba la música que mi móvil seguía reproduciendo sobre la cama, y en el que la única luz que nos alumbraba provenía del exterior, a través de la ventana de mi habitación.

—¿Preparada? —planteó sacándome de aquella ensoñación en la que me había visto envuelta sin planearlo.

—Déjame que me vista —solté sin pensar. Llevaba un simple pijama de verano de color salmón.

—Será mejor que nos vayamos —insistió rotundo.

—¿Y si alguien nos ve?

—Solo intento que salgas de una puta vez para evitar entrar ahí contigo —advirtió con ojos de deseo.

—Los paseos están sobrevalorados —argumenté, rogando porque desechara la idea y se dejase llevar por una vez.

—Laura, si traspaso esta puerta, no responderé de mí —amenazó. Aunque a mí me sonó a promesa.

—Si temes que vaya a detenerte, no lo haré —aseguré para que aquella conversación continuase provocándome aquel cosquilleo afincado en la parte baja de mi ombligo.

—Nos he obligado a ambos a postergarlo esperando el mejor momento —me recordó.

—Lo sé —admití con pesar.

—¡A la mierda! ¡Estoy harto de obligaciones! —gruñó de pronto, dando un paso hasta alcanzarme.

Apresó mi boca de un modo salvaje y cerró la puerta tras de sí. Ocurrió tan rápido que no me

dio tiempo a pensar, a ser consciente de lo que estaba ocurriendo. Solo me dejé llevar cuando él me arrastró hacia la cama, sobre la que ambos nos tumbamos.

Atrapada bajo su cuerpo, Maurice entrelazó mis manos a las suyas y las arrastró hasta llevarlas por encima de mi cabeza sin abandonar mis labios. Me besó como nunca antes lo había hecho. De un modo fiero. Abrumador. Reclamando invadir un territorio que hasta entonces creía mío. Buscando con urgencia el encuentro con mi lengua, a la que agasajó con multitud de caricias, y un sinfín de envites transformados en promesas.

—No debemos hacer esto —jadeó en mi boca, mientras empujaba su erección contra mi entrepierna.

—No, no debemos —respondí dejando que mi cadera se alzara para encontrarse con su abultado miembro, deseosa por recibirlo.

Maurice abandonó mis labios para apresar mi cuello, dejando a su paso un reguero de excitante lava que acabó erizándome la piel. Apenas lograba contenerme. Mi cuerpo se movía bajo el suyo de un modo incontrolable, anhelante de sus caricias, de sus manos sobre mí.

No tardó en cumplir mi deseo, y comenzó a desnudarme cubriéndome de roncos jadeos. De ardientes respiraciones convertidas en adrenalina que nos inquietaba a ambos y nos apresuró por arrancarnos el resto de la ropa. Apenas hubo tiempo de contemplar nuestros cuerpos. Nuestras manos se encargaron de repasar cada centímetro, cada miembro, cada parte de nosotros.

Demasiado empeño. Demasiado anhelo por recuperar el tiempo perdido.

—Necesito estar dentro de ti —apremió en un gemido.

Enloquecí al escucharlo. Y me abrí aún más para él, dispuesta a recibirlo, a que pusiera fin a aquel fuego que nos quemaba y nos abrasaba a ambos de un modo inquietante y e incluso enloquecido.

Apremiando cumplir nuestro mayor deseo, Maurice se abrió paso entre mis piernas y me penetró de un solo golpe. Mis ojos rodaron un instante por la habitación, lo suficiente para regresar de nuevo a él y encontrarme con los suyos. Él no dejó de mirarme, como tampoco lo hizo cuando me dio una segunda embestida. Necesitaba gritar, soltar aquella impetuosa sensación que me invadía y me calcinaba por dentro.

No lo hice.

Intuyendo lo que pasaría, Maurice tapó mi boca con la mano y me penetró aún más fuerte. Con sacudidas aún más profundas. Protagonizando un baile bravío, salvaje. Lo apresé por la nuca y lo atraje hacia mí para que me besara, haciéndole ver que sería capaz de contenerme. Respondió a mi deseo, pero acabó sorprendiéndome de nuevo.

En orden contrario al que cabría esperar, Maurice dejó caer su cuerpo sobre su codo izquierdo para apresar mi clítoris con su mano derecha sin abandonar mi interior. Siempre creí que aquella zona solo se tenía en cuenta para los preliminares, para preparar el terreno. En cambio, él la contuvo hasta el final, aguardando a brindarle su momento. Apresé su boca apremiante, agradeciéndole todo lo que me estaba concediendo, confesándole en cada jadeo lo orgullosa y afortunada que me sentía de tenerlo. Él absorbió cada uno de ellos compartiéndome los suyos, fundiéndonos el uno en el otro, llevándome al clímax más apasionante de toda mi existencia.

Aún convulsionando por la excitación a la que él me había arrastrado, Maurice se dejó ir con un ronco gemido que yo acogí impetuosa, con caricias impregnadas en sudor, disfrazadas de pasión.

Solo al acabar, desnudos sobre las sábanas, y tumbada junto a él con la cabeza sobre su

pecho, fui consciente de que la música nos había estado acompañando durante nuestro primer encuentro. El móvil debía estar en alguna parte, aunque lo único que podía pensar era en la letra de la canción que estaba sonando. Interpretada por una mujer en inglés, le confesaba a su pareja que él era su dulce adicción, su inspiración más fuerte y le daba las gracias por ser quien era. Aquella letra reflejaba lo que yo sentía en aquel momento. A su lado. Donde siempre quise estar. Yo también estaba agradecida a la vida por la oportunidad que me había brindado, y quise hacérselo saber.

—En este momento soy esta canción —susurré.

—¿Te sorprendería si te dijese que estaba pensando lo mismo?

—Lo cierto es que no.

—¡Mierda!

—¿Qué ocurre? —demandé.

—Que es preciosa, y tú y yo ya teníamos una.

—¿Teníamos una canción? —cuestioné fingiendo no saberlo, alzando la cabeza para mirarlo.

—*Cry to me* —me recordó.

—Jamás podría olvidarlo, tonto —reconocí volviendo a mi posición inicial—. Aunque confieso que prefiero esta. No quiero llorar contigo, Maurice. Quiero reír y disfrutar a tu lado, como hemos hecho hoy.

De pronto su pecho comenzó a subir y bajar, y supe que se estaba riendo.

—¿De qué te ríes? —pregunté incorporándome de nuevo para mirarlo.

—Porque soy un desastre. Después de tanto tiempo planeando el mejor momento, en el que estuviéramos preparados, y a solas para que tú pudieras gritar cuanto quisieras, lo hemos hecho en el peor de todos.

—Yo no opino lo mismo —defendí—. Este lugar es mágico.

—¿«Mágico»? Esto es solo una habitación de invitados. Y te recuerdo que tres puertas para allá está mi hijo, y Alice tras esta pared —dijo señalando el cabecero.

—Sé lo que quieres decir. Pero en este sitio has vuelto a ser tú, y eso lo convierte en un lugar lleno de magia.

—Nos hemos comportado como dos adolescentes, Palmera.

—Porque en realidad lo seguimos siendo —aclaré—. Solo que la vida nos ha obligado a madurar antes de tiempo.

—Joder, ni siquiera he tomado precauciones —se quejó.

—Tú no has sido el único responsable. Y no quiero hablar de eso ahora —comenté cambiándome de postura para ponerme boca abajo con los codos sobre la cama—. Prefiero hacerlo sobre mi aguante para no gritar.

—Pero si te he tenido que tapar la boca —argumentó.

—¡Porque has querido! —me excusé para provocarlo y borrar así la arruga que se le había formado en el entrecejo.

—¿«Porque he querido»? De no haberlo hecho hubieras despertado a medio pueblo.

—Puedo ser un ninja cuando me lo propongo —bromeé con una sonrisa picarona que me cruzaba la cara mientras alzaba de forma repetida las cejas.

Él rio, y el sonido de su risa aleteó mi estómago.

—Cuando quieras te lo demuestro otra vez —lo provoqué.

—Siento si he sido rudo —susurró volviéndose hacia mí.

—Me ha encantado —musité golpeándolo con el hombro.

—Así que te gusta lo duro —comentó con sorna.

—Me gusta de todas las formas posibles. —Su cara se transformó al instante, y yo me apresuré a aclarárselo—. Siempre que sea contigo.

—Te quiero, Palmera —me soltó de pronto.

Juro que en ese instante me quedé sin aliento.

—¿Me guardas un secreto?

—Claro.

—Yo no —mentí para hacerlo rabiar.

Y vaya si lo hice. El muy canalla me hizo cosquillas hasta que, de nuevo, volvió a acorralarme bajo su cuerpo. Me apresó las manos y las piernas, y apenas podía moverme.

—Te estás ganando un castigo, Lambert —me amenazó pronunciando mi apellido.

—No me das miedo, Dumont —lo rebatí para provocarlo aún más.

Surrió efecto, y esa noche hicimos el amor de nuevo. Pero esta vez expulsando a la prisa de nuestro lado para acoger la música como acompañante, y en especial aquella canción que tanto había calado en nosotros.

Después averiguamos su título, porque sabíamos que *Thank you for being you* ^[4] era nuestra verdadera canción. La que nos pertenecía solo a nosotros dos. Al presente. Y no al recuerdo de una noche que debíamos dejar atrás como parte del pasado.

«Sabes que es amor cuando es capaz de abrazarte con la mirada, acariciarte con una sonrisa y besarte con palabras».

Capítulo 36

Maurice Dumont I

—¿Qué me estás haciendo, Palmera? —cuestioné mientras terminaba de abrocharme el pantalón. Acabábamos de follar sobre la mesa de mi despacho y aún seguía sin estar saciado de ella.

—Supongo que intentamos recuperar el tiempo perdido —respondió con la respiración entrecortada.

La agarré por la cintura y volví a besarla atrayéndola hacia mí.

—Déjame al menos que me ponga la ropa interior —se quejó entre risas.

No podía soltarla. Aunque me vi obligado a hacerlo al recibir una llamada de mi secretaria para recordarme que debía reunirme en la sala de juntas.

—Esto tiene que acabar —planteé nada más colgar, sin demasiada convicción—. Es el segundo traje que me traes esta semana.

—Di que intentas renovar tu armario —comentó terminando de vestirse y recolocar su vestido.

—¿Con entrega a domicilio? Nadie va a creérselo.

—Pues entonces no me llames —defendió.

Volví a cogerla de nuevo y acercarla hasta mí.

—Soy un jodido acosador —jadeé en su boca.

Era como una maldita droga para mí. Ni siquiera nuestros encuentros cada noche en su apartamento eran suficientes. Conforme pasaban las semanas me costaba más dejarla y regresar al castillo. Palmera había vuelto a mi vida y lo había puesto todo patas arriba. Me sentía como un adolescente, como un jodido animal en celo que no podía hacer otra cosa que pensar en ella.

—Voy a tener que demandarte —bromeó sin dejar de besarme, logrando dar vida de nuevo a mi entrepierna

—Me declararé culpable y no me resistiré si eres tú quien me detiene y me pone las esposas.

—No me des ideas, duque —advirtió con sonrisa maliciosa, mientras se separaba de mí.

Cada vez que lo hacía era como si me golpeasen en la boca del estómago.

—Te veo esta noche —le recordé mientras me abotonaba la chaqueta y me encaminaba hacia la salida para acompañarla.

—Me temo que no. Por eso he venido.

Me detuve en seco y la miré frunciendo el ceño.

—¿Disculpa?

—No me mires así. He quedado con las chicas.

Se refería a Alice y Guada, las únicas personas que sabían de lo nuestro. Últimamente Laura no dejaba de organizar salidas con ellas. Me alegraba por ellas, sí. Pero no podía evitar sentir

cierta incomodidad al saber que estarían por ahí solas, sin nadie que las protegiera.

—¿Y a dónde tenéis pensado ir?

—¿Vas a controlarme, duque? —cuestionó con un gesto que aún no logro descifrar.

—No. Es solo que...

—Tranquilo, Maurice —susurró agarrándome por la nuca—. Sé defenderme.

—Olivier irá con vosotras.

—Debes estar de coña —recalcó apartándose una vez más de mí.

—No te molestes en rebatirme, Palmera. Está decidido.

—Solo vamos a cenar y tomarnos algo.

—Perfecto. Así le será más fácil a Olivier.

—Maurice, mírame —me pidió acercándose de nuevo hasta mi posición. Lo hice y ella continuó—. Hablo en serio. Llamará más la atención que nos acompañe el guardaespaldas del duque que si vamos solas, ¿no crees?

Por mucho que me fastidiase tenía razón. Era algo habitual en ella. Aunque no dejaba de incomodarme el hecho de que no llevasen protección conforme estaban las cosas.

—Está bien —murmuré, a pesar de ser consciente de que mi voz no sonó muy convincente.

—¿Por qué no llamas a Louis? Podrías hacerle una visita en Olsene y llevarte a Fynn contigo. Se alegrará mucho de volver a ver a Balbi.

Balbi era la hija mayor del barón. Ella y Fynn se hicieron amigos el mismo día en que se conocieron, hacía ya dos semanas. Los Bourdieu habían organizado una barbacoa en la piscina, a la que nos invitaron, y desde entonces mi pequeño no había dejado de hablar de ella. En cuanto a Louis y a mí, nos conocíamos desde hacía tiempo, aunque habían sido nuestras respectivas parejas las encargadas de que nuestra amistad fuese ahora bastante más cercana. Él también estaba al tanto de mi clandestina relación con Laura, y resultaba agradable poder hablar de ello con un amigo.

—Creo que tal vez lo haga.

—¡Genial! —celebró en un tono más agudo de lo normal.

—Tu plan de deshacerte de mí te ha salido bien esta vez. Pero no te acostumbres —advertí estirándome todo lo que mi pecho daba de sí.

—Lo que desee su excelencia —se burló haciéndome una reverencia.

—Lárgate ya —le ordené dándole un pequeño azote en el culo.

Su risa invadió el despacho antes de atravesar la puerta. ¡Joder, estaba loco por esa mujer!

De regreso a mi mesa, cogí el móvil y busqué el contacto del barón.

—Señor Dumont —me saludó al descolgar.

—Louis, ¿qué tal estás?

—No tan bien como tú. No sabes cuánto te envidio, cabrón.

Su comentario me arrancó una risotada. El barón me había comentado en más de una ocasión lo mucho que echaba de menos el principio de su relación con Guada. Por lo que había podido intuir, ellos se pasaban el día igual que nosotros, aunque tenía ciertas dudas de que su aguante fuese como el mío. Reto inconfesable y habitual entre hombres.

—Tú ya lo viviste. Ahora me toca a mí —defendí.

—Por mucho que me fastidie, tengo que darte la razón. Maurice, estoy en conferencia con Estados Unidos, ¿te importa si te llamo luego?

—Y yo debería estar en una reunión —me recordé a mí mismo en voz alta—. Tranquilo, seré breve.

En cuanto le comenté el plan de ir a visitarlo a su castillo de Olsene, Louis aceptó al instante. Concretamos la hora y nos despedimos para seguir cada uno con lo nuestro.

Al llegar a casa, corrí en busca de Fynn para darle la noticia. Estaba con mi madre en el salón viendo una serie de dibujos animados. Nada más decírselo, mi pequeño enloqueció, y lo celebró dando literalmente saltos de alegría.

—¿Van a venir Laura y la tita Alice?

Mi madre giró el cuello y me miró arrugando el entrecejo.

—No, campeón. La tita y su amiga no vienen esta vez.

Cómo detestaba tener que seguir fingiendo delante de todo el mundo. Quería a mi madre, al fin y al cabo, me había traído a este mundo y era mi familia, pero su insistencia en defender a Beth y su estrecha relación con ella me impedían sincerarme del todo. A sus ojos, Laura era la amiga de mi hermana y el enemigo que se interponía entre mi exmujer y yo.

—¿Puedo llevarme la cometa? —me preguntó con entusiasmo.

—Solo con una condición.

—¿Cuál?

—Que enseñes a Balbi a volarla.

—Ya pensaba hacerlo, papá.

—¡Ese es mi chico! —celebré revolviéndole el pelo—. Anda, ve a buscarla.

Me volví con intención de dirigirme a mi habitación para cambiarme de ropa, cuando escuché a mi madre a mi espalda.

—No creas que no sé lo que está pasando —advirtió.

Giré sobre mis talones y la miré a los ojos.

—¿Que voy a llevarme a mi hijo a casa de un amigo? —pregunté fingiendo no saber a qué se refería.

—Soy tu madre, podrías al menos confiar en mí.

—La confianza no es algo que se regale, madre. Hay que ganársela. Y ahora, si me disculpas...

Me largué de allí para evitar enfrentarme a ella. Estaba siendo un buen día y no quería que nadie me lo estropease.

Ya en el coche de camino a Olsene, lugar donde vivían los Bourdieu, Fynn habló sin parar contándome la proeza que había vivido ese día.

—Me alegro que hayáis podido salvar a ese pajarito —murmuré dándole un beso en la frente, celebrando que hubiese velado por el pobre animal mientras aguardaba la llegada del veterinario del parque.

—Papá, ahora que no está la abuela, ¿puedes decirme por qué no vienen la tita Alice y Laura? «¿Desde cuándo mi pequeño se estaba convirtiendo en un hombrecito?».

—Ellas han quedado con Guada para salir.

—¿Y por eso vas a ver al padre de Balbi?

—Sí. Y para que tú juegues con ella.

—Vale. Aunque me hubiese gustado que vinieran.

«A mí también, hijo. A mí también».

—Laura es guay —añadió—. Me gusta para ti.

«¡Alto ahí, fiera!».

—Yo estoy bien así, hijo. Laura es solo la amiga de la tita Alice.

—Papá, a mí no me engañas. Sé que Laura y tú sois novios.

La risotada contenida de Olivier desde el asiento de copiloto logró inquietarme aún más que las palabras de mi propio hijo.

—No sé de qué me hablas —balbuceé sin tener muy claro qué responder a eso.

—Os vi cómo os dabais un beso en la casa de la playa el día que nos volvimos.

De pronto sentí cómo el calor subía hasta mis mejillas y bajé las ventanillas del coche para que me diera un poco el aire.

—Seguro que te confundirías.

—Papá, tranquilo. No se lo he dicho a nadie, y tampoco se lo diré a mamá.

Me volví hacia él con sentimientos encontrados. Por un lado, me destrozaba que reconociera cómo era su madre para querer protegerme de aquel modo. Un niño de siete años no debía llevar sobre sus hombros aquella carga, y me sentía responsable por no haber sido más prudente estando él presente. Por otro, en cambio, no pude evitar sentirme el hombre más feliz sobre la faz de la Tierra por tener un hijo con un corazón tan noble como el suyo y por ser tan inteligente. Recuerdo que lo miré sin creermelo aún lo profundamente orgulloso que estaba de él y el amor tan inmenso que sentía hacia mi pequeño.

—¿Sabes una cosa? —Él alzó los hombros y yo proseguí—. Eres el tío más valiente que conozco, y yo el padre más afortunado del mundo por tenerte. Ven aquí —le pedí para rodearlo con el brazo y atraerlo hacia mí—. Gracias por guardarme el secreto, campeón.

—De nada —respondió con aquella vocecilla que tanto me hacía sentir.

—Lo cierto es que es un alivio poder compartir esto contigo. Siento haber dudado de tu capacidad para guardar secretos.

—La verdad es que cuesta un poco —confesó—. Pero merece la pena, porque desde que estáis juntos eres guay.

Bajé la vista hasta encontrarme con aquella cabecita rubia que descansaba sobre mi pecho, sabiendo que no había nada en el mundo que quisiera más que a él. Junto con una belga mitad española que había arrasado en nuestras vidas y que nos había conquistado a ambos.

«Hemos de educar a los hijos que tenemos, no a los que nos gustaría tener».

Pedro García Aguado

Capítulo 37

Cuando supe la noticia, la primera persona en la que pensé fue en mi madre. Había asumido y aceptado mantener en secreto mi relación con Maurice, que solo conocían unas pocas personas, pero un acontecimiento como aquel, algo tan íntimo y especial para mí, quise compartirlo con ella antes que con nadie. Necesitaba de sus consejos, escuchar su voz y saber que ella estaría de mi parte y me apoyaría en todo lo que ahora se me presentaba.

Nada más salir de la clínica tras mi consulta con la ginecóloga, marqué su número.

—Hola, mamá.

—Laura, cariño. ¿Va todo bien?

No sabía cómo responder a su pregunta. En realidad, estaba en shock y no encontraba las palabras adecuadas sin provocarle un micro infarto. Después de tanto tiempo en Bélgica tras mi regreso, apenas había hablado con ella y desconocía cómo se tomaría la noticia de que iba a ser abuela.

Recuerdo que durante el trayecto hasta la sastrería le conté todo lo que había pasado con Maurice y cómo habíamos comenzado lo nuestro. Alice, Olivier y Jacques e incluso el propio Fynn, o el matrimonio Bourdieu, eran los únicos que sabían de nuestra relación. Pero nadie de mi familia o mi gente conocía el estado real de mi situación sentimental. Aun menos el hecho de que estuviera esperando un hijo del duque.

—Estoy embarazada, mamá.

—¿De verdad? ¡No sabes cuánto me alegro, hija!

—¿Lo dices en serio?

Francamente me pilló por sorpresa que acogiese de aquel modo tanto la noticia. Supongo que esperaba que le cayese como un jarro de agua fría, que pusiera el grito en el cielo o que me echase la bronca por no ser más responsable. Sin embargo, una vez más, mi madre volvió a sorprenderme con su empatía y su protección hacia mí. Ella siempre había sido una enamoradiza de la idea del amor, y conocer que la iba a convertir en abuela la llenó de orgullo.

Durante un buen rato me hizo saber lo contenta que estaba y lo orgullosa que se sentía de mí. No sé si fue por las hormonas que ya empezaban a cambiar en mi interior, pero lloré mientras la escuchaba a través del teléfono darme todo su apoyo y cariño sin el menor reproche por su parte.

—Siempre estuviste colada por él, Laura, y saber que por fin has conseguido estar a su lado, hacer realidad tu sueño, hace que no pueda sentirme más orgullosa de ti. Por no hablar de que ¡voy a tener un nieto! ¡Ay, dios mío, aún no me lo creo! ¿Qué nombre le vas a poner?

—Mamá, aún lo estoy asimilando y todavía no se lo he dicho a Maurice, ¿cómo quieres que me ponga a pensar en eso ahora?

—Tienes razón, lo siento. Pero no le vayas a poner un nombre de esos raros modernos de ahora.

—Mamá —solté en tono de quejido.

—Vale, vale. ¿Se lo has dicho ya a la abuela?

—La abuela ni siquiera sabe que estamos juntos.

—¿No se lo has dicho? Madre mía, entonces es mejor que sigas así. No quiero ni imaginar el patatús que le puede dar si después de no confesarle lo tuyo con el duque ahora vas y le sueltas que la vas a hacer bisabuela.

—En realidad me he culpado por eso muchas veces, mamá. Ocultárselo a la abuela y a las chicas no ha sido fácil, te lo aseguro. Pero ahora la bola es mucho más grande y... ¡Joder! La he cagado, ¿verdad?

—Tranquila, mi niña. Tengo previsto ir la semana que viene a Elche. Si quieres puedo preparar el terreno por ti. Es mi madre, la conozco bastante bien y sé cómo hacerlo para evitar males mayores.

—Te lo agradezco, mamá. Hubiera preferido que se enterase por mí, pero ya que tú vas a ir... No sé. Estoy hecha un lío.

—Eso también es síntoma del embarazo. Pasarás de la risa al llanto sin darte cuenta, así que, ve preparándote. ¡Ay, mi hija va a ser madre! El ciclo de la vida se cumple.

Charlamos un poco más hasta que ambas nos despedimos.

—Gracias, mamá. Por todo.

—No, cariño. Gracias a ti por hacerme tan feliz. No imaginas cómo me siento ahora mismo. Después de todo lo que has pasado, verte perseguir tus sueños y cumplirlos es el mayor regalo que una madre puede recibir de un hijo. Todos necesitamos estar con alguien que nos quiera de verdad, que nos ame y nos proteja. Y saber que tú lo has encontrado, que por fin estás con el amor de tu vida, no imaginas lo que me hace sentir.

—Creo que ahora te entiendo un poco mejor, mamá.

—Estar solo no es bueno, hija. El ser humano necesita amor, es el motor que nos guía y nos ayuda a salir adelante. Si no, ¿qué sentido tiene la vida?

Terminé aquella conversación con una increíble sensación de paz. Las palabras de mi madre eran justo lo que necesitaba escuchar, el aliento que me ayudó a sentirme fuerte y preparada para aceptar lo que me venía encima.

Esa misma noche compartiría la noticia con Maurice. No veía el momento de poder decírselo y ver su reacción en persona. Lo había visto con Fynn en las últimas semanas, y sabía que el hijo o la hija que llevaba en mi vientre no podría tener mejor padre que él. Aquel bebé era fruto de un amor gestado desde hacía mucho tiempo, y tenía plena confianza en que él acogiera la noticia del mismo modo que lo había hecho mi madre.

Le envié un mensaje indicándole que lo esperaba para cenar en mi piso, que tenía algo importante que decirle. Intentó sonsacarme información, insistió bastante, de hecho, pero no iba a decirle algo así por teléfono, y menos por mensaje, así que me mantuve firme hasta la hora de la cita.

Recuerdo lo nerviosa que estaba. Ya no por cómo se tomaría la noticia en sí, sino por ver su cara, su mirada, su sonrisa, sus gestos. ¡Íbamos a ser padres! Lo que ocurrió en la casa de la playa había tenido sus consecuencias, y no podía sentirme más feliz porque así fuera.

Cociné un asado, su comida favorita. Compré un buen vino y organicé la mesa con especial cuidado. Encendí velas y preparé una buena música de ambiente. Había previsto darle la noticia con nuestra canción de fondo, marcándola como favorita en la lista de reproducción.

Cuando sonó el timbre, el corazón me dio un vuelco. Emocionada, corrí hacia la puerta.

Debía contenerme o adivinaría lo que ocurría con solo mirarme. Me detuve frente a ella, tomé aire, que solté de un soplo, y me dispuse a abrir.

Pero al otro lado no estaba él. Sino Beth.

—¿Qué haces aquí? —pregunté intentando asimilar que hubiera tenido la desfachatez de presentarse en mi puñetera casa.

—¿Así es como recibes a las amigas? —respondió adentrándose sin que le diese permiso para hacerlo.

—Tú y yo no somos amigas, nunca lo hemos sido —mascullé viendo cómo se dirigía hacia el salón.

Cerré la puerta de un portazo y corrí tras ella con la firme intención de echarla.

—Vaya, veo que esperas visita —señaló con desdén tras observar la mesa.

—Exacto, por eso es mejor que te vayas.

—Me iré después de que escuches lo que he venido a decirte.

—No creo que necesite escuchar nada, así que, por favor, márchate.

—¿Todo esto es para decirle que estás embarazada?

En aquel instante el corazón se me paró en seco. La tenía delante de mí, tan rubia, perfecta y despreciable como había sido siempre, pero con una información que era imposible que ella tuviera y que jamás debió estar en su poder.

—No sé de qué me hablas —fingí, conteniendo la rabia que me consumía por dentro.

—Tal vez los demás no sean capaces de reconocer cuando mientes, pero no es mi caso, así que no te molestes en hacerlo.

—Lárgate de mi casa —gruñí imaginándome agarrándola del moño y arrastrándola hasta la escalera.

—No hasta que oigas esto —me amenazó dando un paso hasta mí—. Supe que darías problemas nada más conocer tu regreso. Seguí mi instinto, y ahora sé que hice lo correcto.

—Aquí la única que da problemas eres tú —escupí en su maldita cara.

—En el fondo es bueno para mí que me veas así, porque eso es justo lo que he venido a traerte.

—Algún día recibirás lo que mereces, Beth, puedes estar segura de ello.

—Segura estoy yo, pero de mandarte de vuelta a España.

—No pienso largarme, y aún menos porque tú me lo digas —farfullé.

—Entonces tú serás la responsable de que arruine a los Dumont.

—¡Guárdate tus malditas amenazas para otro, porque te aseguro que haré todo lo posible para que no te salgas con la tuya!

—¡Por fin la respuesta que esperaba! —celebró curvando los labios.

Aquello me dejó boquiabierto. No entendía nada, y solo deseaba que desapareciera de mi vista.

—Sé que harás lo posible —continuó—, y por eso he venido hasta aquí. Quiero que te largues de Bélgica, que regreses a España y no vuelvas jamás.

—¡Me importa una mierda lo que tú quieras!

—Lo harás —soltó con una soberbia que me erizó la piel—. O de lo contrario le entregaré a mi abogado todas las fotos de vuestro romántico idilio. ¡Y no te molestes en negarlo! —advirtió—. Como te he dicho, seguí mi instinto y contraté a un detective privado. Solo tenía que seguir a Mau, y ahí estabas tú. Por cierto, espero que disfrutaras en De Haan lo suficiente, porque desde ya te confirmo que no volverás a pisar aquella casa, y aún menos a volar ninguna cometa con mi

hijo.

El corazón me bombeaba con tanta fuerza contra el pecho que temí que me partiera las costillas. Apenas lograba mantenerme en pie cuando sentí que las rodillas me flaqueaban. Había tanta crueldad en ella, tanto rencor y odio hacia mí, que su mala energía me atravesó y me partió en dos.

—Ya que lo sabes, al menos ten la dignidad de aceptarlo —murmuré haciendo acopio de la poca fuerza que me quedaba.

—¿«Dignidad»? —cuestionó con altivez—. Precisamente eso es de lo que tú careces dejándote preñar por él. Solo una zorra como tú jugaría tan sucio para arrebatarle el hombre a otra. Pero no te saldrás con la tuya —amenazó con una pérfida sonrisa.

—¿Y qué vas a hacer para impedirlo? —inquirí.

—¡Hundirlo en la puta miseria, a él y a su maldita familia! Tengo fotos e información suficiente vuestra para lograr que mi abogado le saque hasta el último céntimo. Alegará que vuestra relación comenzó durante nuestro feliz matrimonio, y su patrimonio pasará a ser mío por infidelidad.

—¡Eso no es cierto, y tú lo sabes! Esas fotos no prueban nada.

—Pero tu cita de esta tarde a la clínica y el bastardo que esperas serán más que suficientes para convencer al juez.

—¡Mi hijo no es ningún bastardo! —mascullé deteniéndome en cada palabra.

—Lo es te guste o no, al ser engendrado fuera del matrimonio.

Por mucho que me doliese, por mucho que la detestara y quisiera ahogarla con mis propias manos, tenía razón. Aquel bebé tal vez llegaba en el peor momento posible, de cara a proteger lo que Maurice más había pretendido custodiar. El futuro de su familia dependía de aquel divorcio, que Beth intentaba conseguir a su favor. De conseguirlo, le arrebataría la mayor parte de su patrimonio, incluida la mayoría de acciones de la empresa, tal y como él me había contado. No podía permitir que eso ocurriera. No cuando habíamos ocultado nuestra relación precisamente para salvaguardar los bienes de los Dumont.

—¿Qué es lo que quieres, Beth? —le planteé con el alma rota y el corazón hecho pedazos.

—Vete. Vuelve a España y desaparece de nuestras vidas. Solo así Mau conservará lo que es suyo y yo obtendré lo que me pertenece.

—¿Y cómo sé que cumplirás con tu palabra? ¿Cómo sé que no utilizarás esas fotos y toda la información del detective para hundirlo?

—La diferencia entre tú y yo es que tú siempre lo has amado, y sé que harás lo que sea necesario para protegerlo. Yo, en cambio, solo quiero su dinero y que desaparezcas de su vida. Si lo haces, tienes mi palabra de que cumpliré nuestro acuerdo. Porque de no hacerlo regresarás aquí a su lado, y eso es lo último que quiero. Con lo que él me ofrece tengo más que suficiente para vivir sobradamente el resto de mi vida. Así que sí, tienes mi palabra de que lo haré. Ya solo depende de ti que los Dumont mantengan su patrimonio y su honor. Tú decides, Laura.

—Está bien —claudiqué con todo el pesar que aquel acuerdo suponía.

—Sabía que aceptarías. Siempre fuiste igual de débil que él —anunció con inquietante soberbia mientras se dirigía hacia el pasillo—. Por cierto —añadió volviéndose hacia mí—. El acuerdo comienza en este instante, e incluye esa cena que tenías planeada.

—Sé lo que tengo que hacer, Beth. Ahora, lárgate.

Dije aquello con apenas un hilo de voz, incapaz de moverme mientras la observaba marcharse. Me sentía hundida. Sin vida. Y terriblemente triste. Todo por lo que había luchado se

desintegraba como un castillo de arena, desvaneciéndose, convirtiéndose en meros granos que se esparcían y borraban la figura dibujada antes de la caída. Debía cumplir con mi parte del acuerdo, alejarme de todo aquello durante un tiempo para poder pensar. Amaba demasiado a Maurice para arrebatarse todo lo que él y el resto de su familia habían conseguido durante toda su vida. Deseaba contarle la feliz noticia de que iba a ser padre de nuevo, pero no podía quedarme allí y dejar que mi orgullo se antepusiera a sus sueños. Tampoco a ser testigo de cómo Beth lograba salirse con la suya y lo arruinaba por mi culpa.

Con el corazón roto y los ojos anegados en lágrimas, le envié un mensaje a Maurice anulando la cita, inventándome que mi abuela había enfermado y que me marchaba a España. Odiaba la idea de utilizar una excusa como aquella, pues no debía jugar con la salud de nadie, pero no encontré otra forma de evitar que se presentase en casa aquella noche. Sabía que, si lo veía, me sería imposible fingir ante él. Maurice siempre supo interpretar cada una de mis miradas, y si me quedaba acabaría descubriendo toda la verdad. Era demasiado arriesgado. Había demasiado en juego, y no podía permitir que Beth llevase a cabo su amenaza por no saber mantener nuestro acuerdo en secreto.

Cogí el primer vuelo que encontré en internet. Era con escala, pero perfecto para poder largarme de allí lo antes posible y no presentarme de madrugada en casa de mi abuela. Después, apagué el móvil.

Ya en el aeropuerto, y justo antes de subir al avión, volví a encender el teléfono. Tenía varios mensajes y llamadas del duque, pero no respondí a ninguno de ellos. Lo único que hice fue escribirle a Alice. No quería cometer el mismo error que nueve años atrás y perderla de nuevo. Tan solo le dije que me volvía a España, que ya le contaría a la vuelta, y me despedí diciéndole que la quería.

A primera hora de la mañana del día siguiente me presenté en el portal de mi abuela. No había podido llamarla antes, porque de hacerlo sabía que acabaría rompiéndonos en pedazos a ambas. Abrí la puerta y me adentré en el piso arrastrando la maleta, dejándome invadir por el característico olor de aquella casa. La encontré en el salón pasando el plumero. Ella tan solo tuvo que mirarme para saber que algo pasaba.

—Ven a los brazos de tu abuela —me pidió al abrirlos.

Ella me acogió, y yo me acurruqué contra su pecho como cuando era pequeña. No podía dejar de llorar, y tan solo recuerdo su mano acariciando mi cabeza.

—Ya está, cariño. Ya estás en casa —susurró acunándome.

«Solo es amor cuando estás dispuesto a sacrificar tu felicidad por la suya».

Capítulo 38

Maurice Dumont I

Me inquietaba que la abuela de Laura hubiese enfermado de pronto, pero aún más que ella se hubiese marchado sin darme la oportunidad de despedirme. Su teléfono seguía apagado, no contestaba a ninguno de mis mensajes y me invadió la impotencia. Aquella noche me estaba haciendo revivir la sufrida nueve años atrás, y perdí el control al llegar a su piso y comprobar que no había nadie. Era demasiado tarde para tirar su puerta abajo, y me había hecho daño en los nudillos de las veces que la había aporreado.

—Quédate aquí vigilando por si regresa —le ordené a Olivier.

—Señor, si lo hago no podré garantizarle mi seguridad a usted.

—¡Me importa una mierda! ¡Tu trabajo es obedecerme y hacer lo que te pido!

El recuerdo era tan intenso que la inquietud me estaba consumiendo. Me sentía perdido. Y acabé pagándola con él. Por suerte, mi guardaespaldas me conocía bien, y sabía que solo debía esperar a que me calmase para entrar en razón.

—Discúlpame —murmuré al cabo de un rato, tras descargar toda mi rabia contra aquella puerta.

—Tranquilo, señor. La localizaremos.

Olivier sabía exactamente cómo me sentía. Era real que no conocía su dirección en España, que no tenía forma de dar con ella, y que solo podía comunicarme a través de mensajes o llamadas a un teléfono que seguía, para mi desgracia, apagado o fuera de cobertura.

—Recuérdame que te suba el sueldo después de esto —señalé.

Él sonrió, y ambos bajamos juntos la escalera.

Una vez en la calle, me quedé mirando la sastrería. Aún recordaba las veces que pasaba por allí cuando ella vivía en España y todavía no nos habíamos reencontrado. Lo último que deseaba era volver a revivir todo aquello, los años tan duros que pasé creyendo que nos había abandonado. Ahora me sentía igual, e incluso peor, porque una parte de mí se había ido con ella. ¿Por qué todo el mundo que me importaba desaparecía?

Saqué el teléfono y llamé a Alice por si ella sabía algo. No me contestó, y aquello hizo que me inquietara aún más. Algo no iba bien. Lo intuía. Y mi intuición me había fallado pocas veces.

Tiré de contactos y conseguí hablar con un alto cargo de la embajada española. Necesitaba algún dato que me ayudara a localizarla, a averiguar que estaba bien, que estábamos bien, y que no pasaba nada. Era demasiado tarde y la persona en cuestión me aseguró que me diría algo a la mañana siguiente.

Tras hablar con él, contemplé la idea de que tal vez me estuviera excediendo un poco. Yo no solía pedir ese tipo de favores, y molestar a alguien tan importante como él sin ningún motivo

aparente de peligro, me haría quedar como un desequilibrado.

Logré calmarme y seguir el consejo de Olivier. Ya no podíamos hacer nada hasta que ella encendiera el teléfono de nuevo, y tal vez lo único que necesitaba era descansar.

Ya en el interior del coche, cerré los ojos y me dejé caer sobre el respaldo del asiento, mientras Jacques conducía rumbo al castillo junto a mi guardaespaldas. Tenía suerte de tenerlos a ambos. Me sentía afortunado de poder contar con ellos y su innegable apoyo y discreción, aunque en aquel momento no podía ni siquiera celebrarlo o pensar en ello. Mi mente estaba en algún avión sobrevolando parte de Europa rumbo a España sin que la mujer de mi vida me diese la oportunidad de despedirme de ella como quería.

Pensaba en ello cuando mi móvil vibró. Abrí los párpados y lo saqué del bolsillo con verdadero apremio. Pero no era ella. Era Alice.

—Mau, será mejor que vengas a casa —la oí nada más descolgar.

—Voy de camino.

Colgué y le ordené a Jacques que pisase el acelerador. Estaba en lo cierto. Algo ocurría.

Mi chófer aún no había puesto el freno de mano cuando yo ya había bajado del coche. Apenas me bastaron unas pocas zancadas para atravesar el marco de la puerta principal y escuchar las voces que provenían del salón. Me dirigí hasta allí con el corazón atronándose bajo el pecho, aunque se paralizó al encontrarme con Alice, mi madre y Beth.

—¿Qué hace ella aquí? —ladré al cruzarme con su mirada.

—Hijo, tranquilízate. Solo ha venido a intentar arreglar las cosas y que lleguemos a un acuerdo para que todos salgamos beneficiados.

Mi madre, como siempre, mostrándose a su favor. Alice, en cambio, se mantuvo en silencio.

Pese a lo mucho que me molestaba su presencia allí, accedí a escuchar lo que hubiera venido a decirme, y me senté frente a ella en el que todo el mundo sabía que era mi sillón. Mi madre y ella estaban en el sofá, y mi hermana en el sillón que había a mi lado.

—Habla —le pedí con ausencia de amabilidad.

—Quiero lo mejor para todos, incluido Fynn.

El hecho de que Beth nombrase a nuestro hijo me puso la piel de gallina.

—¿Qué es lo que quieres?

—El treinta por ciento de las acciones de la empresa y el piso de Bruselas.

Aquel porcentaje era mucho mayor que la cantidad indecente de dinero que me pedía su abogado.

—Jamás te daré eso, Beth.

—Entonces me llevaré a Fynn conmigo.

Mi madre se llevó las manos a la cara.

—Eso no es lo que nos has dicho —advirtió dándose cuenta al fin del tipo de persona que tenía sentada junto a ella.

—Lo sé, Charlotte, pero también es mi hijo, y no estoy dispuesta a renunciar a él si sigue tratándose así. Tengo derecho a que se me trate con dignidad.

—Hijo, por favor —me pidió mi santa madre.

Odiaba estar allí. Odiaba mi situación. Y odiaba que Laura se hubiese marchado, porque al hacerlo mi jodida vida volvía a ser como antes.

—Nunca quise la custodia completa de Fynn. Yo solo quería que cumplieras con tu deber y ejercieras como lo que eres, su madre —mascullé con todo el dolor que suponía pronunciarlo en voz alta.

—No todo el mundo está preparado para educar —defendió con su habitual altanería.

—¿Y por eso pretendes arrebatármelo?

—¡También es mi hijo! —gritó fuera de sí.

—No —le rebatí—. Es tu moneda de cambio para utilizarme.

—Yo solo quería volver contigo, y mira a dónde nos has llevado. Nuestro hijo está viviendo en medio de una guerra por tu culpa.

—¡Eres tú quien quiere arrebatármelo, igual que mi dinero, maldita sea! Sal de aquí y no vuelvas. O la próxima vez que pises estas tierras haré que te detengan.

—¡No puedes impedirme que vea a mi hijo!

—Eso ya lo veremos. Ahora ¡lárgate!

Me levante y esperé a que ella hiciera lo mismo. La vi buscar aliento en mi madre, pero aquella desvió la mirada. Era la primera vez que la veía de mi lado, y aquel gesto me hizo sentirme aún más seguro de lo que estaba haciendo.

—Nos veremos en el juzgado entonces —amenazó al incorporarse y pasar por mi lado.

—Que así sea —rematé viendo cómo Olivier la acompañaba hasta la puerta, para asegurarse de que se largara y no volviera.

Solo cuando nos quedamos a solas, volví a sentarme frente a mi madre. Ya no tenía sentido ocultarle la verdad, y me armé de valor para hacerlo.

Con el incondicional apoyo de Alice, le hablé de mi relación con Laura y el motivo por el que había decidido ocultarla. Beth no había dejado de amenazarme con arrebatarnos gran parte del patrimonio familiar, y aquel sacrificio que nos implicaba a Palmera y a mí era precisamente para impedirselo.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó a Alice.

—Sí, mamá. Incluso Fynn.

Mi madre no podía creer que mi pequeño campeón hubiese sido capaz de guardar el secreto. Fynn era incluso más listo que todos nosotros, y lo había demostrado protegiéndonos a Laura y a mí, por lo importantes que éramos para él.

Después de una extensa charla entre los tres, mi madre al fin comprendió quién era Beth, y quién era mi Palmera. Se disculpó infinidad de veces por haberla prejuzgado antes de conocerla realmente, y le aseguré que no tenía que hacerlo.

—Solo fuiste una víctima de su manipulación, madre —susurré cogiéndole la mano.

Ver el modo en que lloraba había hecho que me sentara a su lado en el sofá, y solo pensara en consolarla.

—No sé cómo he podido ser tan estúpida para no darme cuenta —sollozó una vez más.

—Los manipuladores tienen la maestría suficiente para no ser detectados por sus víctimas, mamá —aseguró Alice.

Estaba en lo cierto. Beth era una verdadera experta en eso, y mi madre solamente se había dejado llevar por su infinita codicia.

Una vez logramos calmarla y hacerle ver que no teníamos nada contra ella, se despidió de nosotros y subió a acostarse. Se la veía cansada, y ambos sabíamos que necesitaría algo de tiempo para asimilar todo y perdonarse a sí misma.

Ya a solas con mi hermana, hundí la cabeza entre las manos, con los codos sobre mis rodillas.

—¿Qué ha pasado con Laura? —me preguntó Alice de pronto.

Abandoné mi posición y levanté la cabeza para mirarla.

—De eso precisamente quería hablar contigo cuando te llamé hace una hora.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

—Mira —dije sacando del bolsillo el móvil para mostrarle su último mensaje—. He estado a punto de que tirar su puerta abajo, con el riesgo de que los vecinos llamasen a la policía.

—Espera, ¿por qué querías tirarla? ¿Qué ha pasado?

Le conté a Alice que ni siquiera me había dado la oportunidad de despedirme, y que todo aquello me daba mala espina.

—No quería preocuparte, pero yo he pensado lo mismo —me soltó, dejándome de piedra—. A mí también me ha enviado otro mensaje.

Alice me entregó su teléfono para que lo leyera, y me explicó que veía algo raro en él. Según me aclaró, Laura nunca se había despedido de ella diciéndole que la quería, y el modo en que terminaba aquel mensaje le hizo sospechar.

—He de encontrarla cuanto antes —me levanté incapaz de permanecer más tiempo allí sentado sin hacer nada.

—¿Qué vas a hacer?

—Remover Elche entera si hace falta —respondí con firmeza, justo antes de encaminarme hacia mi despacho.

—Mau —me llamó. Me detuve y me volví hacia ella—. Tráela a casa.

Asentí y me giré para retomar mi marcha. Era tarde, y aún debía hacer varias llamadas para organizar mi vuelo.

Al cabo de una hora, en el castillo solo había silencio. Estaba realmente agotado y necesitaba una buena ducha antes de acostarme. Apagué el ordenador y cerré la puerta del despacho, cuando mi teléfono volvió a vibrar en el bolsillo de mi chaqueta. La esperanza de que fuese ella me hizo sacarlo con demasiada rapidez y se me resbaló de las manos. Lo vi caer al suelo y por el sonido supe que la pantalla se había partido.

—¡Mierda! —solté mientras lo cogía e intentaba sin mucho éxito deslizar el botón verde que aceptaba la llamada.

Reconozco que en aquel momento perdí los nervios, me temblaba todo el cuerpo, y cuando por fin logré desbloquearlo me llevé el teléfono a la oreja con premura.

—¿Palmera? —demandé con la respiración entrecortada.

Pero al otro lado no escuché nada. Solo silencio.

—Laura, ¿eres tú? —insistí.

—Hola, hijo —escuché al fin.

Reconocí su voz al instante y todo a mi alrededor se detuvo.

Era mi padre.

«A veces, el pasado nos golpea tan fuerte que nos cuesta levantarnos».

Capítulo 39

Maurice Dumont I

¡Mi padre! ¡Vivo!

Superado el shock que me produjo la llamada, quedamos en reunirnos a la mañana siguiente en un pequeño pueblo a las afueras de Bruselas. Apenas pude pegar ojo esa noche, y recuerdo que, tras cancelar el vuelo a España, me hice multitud de preguntas acerca de mi padre. Dónde había estado todo este tiempo, qué habría podido ocurrirle o por qué no se había puesto antes en contacto, entre otras. Todas ellas se agolpaban y se amontonaban a las que me había hecho infinidad de veces durante los últimos cuatro años. Una parte de mí lo daba por muerto y otra, en cambio, tenía la esperanza de que aún siguiera con vida. El hallazgo de su moto sin el cuerpo semanas atrás confirmó aún más mi segunda teoría. Y ahora sabía que estaba en lo cierto.

Necesitaba respuestas y me presenté en el lugar acordado unos minutos antes. Nos habíamos citado en un pequeño parque a orillas del río Senne, un sitio poco concurrido, a excepción de unos pocos corredores que pasaban por allí.

Estaba intranquilo. Muy nervioso, de hecho. Iba a reencontrarme con mi padre después de cuatro años sin saber de él, sin una pista que nos llevara hasta su paradero. Nada. Caminé de un lado a otro esperando verlo aparecer. Jacques aguardaba en el interior del coche y Olivier, como siempre, a una corta distancia de mí. Miré el reloj por décima vez y al alzar la vista, allí estaba. Reconocí su modo de andar mientras caminaba hacia mí. El corazón me dio un vuelco al comprobar que ya no parecía el mismo. Estaba más delgado y se había dejado una poblada barba. Su aspecto había cambiado, y costaba reconocer al anterior duque que había bajo aquella ropa informal que ahora vestía.

—Hola, Maurice —me saludó al detenerse frente a mí.

Infinidad de veces había imaginado aquel momento, había preparado incluso multitud de posibles frases con las que recibirlo. Pero ninguna de ellas logró salir de mi boca. Lo único que hice fue adelantarme hasta él y abrazarlo con todas mis fuerzas. ¡Joder, era mi padre!

Hay ciertos momentos en la vida que son imborrables. Uno de los míos fue aquel, entre los brazos de mi padre, el hombre que más he admirado nunca, mientras nuestros latidos se fundían hasta componer un único ritmo. Solo entonces me permití ser lo que era, un hijo. Un simple joven que, por un instante, fue capaz de dejar atrás la responsabilidad que pesaba sobre sus espaldas.

—Te veo bien —murmuró cuando logré separarme de él.

—No sé si puedo decir lo mismo de ti —bromeé. Seguía nervioso, lo admito.

—Ven, sentémonos ahí —dijo señalando uno de los bancos del parque.

Cuando lo hicimos, y pude salir del trance inicial tras el encuentro, las preguntas se

amontonaron de golpe en mi cabeza.

—Imagino que necesitas respuestas —planteó sentado a mi lado, con el cuerpo girado hacia mí.

—Han pasado cuatro años, papá, así que...

—He venido para dártelas todas.

—¿Y por qué ahora? ¿Por qué no antes?

—Todo tiene su momento, hijo.

Su sosegada voz me inquietaba y me calmaba a partes iguales.

—Empecemos desde el principio entonces —planteé—. ¿Dónde has estado?

—En Uitdam, un pequeño pueblo de Holanda, en Países Bajos.

—¿Todo este tiempo?

—Sí.

—No estabas demasiado lejos, por lo que deduzco que has estado al corriente del revuelo que se montó tras tu desaparición.

—Lo cierto es que sí. Eso me obligó a ocultarme durante un tiempo.

—Creíamos que te habían secuestrado.

—Lo sé, hijo, y lamento profundamente el daño que os he causado.

—¿Por qué lo hiciste, papá? —cuestioné esperando una respuesta que me convenciera.

La idea de que fuese un prófugo de la justicia aniquiló el resto de preguntas que quería hacerle. En los cuatro años que llevaba sin saber de él, jamás contemplé esa posibilidad, y sin embargo ahora cobraba más fuerza que nunca.

Mi padre se recolocó sobre al banco y, con la mirada perdida en el río que teníamos frente a nosotros, se dispuso a darme su relato.

—Cualquier persona que no haya estado en mi posición podría hacer un juicio previo de lo que hice. Lo admito. Como también el hecho de que mis actos hayan hecho daño a las personas que más quiero y me importan. Pero hay veces que debemos tomar una decisión, a pesar de las consecuencias o el dolor que podamos causar. Ese fue mi caso.

—¿Qué pasó? —le demandé ansiando conocer la verdad.

—Hace cuatro años me diagnosticaron un cáncer terminal.

Sus palabras fueron como puñales atravesándome el pecho.

—El médico fue muy claro al respecto —prosiguió—, y me aseguró que tan solo me quedaban unos seis meses de vida, como mucho.

—¿Y no contrastaste su valoración con otro médico? —cuestioné.

—Lo hice, y coincidió con el primero —aseguró.

—Pues, afortunadamente ambos se equivocaron —puntalicé, pues él seguía vivo y estaba junto a mí en carne y hueso.

—Yo en aquel momento no podía saberlo y me centré en lo que se me venía encima. Saber que vas a morir hace que te plantees demasiadas cosas, hijo. De pronto tu vida pasa ante tus ojos como una película en la que, curiosamente, solo quedan los fotogramas que te hicieron feliz, esos que en algún momento dejaste atrás y que de pronto reaparecen para recordarte el por qué habías llegado a este mundo. Puede que te resulte extraño e incluso te haga daño conocer la verdad, pero he de ser franco contigo.

—Por favor —le insté para que así lo hiciera.

—Otra de las cosas que te planteas cuando sabes que vas a morir, es elegir cómo vivir lo que te queda de vida. Yo lo supe al instante. Y aunque suene demasiado duro o incluso egoísta por

mi parte, no me arrepiento de haberlo hecho, pues volvería a repetirlo sin dudarlo.

—¿Alejándote de tu familia? —cuestioné sin ocultar mi enfado.

Él se giró para mirarme.

—No, hijo, junto amor de mi vida.

Su confesión me dejó sin aliento.

—¿Cómo...?

—No quiero que pienses que nunca quise a tu madre. Lo hice, y durante mucho tiempo. Pero el nuestro fue un matrimonio concertado, organizado por nuestros padres.

Jamás en toda mi jodida vida tuve la menor idea de lo que estaba contándome.

—Por aquel entonces —continuó—, yo mantenía una relación con la mujer más increíble que he conocido. Pese a que éramos demasiado jóvenes, siempre supe que sería el amor de mi vida y que la querría mientras viviera. Hicimos multitud de planes para hacer juntos en el futuro, teníamos grandes sueños, y todos ellos se rompieron cuando me obligaron a dejarla para casarme con una mujer a la que apenas conocía. El día que rompí con ella, sentí que me moría, que una parte de mí desaparecía y se desvanecía para siempre.

Pude ver cómo los ojos le brillaban al hablar de ella, y al instante me sentí identificado con él recordando a Laura.

—Con el tiempo llegué a querer a tu madre —prosiguió—, pero nunca la amé como amaba a Emma.

—Así que ese es su nombre.

—Sí —respondió volviendo a mirarme—. Siento si todo esto te hace daño.

—Lo cierto es que sí —admití—. Como tu hijo, me duele saber que no hayas amado a mi madre. Pero como hombre, empiezo a entender por qué lo hiciste.

Él me miró de un modo extraño y le pregunté a qué venía aquel gesto.

—Nada, es solo que veo una madurez en ti que antes no conocía. Supongo que me he perdido demasiado para estar al día.

Había tristeza en su voz, y me apresuré a pedirle que siguiera contándome su historia.

—Ya habrás adivinado que nunca rompí del todo el contacto con Emma. Ella se casó con un buen hombre, con el que tuvo dos hijos. Llegados a esta parte, necesito que sepas que nunca faltamos a nuestras respectivas parejas.

—Hasta que decidiste marcharte con ella —puntalicé.

—Eso es. Cuando el médico me comunicó la noticia, la primera persona en la que pensé fue en ella, y en recuperar el tiempo que habíamos perdido separados el uno del otro. A pesar de que pueda parecer el hombre más egoísta y el peor padre del mundo, en aquel momento solo pensé en mí y en lo poco que me quedaba de vida. Decidí ir a verla. Su marido había fallecido un año antes, era una mujer soltera, y no tuvo reparo en que lo hiciera. Pensé que sería una simple cita, algo puntual, y que regresaría a casa ese mismo día. Pero no ocurrió así. En cuanto nos vimos, ambos comprobamos que aquel sentimiento de juventud seguía tan vivo como el primer día. Me fue imposible separarme de ella. No podía volver a hacerle lo mismo que le había hecho en el pasado, porque esta vez no me lo perdonaría. Y decidí quedarme allí, vivir a su lado los últimos meses que me quedaban de vida. Sin responsabilidades. Sin miedos.

»Intenté regresar a casa. Juro que lo hice. No era justo para ninguno de vosotros que yo desapareciera como lo hice, ni tampoco deshonorar el apellido Dumont o a tu madre públicamente. El revuelo que se montaría de conocerse la noticia de mi idilio hubiera traspasado fronteras, y afectado a ambas familias. Sopesé un millar de veces cómo hacerlo para causar el

menor daño posible, pero no hallé una respuesta. Los días fueron pasando y todo se complicó cuando la prensa me dio por muerto. Vi cómo se celebraba mi propio funeral y ya no encontré el modo de presentarme allí y contaros toda la verdad. Resulta paradójico que los médicos me aseguraran que iba a morir, que todo el mundo me creyese muerto, a pesar de que, curiosamente, me sentía más vivo que nunca.

El corazón me golpeaba con fuerza contra el pecho. Remover todo aquello no era fácil para mí, y preferí no dejarme nada en el camino. Él estaba enfermo, sí. Estaba con el amor de su vida, también. Pero yo no había dejado de buscarlo, de sufrir por él y de cargar con su propia carga para que él disfrutara a mi costa. No me parecía justo, y se lo solté todo a bocajarro.

—Te ruego que me perdones, hijo —sollozó posando su mano sobre la mía, que descansaba sobre mi pierna—. Sé que la persona que menos merecía todo esto eras tú. Por eso he querido decírtelo yo mismo en persona.

—Tus palabras contradicen a tus hechos —argumenté intentando retener la humedad que me bañaba la vista.

—Me aseguré de que recibieras más que nadie precisamente porque esperaba que fueras el único en entenderme cuando conocieras toda la verdad.

—¿Lo dices en serio? ¡Yo nunca pedí un título, ser el cabeza de familia o estar a cargo de la maldita empresa! —mascullé.

—Lo sé, pero tarde o temprano lo hubieras heredado todo. ¡Me habían dado seis meses de vida!

—¿Y qué ha pasado para desafiar los diagnósticos? —ladré sin sopesar lo que entre líneas abarcaba aquella pregunta.

—Que, para mi sorpresa, estar con Emma me alargó la vida —respondió con templanza.

En ese momento me rompí, y lloré como un niño sobre aquel banco. Con la cabeza hundida entre mis manos, sentí cómo mi padre me abrazaba para darme consuelo, sabiendo que, lo más jodido de todo, era que yo hubiese hecho lo mismo que él. Yo también hubiese escogido a Palmera para pasar junto a ella los últimos días que me quedaran de vida. No hubiese abandonado a Fynn, pero él aún era un niño, y cuando mi padre tomó aquella decisión los tres ya éramos adultos.

—Me has hecho mucha falta, papá —sollocé sin poder retener aquella agua salina que bañaba mi rostro.

—Lo sé, hijo. Y no imaginas cuánto lo siento. Siento haberte hecho daño, haberte hecho sufrir así, y no haberte dado la oportunidad antes de encontrarme.

—Reconozco que eso lo has hecho bien —subrayé limpiándome con el dorso de la mano.

—También el modo en que te eduqué, y no puedo sentirme más orgulloso de ello.

Me levanté. Necesitaba tomar el aire y que este llegase a mis pulmones. Mi padre, entendiendo lo que me pasaba, me ofreció de inmediato dar un paseo. Se le veía cansado, y quise asegurarme de que fuese la mejor opción para él. Me confirmó que sí, y ambos comenzamos a caminar muy despacio por la orilla del río.

Los siguientes minutos los aproveché para interesarse por todos nosotros, y en especial por cómo era mi vida. Le conté que mi madre estaba como siempre, que Romy se había mudado a Australia, que Alice dirigía la fundación, que Fynn era ya todo un hombrecillo, y que yo me había separado de Beth.

—Siento oír eso —murmuró.

—No lo hagas. Ella nunca fue buena para mí ni para nuestro hijo.

—Supongo que debo disculparme también por obligarte a casarte con ella como hicieron conmigo. No debí hacerlo.

—Yo también creí que era lo correcto, papá. No debes cargar con esa culpa.

—¿Y ahora? ¿Cómo andas en lo sentimental? De tu hermano podía esperarme cualquier cosa. Pero, Alice y tú ¿no tenéis a nadie en vuestras vidas?

La curva de mis labios me delató.

—Alice sigue soltera y sin novio a la vista. Ya sabes lo exigente que siempre ha sido al respecto. Yo, en cambio, tengo a mi propia Emma —anuncié nombrando al que era el amor de su vida, según me había confesado.

—Entonces eres un hombre con suerte. Me alegro mucho por ti, hijo.

—Bueno, es largo de contar. Aunque te adelantaré que no todo es tan bonito como parece.

—¿Qué quieres decir?

Durante un buen rato, lo puse al corriente de todo lo que había pasado en los últimos meses, y de que su llamada hizo que cancelara mi vuelo a España.

—¡Joder, he tenido cuatro años para hacerlo, y ha tenido que ser en el peor momento!

—En realidad creo que no. Creo que has llegado en el mejor, porque un tiempo atrás no hubiese entendido por qué tomaste aquella decisión. Imagino que tampoco debió ser fácil para ti —admití.

—No lo fue, hijo, no lo fue.

Se mostró cansado y regresamos al banco. Allí continuamos charlando y él me contó que el cáncer remitió, pero que en el último año su situación había empeorado. Tenía principios de metástasis, y apenas le quedaba tiempo.

Me detuve en seco al escucharlo. Me había citado para despedirse.

—Siento oír eso —susurré.

—No lo sientas, hijo. He tenido una vida maravillosa y soy un hombre afortunado.

—¿Cuándo...?

—¿Voy a morirme? —terminó la pregunta por mí. Yo aún me sentía incapaz de llamarlo por su nombre y me limité a asentir—. Una semana o dos como mucho.

El corazón se me contrajo hasta convertirse en una mísera bola del tamaño de una canica. ¿Cómo se reacciona cuando alguien te suelta una bomba así delante de tus putas narices? Mis ojos volvieron a humedecerse, y apenas pude contenerlos.

—Ya se equivocaron una vez, puede que...

—Esta vez no, hijo —me interrumpió.

—Mis hermanos y mi madre también merecen que te despidas de ellos —murmuré cuando el nudo que tenía en la garganta logró dejar pasar la voz.

—Lo sé. Y lo he sopesado, créeme. Pero creo que es mejor no remover el pasado. El daño que podría causarle a tu madre no me lo perdonaría nunca —confesó.

—¿Y mis hermanos? O al menos Alice. Ella es fuerte y te aseguro que podrá soportarlo.

—Maurice, nadie debe saber que sigo con vida. Te he elegido a ti porque sé cómo eres, y porque, como has dicho, fuiste el que más cargó con mis responsabilidades. Merecías más que nadie una explicación, y por eso estoy aquí.

—Al no hacerlo, vuelves a cargar sobre mí la carga de mantenerlo en secreto.

—¿Y qué ganaría presentándome allí y contando mi historia? ¿No crees que les haría menos daño dejando las cosas como están? Ya han pasado por un duelo. No necesitan pasar por otro.

—Y yo sí.

—Tú eres el más fuerte de todos. Siempre lo fuiste, incluso más que yo.

Ni siquiera yo sabía que él pensara eso de mí.

—Antes de que ocurriera todo esto, antes incluso de saber que iba a morir —continuó—, ya te había nombrado en mi testamento. Siempre supe que serías el indicado, que podrías llevar el negocio, el título y la familia adelante, y el tiempo me ha demostrado que estaba en lo cierto.

Entendí su postura, y acabé aceptándolo.

—Supongo que tienes razón al querer mantenerlo en secreto. Creo que hasta podrían demandarte por fingir tu muerte.

—A estas alturas eso es lo que menos me preocupa. Pero sí, podrían hacerlo.

—Creo que no te lo he dicho, pero te doy las gracias por darme la oportunidad de despedirme de ti.

—Te voy a decir algo que yo tampoco te he dicho hasta ahora —señaló posando su mano sobre la mía—. A riesgo de parecer condescendiente, quiero que sepas que no existe en este mundo un padre que se sienta más orgulloso de su hijo como yo lo estoy de ti.

Lo rodeé con los brazos y lo abracé. Y él supo transmitirme su amor del mismo modo.

—Te quiero, papá.

—Y yo a ti, hijo. Te quiero con todo mi ser.

A mediodía, y tras pasar toda la mañana a su lado, aprovechando cada segundo, cada sonrisa y cada llanto junto a él, me despedí de mi padre. Sabía que aquella sería la última vez que lo vería, y lo hice con una extraña sensación de paz que no esperaba.

—Ve a por Laura, hijo, y no dejes que nadie te impida cumplir tus sueños —fueron sus últimas palabras antes de ver cómo se subía a un coche, en el que una mujer de mediana edad lo esperaba.

Él se iba con el amor de su vida, y yo aún tenía que organizar un vuelo que me llevara a recuperar el mío.

«Es en ese momento, cuando te conviertes en adulto, que miras atrás..., y sabes que ha merecido la pena».

Capítulo 40

Después de tantas semanas alejada de mi abuela y de la vida que había tenido nueve años atrás, volver a aquella casa fue reconfortante y triste al mismo tiempo. Regresé con la intención de salvaguardar a una familia, de proteger al bebé que llevaba en mi vientre. Pero ni siquiera aquel acto de sacrificio, encubierto de valentía, o puede que, de auténtica locura, conseguía borrar la inquietante sensación que me invadía de que había fracasado.

Había estado ocultando la verdad para proteger precisamente lo que ahora dejaba al descubierto. Sin embargo, ya no había marcha atrás. Ya estaba hecho. Había vuelto y estaba allí, rota, recibiendo el consuelo de mi abuela, que gratamente me acogió entre sus brazos. Agradecí hasta el infinito que me aceptara de aquel modo. Sin preguntas, sin reproches, tan solo dándome el refugio que tanto necesitaba y que tanto había añorado.

No duró demasiado.

Tras acunarme y permitirme llorar a moco tendido sobre su hombro, la Antonia de siempre se presentó en el salón.

—Venga, deja de llorar y dime qué ha pasado. ¡Y no te molestes en mentirme, porque lo sabré! —me apremió con su característico genio.

Me aparté de ella y me limpié la cara con el pañuelo que sacó del bolsillo de su bata corta, que ella usaba a modo de babi.

—Déjame que beba algo de agua antes —le pedí.

—Bebe lo que quieras, pero cuéntame. No, no me lo digas, si puedo imaginármelo —añadió a mi espalda, mientras me dirigía a la cocina—. Te has liado con ese sinvergüenza, te has vuelto a enamorar y te ha dejado tirada, ¡como si lo viera!

—No todo es cierto —apunté abriendo la nevera para servirme agua fría. En Elche hacía mucho más calor que en Bruselas y tenía la garganta seca.

—Vale, entonces no te has liado, pero te ha dejado tirada igualmente. ¿Acaso no te advertí que no te acercaras a él?

—No fui yo, abuela. Fue él quien vino a mí.

—¡Peor aún! ¡Menudo cabronazo! ¡Aprovecharse así de mi nieta estando casado! ¡Si me lo cruzo le parto la cara!

Siguió soltando toda clase de burradas hasta que me volví hacia ella y le propuse regresar para sentarnos en el salón. A regañadientes, ella aceptó, cuando de pronto la vi fruncir el ceño. Me miró de un modo extraño y se acercó todo lo que pudo para mirarme los ojos.

—¡Virgen de Nuestra Señora de la Asunción! —gritó con espanto—. ¡Estás preñada!

—¿Cómo lo has sabido?

—Tienes los ojos amarillos, síntoma inequívoco de que estás embarazada. ¡Ay, que me da! —se abanicó con la mano, y yo me apresuré a ofrecerle una silla de la cocina para que se sentara.

Abrí el grifo del fregadero y le eché agua en la nuca.

—Respira, abuela, respira.

—¡Ya estoy respirando, si lo que necesito es cargarme a alguien! ¡¡¡Maldito *mamonazo*!!! ¡Si es que todos los hombres son iguales! ¡Prometen y prometen hasta que la meten! ¡Ay, hija mía! ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Lo primero calmarte —advertí en tono serio, sentándome frente a ella, al otro lado de la pequeña mesa—. Él no me ha prometido nada, y fue cosa de los dos.

—¡Coño, pues peor aún!

—Abuela, él ni siquiera lo sabe.

La cara que puso jamás podré olvidarla.

—Pero, ¿tú eres tonta o te has quedado gilipollas con los meneos del avión? ¿Cómo se te ocurre ocultarle algo así? Si es el padre ¡que apegue y se atenga a las consecuencias! ¡Vamos, hombre! ¡Encima vas a librarlo de su responsabilidad! ¡Por encima de mí va a escaparse el sinvergüenza ese!

—¿Te calmas ya y te explico o sigues soltando barbaridades sin saber la verdad? —mascullé.

—Ya puedes tener una buena excusa para ir defendiéndolo como lo haces.

La vi cruzarse de brazos sobre sus voluptuosos pechos. Aquella postura era tan típica en ella cuando se enfadaba, que me armé de valor para contarle toda la historia. Poco a poco, conforme le iba relatando todo desde el principio, su cuerpo se fue relajando, y sus manos acabaron sobre los muslos. Excepto cuando llegué al momento de mi conversación con Beth.

—¡Será hija de puta! Sácame un billete de avión, que esa va a saber quién soy yo —amenazó.

—Abuela, ahora es mejor dejar pasar algo de tiempo.

—¿Y dejar que esa lagarta se salga con la suya?

—Lo hará si vuelvo allí antes de tiempo. No puedo hacerle eso a Maurice, ni a Fynn o a Alice. Bueno, a los Dumont, en definitiva.

—¡Ay, dios mío, si ya sabía yo que no era buena idea que te quedaras! —lamentó una vez más.

—Ya está hecho, abuela. Ahora solo necesito tu apoyo. ¿Podrás hacerlo?

La vi resoplar, abrir la boca y cerrarla de nuevo. Imaginaba la multitud de cosas que debían estar pasándole por la cabeza, aunque finalmente acabó cediendo.

—Está bien, hija. Pero no vuelvas allí, te lo ruego.

—No sé cuándo, pero tengo que hacerlo, abuela. Allí tengo mi negocio y al hombre al que amo.

—Solo con una condición —apuntó. Yo alcé los hombros a modo de pregunta y ella prosiguió—. Que no lo hagas hasta que esté divorciado.

«Esa es la idea».

—Tienes mi palabra —aseguré sabiendo que la cumpliría.

Tras aquella conversación que tanto necesitaba, me decidí a llamar a las chicas. Ocultar la verdad carecía de sentido a aquellas alturas, y ellas enloquecieron al saber que había vuelto y que estaba en Elche. Diana fue la primera en llegar, pues vivía muy cerca de nuestra abuela. El reencuentro estuvo lleno de gritos, que aumentaron de tono en cuanto le comuniqué la noticia.

—¿Estás embarazada? ¿Y yo voy a ser tita? ¡Eres mi puto ídolo!

—¡Esa boca! —le riñó mi abuela.

—Prima, y el duque ¿no tiene ningún amigo para mí?

El único que conocía era el barón, el marido de Guada.

—Soltero y disponible, que yo sepa, no.

—Vale, eso no es un «no» rotundo, así que aún hay esperanza.

—¡Menuda fresca estás hecha! —gruñó la abuela.

—Si tú supieras —murmuró la loca de mi prima.

—¡Eh, golfa de los puertos, lleva cuidado con lo que dices, que te he oído! ¡Virgen santísima, qué he hecho yo para merecer este par de golfas en mi casa!

—Abuela, pero si mi madre me dijo que tú y la tita Esther os casasteis de penalti, ¿qué problema tienes? A ver.

«¡Tócate las narices! Eso sí que no lo sabía».

—¡Sal de mi casa, demonio! —la amenazó con la chancla en alto, mientras Diana corría delante de ella, intentando esquivar el lanzamiento.

Yo no podía dejar de reír. Había vuelto a casa, a mi loca y divertida casa.

El resto de la mañana la pasé con ellas, y a mediodía Yolanda se nos unió. La idea era irnos a comer a la zona del Raval, pero mi abuela se negó en rotundo a que me fuera escudándose en que acababa de llegar. De todas formas, ella ya estaba acostumbrada a las locuras de su nieta y su mejor amiga, y las chicas aceptaron el plan de quedarnos en casa.

La abuela se empeñó en cocinar sin ayuda para las cuatro. ¡Dios, cómo echaba de menos su comida! Y aún más su inmejorable receta del arroz con costra. Solo con el olor que dejaba en la cocina era capaz de alimentarme de lo rico que le salía.

Mientras, las chicas y yo nos encargamos de poner la mesa en el salón. Teníamos muchas cosas que contarnos, debíamos ponernos al día, y el tiempo que había estado fuera, pese a las habituales videollamadas y mensajes que nos enviábamos, nos daba para mucho.

A media tarde, el tema de conversación giraba en torno a Yolanda. Tenía un nuevo compañero de trabajo que le parecía mono, y no dejaba de hablar de él con una tontorróna sonrisa en la cara.

—Tú estás colada hasta las trancas —le soltó mi abuela que, pese a estar viendo la televisión, andaba con el oído puesto en lo que decíamos.

—No, Antonia. Solo... me cae bien.

—Sí, claro, y los bebés los trae la cigüeña. *Virgencica* —añadió santiguándose mirando hacia el techo—, cuida del bebé de mi nieta y pártelo las piernas al padre. Amén.

—¡Abuela! —la reñí.

—¿Qué? Una reza lo que le sale del moño.

Las chicas y yo nos echamos a reír. Discutir con ella era una causa perdida, y era mejor darle la razón para no ir a mayores.

Yolanda se disponía a seguir contándonos, cuando de pronto, el timbre sonó.

—¿Esperas a alguien? —le pregunté a mi abuela, mientras me levantaba de la mesa.

—Si vienen vendiendo algo, diles que la pensión no me da por culpa del gobierno y que no quiero nada.

Sonreí una vez más por su respuesta y me dirigí hacia la entrada. Abrí la puerta sin mirar antes por la mirilla, y allí estaba él. Maurice. Impecable con su traje chaqueta y más arrebatador que nunca.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con el corazón desbocado.

—Necesitaba saber que estabas bien.

Un par de pasos tras él estaba Olivier, al que saludé con un simple gesto con la mano.

—¿Cómo...? ¿Cómo me has encontrado? —Las palabras salían como metralla de mi boca,

incapaces de detenerse, mientras mi mente intentaba asimilar que estuviera allí, que lo que estaba viendo era real.

—No ha sido fácil, te lo aseguro, pero aún tengo contactos.

—Es imposible. No había más vuelos hasta la noche.

—Tengo un jet privado, Palmera.

—¿Quién es? —escuché a mi abuela tras de mí.

«A ver cómo le suelto yo ahora la bomba».

Tenía la opción cerrarle la puerta en las narices y fingir que era un vendedor, o de dejarle entrar y prepararme para que se desatara la guerra. Mi lado masoquista optó por la segunda.

Los invité a entrar a los dos, pero Olivier prefirió quedarse en el descansillo. Cuando Maurice se adentró, cerré la puerta y lo acompañé hasta el salón mentalizándome aún de lo que me esperaba.

—Abuela, quiero presentarte a Maurice —dije señalándolo.

Las chicas lo miraron con la boca abierta sin molestarse siquiera en disimular un poco.

—Me pusiste en tu mensaje que estaba enferma —cuchicheó él cerca de mi oído al ver la agilidad con la que mi abuela se levantó del sillón y se dirigía hacia nosotros.

—Es algo mental —respondí sin pensar.

Debía hacer algo o acabaría empeorando la situación aún más.

—Encantado de conocerla, señora. Laura me ha hablado mucho de usted —se presentó en un perfecto español, con una cortés venia que no pasó desapercibida para nadie, y menos para las chicas, que aún seguían petrificadas sin decir una sola palabra.

—No más que a mí de ti, eso te lo aseguro —farfulló mi abuela frente a él, dispuesta a demostrarle que no era bienvenido.

Su grosera respuesta logró que Diana y Yolanda reaccionaran. Al instante, las dos se levantaron y se colocaron junto a ella.

—Abuela, dejémoslos a solas un momento —propuso mi prima cogiéndola del brazo, con la firme intención de llevársela a alguna parte.

—¡Y una mierda! —masculló soltándose de un rápido gesto.

—¡Abuela! —la riñó.

—¡Esta es mi casa! —defendió la mujer sin amilanarse lo más mínimo, sin apartar su acusadora mirada de Maurice.

Yo iba a decirle algo, cuando él se me adelantó.

—Tiene razón. Es su casa, y tiene derecho a saber por qué estamos aquí.

—¿«Estamos»? ¿Quién ha venido contigo? —inquirió ella.

—Olivier, su guardaespaldas —respondí.

—¿Y lo has dejado en la puerta? ¡De eso nada! —protestó dirigiéndose hacia allí para abrirle —. Pasa, nene, pasa. No te quedes ahí fuera.

Ni siquiera el propio Olivier se atrevió a negarse por el modo en que lo agarró del brazo y tiró de él.

«¡Ay, dios!».

Cuando los dos se presentaron en el salón, Diana se lo quedó mirando embobada.

—Cierra la boca que babeas —le advirtió Yolanda al oído.

—Me he muerto, tía —la oí decir.

—Pues vuelve a la vida, que no está la cosa para entierros ahora.

Las dos estaban fracasando de forma estrepitosa si su intención era disimular.

—¿Estamos todos o falta alguien más? —cuestionó mi abuela colocándose en el mismo lugar que antes, frente a nosotros tres.

—No hay nadie más, se lo aseguro —respondió Maurice.

—No es eso lo que tengo entendido —defendió con sorna.

—Abuela, por favor —le pedí, para que pusiera algo de su parte.

—Hala, pues si ya estamos todos, desembucha.

Volvió a cruzarse de brazos sobre sus pechos y yo me volví hacia Maurice para advertirle.

—Será mejor que lo hagas o no acabaremos nunca.

Lo vi tomar aire y expulsarlo a modo de suspiro.

—Está bien —dijo volviéndose hacia mí—. No sé qué está pasando aquí, ni por qué te marchaste sin despedirte. Pero estoy aquí para llevarte conmigo de vuelta.

—Eso ya lo veremos.

—Abuela, déjalos —la amonestó Diana.

—Sé que te mentí, y lo siento —me disculpé.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué te ha hecho largarte así?

—Pregúntale a la zorra esa.

—¡Abuela! —le gritamos Diana y yo al mismo tiempo.

—Ya me callo, hala, ya me callo —se excusó, a pesar de que las dos sabíamos que eso no sería posible.

—¿Todo esto ha sido por Beth? ¿Qué ha hecho? —masculló sin ocultar su enfado—. Laura, dímelo o...

—Contrató a un detective privado para vigilarte —respondí sintiendo cómo las lágrimas amenazaban con salir—, y tiene fotos nuestras que usará en tu contra para quitarte todo lo que pueda. Me amenazó que las usaría si no desaparecía.

En silencio, Maurice me abrazó y me abocó frente a su pecho.

—Lo siento. Siento haberte metido en esto —susurró besándome la parte alta de la cabeza.

Cómo había echado de menos su olor. Su calidez.

—Y yo siento tener que decirte que... no iré contigo —dije separándome de él, con todo el dolor que hacerlo me suponía.

—Laura, por favor, ni siquiera lo digas —me imploró.

—Es lo mejor para todos, Maurice. Tu familia no merece que ella se salga con la suya solo porque tú y yo...

—No acabes esa frase, Palmera —insistió cogiéndome por la cintura y abrazándome con la mirada—. Lo que tú y yo tenemos es lo mejor que me ha pasado en toda mi jodida vida. Yo estaba roto hasta que tú llegaste. A mi alrededor solo había oscuridad, por eso he pasado todos estos años apartando a los que más me importaban de mi lado. Incluso a ti. Fui un maldito cobarde al pedirte que mantuviéramos en secreto lo que hay entre nosotros. Pero eso se acabó. No mereces estar en la sombra, porque tú eres la luz que me guía. Siempre lo fuiste. Ahora lo sé. Y no solo porque te ame más que a nada en el mundo y no pueda vivir sin ti, sino porque tú me has enseñado a ser la mejor versión de mí, a no tener miedo y luchar por lo que quiero. Y te juro que no hay nada por lo que desee luchar más que por lo nuestro. Por nosotros y nuestro futuro juntos.

—Pero el patrimonio, la empresa...

—Lo defenderemos hasta las últimas consecuencias, juntos de la mano. Laura, hasta mi madre está deseando verte y disculparse contigo. Ella solo fue una víctima de la manipulación de

Beth, pero te aseguro que está esperándote con los brazos abiertos. Como Alice, y como Fynn.

—¿Y si ella se sale con la suya? ¿Y si consigue su objetivo? ¿Crees que podré perdonarme haceros eso?

—Nada de lo que tengo tiene valor si no puedo disfrutarlo contigo, Palmera —aseguró acogiéndome el rostro con las manos—. En estas últimas veinticuatro horas he aprendido una lección muy valiosa, y sé que es a ti a quien quiero a mi lado. Te necesito, y no pienso desperdiciar un segundo más alejado de ti, sin luchar por lo que tú y yo tenemos, por nosotros. Siempre fuiste tú, Laura. Eres la única mujer que he amado, el verdadero amor de mi vida, y nada me importa si tú no estás conmigo. Así que no vuelvas a pedirme que me aleje de ti, porque no lo haré. Ni ahora ni nunca, amor mío.

No pude contener las lágrimas. Aquella declaración de amor era lo más hermoso que me habían dicho nunca, la fuerza que necesitaba para seguir adelante y unirme a él en aquella lucha en la que ambos nos habíamos visto envueltos. Sin embargo, no había sido del todo sincera con él, y me armé de valor para responderle.

—Hay algo que debes saber, Maurice —confesé dejando que él secara la humedad de mi rostro con las manos—. Te escogí incluso antes de ser consciente de que debía elegir. Tus pasos eran los míos, y tus sueños los míos propios. Creí que la distancia o el paso de los años rompería aquel hilo que me unía a ti, pero ni siquiera alejarme de tu lado sirvió para que aquella llama se apagara. Y nunca lo hará. Sé que seguirá ahí encendida, como el faro que guía el rumbo de un barco, para llevarme hasta ti. Porque desde el principio siempre fuiste tú. Hasta ahora.

—¿Qué quieres decir? —demandó con temor en la mirada.

—Ya no serás mi única luz que guíe mis pasos, porque pronto habrá otra que me acompañará en el viaje —anuncié bajando la mirada hasta mi mano, que posaba sobre mi aún diminuta barriguita.

Maurice siguió la vista hacia el lugar que yo acariciaba y me soltó.

—¿Es real? —me demandó con un gesto que jamás olvidaré.

Yo asentí. Y de pronto lo vi romperse y caer de rodillas al suelo frente a mí.

—Tu madre es tan maravillosa que me acaba de dar el mayor regalo —ronqueó llorando como un niño, hablándole a mi barriga—. Yo tampoco puedo vivir sin ella, pero necesito que me ayudes a llevaros a casa, o tu hermano Fynn y la tía Alice no me lo perdonarán.

—Eso es jugar sucio —balbuceé sin poder contener el llanto.

—¡Me cago en toda su raza! —soltó mi abuela de pronto entre sollozos—. ¡Vamos, que yo nunca lloro ni con las telenovelas, y tiene que venir el cretino este a hacerme llorar! ¡Venga, hombre!

Cuando desvié la vista hacia ella, vi que las chicas también lloraban a moco tendido.

—Doña Antonia —dijo Maurice al levantarse y volverse hacia ella—, debo pedirle algo.

—Si son perras, olvídalo —le cortó limpiándose la cara con un pañuelo.

—Haré todo lo posible para que nunca llegue ese día —aseguró—. Pero lo que quiero pedirle es su consentimiento para llevarme a su nieta y al bebé conmigo. Por supuesto, las tres están invitadas a venir también si lo desean.

—Yo voy —se adelantó Diana levantando la mano, como en el colegio.

—Los aviones me marean —puso de excusa mi abuela.

—¿Qué dices? Pero si tú nunca has volado en avión —le recordó mi prima.

—Tú calla.

—Le aseguro que mi piloto es de los mejores —aclaró Maurice.

—¿Y después?

—Estaremos encantados de recibirla en el castillo y ofrecerle la mejor suite.

—¿Y nosotras qué? —demandó Diana.

—¡Haz el favor de respetar el orden! —se quejó mi abuela—. ¿Qué decías, joven?

Su desparpajo logró rebajar un poco la emoción del ambiente y que todos recobráramos la normalidad arrancándonos una sonrisa.

—Que están invitadas a venir a Bélgica. Siempre y cuando me conceda también la mano de su nieta.

Abrí la boca todo lo que daba de sí, incapaz de creer lo que acababa de escuchar.

—Me lo tendré que pensar —respondió ella.

Mientras Diana y Yolanda le reñían por su respuesta, Maurice se volvió hacia mí.

—Laura —dijo clavando una rodilla en el suelo—. Sé que no he venido preparado y no tengo aún un anillo que ofrecerte, pero te aseguro que nunca he estado tan seguro de algo como lo estoy ahora mismo. ¿Me concederías el honor de casarte conmigo y ser mi compañera de viaje durante el resto de mi vida?

No podía hablar. Estaba tan emocionada que la voz no lograba salir de mi garganta.

—Le responde ya o le doy una colleja —escuché a mi abuela susurrar de fondo.

—¿En qué quedamos, abuela? ¿Lo quieres para Laura o no lo quieres? —le demandó Diana.

—No me despistes, que como me pierda algo por tu culpa, verás —la amenazó.

—Sí, sí quiero —respondí entre lágrimas—. ¡Por supuesto que quiero! —añadí mientras él se incorporaba y me abrazaba para besarme.

Se escucharon aplausos, y no tardamos en recibir sus felicitaciones. El salón de mi abuela se llenó de júbilo y multitud de abrazos entre unos y otros. El que más me emocionó de todos fue el de ella y Maurice. Después de nueve años considerándolo el enemigo, ella también sucumbió a sus encantos, y solo necesitó un encuentro para hacerlo.

Contemplé la escena emocionada y feliz como nunca, sin darme cuenta de que Olivier no estaba con nosotros. Lo vimos aparecer poco después con la cara desencajada.

—Señor, debemos volar a Bélgica cuanto antes. Ha habido un accidente y Fynn está grave en el hospital.

«La vida está llena de momentos maravillosos que debemos aprovechar hasta las últimas consecuencias».

Capítulo 41

Maurice Dumont I

Y de repente la vida decide arrebatarte algo y arrancártelo de las manos sin permiso. Sin darte la oportunidad de responder si lo aceptas o no. Ella sola toma sus propias decisiones, del mismo modo que te da y te regala otras sin consentimiento previo.

La llamada que Olivier había recibido de Alice apresuró nuestro regreso a Bruselas. La familia de Laura, y en concreto su abuela, fue la primera en alentarnos a hacerlo. Doña Antonia había resultado ser una mujer increíble, aunque lamentaba haberla conocido en aquellas circunstancias.

Ya en el avión, con Palmera a mi lado en todo momento, pude hablar con mi hermana con el móvil de Olivier, pues tras romperse la pantalla, el mío ya no funcionaba y no había tenido tiempo de reemplazarlo por otro. Alice apenas quiso adelantarme nada, y me aseguró que me lo contaría en cuanto llegásemos. No veía el momento de aterrizar en Bruselas. El corazón iba a mil y ni siquiera sabía qué había ocurrido. Lo único que tenía claro era que se la haría pagar al responsable de que mi hijo estuviese en el hospital.

Jacques nos esperaba en el aeropuerto para llevarnos directos a la clínica donde, al parecer, lo estaban operando. La escasa información que mi familia me iba dando lograba que aumentara aún más mi angustia. No recordaba la última vez que me había sentido así de inquieto y nervioso, mantener el control se había convertido en una tarea ardua, agotadora incluso, y no veía el momento de llegar para averiguar qué demonios había pasado.

Cuando mi chófer detuvo el coche en la misma puerta de la clínica, Laura y yo bajamos a toda prisa y, cogiéndola de la mano, ambos corrimos hacia el interior del edificio. Palmera estaba siendo la mejor compañera, paciente, mostrándome en todo momento su incondicional apoyo pasara lo que pasase. No podía concebir mi vida sin ella o el bebé que venía en camino, como tampoco sin mi pequeño Fynn.

Tras dar su nombre en recepción, y con la supervisión leal de Olivier a nuestro lado, llegamos a la sala de espera que nos indicaron. Allí estaban Alice, mi madre y los padres de Beth.

—¿Dónde está? —pregunté sin apenas aliento.

Alice era la única que estaba en pie, y fue la primera en responder.

—Sigue en quirófano.

Laura y ella se abrazaron, y mi madre se levantó para llegar hasta nosotros.

—Hijo, no sabes cuánto lo siento —susurró con los ojos bañados de temor.

—¿Qué ha pasado? —les demandé.

Al instante observé que los padres de Beth agacharon la cabeza.

Aquello me dio la pista de lo que escucharía a continuación. Mi exmujer no había sido la

única en contratar a alguien para vigilarme. Yo también había investigado acerca de su vida, como le hice ver en nuestra última cita en el restaurante, hacía ya varios meses, y sabía de primera mano que sus padres estaban arruinados. El negocio familiar se había ido a pique por una mala gestión, y por eso Beth intentaba sacar partido con el divorcio. Toda la documentación estaba en manos de mis abogados, y ellos mismos me aconsejaron que no desvelara aquella información para que jugara a nuestro favor llegado el momento.

Alice, sin temor a que mis todavía suegros escucharan lo que iba a decir, nos contó a Laura y a mí que Beth se había presentado en el castillo sin previo aviso. Al parecer, pretendía volver a utilizar a mi madre para que intercediera por ella y así convencerme de retomar nuestra relación. Jugar a dos bandas y con quien se le pusiera por delante siempre había sido su juego. Pero mi madre, para su sorpresa, se enfrentó a ella y se negó en rotundo a ayudarla. Acabaron discutiendo, y Beth enloqueció. Fynn acababa de llegar de visitar a los ponis del parque, y ella, amenazante y fuera de sí, lo obligó a subirse al coche para llevárselo, desoyendo los gritos de mi madre y los de nuestro propio hijo.

Enfurecido y con deseos de cargarme a alguien, seguí escuchando su relato. Laura me cogía de la mano para intentar calmarme, pero ni siquiera sus caricias conseguían doblegarme. Alice continuó contándonos que, cuando Beth se llevó a Fynn, mi madre la llamó. Según su versión, temía avisarme a mí por mi reacción, y prefirió ponerse en contacto antes con ella. Mi hermana salió a toda prisa de la fundación para reencontrarse con ella. Pero había retención de tráfico en el trayecto por un accidente ocurrido al otro lado de la carretera, y llegó más tarde lo que esperaba. Después recibieron una llamada del hospital, y la confirmación de que el coche que había volcado y provocado aquella retención era el de Beth. Por lo poco que sabían, iba a gran velocidad y en una curva perdió el control. El coche dio varias vueltas de campana y acabó estrellándose contra un árbol. Fynn fue el que tuvo más suerte de los dos. Los médicos lo sacaron del vehículo y lo trasladaron a la clínica a tiempo. A Beth, en cambio, no pudieron atenderla hasta que los bomberos no lograron rescatarla del amasijo de hierros en los que se había quedado atrapada.

—Está en coma, y no creen que sobreviva —susurró mi hermana, a pesar de que su esfuerzo no impidió que los padres de mi exmujer la oyeran.

Lamentaba saber que Beth se encontrara en tan mal estado, pero la vida de mi hijo era mucho más importante para mí. Ella y su codicia habían sido las causantes de que nos encontráramos allí, de que Fynn estuviera en quirófano, y de que aún no supiera realmente la gravedad que corría.

La madre de Beth sollozaba y su esposo la consolaba acariciándole la espalda. Imaginaba el dolor que debían estar sufriendo, pero fui incapaz de dirigirme a ninguno de los dos, como tampoco ellos se dignaron a disculparse conmigo en nombre de su hija. La ausencia de palabras era una conversación en sí misma, el silencio nuestro reproche, y las miradas el mutuo consuelo compartido.

—Tal vez no sea el mejor momento —comentó mi madre dirigiéndose a Laura—, pero quiero disculparme por cómo me comporté contigo. No merecías que te tratara así, y menos que te echara de casa. ¿Podrás perdonarme?

—Sé que lo hiciste para proteger a tu hijo, así que no tengo nada que perdonar.

Palmera me soltó la mano para abrazarla. Alice se emocionó al verlas. Y yo, testigo de la escena, me sentí por un instante orgulloso de la familia que tenía.

El abrazo fue interrumpido por el médico, que apareció ataviado con su uniforme verde y

gesto de preocupación.

—¿Es usted el padre de Fynn Dumont? —me preguntó nada más verme.

—Sí, doctor. ¿Cómo está? —demandé sin ocultar la ansiedad que sentía.

—Debe acompañarme. Su hijo ha sufrido una hemorragia y ha perdido mucha sangre. Necesita una transfusión urgente.

—Por supuesto. Donaré lo que haga falta, no lo dude.

—Venga conmigo.

Me despedí de mis tres mujeres con la mirada y salí disparado junto al médico. Atravesamos el pasillo y me guió hasta una pequeña sala donde aguardaba una enfermera.

—Ella se encargará de extraerle lo que necesitamos.

—Doctor, haga todo lo posible por salvar a mi hijo, se lo ruego.

—Estamos haciendo todo lo que está en nuestra mano, señor Dumont, no le quepa la menor duda.

El médico se marchó y yo me quedé allí siguiendo las indicaciones de la enfermera. Durante un rato, me quedé allí tumbado en un sillón mientras ella me extraía la sangre. Llenó varias bolsas y unos pocos tubos de ensayo y, al finalizar, me ofreció un refresco y algo de comer.

—No quiero nada, gracias —aseguré.

—Debe hacerlo, señor Dumont, para compensar la falta de hierro e impedir que pueda tener algún mareo.

A pesar de que desconocía aquel dato y de tener el estómago cerrado, acepté la bebida y di un bocado a la barrita energética que me entregó.

—Aguarde aquí en el sillón, por favor. Enseguida vendré a por usted.

La vi salir de la sala y me quedé allí acatando su petición. No sentía malestar alguno por la falta de sangre, pero sí por la inquietante y aterradora incertidumbre que me provocaba la espera. Los médicos siempre han sido cautelosos a la hora de dar un diagnóstico, supongo que, de forma acertada, dada su posición. Sin embargo, cuando se trata de un ser querido, cuando la persona que está en sus manos es alguien cercano a ti como lo era mi hijo, la sangre es precisamente la que te deja de fluir para convertirse en pura lava que te cierra hasta las vías respiratorias y te acelera todo el jodido cuerpo. Así era como me sentía el aquel sillón, rabioso por la impotencia de no poder hacer nada más por salvar la vida de mi hijo, y por tener que esperar para saber si podrían o no curarlo para poder llevármelo pronto a casa.

Pensaba en ello cuando, al cabo de un rato, la enfermera regresó junto con el médico. A juzgar por sus caras no traían buenas noticias.

—Señor Dumont, ¿puedo hablar con usted?

—Si me va a decir que mi niño ha muerto, yo... —balbuceé con un dolor que me atravesaba el pecho.

—Afortunadamente su hijo sigue con vida.

Sus últimas palabras consiguieron aliviar en cierto modo aquella opresión que apenas me dejaba respirar.

—Entonces, ¿de qué se trata? Sea sincero, se lo ruego.

—Verá, señor Dumont. El pedirle que nos donara sangre para su hijo ha sido porque no comparte grupo sanguíneo con la madre. Ella lamentablemente tampoco está en situación de poder hacerlo de todos modos, por eso hemos confiado en contar con su ayuda.

—Por supuesto. Lo que sea necesario.

—Lo que intento decirle es que, por fortuna tenemos un protocolo y es hacer un análisis antes

de realizar cualquier transfusión. Hemos hecho la prueba tres veces y he de comunicarle que su grupo sanguíneo tampoco coincide con el su hijo.

—Pero, eso no es posible —murmuré intentando asimilar lo que me estaba queriendo dar a entender.

—Como le he dicho, lo hemos comprobado hasta en tres ocasiones, y puedo asegurarle que el resultado es claro en todas ellas.

—¿Qué está queriéndome decir, doctor?

—Pues que, lamentándolo mucho, usted no es el padre biológico de Fynn.

Y ahí lo sabes. Y descubres que has sido víctima de un engaño y que tu vida ha estado llena de mentiras. Que la mujer a la que habías entregado una parte de ti, a la que habías escogido por no ser lo suficientemente valiente para apartarla de tu camino, había jugado contigo con el único fin de aprovecharse de ti.

Yo no era el padre biológico de Fynn, no sabía quién lo era en realidad, aunque ni siquiera aquella misteriosa duda, que se me había ocultado durante tantos años y que ahora resurgía en el momento más inesperado, me impediría poder salvarle la vida si estaba en mi mano.

—Dígame qué grupo sanguíneo necesita —le exigí al levantarme, dispuesto a encontrar un donante al precio que fuese.

No hizo falta. Olivier, que estaba en la puerta y lo había escuchado todo, entró en la sala y se ofreció voluntario a donar su sangre, asegurando que él era 0 negativo, y por tanto donante universal.

Una vez más supe lo afortunado que era de tenerlo en mi vida, de haberlo elegido a él y no a otro para ser mi hombre de confianza y estar siempre a mi lado.

Agradecido por su gesto, lo acompañé mientras la enfermera le extraía la sangre y esperábamos la confirmación de que valdría para salvar a mi pequeño. Desconozco el tiempo que estuvimos allí. No me sentía capaz de regresar aún con el resto. Allí estaba a salvo, a salvo de respuestas que todavía no me sentía preparado para afrontar.

Cuando por fin el doctor reapareció en la sala, su cara lo decía todo.

—Fynn está estable. Hemos conseguido detener la hemorragia y sus constantes vitales están bien. Pronto podrá verlo.

Al escucharlo me dejé caer en el sillón y me rompí como un niño. Olivier fue quien se encargó de agradecerse y de escuchar sus indicaciones hasta que nos permitieran reunirnos con él, porque yo no fui capaz. No podía dejar de llorar. Toda la rabia y el dolor que había sufrido en los últimos días estalló en aquella pequeña sala repleta de instrumentos médicos, y yo solo la dejé ir. Lloré hasta quedarme sin lágrimas, hasta que el dolor que tenía arraigado en el pecho se mitigó y me permitió respirar con normalidad. Perdí la noción del tiempo. Del espacio. De todo cuanto me rodeaba.

Solo cuando aquella presión se suavizó, me levanté y me dirigí hacia la sala de espera. Durante el trayecto sentí cómo el dolor se tornaba en rabia conforme me acercaba. Necesitaba respuestas, conocer la verdad, y solo había dos personas que pudieran darme ambas.

Desoyendo las preguntas que las tres mujeres de mi vida me hicieron al llegar, me dirigí directamente a los padres de Beth.

—¿Vosotros lo sabíais? ¿Sabíais que yo no era el padre biológico de Fynn?

Los murmullos que escuché a mi espalda no me detuvieron y me mantuve allí sin moverme, a la espera de una respuesta.

La madre sollozó con más fuerza y su padre se levantó para hablarme frente a frente.

—Sí lo sabíamos.

—¿Y por qué lo ocultasteis? —Estaba tan furioso que hasta Olivier se colocó a mi lado por si debía intervenir.

—¿Qué podíamos hacer si no? Es nuestra hija.

Podía ver que el hombre estaba roto, pero me importaba una mierda, después de todo lo que nos habían hecho a mi familia y a mí.

—Decir la verdad —escupí.

—Ella nos pidió que no lo hiciéramos.

—¿Y no os importó engañarnos a todos solo por su puto deseo? Sois tan culpables como ella.

—Cuando lo supimos, ya se había comprometido contigo y...

—¿Quién es el padre biológico?

—Nunca nos lo dijo. Solo sabemos que fue un tío al que conoció una noche tras una discusión que había tenido contigo. Debes perdonarla. Ella solo quería lo mejor para nosotros.

—¿«Lo mejor para vosotros»? —ladré—. ¿Y qué hay de mí o de Fynn? ¿Acaso mirasteis por nosotros alguna vez?

—Solo queríamos evitar un escándalo —intervino de pronto su mujer, incorporándose también para posicionarse al lado de su marido.

—¿A costa de la vida de la gente?

—Ella solo ha mirado por nuestro bienestar.

—Claro, y por eso me amenazó con arrebatármelo todo, utilizando a nuestro hijo que, biológicamente, ni siquiera es mío.

—Lo habíamos perdido todo —defendió el marido—. Ella solo intentaba que tuviéramos una vida decente.

—Nunca me he alegrado del mal de nadie, mis padres sí me educaron bien para pensar así, pero os juro que os arrepentiréis de esto.

—¿Acaso no es suficiente castigo saber que mi hija está a punto de morirse? —gritó la madre.

—¿Y soy yo el responsable de eso? ¡Secuestró a mi hijo y ha estado a punto de matarlo!

—¡Él no es tu hijo!

—¡Es vuestra hija la que nunca fue ni se comportó como una madre! Os guste o no, y aunque no lleve mi sangre, Fynn sí es mi hijo, y lo será mientras yo esté con vida. Y ahora ¡quitaos de mi vista!

Todos se apartaron para que ellos salieran de la sala, y cuando los vimos desaparecer, Laura fue la primera en llegar hasta mí.

—¿Estás bien? —susurró abrazándome por la cintura.

—Ahora sí —confesé, dispuesto a responder todas y cada de las preguntas que me harían.

Cuando por fin el médico vino a avisarnos, mi madre y yo fuimos los primeros en ir a ver a mi pequeño. Estaba en la cama, con vías en ambas manos, pero respirando por sí solo sin necesidad de ninguna máquina. Lo llenamos de besos y abrazos, con cuidado de no entorpecer demasiado y charlamos durante un breve rato.

—Abuela, siento haberme ido así. —Su voz sonaba tenue, pero yo no podía dejar de agradecer que estuviera vivo.

—Hijo, no tienes que disculparte por nada. Tú no tuviste la culpa —aseguró mi madre.

—Pero mamá estaba muy enfadada. Decía que, por mi culpa, papá no le iba a dar lo que ella quería.

El dolor que sentí perforándome el pecho en aquel instante apenas me dejó respirar.

—No es cierto, mi amor —susurré besando su mano—. Mamá estaba fuera de sí.

—Papá, mamá me da miedo. No quiero estar con ella. ¿Tú también te vas a enfadar si no quiero verla?

Hacía escasos minutos que nos habían comunicado que Beth había muerto.

—No, cariño. No la verás si no quieres. Jamás te obligaré a hacer algo que no quieras.

—¿Entonces no me obligarás a hacer los deberes cuando empiece el cole?

Si alguien podía arrancarnos una sonrisa en un momento así, sin duda era mi pequeño.

—Bueno, la verdad es que tendré que hacer ciertas excepciones —puntalicé.

—¡Pues vaya rollo! —se quejó con un puchero.

Al cabo de un rato mi madre salió y la sustituyó Alice. Yo no quise separarme de él, y me quedé a su lado, esperando a que le tocara el turno a Palmera.

Cuando entró, los ojos de Fynn se iluminaron.

—¡Laura, tú también has venido!

—Claro, campeón, ¿cómo iba a perderme este momento?

Ataviados con la bata médica que nos habían facilitado para poder estar allí, Palmera y yo, a ambos lados de la cama, nos dedicamos una mirada cómplice.

—¿Sabes qué? —planteé divertido—. En realidad, ha venido porque tenemos un regalo para ti.

La sonrisa de mi chica me revoloteó el estómago.

—¿Otra cometa? —preguntó Fynn emocionado—. Aunque no sé cuándo podré volarla.

—Es algo aún mejor —aseguré.

—¿Y qué es? —demandó.

—Esta preciosa mujer que tienes aquí delante —dije mirándola—, va a traernos un hermanito.

—¿De verdad? —celebró con entusiasmo, con tan mala pata que se hizo daño al moverse.

—Tranquilo, campeón —le advirtió ella—. Y no le hagas mucho caso, puede que sea una hermanita.

—¿Otra mujer en el castillo? —me quejé—. Ni hablar. Debe ser otro hombretón como nosotros, que somos minoría.

—¡Eso, eso, que ganemos los hombres!

—¡Será posible! —protestó mi Palmera—. Solo por fastidiaros va a ser una niña.

—Pero si eso no se puede elegir —se burló Fynn, sin creer que ella no supiera ese dato.

—¿Cómo que no? —defendió ella—. Tú ni caso, pequeña —le habló a su barriguita—, que estos dos son unos trogloditas, y les enseñaremos quién manda aquí.

Fynn rio a carcajadas, y ahí lo supe. Supe que era el hombre más afortunado sobre la faz de la Tierra. Que la vida nos arrebatara cosas, pero que también nos concede maravillosos regalos, como tener frente a mí a las dos personas que más amaba, o como el sonido más hermoso del mundo... la sonrisa de un niño. Mi niño.

«Siempre serás ese café que me hace invencible cada mañana, y ese beso a destiempo en el momento correcto».

Epílogo

Al asomarme a la ventana de la suite vi a Fynn y a Balbi volando la cometa sobre el césped, al otro lado de la carpa. La madre de Maurice corría tras ellos y los vigilaba para impedir que se acercaran demasiado a la zona donde tendría lugar la ceremonia. Ella había sido la encargada de organizar todos los preparativos, y solo había delegado en Alice algunas cosas, como las flores o el menú. La lista de invitados, por suerte, fue cosa nuestra. Charlotte deseaba invitar incluso a la realeza de Bélgica, pero Maurice y yo la convencimos para reunir solo a los más allegados, puesto que ya tuvieron ocasión de vivir el primer enlace con su anterior mujer.

Recordar a Beth aún me provocaba cierto malestar. Según mi abuela, solo cuando la perdonásemos por todo lo que nos había hecho lograríamos pasar página y dejarla atrás en el pasado. No sabía si algún día lo conseguiríamos, pero quería confiar en que sí, y en que realmente ella y su recuerdo desaparecían para siempre.

—*Toc, toc*, ¿se puede? —preguntó Diana al abrir la puerta. A su lado iba Yolanda.

—¡Dios mío! ¿Qué habéis hecho con mis chicas y de dónde salís vosotras? —me mofé al verlas tan guapas, que apenas las reconocía.

—Bélgica tiene unos estilistas maravillosos —comentó divertida nuestra amiga.

—Tiene mucho más que eso —apuntó mi prima—. Como hombres guapos, fuertes y altos.

—Y que se llaman Olivier —me burlé.

—Y que me tiraré en cuanto pueda —remató, haciéndonos reír a las dos.

—¿Ya estáis con el cachondeo? —demandó mi abuela, presentándose de pronto en la habitación.

Si las chicas iban guapas, ella no se quedaba atrás.

—¿Abuela? ¿De verdad eres tú? —le pregunté, a pesar de conocer la respuesta.

—¿Quién va a ser si no? Anda, deja de adularnos y vístete, que el novio ya está abajo.

Ella nunca lo confesaría, pero desde que conociera a Maurice lo trataba como a un hijo, y a veces, incluso mejor que a mí.

Presidiendo la habitación y colgado de un maniquí estaba mi vestido. Un diseño de alta costura, confeccionado por un joven diseñador emergente de Bruselas amigo de Richard, que escogí acompañada de Alice, Guada, Charlotte, y mi madre, que ese fin de semana viajó a Bruselas, después de más de diez años. También conté con la ayuda de las chicas y la abuela, que mediante videollamada estuvieron presentes ese día.

—¿Verdad que es precioso? —demandé con mirada tontorróna, dándole motivos a mi abuela para meterse conmigo.

—Mírala qué cara pone. Ya verás cómo te cambia cuando lleves veinte años casada.

—¡Abuela! —la riñó Diana.

—Tú, calla, lagarta, que te tengo fichada. Como te pille yo haciendo guarradas con el Olivier,

vas a saber tú quién es la Antonia.

—Me aseguraré de que no nos pilles, tranquila —la provocó.

—¡Serás...!

—Mamá, ¿ya estás metiéndote otra vez con las chicas? Déjalas en paz —le advirtió mi madre al entrar también en la suite.

—Cría hijos...

—¡Guau, mamá, estás guapísima! —solté al verla.

—Una hija no se casa todos los días —se justificó coqueta, girando sobre sí misma para que viera su vestido vaporoso en color verde.

—¿Dónde está la novia más guapa de toda Bélgica? —preguntó de pronto Alice, que llegó con mi pequeño en brazos, y acompañada de Guada, ambas vestidas de rojo.

—Estáis preciosas —las halagué sin cortarme lo más mínimo, tal y como había hecho con el resto, mientras le arrebatava a mi Philippe de los brazos.

El nombre lo escogimos entre Maurice y yo tras jugárnosla a «piedra, papel o tijera». Fue una tarde que nos escapamos a mi piso. Lo había reformado aprovechando que me había mudado al castillo, y lo usábamos siempre que necesitábamos escondernos y comportarnos como una pareja normal, alejada de la multitud de responsabilidades que teníamos sobre nuestras espaldas. Recuerdo que él quería ponerle el nombre de Marcel, como su padre, pero acabé ganando y eligiendo yo por los dos. Maurice nunca me lo confesó, pero en más de una ocasión lo escuché hablando en sueños. Lo hacía con su padre, se despedía de él, y le prometía guardar su secreto para siempre. Sabía que aquellos sueños los había vivido en realidad, sobre todo porque abandonó la búsqueda de su padre y parecía haber superado aquel episodio de su vida.

—No más que lo estarás tú en cuanto te pongas el vestido —apuntó la mujer del barón, devolviéndole el pequeño a los brazos de su tía Alice.

—¡Eso, eso! —intervino mi abuela—. Vamos dándonos prisa que tengo hambre.

—Abuela, que aún queda para el banquete, antes tienen que casarse —le recordó Diana.

—¡Que te crees tú que voy yo a aguantar tanto tiempo! Nadie notará si una vieja se acerca a los platos de langostinos.

Eran tal para cual, y por eso siempre andaban discutiendo.

Cuando por fin lograron ponerse de acuerdo, y el resto me ayudó a colocarme el vestido, la habitación se llenó de silencio. Las tenía a todas frente a mí, mirándome con los ojos anegados en lágrimas, y me resultaba casi imposible reprimirme para no acabar como ellas.

—Porque soy una tía y eres mi prima, que si no me casaba contigo.

—Pero mira que eres bestia, Diana —la riñó Yolanda.

—Ya, es que o suelto eso, o me pongo a llorar como una Magdalena.

—Al final se nos va a correr el rímel y la vamos a liar —apuntó Alice—. Venga, vámonos que ya es la hora —las animó para que los acompañaran a ella y a mi pequeño para ir abajo.

Apenas tenía cuatro meses y ya era todo mi universo.

Poco a poco la suite se fue quedando vacía, hasta que mi madre y yo nos quedamos a solas.

—¿Preparada? —me demandó.

—Mamá, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro que sí, cariño. Lo que quieras.

—¿Llegaste a perdonar a papá?

Vi que sonrió antes de responder.

—Por supuesto que lo hice, hija. Él en el fondo siempre nos quiso, solo que no supo

demostrarlo como a ti y a mí nos hubiera gustado.

—Lo echo de menos, y más en un día como hoy —confesé con un nudo en la garganta.

—Imagino que sí —susurró—. Pero así es la vida, cielo. Unas veces nos da golpes, y otras inmensas alegrías. Y hoy es uno de los últimos.

—Lo sé —respondí con timidez.

—Sé que piensas que soy una enamoradiza y una loca del amor, y que por eso me marché a Málaga y no vivo todo lo cerca de ti que nos gustaría. Pero, si aceptas el consejo de tu madre, aprovecha y vive la vida a tope, hija. Busca tu propia felicidad y la de los tuyos, porque las desgracias vienen solas sin que las busquemos.

—Te quiero, mamá —musité abrazándola, como si al hacerlo recuperase todos y cada uno de los días que la había echado en falta.

A la hora prevista, Olivier me esperaba al final de la escalera para acompañarme al altar. Él fue quien le salvó la vida a nuestro pequeño Fynn, y más que un guardaespaldas era alguien que ya formaba parte de la familia. El día que le ofrecí ser el padrino de boda no se lo pensó, y me agradó comprobar que incluso la proposición logró emocionarlo.

—Está preciosa, señora Dumont —comentó ofreciéndome su brazo.

—Todavía soy una Lambert hasta que no diga el «sí, quiero», Olivier.

—Sé que siempre lo será. Y si me guarda el secreto —susurró con complicidad—, le diré que me alegro de ello.

—Lo guardaré bajo llave —me mofé haciendo ver que mi boca era una cerradura que yo misma cerraba.

Fuera nos aguardaba todo el mundo. Yo misma había escogida la parte trasera del castillo para la ceremonia, por los gratos recuerdos que tenía de aquel lugar y que cambiaron mi vida para siempre.

Del brazo de Olivier, caminamos hacia la carpa. Charlotte y Alice habían hecho un buen trabajo, tenía que admitirlo. Las luces del atardecer, los adornos, las flores. Todo era perfecto. El olor a rosas y peonías, y la música en directo, que provenía del escenario que había al fondo, fueron los primeros en darnos la bienvenida. Era mágico. Embriagador incluso.

El césped acariciaba mis tobillos mientras nos adentrábamos por el pasillo que formaban las filas de sillas donde aguardaban los invitados, que se levantaron a nuestra llegada. Conforme pasamos por su lado, vi que todas las personas que nos importaban estaban allí, acompañándonos en un día tan especial para nosotros. Habían venido todos. Richard y su amigo, el diseñador de mi vestido; el abogado que tanto me ayudó a mi regreso a Bélgica; empresarios importantes y amigos de Maurice; Los Bourdieu, a los que saludé con una cómplice sonrisa; mis chicas, incluso mis tíos, los padres de Diana; Charlotte y su hijo Romy, que había venido exclusivamente para la boda; mi madre y su marido; mi adorada abuela, y Alice, con mi pequeño en brazos, junto a Fynn.

Sentí un amor increíble mientras atravesaba aquel pasillo, aunque solo fue perfecto cuando lo vi a él. Al fondo, tras la multitud, junto al altar, y vestido con un elegante esmoquin, un caballero con título de duque me aguardaba limpiándose las lágrimas mientras me veía caminar hacia él. Sentí que el corazón se me salía del pecho al ver su reacción. Aquel hermoso hombre que tenía ante mí era el ser más maravilloso que jamás había conocido, el único y verdadero amor de mi vida, y yo solo podía dar gracias al universo por ser tan afortunada.

Tras agradecerle a Olivier con una leve venia el haberme entregado a él, Maurice me cogió de la cintura y me abocó hacia él, rompiendo toda norma que estipulaba el protocolo. Se

escucharon murmullos, y hasta el párroco de la ceremonia le llamó la atención. Sin embargo, el duque, desoyendo cuanto allí se dijo, siguió centrado en mí sin soltarme, mirándome con tal intensidad, que hasta me hizo olvidar por un momento todo cuanto nos rodeaba.

—Dime qué he hecho en esta vida para tener tanta suerte —murmuró con voz ronca.

—Meterte con una niña que dibujaba palmeras con forma de cactus —respondí.

Ambos sonreímos con complicidad, pues aquel seguía siendo nuestro secreto.

—Estás impresionante —añadió bailando sobre mis ojos, de uno a otro sin perder la sonrisa.

—Lo sé —me mofé para hacerlo rabiar. Solía hacerlo a menudo, y debo confesar que me encantaba.

El párroco tosió y él, pese al esfuerzo que le suponía, me soltó para dar comienzo a la ceremonia.

—Prometo serte fiel...

—En la salud...

—En la enfermedad...

—En la riqueza...

—Y en la pobreza...

—Y amarte hasta el último día...

—De mi vida —dije justo antes de que él me besara delante de todos, convertidos ya en marido y mujer.

Ya al finalizar el banquete, Maurice se levantó y me ofreció abrir el baile. Había anochecido y las guirnaldas de luces brillaban sobre nuestras cabezas, pero él me sorprendió una vez más llevándome hacia el exterior de la carpa. Allí también había luces, colocadas de tal forma que formaban su propio toldo.

—¿Por qué venimos aquí? —le pregunté al ver que todo el mundo se sorprendía al igual que yo.

De pronto el grupo comenzó a interpretar *Thank you for being you*, nuestra canción.

—Porque una vez bailé con una chica en un cine de verano —confesó con los primeros acordes, con aquella forma tan particular que tenía de mirarme que lograba que me olvidara incluso de respirar—, y me prometí a mí mismo que algún día volvería a bailar con ella bajo las estrellas cuando fuera mía.

Solo él podía conseguir que mi corazón latiera con tanta fuerza.

Porque era él.

Siempre había sido él.

Luz, bailes cómplices bajo las estrellas y cosas sencillas. Así era como yo imaginaba mi futuro, y así era como veía mi presente y mi más inmediato futuro.

«Un amor de juventud puede marcar para siempre».

Fin

Nota de la Autora

Quiero darte las gracias por adquirir este libro, y pedirte que, si te ha gustado, dejes de tu valoración en Amazon, pues ya sabes lo importante que es para los autores conocer vuestra opinión.

Te invito también a que conozcas el resto de mis obras. Tú pones la pasión por leer, y yo la pluma.

¡Y bienvenida/o al mundo literario!

García de Saura

Agradecimientos

Gracias por adquirir este ejemplar y por ayudarme a valorarlo en Amazon. Tu opinión es muy importante para mí, y espero poder contar con tu apoyo.

También quiero aprovechar este apartado para dar las gracias a personas muy importantes en mi vida. Empezando por mi familia, a la que quiero y adoro. Gracias por vuestra paciencia, vuestros consejos y todo el amor que me dais. Os amo con locura.

Gracias a mis cero. Vivir con vosotros esta historia ha sido lo mejor de todo. Comentar cada capítulo y hacerme partícipe de vuestras emociones ha sido increíble. Gracias por compartir conmigo nuestra pasión.

Por supuesto, quiero daros las gracias también a mis niñas, mis Gamberras brujillas, por seguir a mi lado después de casi nueve años, y acompañarme en esta maravillosa locura cogiéndome de la mano. Soy profundamente afortunada de teneros.

Y gracias a los que habéis participado en los sorteos de personajes y a los ganadores que salen en esta novela, que son: Ricardo Peñaranda (Richard), Beth, Esther (Minny chulita), Toñy Marco (Antonia) y Diana Baños Belmonte.

Gracias a todos por concederle a El Duque Dumont entrar en vuestras vidas.

García de Saura

Biografía



García de Saura es mi seudónimo, y mi nombre es Carmen María. Soy natural de Molina de Segura, Murcia. Cursé mis estudios de Bachillerato y COU en la rama de letras puras, tras los cuales, me gradué en Técnico Especialista en Administración, de lo que ejercí durante años. Mi alma inquieta y artística me llevó, además, no solo a asistir a cursos de informática, bisutería o tatuajes, sino también hacia la rama de la pintura, donde descubrí una parte de mí que hasta entonces desconocía, y que dio lugar a más de 400 obras; algunas de ellas se encuentran en ciudades como Barcelona, Londres o Buenos Aires.

Pero no fue hasta la primavera de 2015, cuando encontré mi verdadera pasión y vocación, la que a día de hoy se ha convertido en mi única y más preciada profesión. Ser autora de novela ha logrado completar esa parte de mí que no alcanzaba a conseguir, y que me ha hecho ver la vida de otro modo. Mi primera novela acabada, pese a que mis primeros intentos se remontan a 2010, fue La culpa es de D.I.S.N.E.I., un trabajo al que le tengo un especial cariño, no solo por lo dulce que es, sino porque fue el que me dio a conocer un mundo maravilloso y a personas que lo son aún más. Gracias a todos ellos mi sueño se ha hecho realidad.

Web: garciadesaura.com

Puedes localizarme en:

Facebook

[Perfil: García de Saura](#)

[Página: García de Saura Autora](#)

[Grupo: Las Gamberras de García de Saura](#)

[Instagram:](#) [@garciadesaura](#)

[Twitter:](#) [@GarciadeSaura](#)

[YouTube:](#) [GarciadeSaura](#)

[Tik Tok:](#) [@garciadesaura](#)

Bibliografía

- LA CULPA ES DE D.I.S.N.E.I. 2015.
- LO QUE EL ALCOHOL HA UNIDO QUE NO LO SEPARE LA RESACA. 2016.
- SOÑANDO A LO GRANDE, PENSANDO A “LO CHICO”. 2016.
- AQUÍ LE ECHAMOS MUCHOS HUEVOS... A LA TORTILLA. 2017.
- HOUSTON, TENEMOS MÁS DE UN PROBLEMA. 2017.
- HOUSTON, TENEMOS UNA MISIÓN INN-POSIBLE. 2018.
- MIS PODERES Y TUS POLVOS MÁGICOS. 2018.
- HOUSTON, TENEMOS NUEVE SEMANAS Y MEDIA. 2018.
- EL CUMPLEAÑOS DE NURIA. LA GENEROSIDAD (Cuento infantil). 2018.
- ¡HUYAMOS, AHORA QUE PODEMOS! Volumen 1. 2019.
- ¡HUYAMOS, AHORA QUE PODEMOS! Volumen 2. 2019.
- BILOGÍA COMPLETA ¡HUYAMOS, AHORA QUE PODEMOS! Volumen 1 y 2. 2019.
- NO QUIERO IR AL COLE. LA RESPONSABILIDAD (Cuento infantil). 2019.
- SAGA HOUSTON (Recopilatorio). 2020.
- EL ESPÍRITU DE LA NAVIDAD. 2020.
- LA CUADRILLA 1. 2021.
- LA CUADRILLA 2. 2021.
- BILOGÍA LA CUADRILLA (Volumen 1 y 2). 2021.
- EL BARÓN BOURDIEU. 2021. (Serie nobles belgas nº 1).
- NO SOY EL JUGUETE DE NADIE. 2022.
- LIBROS PARA COLOREAR. 2022.
- URIARTE. 2022.
- REINA DE LOBOS. 2023. (Serie Reinas nº 1).
- REINA DE HALCONES. 2023. (Serie Reinas nº 1).
- 9 AUDIOLIBROS. 2023.
- I AM NOBODY’S TOY. 2023. (Traducción al inglés de No soy el juguete de nadie).
- EL DUQUE DUMONT. 2023. (Serie nobles belgas nº 2).
- THE SPIRIT OF CHRISTMAS. 2023. (Traducción al inglés de El espíritu de la Navidad).

Citas

- *"García de Saura logra un equilibrio perfecto entre romance, erotismo y humor"* (Web de Planeta).

- *"Prolífica escritora del género romántico... mejor prueba de la vitalidad de un sector que sabe cómo renovarse"* (Diario ABC. Suplemento).

Premios, logros y reconocimientos

- PREMIO Mejor 1ª novela auto-publicada 2012-2015 (La culpa es de D.I.S.N.E.I.).
- TERCER PREMIO Mejor novela erótica (Lo que el alcohol ha unido que no lo separe la resaca). Blog La Puerta de los Libros Infinitos. Junio 2020.
- PREMIO Mejor Autora 2020. Blog La Puerta de los Libros Infinitos. Diciembre 2020.
- PREMIO Mejor novela erótica 2020 (Huyamos, ahora que podemos). Blog La Puerta de los Libros Infinitos. Diciembre 2020.
- Autora del mes web de Planeta en Romántica. Junio 2017.
- Autora del mes blog Locas del Romance. Enero 2019.
- 8 Bestsellers.
- 8 Segundas Ediciones.
- 1 Tercera Edición.
- Fragmento de la novela MIS PODERES Y TUS POLVOS MÁGICOS en el libro didáctico LÁNZATE 2d (B1), de la editorial francesa Nathan, como ejemplo de "cómo una mujer debe ser valorada por su intelecto". 2019.
- Placa reconocimiento a la labor literaria. Paseo de Las Letras, Molina de Segura. Mayo 2019.
- Número 1 en Amazon España, Amazon México, El Corte Inglés y Kobo (Fnac).
- Más de 55.000 copias vendidas.
- Wikipedia. Marzo 2022.

[1] *Dirty Dancing*: película de 1987, protagonizada por Patrick Swayze y Jennifer Grey.

[2] *Cry to me*: Interpretada por Solomon Burke. 1962.

[3] *Bardot*: escote también conocido como escote barco, se caracteriza por ser recto, dejando los hombros al descubierto.

[4] *Thank you for being you*: (Gracias por ser tú), canción de Octasounds, proyecto musical del compositor indonesio Harry Hapsoro.